

CIÓN

CASTELAR

MUJERES

CELEBRES

2

CT3210

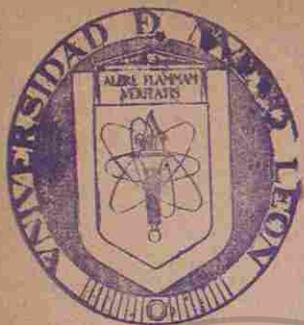
C3

V.2

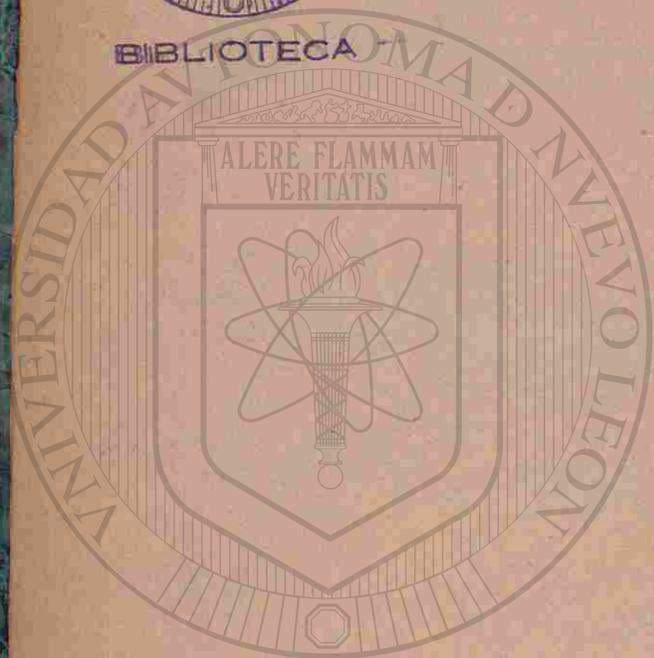
c.1



1080043084



BIBLIOTECA



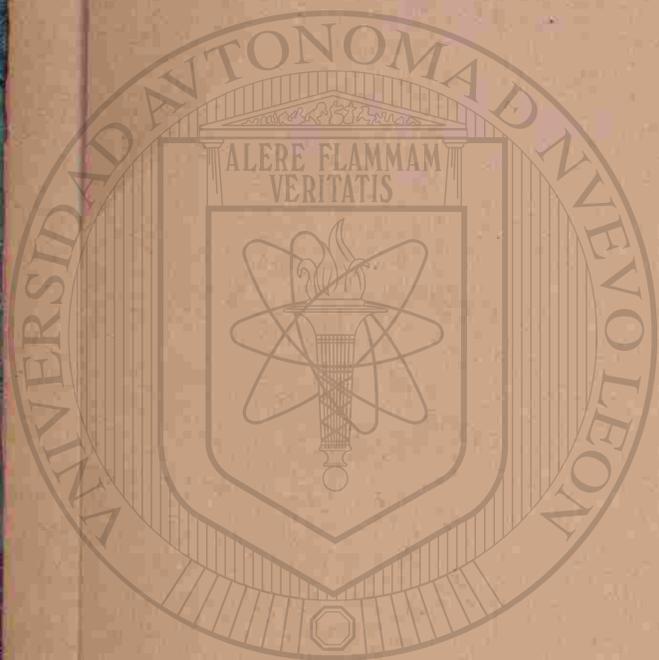
E# 8 - B# 121

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



GALERÍA HISTÓRICA

DE

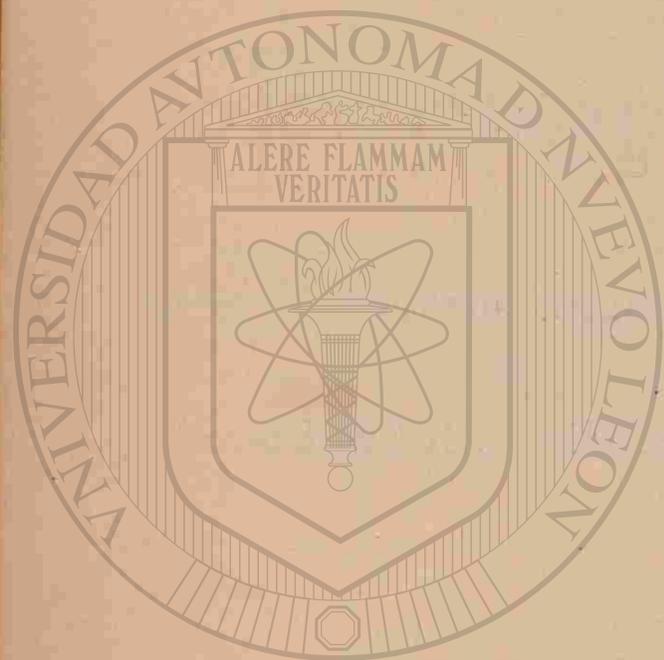
MUJERES CÉLEBRES

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



GALERIA HISTÓRICA

DE

# MUJERES CÉLEBRES

POR

DON EMILIO CASTELAR

TOMO SEGUNDO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

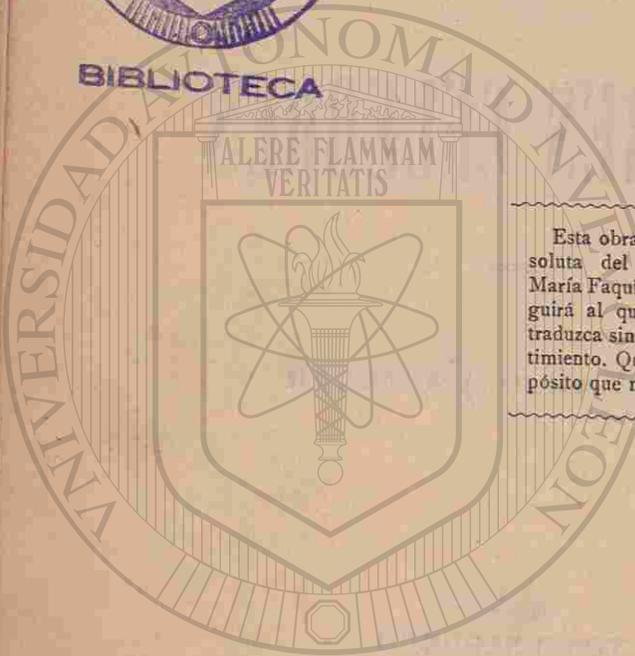
MADRID  
ESTAB. TIPOGRÁFICO DE ALVAREZ HERMANOS  
15 - Ronda de Atocha - 15  
1887

110363

15612



BIBLIOTECA



CT3210  
C33  
V.2

Esta obra es propiedad absoluta del editor don José María Faquineto, quien perseguirá al que la reimprima ó traduzca sin su previo consentimiento. Queda hecho el depósito que marca la ley.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



EVA

Le quitaríais al género humano su principal carácter, si le quitarais la propensión invencible de subir á los orígenes y á las causas. El animal se reduce á lo presente. No llega el radio de sus deseos mucho más allá del límite de sus necesidades. La tendencia sexual únicamente le obliga y empeña en su reproducción, y por la reproducción prepara lo porvenir, mas nunca se convierte á lo pasado, sino en cuanto lo necesita. Todos los recenales se suspenden á la teta de su madre, olvidada para siempre, una vez criados. Cada irracional se desprende por completo de sus padres, así que ha concluido la crianza, y que no ha menester, ni el esfuerzo ajeno, ni el ajeno cuidado. El amor á los que nos dieran el sér, la memoria de nuestros progenitores, el culto á lo pasado, constituyen caracteres propios de la humana especie. Este sentimiento ha producido la familia espiritual, que forman los hombres, tan di-

versa de la rápida familia material, que forman los animales. De ahí han brotado las tribus ó las gentes, de la unión entre la piedra del hogar y la piedra del sepulcro. La diosa, que protege los amores y cura de la prole, representa lo porvenir; el ara, donde se cuece la diaria comida y se calientan los individuos todos de la familia, lo presente; la piedra del campo patrio, bajo la cual descansan las generaciones muertas y sobre la cual brillan las llamas de los holocaustos ¡ay!, todo lo pasado. Por esta tendencia del alma humana, tendencia invencible, á desasirse de lo contingente y elevarse á lo universal, conócese nuestra racionalidad, creadora de las ideas, superiores al tiempo y al espacio, como fuera de sus naturales y restrictas limitaciones. El alma, por espiritual y por eterna, rebosa del tiempo, y se dilata, como un Océano sin límites, por la eternidad. En virtud, pues, de tales propensiones, concluye por preguntarse quiénes son y dónde se hallan sus primeros padres. A esta interrogación sólo puede responder con verdadera exactitud una ciencia, la historia. Pero las ciencias llegan tarde á la humanidad, y el sentimiento con su fe ciega y la fantasía con sus imaginadas creaciones se despiertan muy anticipadamente á la inteligencia y á sus verdades. Por tal razón, antes, mucho antes que la filosofía y la historia, nos han dado idea más ó menos clara

del origen de nuestra especie la religión y el arte. Todas las teogonías hablan del primer hombre y de la primera mujer. Lo que hacen las teogonías en sus dogmas sacros, hácenlo también los poemas en sus estancias hieráticas. Y así, por este medio, el sentimiento y la fantasía satisfacen como pueden á la humana curiosidad, necesitada de subir al cielo del pensamiento y al origen del sér. Tan poética, pues, cual esa flor que despunta precediendo la primavera en el brote ó yema del almendro, y ese gorgojo que anuncia por Abril en cromáticas escalas el celo y el nido, y esa luna nueva en tranquila noche de serenos horizontes, y ese lucero vespertino sobre los resplandores del ocaso, resulta la primera mujer, ó sea la primera sonrisa, la primera lágrima, la primera piedad, la primera luz, la primera inspiración sobre la cuna de nuestra misérrima especie, cuando todavía estaba reclusa en los senos de la naturaleza y entrelazadas sus raíces con las especies inferiores. Nosotros personificamos este prototipo en la hermosa Eva.

¡Cuántas ideas van unidas en el mundo á su nombre! Con decir que debemos llamarla nuestra primera madre y que luce allá en los comienzos de la especie nuestra, dicho está el amor que le tenemos y el culto que transcenderá desde nuestro sér, derivado y tardísimo, hacia ese primero y más bello sér,

en el recuerdo de nuestra memoria, en la escala de nuestros sentimientos, en el cánon de nuestros dogmas, en el albor de nuestra poesía. La madre, que ha llevado á la humanidad en sus entrañas, merece todo nuestro culto, pues en espíritu representa esa maternidad santísima, que nos lactó á sus pechos, para depositar su alma en el alma nuestra por toda la eternidad y que nos comunicó para mezclarlos con nuestra vida la miel de sus rosados labios y el amor de su pródigo corazón. Así, pues, la hemos representado en su primera aparición, pura é inmaculada, como que las flores no tenían espinas entonces, los astros ocaso, los animales odios y guerras, el horizonte nubes y el mundo males; hecha la tierra su peana y el cielo su tienda, las especies sus siervas y los soles sus lámparas, pues exenta de culpa y de mancilla, vivía en el edén apropiado á sus necesidades y resplandeciente de vívido éter, como si en toda la creación se transparentara y se viera el espíritu de su divino Criador. No puedo yo apartar mi pensamiento de aquel poema escrito por las bóvedas de nuestra sublime Sixtina en líneas y en colores. Mujer desnuda y purísima, de formas escultóricas, en quienes la grandeza no excluye la gracia, proporcionada como una estatua y armoniosa como una oda, grande cual cumple á la madre de tantas grandezas, y tierna y delicada

cual cumple al primer ejemplar de su sexo, levántase á la voz de Dios, y apenas ha erguido sus rodillas del suelo donde brota como un árbol engalanado con la pompa de larga cabellera ondulante sobre sus espaldas, pliega las manos con adoración verdadera y lanza con arrebatamiento atrás la cabeza como significando toda la gratitud que debe á su Hacedor quien, con el soplo de la vida y el calor de la sangre, recibe aquella hermosura no comparable á ninguna de cuantas cosas bellas la rodean en conciertos sin fin y en perspectivas sin término sobre aquella tierra sin pecado y bajo aquel cielo sin sombras. En todas las artes, en todas las religiones, en todas las teogonías, en todas las historias se halla este dogma de la identificación completa entre la inocencia del género humano, la pureza edénica del planeta recién nacido y la hermosa é inmaculada primera mujer, que brilla como una estrella en la primera mañana del mundo, en la primera edad del tiempo, en la primera vida del hombre y en el primer florecimiento de nuestras virtudes y de nuestra fantasía.

Pero la vida no tiene solamente la felicidad, el placer, el bien; tiene tantos dolores y penas tales ¡ay!, suma de males tan enorme, que no sería Eva nuestra madre, si dejara de representar y personificar todo esto en su nombre y en su vida. Por uno

de sus lados el contingente y complejo sér, que recibiéramos del cielo, toca en la luz y en el amor; mas también toca en las tinieblas y en la muerte. Con los aromas de las flores y de los prados mézclase un hedor insufrible y espantoso, que nos apeseta y nos emponzoña, el hedor de todos los excrementos producidos por el vicio. No se ha exentado la mujer del fatal destino que pesa con pesadumbre incontrastable sobre la creación universal, y que se asienta en la cumbre del universo como una especie de nefasto dios. El mal ha subido tan alto que ha enredado á los ángeles mismos del cielo, prendiéndolos en su inmensa telaraña. Los que habían extendido el azul de los espacios infinitos con el éter que los aviva y los esclarece, aunque batían sus alas ante los resplandecientes santuarios del Eterno y habitaban las inaccesibles cumbres de la perfecta bienaventuranza, heridos un día por el mal, que les cortó el vuelo, cual suelen las arterias de los cazadores á las lejanas aves, cayeron á una en el infierno, y todavía están llorando allí su culpa sin remisión y su pena sin remedio. ¿Qué había de suceder á la primera entre las mujeres? O no representar la mísera humanidad nuestra, ó representarla en su dualismo inevitable de bien y de mal. Eva está en el Paraíso y fuera del Paraíso, como la humanidad está en el bien y fuera del bien. A Eva se

aparece la universalidad y suma de las cosas como un compuesto de aromas y de mieles, cuando la sonrío una inmaculada inocencia en aquellas edades ignorantes por completo del mal y de sus horrores. Así representa la niñez inmaculada, la virginidad intacta, la inocencia sin pecado, el edén primero sin átomo de mancha ninguna, la fe que no vacila, el amor que no acaba, la inspiración que no yerra, el bien primero, sin esfuerzos y sin combates, la ignorancia completa del mal y de la muerte.

× Pero ¡ah! que no es tan sólo esto nuestra mísera + humanidad. Ved ese astro, que despide por doquier efluvios de luz y de vida, extendiendo el calor de sus amores por la inmensidad animada completamente á sus besos. Pues bien, lo rodea el vacío y la noche, lo encierra el abismo, lo persigue la nada, lo mancha el mal. Cuántas veces, al ver volando una mariposa, que lleva, en el encaje de sus alas transparentes, aéreas paletas, donde van disueltos colores varios, prestados por cálices, corolas, follajes, ¡ah! olvidáis que tantas preseas, tantas transparencias, tantos iris, minutos antes eran asquerosa oruga, minutos después serán frío cadáver. Para ir del seno de nuestras madres al seno de nuestras tumbas, como nacemos entre lágrimas y sangre, como subimos al crecimiento de la juventud por la escala trabajosísima de ásperas inquietudes; cuántas pon-

zoñas en la felicidad y bienaventuranza del primer amor; qué desengaños al anhelado logro de cualquier deseo; el dolor en todo lo anhelado, el hastío en todo lo conseguido; la gloria junta con su compañera la calumnia; el poder á dos dedos de la deshonra; toda riqueza con su cuidado, todo día con su pena, todo arte con su defecto; la más cumplida bienandanza rodeada por el temor de perderla; el amigo traidor, la infiel amada, la prole ingrata, una guerra sin tregua, una enfermedad continua; en la vejez achaques, en las agonías torcedores y remordimientos, en la muerte olvido y frío; ni siquiera la esperanza de guardar un sepulcro sobre tierra, que ha de acabarse y extinguirse, no dejando ni huella de su paso en lo infinito: he ahí la humana vida, rodeada por doquier de perdurables maldiciones. Pues bien, Eva no merecería el nombre de nuestra madre, si Eva no representara también este lado tristísimo de nuestro sér, herido en su contingencia por la inevitable fatalidad y por la inmensa pesadumbre del mal. Es á un tiempo nuestra pristina inocencia y nuestro primer pecado.

Naturalmente ha buscado la curiosidad nuestra su origen al mal, y por un consentimiento común de las teogonías más adoradas y seguidas, halo visto en la mujer, que comienza por halagarnos, sigue por seducirnos y acaba por perdernos. El mal

aparece primero, ateniéndonos á las universales tradiciones cristianas, en el ángel, y con la sublevación del ángel empaña y oscurece todo el universo. La existencia del mal precede, pues, á la existencia del hombre, y mucho más á la existencia de su inseparable compañera. Pero el mal en la tierra, el mal en la especie nuestra, el mal en este nuestro mundo y en este nuestro planeta, débense á sugestión de la mujer, que tienta y pierde al hombre. Criado éste á imagen y semejanza de su Dios, recibió cuerpo y alma en armonía perfectísima. Su cuerpo recogió la vida circulante por todo el planeta, como la recogen árboles y animales. El alma recogió aquel espíritu divino, especie de soplo vivificador, como antes lo habían recogido en la gloria, del seno de lo increado, los ángeles criados. Merced á estos dones, el hombre tuvo sensibilidad, inteligencia, razón, todo lo que había menester para el conocimiento. Y además tuvo una facultad, por la cual se pertenecía, en plena pertenencia, el hombre á sí mismo, la facultad maravillosa de su albedrío. Y ya con esta proporción armoniosa en su cuerpo hermosísimo, con esta inteligencia y razón en su alma cuasi divina, con esta voluntad en su ánimo libre, pareció el hombre como un compendio del cielo y como una imagen de Dios. A mayor abundamiento, el que lo había creado púsolo

en jardín conocido con el nombre de Paraíso, y allí, libre del pecado, libre del mal, del error libre, á todo género de achaques exento, necesitando para vivir tan sólo respirar, clementísimos los elementos con él, á él avasallados los animales, gobernadas todas las cosas en concertadas armonías, floreciente y aromado el universo, destilando mieles dulcísimas la savia universal y avivado el éter, sin que ninguna sombra lo amenazase y oscureciese, realizaba su natural vocación y cumplía el bien para que fué criado.

¿Quién ha derramado el soplo letal por tanta vida? ¿Qué suspiro glacial ha helado las flores brotadas en los árboles maravillosos del Paraíso? ¿Qué sombra se ha interpuesto entre un cielo siempre claro y una tierra siempre regocijada y florida, para oscurecer aquél y emponzoñar á ésta? El hombre paradisiaco, todo inocencia y todo virtud, no se hubiera jamás rendido al mal sin un ardor, despertado en sus sentidos, que le condujo, contra toda su voluntad, y por una especie de perversísima reducción, al abismo. Verdad que tenía su albedrío y, por tanto, era dueño de perderse ó salvarse á su grado; pero de los bienes, que lo circuían tan gratamente, no hubiera salido, y de la vocación, que lo llamaba con sus reclamos al cielo, no hubiera de seguro renegado sin una grande

seducción, y esta seducción la ejerció astuta serpiente sobre nuestra primera madre y nuestra primera madre sobre Adán. Por consecuencia, si hay acerbidad en toda levadura de vida, tristeza en todo esfuerzo de trabajo, incertidumbre y dudas frecuentes en todo amor, lágrimas en los ojos, espinas en las flores, dolores en el corazón, provienen de la presencia del pecado, y la presencia del pecado proviene de sugestión del sexo, que despierta con sus halagos y con las tentaciones de sus placeres esa voluptuosidad, á cuya corrosiva ponzoña se corrompió y se pudrió todo el universo. Así, cuando la humanidad padece, cuando las desgracias, compañeras de nuestro sér, se amontonan en oleajes encrespados y en remolinos terribles sobre la frente de todos los débiles y de todos los enfermos, un grito de maldición se alza desde los senos de todas las generaciones hasta el alma de la mujer, de la Eva tentadora, por no habernos prevalido contra la serpiente, que llevaba en sus fauces los huracanes del infierno, y por no habernos conservado en aquella pristina inocencia, mediante la cual se dilataba el edén hasta donde se dilataba el espacio. La madre de nuestra especie humana, por motivo y razón de todas estas creencias, lleva sobre sí el peso abrumador de todos nuestros males y la responsabilidad terrible de todas nuestras

desgracias. De aquí tantas místicas propensiones á renegar de la mujer y ofrecerla, en la sucesión de los siglos, como ruina y perdición del hombre.

¡Horrible injusticia! De no habernos hecho Dios idénticos á sí, el mal estaba en lo contingente, y lo contingente de suyo en el hombre y en la mujer á un tiempo. Sólo aquella inteligencia, omnipotente y absoluta, que lleva en sí el arquetipo de todos los ideales y el ser y la razón de todas las cosas, como lleva en sí lo infinito mundos y soles, puede brillar sin el eclipse de la duda, sin el ocaso de la noche, á todo error exenta; sólo en aquel conjunto de lo creado y de lo increado, que forma el universo con la suma total de todas las idealidades y de todas las realidades, existe sin límites ni restricciones el bien supremo y perdura por toda una eternidad; pero, donde quiera que aparece lo contingente, ha de aparecer con él todo lo fugaz, aquello que ha de ser error en la mente y en la naturaleza enfermedad ó muerte. No podríamos exentarnos á tal ley sino exentándonos á nuestra propia compleción y haciendo del mal y del bien relativos, á que nuestra vida y nuestras obras están sujetas, no hechuras nuestras del albedrío propio, sino presentes y donativos del cielo, quien, á cambio de lo donado, podía bien desvestirnos y despojarnos de cuanto constituye nuestra naturaleza, de la querida liber-

tad. Creamos, pues, el mal unido á nosotros, el dolor puesto en nuestra sensibilidad, la duda y el engaño en nuestra mente, la maldad mayor ó menor en nuestro albedrío, no tanto por sugerencias de la encantadora mujer que la tradición ha colocado en los comienzos del humano tiempo, como de una imposición infligida por nuestras limitaciones naturales á nosotros mismos, á nuestros hijos con nosotros, y á los hijos de nuestros hijos hasta la consumación de los tiempos. El mal estaba en la esencia misma de las cosas contingentes, como está de suyo la muerte, tan temida, en el suceder y en el pasar de todas las cosas perecederas y fugaces. Podremos explicar el mal de esta ú otra suerte, podremos imputárselo á este ú otro sér; mas realmente no lo descuajaremos jamás del terreno propio, donde arraigan sus raíces, de la humana limitación, sujeta por ley natural á irremediables contingencias.

Realmente la tradición edénica se halla lo mismo en las teogonías de las razas arias que en las teologías de las razas semíticas. Todas ellas atribuyen á la inocencia del hombre una edad completa de paz en el universo. Las edades van degenerando en cuatro largos períodos, de los cuales el primero se llama edad de oro, cuando el último, es decir, el más cercano á nosotros, se denomina edad de hie-

ro. Por consecuencia, esta tradición de un edén primitivo resulta universal, y en lo que todos los pueblos disienten es en los orígenes del mal, atribuyéndolo unos á protervia de un Dios malo y otros á falta del hombre que deslizó la mentira, el error, el pecado, con plena conciencia y por su propio albedrío, en el seno de la creación. Allá en las edades indias, Adhima comete una falta semejante á la falta de Adán. Él y su mujer vivieron comprendiendo que habían recibido todas las cosas indispensables á su vida y sér de manos del Creador, procurando por esta creencia serle agradable y repetir los ecos de su inteligencia y las obras de su voluntad en el mundo. Así gozaban de mil ventajas. Pero una tarde, cierta deva engañosa les llevó los frutos de la mentira, y comieron de ellos treinta días seguidos. Así, de las mil ventajas que gozaran en su felicidad, sólo conservaron una tras su desgracia. En cuanto comieron de la mentira, el primer impulso de su voluntad, viciada por el mal, condújoles á la caza. Una cierva herida cayó á sus plantas, y esta cierva, hermosa y blanca, les enseñó con sus ojos mortecinos y con su voz doliente la existencia en este nuestro bajo y triste mundo de aquello que no sabían, la existencia del abismo llamado sepultura, en la cual caemos empujados por la muerte. Desde aquel entonces llamáronse mortales para siempre los

que hasta aquel entonces habían conocido tan sólo en el Paraíso la vida con todas sus embriagueces y todas sus felicidades. No extrañemos, pues, que se halle tan extendida la tradición de una edad edénica y de un pecado femenino expresamente venido á malograrla y perderla. Consérvase todavía, en los primeros museos de nuestra Europa, babilónico cilindro, donde se hallan inscritas figuras que representan verdaderos símbolos cosmológicos. Y allí se ve lo mismo que vemos en las bóvedas de nuestra Sixtina, en las logias de nuestro Rafael, en los cuadros de nuestros primeros pintores católicos, toscamente grabados, como cumple á una edad en que las artes no habían podido eximirse de cierta rudeza, coronados por sendos turbantes, al pie de un árbol cuyas ramas se tienden horizontalmente, hombre y mujer, quienes alzan sus manos á coger dos gruesas frutas. Al pie de la mujer se arrastra una serpiente, la deva de Adhima, la parca de Prometeo, la culebra caldea, la serpiente Apap entre los egipcios, la Syros entre los fenicios, la no menos astuta y no menos poderosa del mazdeismo, que prueban cuán extendida se hallaba en la mente más ó menos tosca de los pueblos más ó menos primitivos esta leyenda universal de la seducción con que la serpiente perdió á la mujer y con que la mujer perdió al hombre.

Indudablemente personifica Eva la mujer primitiva, la mujer salvaje. Pero ¿qué debemos creer? ¿Está delante de nosotros una progresión hacia las alturas, ó una retrogradación hacia los abismos? Hay quien cree que subimos por las escalas de la vida en ascensión constante hasta tocar quizás en la naturaleza reservada por Dios á los ángeles, y hay quien cree que descendemos hasta confundirnos con las especies inferiores para desgarrarnos en una guerra perpetua. Mientras unos ven sobre nuestras frentes un cielo inmenso, descubren otros á nuestros piés una inmensa cloaca. Muchos pesimistas colocan á nuestras espaldas el Paraíso, y dicen que cada paso en la senda eterna del tiempo nos aparta de aquellos sus senos y nos precipita en las profundidades inmensas del mal. Todas las religiones pondrán más cerca ó más lejos una humanidad completamente dolorida y encorvada so la pesadumbre de su pecado. Pero de aquí, de tal hecho indudable, dimana un estado primitivo, del cual nos hemos ido poco á poco desasiendo, merced al trabajo constante de la civilización, que ha querido comenzar por darnos conocimiento del bien para ponernos luégo en camino de practicarlo sobre la tierra. Indudablemente la Eva primitiva, una vez fuera del Paraíso, bien por su culpa propia, bien por culpa de la inteligencia ó limitación hu-

mana, representa la mujer prehistórica en sus naturales dolores, cuando la desnudez expónela por necesidad á todos los furores del aire, y la ignorancia de cuanto necesita la especie humana para su desarrollo y para su defensa expónela también á todos los furores de las especies carniceras, que la olfatean para pasto de su voracidad y para despojo de su guerra. Esa mujer dolorida, llorosa, mal envuelta en el velo de su cabellera, mal ceñida por las hojas de los vegetales, temblando al azote de los elementos que chasquean sus látigos de rayos y huracanes sobre aquellas espaldas, acechada en todas partes por todos los seres hambrientos, desde los mosquitos que chupan su sangre hasta las víboras que silban por emponzoñarla y corromperla con sus áspides, sin aquella venda feliz de su inocencia tranquila que la hacía creer en la pureza de todas las cosas y en la paz entre todos los seres, sin auxilio alguno allí donde acaso había creído asentar para siempre, como la diosa en su templo, un absoluto dominio.

Imaginaos aquellos prehistóricos tiempos, en los cuales comenzaba el esbozo informe de nuestra humanidad sobre la tierra. Altas cordilleras acaban de levantarse, descuajando territorios enteros en una especie de terremoto gigantesco, semejante á titánica epilepsia, que hubiera sobrecogido el cora-

zón de nuestro planeta. Las costas han oscilado para constituir su lecho definitivo á los mares, como el barro á cocer movido por los alfareros en sus faenas. La humedad mezclada con el calor han abortado una vegetación enmarañadísima y gigantesca, la cual cierra por todas partes el paso, tanto á los volcanes en erupción, que despiden sus rojas llamaradas, como á los témpanos y los aludes que ruedan como cristales rotos á impulsos del universal estremecimiento. Un diluvio del cielo cae sobre los torrentes y los ríos salidos de madre, por no haber encontrado todavía su cauce. Las rocas más firmes se descomponen como las sustancias químicas en el crisol de un alquimista. La descomposición de las plantas llegó al extremo de producir las rocas turbosas y la descomposición de los animales al extremo de producir las rocas madreporicas. Bostezaron los montes recién formados, y abrieron las cavernas, y tendieron por todas partes los surcos de grietas en cuyos hondos y repliegues podían abrigarse nuevas especies. La gota caliza incrustante, como si fuera un cincel misterioso, esculpió esas columnatas que suben y esos florones que bajan por nuestras cuevas estalactíticas. Los cantos erráticos, dispersos en todas direcciones, patentizaron la enormidad incalculable de aquellas catástrofes continuas. Las aguas diluviales tendieron por las arru-

gas terrestres el aluvión inmenso en acarreo torrencial. Los zoófitos invisibles de los espesos aires construyeron con sus cadáveres petrificados cordilleras de marítimas dunas, ó se cuajaron en corales bajo las espesas y bituminosas aguas. Ejercía el fuego creador su acción, á guisa de arquitecto, aglomerando moles y más moles para edificio colosal, mientras el agua calcárea, y la nieve, y el hielo, ejercían su virtud escultórica y estriaban como grandes intercolumnios las montañas graníticas. Los helechos inconmensurables; las coníferas de ramajes que diriais metálicos; los robles, antiguos representantes de la fuerza en el sentir universal, y las hojas cubiertas de las enredaderas ó lianas por el calor y la humedad nutridos, crecen sobre los fragmentos de las catástrofes atrayendo á sus copas insectos innumerables que forman como especies de animadas y zumbantes nubes. Y así, mientras las raíces de tantos vegetales, absorbiendo, como diminutas bombas, la materia inorgánica, transfórmanla en orgánica; el río, arrastrando moléculas desprendidas de los metales; el alud, esparciendo por los llanos fragmentos de las cimas; los almajares, ó lagos, donde la tierra se descompone por medio de sedimentos, cuyos atomillos resultan apropiables á zonas superiores del organismo, todo este gran trabajo de composición y descomposición va prepa-

rando su espacio indispensable al hombre prehistórico, en combate, y no en armonía, con todo cuanto le rodea, sublevado contra él, por semejante período terrible de guerra encarnizada y universal, donde la vida se abría paso con suma dificultad y reinaba rodeada por todas partes de sus ejércitos exterminadores la implacable muerte.

Los compañeros, en tal edad horrible, del hombre y de su incipiente familia, eran el oso de las cavernas, el mastodonte, parecido á una fortaleza ó castillo andando, el rengífero y tantas otras especies animadas por un odio nacido al estímulo y espoleo del hambre insaciable. Para las alternativas de frío y calor que traían los combates varios entre las erupciones de lavas ardientes y la invasión de nieves perpetuas, necesitábase ya una manera de armadura exterior, procurada por el combate continuo que traía de suyo á muy mal traer la humana vida en aquella vorágine de batallas sin cuento y en aquella siega de hombres sin número. Al ver las especies, que coincidían entonces con la nuestra ya, vemos también las dificultades opuestas al desarrollo humano, á su crecimiento, á su progreso. El elefante de aquel entonces no aparecía pelado como el de ahora; gruesa lana le cubría y abrigaba con sus hondos vellones, y una crin semejante á las de leones y caballos caía de su cuello gigan-

tesco en señal de la doble defensa que había menester contra sus rivales en las especies animadas y contra el desencadenamiento de todas las fuerzas naturales, enardecidas por el exceso mismo de su expansión y de su eficacia. El rinoceronte arrasaba también lanas gruesas y largas; su hocico enorme husmeaba la caza perpetua contra las demás especies, para cuya caza disponía de dos colmillos enormes, relucientes y acerados como verdaderas armas. El oso gigantesco de las cavernas, que no dejaba entrar al hombre todavía en sus naturales refugios y abrigos, se criaba con testuz abombado y fuerte como el de un toro y uñas como las de un tigre. No había bituminoso lago á cuyas orillas sombrías y á cuyas aguas espesas no bajasen ganados de innumerables hipopótamos, tan colosales por sus cuerpos como feroces por sus instintos. El ciervo megacero llevaba gigantescos árboles, más que cuernos, en su frente, y el buey almizclado porfiaba con todos sus semejantes en estatura y en crueldad. Los roedores de dientes incisivos acababan con todo entre sus quijadas, y los insectos visibles é invisibles henchían los aires con sus corpúsculos asesinos. Cada especie, necesitada en este general horror de mantener un exterminador combate, iba en grandes ganados, á quienes podríamos llamar con razón verdaderos ejércitos, se-

gún el odio que los impulsaba en sus marchas y el destrozo que hacían por doquier á su paso. El ren-gífero, vestido con sus pieles y coronado con sus cuernos múltiples, que hoy tiene paciencia y sobriedad indecibles, participaba en sus colosales ascendentes del odio diseminado por los espacios inmensos, y mantenía, como todas las especies análogas, su puesto de lucha y exterminio en el combate universal.

¿Qué hubiera sido entonces del hombre sin las cavernas? El fuego subterráneo que construía estos huecos, el alud que llevaba una piedra y abría un hoyo al desprenderla y arrancarla de su natural asiento, las inundaciones del diluvio que formaban como vasos para desecarlos luégo en evaporaciones continuas, el tránsito abierto por un filón minerológico, el intersticio dejado entre sobrepuestos terrenos, todo contribuía viva y eficazmente á la formación de cavernas, en las cuales podía encontrar este desgraciado expósito que se llamaba hombre, un abrigo, á lo menos contra los elementos alterados, ya que no contra las especies feroces. Hoyo, grieta, cueva, gruta, espelunca terrible, honda caverna, todo podía servirle más aun que los troncos de las plantas ó árboles cuando, entregado á sus fuerzas tan sólo y desprovisto de armas, vestíase con las hojas y alimentábase con los frutos en aquel

exceso de vida vegetal, dañoso, como todos los excesos, á la proporcionada y armoniosa vida humana. ¡Cuánta gratitud no debemos á la gota calcárea que ha ido estriando estas primeras habitaciones humanas y á la capa de arcilla que ha ido poco á poco apercibiendo un suelo relativamente blando y mullido en que pudiera el primer hombre contra tantas asechanzas procurarse un sueño reparador! Los cantos rodados enormes que se hallan junto á los esqueletos de nuestros padres muestran cuánto habrían de luchar en aquellas concavidades los individuos destinados á salvarse, casi por milagro, de aquel anegamiento. Y, sin embargo, no pueden confundirse los asilos de las especies carnívoras, á la sazón existentes, con los asilos de la especie humana. Distínguense desde tiempo inmemorial mucho las madrigueras donde habitan los brutos feroces del asilo donde se refugian nuestros semejantes. Cueva poblada de fieras, las cuales arrastran la presa recién cogida por sus uñas para triturarla entre sus dientes, no acoge al hombre primitivo como éste no se haya cerciorado por completo de su larga y definitiva despoblación ó abandono. Así hay diferencias entre las madrigueras de brutos feroces y las cuevas, ó bien apercibidas para humanas habitaciones, ó bien para sepulcros. Distínguense con facilidad unas de otras cavernas en que los huesos depositados por los an-

tros de las madrigueras están rotos y magullados al choque de quijadas y dientes, mientras los huesos de los asilos humanos están cortados con instrumentos y de una manera uniforme sugerida ya por humana y reflexiva industria. Así, pues, el hombre primitivo no pudo tener más refugio asquible á su estado tristísimo ni habitación alguna dispuesta para él como estos huecos del planeta, por los elementos apercebidos y aparejados á su conservación.

En estas cavernas se ven y encuentran lechos de tierra donde reposaba el hombre primitivo, hachas de pedernal cortadas con otro pedernal, agujas hechas del cuerno de los renqíferos, todas penosamente talladas y poco puntiagudas. Algunas conchas marinas debían servirles de adornos á las pobres mujeres exaltadas ya entre aquellos horrores de la propensión natural á su sexo hacia los ornamentos y preseas. También se ven amontonadas las primeras flechas, muy groseras, algunas de ellas medio quemadas y ahumadísimas, como si hubieran permanecido en el cuerpo de la fiera muerta durante su cocción en el hogar doméstico; y además de las flechas, huesos de brutos feroces perforados, como para servir de amuleto á las primeras supersticiones humanas. El hacha de piedra revela cuán imperfectos medios de combate disponía el hombre

contra tantos elementos de asoladora destrucción como le acechaban y perseguían por todas partes, sitiándolo con verdadero asedio. Algunas veces, dibujos informes, como los que nuestros niños de hoy esbozan en las planas ó en los libros de sus escuelas, venían á indicar cómo se despertaban los instintos estéticos en las especies primitivas, á pesar de no tener tiempo ni espacio sino para el combate perdurable á que se hallaban por tantas leyes inflexibles y tantas fuerzas incontrastables sin remedio condenados. Lo primero que indica el establecimiento de la familia es el vaso grosero y tosco, apenas modelado, y la piedra medio ahumada, pues el primero supone una conservación de bebidas y alimentos, mientras la segunda supone un como comienzo de hogar ya fijo, en el cual puede abrigarse como familia. Aquellos eran los tiempos y los siglos del combate. Por consecuencia, el mal estaba muy presente y el hombre lo creía producto de su culpa, de su pecado, no de los genios benéficos en forma de fetiches más ó menos groseros á quienes fiaba en parte su custodia y defensa. Para más apenarlo en situación tan triste, alzabase á sus espaldas el recuerdo vivo de un edén alejado, y alejado por su falta, donde la sumisión del mundo al hombre contrastaba con esta sublevación universal de todos los elementos y los animales conjura-

dos contra su roto y herido monarca. El martilleo de sus remordimientos en las sienes con el recuerdo de su pecado en la memoria, le taladraban la frente al atribulado primitivo habitador de nuestro planeta, y la pobre mujer, tierna y delicada como siempre, á fin de quitarle parte de sus penas, pedía, en su dolor, lo más acerbo del castigo, imputándose lo más primordial del crimen.

El hombre de los primitivos tiempos no laboraba los campos aquellos; combatía con los animales feroces. La caza continua se le imponía con verdadera imposición soberana é incontrastable. Necesitaba del animal vencido, no sólo para proveer á la propia defensa y seguro, para vestirse con sus pieles contra los fríos de las épocas glaciarias, para con sus carnes alimentarse de alimentos necesarios á la robustez exigible de una especie á todas horas en combate. Por consecuencia, la caza, esa prolongación del combate mantenido entre las especies inferiores, debía resultar ocupación precisa é indispensable de los primitivos habitantes del planeta. Existían entonces, como ahora, especies dañinas, con las cuales ninguna paz podía pactarse á causa de su ferocidad, como el tigre de dimensiones enormes, como el mismo león, cien veces más feroz que nuestros leones, como el oso de las cavernas que trituraba entre sus quijadas, semejante á piedras de mo-

lino, las presas conseguidas por su enormísimo esfuerzo y devoradas por su insaciable voracidad. Pero el rengífero servía mucho al hombre primitivo, y su figura señala ya un alivio en la triste primera condición humana. De sus tendones hará cuerdas para los arcos, de sus cuernos, semejantes á leñosa vegetación, flechas para las cacerías, de sus carnes alimento para la familia, de sus pieles vestimenta. Gran diferencia entre aquel oso de las cavernas y este rengífero de los primeros prados. Mientras el terrible animal anterior jamás huele ú olfatea un humano sin asediarse y combatirle, según sus instintos de natural exterminio, el rengífero, más docil, y si posible fuera tratándose de animales usar la palabra, mucho más humano, colabora paciente y sobrio al trabajo del hombre y le presta un auxilio sin el cual quizás no hubiéramos podido salir de aquel primitivo período caracterizado por nuestra primera culpa, en cuyo larguísimo desenvolvimiento parecía el universo entero airado contra nosotros al punto de amenazar y destruir los primeros individuos de nuestra especie, que se hallaban todos sin recursos apenas para defenderse y para salvarse.

Indudablemente los terribles espectáculos ofrecidos á la vista del hombre y los asaltos que le daba la naturaleza, como subvertida en su contra, debieron causarle profundas emociones, muy semejantes

á las que vemos y observamos en los animales, con cuyas familias entrelazábanse á la sazón aquella las familias humanas. El animal á veces tiene más medios para expresar sus emociones que nosotros, ó, por lo menos, medios distintos de los nuestros.

Las orejas movibles dan al perro, al caballo, á la liebre una facilidad grandísima en la expresión de sus emociones. Mirad el galgo persiguiendo al conejo, y veréis cómo el perseguidor echa las orejas adelante mientras el perseguido atrás. Cual proceden los gatos cuando ven una especie contraria de la suya, que levantan erizado el pelo, encorvan la espina dorsal, abren la boca, despliegan las uñas, muestran los dientes, procedía el hombre primitivo; pues, aun cercano á la inferior animalidad, expresaba con gestos análogos el horror á las especies enemigas y el duelo perdurable con todas ellas. Ignorante, por aquel entonces, así de su alma como de su cuerpo, no sabía los factores que determinaban sus acciones; pero realizábalas bajo el influjo de sus nervios, de sus músculos, de sus fibras, con la obediencia natural á los impulsos é instintos de su sér. Temblaba el hombre primitivo, como temblamos nosotros, en las emociones de miedo. Sudaba en las emociones de angustia, como nosotros sudamos. Su corazón se conmovía como el nuestro, bien que á excitaciones más externas. Relacioná-

banse por medio del nervio epnoumogástrico cerebro y corazón en él, como se relacionan ahora. Y la cabeza mandaba en esta preciosísima, y sensible, y motriz entraña de nuestro pecho, como los martillos del corazón resonaban y repercutían á su vez en el cerebro. Los pelos se le ponían de punta y la secreción de las lágrimas se le asomaba también á los ojos. Rechinaba sus dientes y hacía contorsiones horribles al dolor. Postrábase como nos postramos nosotros al desmayo, y transmitía su fuerza nerviosa como nosotros la transmitimos. Pero nó tenía los medios de maravillosa expresión que nos han dado á sus descendientes las trabajadas y ricas lenguas cultas, pareciéndose las primeras voces y los primeros gritos á las voces y gritos de los animales, como sobrepujando también á la emisión de palabras articuladas el gesto, el ademán, es decir, lo que llamamos de antiguo verdadero lenguaje de acción, el cual tanto se asemeja de suyo al instintivo é inconsciente lenguaje de las especies inferiores.

Pero bien pronto los sonidos que impresionaban sus tímpanos debían tentar el natural instinto imitativo á reproducirlos. El suspiro, la queja, el llanto, parecense ya de suyo á la palabra, como que la llevan en germen. El resuello de los volcanes, el horroroso estampido por el alud tonante dado en el

silencio de las noches, el aullar de las fieras en sus hambres, el desgajamiento de las cataratas retumbantes, el bramido de los huracanes, el choque de las ramas, el rugir de los terremotos, el bostezar de las cavernas, llevaban en sí bastantes sugerencias para mover y persuadir el hombre primitivo á que imitase y repitiese tales tremendos fragores. Las interjecciones monosilábicas, tan semejantes al resuello y al suspiro, correspondían con estos instintos imitativos y les daban satisfacción. Es indudable que las lenguas salvajes poseen onomatopeyas ignoradas de las lenguas cultas. Es indudable que todos los pueblos primitivos se asemejan en el valor que dan á los gestos sobre las palabras. Expresiones monosilábicas y ademanes muy expresivos: he aquí lo que hallamos en todas las lenguas bárbaras y lo que por inducción debemos atribuir también á las lenguas primitivas de las razas prehistóricas dadas mucho más á la pantomima que las razas cultas. El fruncimiento de las cejas, el repliegue ó extensión de los labios, el resplandor de la mirada, el ronquido de las narices, las propensiones del cuerpo, la risa, el llanto, daban múltiples medios á los primitivos hombres para comunicar las emociones rudimentarias y las ideas incipientes de aquel embrión de lenguaje y de palabra que debían llevar en los albores de su espíritu y en los comienzos de su

historia. Echar atrás la cabeza, ó sobre su pecho bajarla, indica bien claramente dos afectos diversos, que podían acentuarse más por una expresiva interjección de las que aprendían imitando tantos sonidos como se hallaban diseminados por los aires. Así vemos que ciertas interjecciones demuestran la conexión universal entre nuestra naturaleza íntima y la naturaleza externa. La mujer es aún más expresiva que el hombre y gusta más de los gestos que nosotros. Y la mujer y el hombre primitivos expresaban sus alegrías por la sonrisa, sus quejas por el suspiro y por el llanto, sus afirmaciones golpeándose el pecho, sus repugnancias volviendo la cabeza, sus horrores por interjecciones muy semejantes á las usadas hoy en las más castigadas y más cultas entre todas las lenguas. No puede dudarse de que las especies primitivas imitarían los sonidos derramados en los aires cuando nuestras palabras aun tienen onomatopeyas varias en consonancia con los sonidos de la naturaleza y aun imitan en sílabas y hasta en letras chirridos, maullidos, arrullos, gorgoros de los animales. La lengua primitiva del hombre prehistórico debía en todo parecerse al balbuceo del niño, reducida, como estaba naturalmente, á expresar emociones muy simples por medio de cadencias puramente imitativas.

Eva representa, pues, la primera mujer. Nos-



otros no podemos detenernos á considerar si esta primera mujer es una persona histórica ó es una personificación del comienzo de nuestra especie y del principio de nuestra vida. Por ley natural ineludible representa Eva las edades prehistóricas en el sentir común de los pueblos educados al resplandor y al fuego de las ideas cristianas. Por eso ponemos en torno suyo las nociones capitalísimas relacionadas con tal período y los rasgos característicos de aquellas edades prehistóricas en las cuales el hombre se veía más cerca de su culpa y aceptaba con resignación mayor que hoy su justo castigo. Si había estado Eva en el edén primero, y había por sus poros absorbido aquella vida que fluía de la primera luz immaculada, el encuentro después con tantos y tan terribles enemigos debía causarla mayor pena, y aumentar la triste acerbidad y amargura de sus dolores. Así, al verla, recordamos la cueva recién abierta donde se confundía nuestra especie con las especies inferiores; la gruta lacustre, tan semejante á la madriguera, que los últimos y más despreciados animales abren á una en el campo para preservarse contra los elementos; el esfuerzo empleado para pulir la piedra primero y luego para tallarla; el combate con el gigante oso de los terrenos primitivos; la sumisión del rengífero; la caza perdurable; la guerra universal; aquella flora que

despedía tantos insectos como llenaban los aires; aquellos montones de huesos indicando el exterminio de tantas especies que no pudieron el planeta por haber sucedido en los períodos glaciarios, donde la putrefacción no podía suceder como en otros períodos de más calor; aquellas hachas de pedernal que muestran lo rudimentario de la primitiva industria; los punzones y agujas talladas en los cuernos ó en los colmillos de tantos animales como entonces acometían al hombre; aquellos helechos en cuya comparación parecen arbustos enanos las palmeras y las encinas de hoy; aquellas inundaciones de nieves perpetuas volcadas en los grandes surcos abiertos por los estremecimientos del volcán; todas aquellas explosiones de la vida, en cuyo ardor nuestro pobre organismo se consumía, cual se consume fugaz mariposa en ardiente llama. Nosotros, después de haber extirpado las especies enemigas, puesto la naturaleza casi como en tiempos del edén so la mano del hombre, cogido el rayo como un cetro, constriéndolo á llevar en sus alas nuestra palabra y á esculpir con sus chispas la materia como cincel obediente, abrigándonos de la temperatura por palacios y vestidos hermosos y varios, apenas comprendemos hoy todas las penas sufridas por el primer hombre cuando la tierra le faltaba completamente bajo los piés y el cielo se le venía

sobre su cabeza, mientras los animales feroces le asaltaban á una mostrándole sus garras y sus dientes. Pero los dolores del hombre no pueden compararse al dolor de la pobre mujer, más delicada, más tierna, más dulce, más accesible á la influencia de los elementos, más necesitada por su ternura y delicadeza de auxilio y apoyo, expuesta siempre al combate, presenciando á la continua el espectáculo de la muerte, azotada por las inclemencias del aire, perseguida por los odios de las fieras, puesta en la necesidad terrible de asistir á una guerra perpetua, sin saber si la inundación ó el volcán le arrebatrían sus hijos mil veces por milagros salvados á los tigres, y creciendo á duras penas entre la zozobra universal.

Dejemos esto aparte y vamos á la significación tradicional de nuestra Eva. En el concepto de los pueblos cristianos y bíblicos es la primera mujer, nuestra madre. La relación de los libros sacros tiene sencillez que verdaderamente pasma y enamora. Acabados cielos y tierra con todos sus ornamentos dióse al reposo el Hacedor Supremo. Nutriase de su propio jugo la recién creada campiña, pues ni agua lloran las nubes, manteniéndose todo por medio de un húmedo y refrescante vapor. Del agua y del barro mezclados, ó sea del producto de tal humedad, amasó Dios la estatua de nuestro material

organismo. Y ya formado el hombre de la tierra, y de la tierra verdaderamente roja, la vegetal, que para las plantas y su savia servía, infundióle con su soplo y su aliento un espíritu. En el huerto que había plantado como para su recreo puso Dios al hombre recién nacido. Veíanse por allí, en todas direcciones, árboles cargados de frutos bien sabrosos y de flores bien olientes. Entre los tales hallábase un árbol de la vida que ofrecía sombra benéfica, vivienda grata, regalado alimento. Pero también había un árbol de la ciencia. Probándolo se conocía el bien, pero también su contrario el mal. Además de los árboles había ríos allí que todo lo fecundaban y mantenían en lozano verdor. Aun estaba el hombre absorto en su contemplación primera cuando le prescribió Dios lo que hacer debía. Y díjole cómo quedaban á su merced y disposición todos los árboles, de los cuales podía comer á su gusto, con una sola excepción, la del árbol de la ciencia, completamente prohibido. Libre de suyo el hombre, podía, pero no debía probarlo. «Si comieres de sus frutos morirás sin remedio,» díjole Dios al hombre.

Como estrellas del cielo, aves del aire, vegetales del campo, especies animadas y cosas inanimadas del universo habían sido hechas para el hombre, prestáronle acatamiento, y el hombre les

dió en cambio su respectiva denominación. Pero hallóse Adán completamente solo, puesto que ninguna de las criaturas emparejaba con él ni podía ponerse á su lado. Necesitaba la compañía de un sér á él semejante, y vinole un sopor que le tendió en el suelo, y ya dormido, sacóle Dios una costilla, é hizo con ella, y alrededor de ella, una mujer. Adán reconocióla por suya y la llamó carne de su carne, hueso de sus huesos, y promulgó la fundamental y primitiva ley del amor declarándola superior á todas las leyes, pues por la mujer habría de abandonar el varón á su padre y á su madre. Desnudos Adán y Eva discurrían por aquel bienhadado jardín edénico, y no se avergonzaban á causa de haberlos como vestido la inocencia y no haber necesidad alguna de pudor, sólo permitido á quien puede caer en el vicio. He aquí presentada la creación del hombre y de la mujer como sustancialmente la contienen los sacros libros y la saben los pueblos judíos y cristianos en toda la redondez del planeta. Pero no le basta de ningún modo á la revelación darnos una idea del origen de nuestra especie; necesita darnos también una idea del origen de esa nefasta sombra que por doquier nos acompaña, gota de hiel puesta en las mieles de nuestra vida, noche y oscurecimiento del sol, oruga que babea sobre la virtud, ponzoña que maleficia y envenena toda

nuestra sangre, ó sea, el mal, de alta y difícilísima explicación.

El relato religioso continúa: con igual sencillez que ha explicado el origen de la especie humana, explica el origen de todo mal. Había entre los animales uno de astucia, la serpiente. Y se deslizó en el camino de la mujer, que vagaba por el edén. Y atajándola el paso con su rápido arrastre, fascinóla con sus fijos ojos y la dirigió la interrogación de «porqué la había Dios vedado uno entre los árboles.» Eva la contestó que podían comer de todos los otros. «Menos de ese, replicóle astuta la serpiente, porque si le gustarais, de seguro sabríais tanto como Dios.» Y cedió á la tentación Eva, comiendo con gusto del árbol defendido por la divina prohibición. Y después de haber comido ella, dióle también á su esposo para que lo catase. Apenas lo habían catado, la primer cosa que aprendieron fué su respectiva desnudez, y apenas habían aprendido su respectiva desnudez, el primer afecto que sintieron fué la vergüenza y el pudor. En tal estado retumbó la voz divina en los espacios á manera de trueno. Sobrecogidos los desobedientes de terror, corrieron al tronco de los árboles en busca de un refugio, ambos á dos corridos y dolientes. Dios preguntó por el hombre con pregunta de verdadera reconvención. El hombre salió todo conturbado con verdadera ver-

güenza después de haber vacilado mucho. Y como Dios le demandase por qué había tardado tanto, opúsole como excusa la desnudez. Y maravillóse Dios de que supiese y entendiéndose de hallarse desnudo, estado incomprendible para él, sin haber catado el árbol prohibido. Confesó Adán su culpa, mas excusándola con su mujer. Volvióse airado á Eva Dios, y Eva excusóse por su parte con la serpiente. Maldijo Dios á la serpiente, condenándola desde aquel entonces á un perpetuo arrastre por los suelos. Y luego condenó la mujer á parir con dolores. Y luego condenó al hombre á trabajar con esfuerzo. Y luego condenó el mundo á producir abrojos. Y luego llamó á todos vil polvo de la tierra y les dijo como en torbellinos polvorientos y nubes habían de convertirse al cabo. Y Adán se llamó el hombre, que quiere decir tanto como formado y compuesto de la tierra húmeda roja. Y Eva se llamó la mujer, que quiere decir, madre de todos los vivientes humanos. Vistiéronse Adán y Eva de pieles para ocultar sus desnudeces. Y Dios añadió al castigo el sarcasmo rearguyéndoles que ya como él resultaban sabedores del bien y del mal. Y los extrajo del ocio en que habían estado sobre su Paraíso para entregarlos á cultivar la tierra con trabajo y con trabajos. Una flamígera espada guardó para siempre aquel edén jamás por la humanidad revisto. En se-

guida parió Eva con dolor, como le había Dios anunciado. Y tuvo dos hijos, Caín y Abel. Consagróse uno al pastoreo y otro al cultivo. Y cada cual ofreció á Dios en las aras sendos presentes de sus respectivas cosechas. Dió Caín sus frutos y Adán sus recentales. Dios fué más propicio á la ofrenda propia de Abel que á la ofrenda propia de Caín. Y éste, muy encelado, se levantó y mató al pobre Abel. Por vez primera pudo ver Eva la muerte, y la muerte más terrible, la muerte de su hijo. Y Dios preguntóle á Caín qué había hecho de su hermano. Y Caín respondióle que no debía creerle de su hermano guarda ó custodio. Y Dios le maldijo. Y maldijo á la tierra por él cultivada. Y le condenó á vivir para que llevase consigo el remordimiento. Y Caín anduvo nómada por el mundo con la carga de su pecado sobre la espalda y de su remordimiento sobre la conciencia. Desde aquella sazón reinó el mal sobre la tierra.

Tal relato se ha ido extendiendo, sin perder las fundamentales nociones, de siglo en siglo, y ampliando, así en la poesía como en la historia. El universo mundo, sin un pensamiento que lo conociera, sin un espíritu que lo habitara, sin un amor capaz de renovarlo, parecíase á un jeroglífico sin explicación y comentario. Lámparas encendidas al acaso los astros, inútiles adornos las plantas, he-

churas del capricho lanzados á la casualidad todos los vivientes, para coronarlos y resumirlos faltaba una síntesis. El espacio inmenso necesitaba para poblar su soledad infinita de algo más que la luz, de la idea, y necesitaba el Océano de algún movimiento superior al movimiento de sus olas y de sus huracanes, del humano impulso. Luz, aires, aguas, y no espíritu, compuestos inútiles, confinantes con la nada y próximos á evaporarse por completo en lo vacío. No importaba cosa la bella figura esférica del planeta, ni el calor irradiado por todos sus átomos, parecidos á corpúsculos de alma luz, ni las corrientes magnéticas lanzadas como efluvios de amor en sus venas hondísimas, ni los rubíes de las auroras boreales, ni los brillantes de las nieves perpetuas puestos como diademas en sus polos, ni el manto azul de sus mares por argénteas espumas recamados, ni el bordado de sus selvas floridas y fructíferas, ni los metales preciosos de sus entrañas, ni las urnas fecundadoras de sus montes; todo aquello no tenía una voz matizada por una idea que le diese como el necesario Verbo, y una conciencia donde ascender á espiritual unidad. El Océano se revolvía solo, mugiendo sobre sus abismos. Los volcanes á nadie calentaban con sus columnas de fuego. Los minerales, y sus estrias brillantes, y sus cristalizaciones varias, esplendían tan

sólo para sí mismos. Perdíase la savia de los canipós y el aroma de las flores, como el incienso en templo de todo Dios destituido. En vano las abejas fluían miel y atrojaban las hormigas simientes. En vano el verde lagarto corría sobre las piedras y el pez multicolor bajo las aguas. El buey no tenía quien lo atase al yugo pródigo, ni el caballo quien lo montase para la carrera vertiginosa. Ofrecía inútilmente su lomo el camello á la carga, y el avestruz para nada quería sus alas y sus fuerzas resistentes. Piaban las avecillas en su nido, formando éoros inútiles, y dirigía el ruiseñor su serenata de amor á su compañera, sin que ningún sér superior la oyese y anotase como una profecía del arte. Las cosas sin las ideas, en sí ó sobre sí, parecíanse á soles sin luz, rodando, como átomos producidos por la ruina universal, en torbellinos negros, á los abismos sin fondo.

Dios, todo amor, no había estado solo jamás en la eternidad. El Verbo y el Espíritu habían coexistido eternamente con él. Antes que la creación material produjo la creación angélica. De la oscuridad se habían desceñido, cual de la oruga se desceñe pintado volador insecto, los ángeles, con sus túnicas de todos colores en el cuerpo, sus nubes áureas en las sienas, sus alas en las espaldas, sus lirás de vibrantes cuerdas en las manos, sus sanda-

lias de iris en los piés, volando en el éter infinito que se avivaba encendido á su contacto y produciendo un coro en cuyas notas surgían mundos y más mundos en la inmensidad. Ellos habían extendido, como áurea gasa transparente y sin fin, la primera luz immaculada; ellos habían entrevisto los arquetipos de las cosas en el santuario de la mente divina; ellos habían llevado en sus manos la chispa vivificante que iluminara y encendiera soles de soles en lo vacío; ellos habían lanzado á rodar los orbes en sus elipses y habían oído el concierto que forman todas las esferas con la sinfonía que producen las notas luminosas de todos los mundos. En esos infinitos arenales de luminosas estrellas necesitábase un enjambre de ideas, así como existía en la eternidad y en la gloria otro enjambre de ángeles. Importaba poco el sitio recóndito donde la idea pudiera tener su arribo, y el sér, más ó menos frágil, donde la idea prendiera. Tantos y tantos seres como producían instintivas plegarias, unos con sus rayos, otros con sus voces, éstos con sus aromas, aquéllos con sus vuelos, necesitaban á una del sér superior, del sacerdote, del intérprete, del intermediario, en quien todas estas plegarias debían recibir su verdadero sentido y tomar su verdadera dirección. No bastaban las creaciones angélicas; había menester el universo, aun sin alma, la humana crea-

ción. Los arquetipos divinos, ocultos en la inteligencia creadora, no bastaban á la perfección del conjunto; necesitábase como intermediario entre todos los seres, como luz esclareciendo todas las cosas, como algo interior al universo mundo, el humano pensamiento, de suyo parecido al creador Verbo. Dígase cuanto se quiera, todo está hecho por la luz, y toda luz está en sí animada por la idea. Cuando nos dicen que somos osificado barro, nosotros debemos decir que también el barro es luz condensada. Y esa luz lleva en su éter misterioso un pensamiento, y este pensamiento brota del cuerpo que más brilla, que más puede, que más alcanza, que más vivifica, que más reza, que más ama, entre todos los seres creados, del humano cerebro, quien, pensando, repite y refleja en su pensamiento á Dios. Por eso esta gran trilogía, la creación angélica, la creación material y la creación humana se confunden y se identifican en su Hacedor, en su Verbo, en su Dios, en el Eterno.

Según la universal tradición cristiana, Dios ha creado un edén. El rayo de la primera aurora brilla sobre su seno; el aire, puro y transparente, no lleva en sus giros ningún miasma viciado; savia immaculada se dilata por las campiñas vírgenes; flores y frutos espontáneos penden de los árboles que respiran y aspiran sin esfuerzo vivificadores efluvios;

los animales, animados por una sangre no corroida de ninguna enfermedad, triscan regocijados y contentos; las aves no se comen las unas á las otras; ni producen disonancias con sus voces discordes; antes bien, tendidas todas en el aire y concertadas en coro sin fin, añaden sus melodiosos acentos á las universales armonías; el reptil no tiene ponzoña, ni el bruto carnícera crueldad, ni sér ninguno busca la noche, porque no hay en semejante primavera de la tierra, en tamaña inocencia de la vida, en esta niñez ó infancia de todos los seres, en este universal encanto, ni odio ni guerra, y desde la semilla hasta la raíz, y desde la raíz hasta la flor, y desde la flor hasta la mariposa, y desde la mariposa hasta el águila, y desde el águila hasta la luna, y desde la luna hasta el planeta, y desde el planeta hasta la estrella, y desde la estrella y sus resplandores hasta el sol y su calor; y desde el sol hasta Dios, todo se armoniza y enlaza en el amor esparcido como un éter misterioso por la inmensidad. No rugía entonces el carnícero león, ni maullaba el tigre, ni escupía veneno la serpiente, ni resoplaba la tempestad, ni el milano ejercía sus uñas, porque todo estaba cerca de la creadora palabra recién caída de los labios del Criador. El Paraíso, en las proximidades al inevitable arribo del hombre, significaba un mundo naciente sin aso-

mo de mal ninguno y un alma en sus albores sin culpa y sin error.

La vida se dilataba según sus leyes cuando el hombre venía como para concentrarla y resumirla en su pensamiento. Como el sistema solar no podría ser sin el sol, el mundo terrestre no podría ser sin el hombre. Así compendiaba toda la creación. En sus ojos esplendía el éter, en su cuerpo entraba el mineral, en su vida por el aliento y por la respiración se relacionaba con la vida vegetal, todas las fuerzas cósmicas empujaban sus músculos, toda la electricidad se difundía por sus nervios, las sustancias y las esencias refluían en su corazón, y si por su sensibilidad amaba y por su voluntad quería, dueño de sí mismo, soberano sobre su sér, á virtud y eficacia de su albedrío completamente libre, por la razón, por la idea, superaba quizás á los ángeles y se confundía con su Dios. Así todo estaba perfecto y consumado cuando apareció el hombre al llamamiento del divino Verbo. La nada se abría como un abismo á sus plantas en aquella hora en que pasaba del ser al no ser; agarrábanse á la tierra sus plantas como dos raíces y extendíanse á las alturas como dos ramas sus brazos; latía el pecho gozoso con la fácil respiración primera, como se animaban sus arterias con el golpe de su sangre caliente; la combustión de la vida en sus pulmones y el movi-

miento de su corazón resultaban placer infinito; sonreían sus labios como si quisieran besarlo todo, y abríanse las narices á los efluvios de todas las flores edénicas; sobre su faz transparentábase algo superior á la vida material, transparentábase la palabra, y sobre su cabeza, de forma esférica cual cielos y horizontes, lucía una luz muy superior á todos los soles encendidos en el espacio, la luz deslumbradora de su idea.

Por tal manera el hombre se sobreponía con su palabra y con su pensamiento al mundo que había de crearlo alguna vez obra, ó por lo menos, representación suya. Pero en este momento de su primera creación, la inocencia del hombre consistía en confundirse casi con la naturaleza, como se confunde todo niño con su madre, y no apartarse de la naturaleza, como no se aparta el niño de los regazos y de los pechos que lo abrigan y que lo nutren. Al surgir en el edén debía limitar todas sus aspiraciones, y las limitó, á gozar de la vida. Así llegó á creer que no había en el universo ningún enemigo suyo. Miraban los ojos al cielo sin hallar obstáculos. El aliento ascendía como nube de oloroso incienso á lo infinito. Bajábanse las ramas de los árboles para que cogiese los frutos, y llovían sus pétalos las flores como para enredarse por su cabellera olorosa. El fiero león lamíale los piés y el águila formaba

con sus alas como solio sobre la humana frente. Enjambres de abejas le traían miel, y nubes de mariposas le sonrosaban el ambiente. Los prados se mullían más y más para ofrecerle asiento y lecho, mientras las auras á una se aromaban para besar sus labios. El alma del hombre sin las sombras de la duda, sin el oleaje de los deseos, sin el huracán de las pasiones, parecíase á lagos de agua transparentes y cristalinas, de color azul perla, de superficie serena, de tranquilo engarce que, montado á guisa de gigantesca turquesa en la montura de colinas coronadas por jardines floridos y olientes, retrata con todos los objetos bellísimos en sus orillas diseminados los cielos y la luz.

El hombre recién creado debía sentirse muy solo. A pesar del placer que le procuraba la primer ebullición de su vida, aquejábale una deficiencia incomprendible.

Doquier volviese los ojos, revelábale con revelación clarísima la universalidad de las cosas el amor, en que todas se avivan y esclarecen. Amor la cohesión que mantienen las moléculas, amor las misteriosas afinidades entre los seres, amor las atracciones de los mundos, amor el beso melancólico de las lunas á sus planetas, amor el emparejamiento de las aves, amor el gorgojo de los nidos, amor la propensión que junta las especies y las re-

produce y las conserva; tal fuerza misteriosa debía entrar en su pecho como todas las fuerzas vitales y despertar en él un anhelo que, de no satisfacerse y saciarse, rompiera y desconcertara las dulces armonías del edén. A tal necesidad ocurrió pródigo el mismo Dios que le había criado. Un sopor sobrecogió al primer hombre cuando se acercaba la hora de que las formas revestidas por el universo llegarán a completarse con la hermosura perfecta. Venía sobre la realidad la ilusión y la esperanza. Entre los coros de tantos sonidos como compone la música universal, debía oírse la voz melodiosa por excelencia. La razón, condensada en la frente de Adán, había de completarse por fuerza con la inspiración y con el sentimiento. Los seres todos aguardaban esta nueva pincelada en el cuadro inmenso de la vida, este nuevo plectro en las cuerdas armoniosísimas del arpa de todos los sonidos, este matiz en el alma luz, esta belleza completando el bellísimo encaje de las formas. Así el sopor de Adán se asemejaba en tan supremo instante á una embriaguez producida por la sobreexcitación del sér enardecido por los presentimientos del amor, indispensable á la vida.

Y surgió Eva, so florido árbol, junto á murmurador arroyo, sobre verde césped, de pie como una estatua colocada en el altar de la naturaleza, palpi-

tante su seno, plácido como noche de luna su rostro, las albas carnes jaspeadas por las azules venas, el cabello caído como una cascada de luz sobre sus hombros, absortos los ojos en las contemplaciones del amor humano que coincide con su aparición sobre la tierra, vibrantes de melodías los labios, sonrosada como la flor más bella, de proporciones armoniosísimas cual no se han conocido en sér alguno, magnetizada de castísima voluptuosidad, circuída de ilusiones y esperanzas, más hermosa que todos los ensueños de la fantasía y más vivificadora que todos los soles del espacio. Al verla, no podía creer á sus propios ojos Adán. Era la mitad del sér suyo; pero la mitad más hermosa. La vida humana centuplicó sus fuerzas. El puro beso que resonó en los espacios llevaba promesas y esperanzas de perpetuidad para la especie hermosísima que venía, en tan supremo instante, á ser corona de la creación entera. Al rayo de aquel mirar entre ambos amantes, los seres todos sintieron exaltarse dentro de cada cual su vida. Llenáronse los aires de polen mandado por unas plantas á otras plantas en amorosos efluvios; encendiéronse desde los astros hasta los nidos; el ruiseñor cantó con mayores gorgeos y el árbol llovió flores, y las flores pistilos y pétalos aromados en aquel espasmo universal. Diríase que la luz brillaba más, que más vivía la vida, que so-

naban los rumores del universo con armonías no aprendidas hasta entonces, que los átomos, hasta los más fríos, se asemejaban á moléculas del sol, que todo era más, que todo valía y podía más, al aparecer, con aquella venida celestial de la mujer, en la vida humana el amor.

Si todos los seres al amor humano se regocijaban, imaginaos cómo se regocijaría el corazón de Adán. Una plegaria purísima de inmenso agradecimiento, por haberse completado así la vida, surgió del alma de los esposos. Había llegado la esperanza en el tiempo, la ilusión en el sentimiento, la estrella ideal en el alma, el suspiro vivificador, el cantar sublime, la compañera del hombre, la sacerdotisa del universo, el ritmo y la cadencia de todas las cosas, la fe que cree, la intuición que adivina, el oráculo que profetiza, el bálsamo que consuela, en fin, la mujer amante y amada. ¿Qué más podía desear el hombre? El aire respirable le nutría, el calor diurno le animaba, vestía su desnudez con la inocencia, el amor estaba satisfecho, el corazón de ilusiones henchido, incontestada la soberanía suya sobre todos los seres criados, los cielos transparentes á sus ojos, el éter sin ocasos ni sombras, el alma sin deseos, el pecho sin ambiciones, y las ideas, al contacto de aquel amor, convirtiéndose todas en mística nube, cual el incienso al contacto del fuego.

Su felicidad no estaba sólo en sí mismo; extendíase á todos los seres, dilatábase por todo el universo. La tierra palpitaba también y florecía como esos árboles engalanados al aliento del tibio Abril. Los montes se coronaban de selvas bienhadadas, y henchíanse las selvas de regalados frutos. Templábase la excesiva luz en las ramas de los bosques, y el calor excesivo en las evaporaciones del arroyo y del lago. Los animales, inocentes como el hombre, no habían menester esas batallas por la vida que ahora ensangrientan la tierra. Todo era concierto, y concierto amoroso, expresado en cromáticas escalas sin término y sin fin.

Pero ¡ay! que se ocultaba el mal en los senos de la naturaleza humana. Para no haber tropezado en él, necesitábase un sér tan perfecto como Dios mismo. Sólo quien tiene plenitud de vida, plenitud de ciencia, plenitud de libertad, puede tener plenitud de bien. O no había nacido el hombre con los achaques propios á su limitación y á su contingencia, ó había nacido para saber las cosas por la contradicción, para conseguirlas por el combate, para mezclarlas con el mal. No consistía la inocencia de Adán y Eva en que no existiera de ningún modo allá en su Paraíso el mal; guardábalo, cual nos ha enseñado la historia bíblica, el árbol de los árboles, el árbol de la ciencia. En lo que principalmente

consistía el carácter inocente del Adán paradisiaco era en su ignorancia del mal. No lo sabía; pero el mal allí estaba. Las leyes del universo resultan inmutables, como el supremo legislador que las diera; mas las cosas universales, sin excepción alguna, perecederas, transitorias, contingentes, limitadas, llevando en sí, por ende, la descomposición y la muerte. Un mundo inerte y fatal nos rodea. Pues en ese mundo está el mal. Una creación angélica se ha sobrepuesto en todas las teologías cristianas á la que pudiéramos llamar creación del hombre. Pues en los coros angélicos entró con Luzbel también esta sombra de mal que persigue así á las estrellas como á las conciencias. Al orden universal no hemos llegado en la tierra sino tras inevitables catástrofes. Las especies guerrear entre sí con odio inextinguible. Los grados varios de la vida pasan por enfermedades necesarias. A veces la superioridad misma resulta un mal. Sufren desde las plantas á los animales. Donde comienza la sensibilidad, allí comienza el dolor. Nuestra naturaleza física está sometida sin remedio á enfermedades sin cuento. Nuestra naturaleza moral se halla circuida por halagos que la conducen al vicio. Dudas y errores asaltan á cada paso nuestra naturaleza intelectual. El amor pasará de inextinguible sed á torvo desengaño. La curiosidad infinita de saber no se verá

nunca saciada. Llenaréis con lo infinito el deseo y no se habrá satisfecho. Con aspiraciones á dioses mezclamos nuestra naturaleza de bestias. La imaginación toma sus alas al ángel y el cuerpo sus instintos al bruto. Por consecuencia, el mal estaba tanto en el Paraíso como fuera del Paraíso. Al hombre, á sus ojos, ocultáransele, en aquellas primeras alegrías del sér y de la vida, su propia inocencia. Él ignoraba que las abejas, de cuyos vibrantes áureos cuerpos recibía mieles parecidas á luz liquificada, guardasen aguijones para clavarlos en sus carnes y enardecer su sangre. Creía manso como un cordero al feroz león, é inocente como una paloma la venenosa culebra. En su ignorancia, producida por la natural niñez de nuestra especie recién creada, hallábase tan sereno y tranquilo en brazos de la naturaleza como el niño en su cuna, en aquella cuna donde no sabe nada. Pero así que deseó conocer, ó no llegaba de ningún modo á la impresión más rudimentaria del saber más primitivo, ó tenía que cerciorarse por fuerza, por necesidad, irremisible, fatalmente, de la existencia del mal. Este mal, que se llamaba Luzbel allá en el cielo, se llama Satanás aquí en el mundo.

La teología que dió al mal este nombre de Satanás, dió á Satanás la forma de serpiente y enroscóla en los árboles del edén. O no existía el mal, ó esta-

ba forzado por su naturaleza misma, por su envidia, el peor de todos los vicios, á volcar sobre aquel Paraíso de la inocencia el infierno con todas sus maldades. La imaginación humana se ha figurado al mal en formas diversas á cual más extraña y deforme. Lo ha puesto como una mosca prendida en telaraña inmensa con pezuñas y cuernos de cabrito, con alas de murciélago, con ojos de lechuza, la boca sumida en las quijadas sin dientes y convulsa por una carcajada sardónica, todo él agitado á los estremecimientos epilépticos del odio. Aquel dolor que nunca cede, aquella desesperación incapacitada para siempre de hallar ni olvido, ni sueño, ni reposo, las lágrimas de fuego que no podrán evaporarse, los hervores de un corazón desgarrado que no podrán extinguirse, carnes ígneas pegadas á huesos calcinados, la sangre circulando en guisa de plomo derretido, transiciones del calor al frío, recuerdos de la perdida grandeza, el deseo y la burla de lo infinito, la fealdad asquerosa con el conocimiento de la hermosura perfecta, el amor trocado en voluptuosidad insaciable unida con invencible impotencia, el odio á todo, y aun á sí, lo más odioso para él mismo, la duda de cuanto existe y piensa menos del mal, y ni siquiera la muerte: he ahí Satanás. ¡Cuántas veces llamaría en sus arrebatos á la nada para que se lo tragase! ¡Cuántas veces

blasfemaría de Dios por haberle puesto á los piés, como á un forzado su grillete, la cadena del límite! Ya le preguntaría por qué no lo hizo uno con él mismo. Ya le imputaría su propia culpa. Y así, volviéndose á la creación del hombre, propondríase perturbarla porque, ó el Paraíso era el cielo mismo en esencia, ó el Paraíso, como todas las cosas contingentes, confinaba por algún lado con el infierno.

Eva iba sola y desnuda por el edén recibiendo en su hermoso cuerpo los efluvios de vida que la mandaban todos los seres, cual se mandan sus rayos de luz entre sí los astros en lo infinito. Aquella su figura consonante con la floescencia universal, aquel su cuerpo realzado por la casta desnudez de las formas, aquella su serenidad y su inocencia hubieran vencido á otro que no fuera el mal en esencia y héchole retroceder en sus propósitos de perderla. Pero Satanás, que se gloriaba, en su vana soberbia, de almacenar los venenos de las víboras frente á los dulzores de las abejas, aglomerar sudarios de tinieblas para envolver soles del espacio, perseguir á los ángeles con monstruos y endriagos en caza y en guerra perpetuas, acechó á la mujer para herirla con el arpón de su áspid, imposibilitado como estaba el infeliz de amar. ¡Cuán hermosa! Desde la extensa frente hasta los diminutos piés,

desde los globos etéreos de sus ojos hasta los globos carnales de sus pechos, desde su aliento, que aromaba las flores mismas, hasta su alma, que resplandecía en todo su sér, desde la música de su voz hasta las sedas de sus cabellos, todo en la hermosa mujer immaculada resplandecía con luz indecible y revelaba perfecta felicidad. Satanás, para prenderla en sus redes, quiso embriagarla con sus palabras, y llamóla tan pura como bella. En el Paraíso mismo, en la inocencia todavía sin sombras, mucho antes del pecado, la mujer se detuvo al reclamo del requiebro, que tan de antiguo van unidas en el mundo las gracias con las vanidades. Viéndola ya detenida sin recelo en su presencia y atenta con cuidado á sus sugerencias, Satanás debió continuar requiriéndola de bella y mostrándola cómo no había en la creación línea ninguna cual su rostro, ni luz cual aquella que despedían sus miradas. Un sentimiento de repulsión debió asaltar á Eva después de haber contemplado un poco á su enemiga. Aunque envueltos en su ignorancia, y por ende ocultos á su penetración los seres todos, ninguno podía parecerle ni feo ni malo; un seguro instinto de natural conservación y defensa, debió advertirla con alguna confusión, pero también con alguna fuerza, el peligro, y preservarla por breves momentos de rendirse á sus asechanzas. Viendo Satanás esta per-

plejidad, redobló sus halagos, repitiéndola con insistencia en palabras, á cual más halagüeñas, cuánta hermosura guardaba en su persona. Eva, estática y fuera de sí, corroboraba en el próximo lago, que repetía como un espejo su figura, cuanto la afirmaba el demonio, absorta en su atender á tantos requiebros y en su mirar contemplativo de las propias gracias y ventajas. Oír las seducciones, regalar y relamerse con ellas, desconocer la hiel venenosa guardada en el halago tierno, seguir la fascinación pasivamente y rendirse á su imperio con sumisión, aunque á tal estado del ánimo no se acompañe acción efectiva ninguna, como propende ya de suyo al abismo donde se halla la perdición irremisible.

Viéndola ya enredada en los lazos de la tentación, hablóla Satanás de lo que faltaba con indudable deficiencia en su estado perfecto y en su immaculada pureza. No había en el universo un sér tan hermoso como ella, en los decires de Satanás, ni la paloma parecía tan alba como su piel, ni el ruiseñor tan melodioso como su voz, ni el arroyo tan ondulante como su seno; mas la faltaba en su dicha el conocimiento perfecto de todo un lado de las cosas. Ignoraba la mitad completa del sér y de la vida. No sabía Eva el amor, porque tampoco el odio; ni el placer, porque tampoco la pena; ni el

descanso, porque tampoco la fatiga; ni la verdad, porque tampoco la duda; ni el bien, porque tampoco el mal. Reducida, en la cuna de su edén, á espacio breve, donde no habitaban inquietudes ni satisfacciones, desconocía cómo hay un espacio infinito, más cometas que plumas tienen todas las aves, más mundos que arenas todas las playas, más soles que gotas los lagos. La curiosidad iba despertándose allá en la mente de nuestra primera madre según y conforme iba Satanás diciéndola todas estas seductoras especies. Pero la curiosidad, digan cuanto quieran sus enemigos, no podía mover tanto á Eva como el amor. En Adán se reunía para ella el universo. Pues, taimado Satanás, hablóla de su Adán, en palabras conducentes á la perdición más segura. Adán, la decía, hoy menos que tú, debe llegar, si quieres, al primero entre los seres. El cielo debería dormir á sus plantas como un lago. Las estrellas deberían ir á sus labios como van á las flores abejas y mariposas. Los soles deberían seguirle como ahora le siguen los corderos. Las esferas celestes debían enroscarse como serpientes de luz en sus brazos, y seríais los dos como verdaderos dioses. La luna, por sí misma, engarzaríase con placer en las ruedas del carro donde fuerais á visitar los mundos. Juntos, añadía, entregados mutuamente á vuestros dos corazones, teniendo por lecho lo infinito, senti-

ríais un amor inmenso, ardoroso, inexplicable, un amor de todo el sér, de toda la vida, que animaría con un volcán de placeres cada cual de los átomos en vuestro cuerpo, que concentraría en vuestros besos toda la fiebre de la vida universal, llegando así á obtener fuerza creadora tan grande como la misma divina fuerza que os ha creado y os ha producido á vosotros. Y entonces, lejos de tener un límite, lo pondríais á la eterna esencia; romperíais las relaciones entre los seres, sustituyéndolas con vuestra voluntad y vuestro amor; apartaríais el mundo de su causa, dándole la eternidad de vuestra vida propia; colgaríais las estrellas á vuestro antojo en la inmensidad para que alumbrasen la cama de vuestros placeres; haríais de las notas de los mundos música reservada tan sólo para nuestros oídos; apagaríais, cuando quisierais, para mayor divertimento, á vuestro soplo, la luz; y encerrados en vuestro amor egoísta, en vuestra soberbia sin igual, dueños de la omniencia y de la omnipotencia, colocados en el centro de todas las creaciones, dejando la pureza, que respecto á vuestro poder futuro sólo puede compararse con la humilde larva respecto de la regocijada mariposa, formaríais, cuando quisierais, otro mundo; porque resolviéndoos, solos, solos, seríais los tiranos del universo, y aplastaríais, bajo vuestras plantas, la corona de Dios.

Mientras Satanás quiso tentar tan sólo á Eva, y ofrecer á Eva solamente las ventajas de su culpa, Eva le oyó, pero supo resistirse al peligroso halago. Mas en cuanto la prometió que su esposo llegaría en una transformación inevitable á Dios, quiso entrever el medio de llegar á tal fin. Le amaba con su ardiente corazón, y todo la parecía poco para él. Por consiguiente, la idea de hacerlo Dios tentaba y mucho á su amor. Pensó que no debía quererle si no trataba de alzarlo sobre todas las cosas creadas é increadas, y se resolvió, en la ceguera de su amor, á darle tal muestra de su pasión. La mujer no se perdió, pues, por curiosidad, como dicen sus enemigos; no se perdió por ambición, ajena, de todo en todo, á su pecho; perdióse por amor. En cuanto supo que Adán podía tener mayor felicidad, sintió el deseo de granjársela, y á este deseo sacrificó ¡cuánta! su felicidad y su inocencia. Decirla Satanás cuánto podía prometerse de sí misma, y preguntarle cómo procedería, fué obra de un minuto. El demonio la observó que todos los árboles del edén estaban á su disposición, menos uno, y picóle así la curiosidad natural de gustarlo. Díjola, tras esto, cómo aquel árbol guardaba en su fruta la ciencia del mal y del bien. Añadióla, tras esta noticia, que, arrancando la fruta y mordiéndola, podía tener la visión perfecta del universo y un poder so-

bre sus senos y sobre sus seres tan grande como el poder de Dios mismo. Eva, en aquel momento supremo, sólo vió la omnisciencia y la omnipotencia para su esposo. La ceguera de su amor le ocultó el desacato que cometía contra su Dios y el castigo que pudiera sobre sí traer este desacato. Como el amor á su esposo era en ella el amor á todos los seres, creía no faltar á ninguno, exaltándolo hasta deificarlo. Dios mismo no podía, de ningún modo, argüirla por un amor que había puesto él en su pecho. Así, con pocas sugerencias de la serpiente astuta y venenosa tuvo harto motivo para moverse y persuadirse á cometer su pecado, gustando la fruta del mal y del bien, prohibida por Dios, y por Dios puesta en el solo árbol defendido á sus manos. La fruta debía tener ya todas las mágicas apariencias del vicio. Trascendería su olor á todas partes. Brillaría con brillo incomparable á los ojos. Susurrarían las ramas, de donde colgaba, con músico susurro. Parecería delicada y tenue á la mano. Si la vista, si el oído, si el olfato, si el tacto mismo podían holgarse á una con ella, ¿por qué no el gusto? Eva probó la fruta y la compartió con Adán. Encontráronla muy acerba los dos. Si Eva hubiera podido ver cómo la rampante culebra erguía sus anillos al estremecimiento del placer y se lanzaba en lo profundo, contando á todos los males cómo



el hombre acababa de penetrar en sus dominios y de rendirles tributo y vasallaje, comprendiera toda la enormidad terrible del pecado que había cometido y alcanzara toda la pesadumbre incalculable de la pena que la reservaba el cielo.

En efecto, ya eran mucho más sabios, pero también mucho más desgraciados. Conocían el mal, que antes ignoraran, y experimentábanlo en su propio ser. Un frío desconocido sacudió sus nervios y sus carnes. Subióles al rostro la vergüenza de su desnudez y al espíritu el remordimiento de su culpa. La voz del Eterno, que había sonado melodiosa entre las ramas del edén, retumbó, cual fragorosisimo trueno de nube incendiada por electricidad ardiente y chispeante. El hálito del pecado llegó hasta los senos del cielo y oscureció hasta los resplandores del sol. Aquellos dos esposos comenzaron por querer ocultar su remordimiento. Así entraban en las cavernas, y en las cavernas lo veían como fosforescente mirar de ave nocturna. Cavaban un hoyo para enterrarlo, y cuanto más dentro querían hundirlo, más se agrandaba en proporciones y más fosforecía con siniestros centelleos. Llevábanlo, infelices, en su conciencia. La gota del mal quedaba ya mezclada como levadura inseparable de la vida. Sintió Adán cómo los elementos que se le habían sometido en el Paraiso ahora se sublevaban todos

á una en su contra y le disputaban la soberanía. Eva sintió toda su debilidad, agravada por la delicadeza de su complexión, y se acogió al regazo de Adán para sostenerse y ampararse. En efecto, alrededor de las estrellas veíanse los siniestros círculos de sus noches, bajaban las nubes de lo alto cual bandadas múltiples de carniceras aves, el huracán rugía en todas direcciones abofeteando la faz humana, azotaba el rayo las espaldas trémulas con sus chasqueantes latigazos, estremecíase la tierra en sacudimientos continuos, y mientras las montañas saltaban como si las lanzasen á los aires el estallido y explosión de cien volcanes, bostezaban los cielos profundos y se abrían bajo las plantas del hombre y de su triste compañera insondables abismos. Como todos los desgraciados, no habían advertido Adán y Eva en los primeros momentos la intensidad horrible de sus males. Y aquellos leones, que antes les lamían los piés, enseñábanles ahora sus garras; y aquellas avecillas, que les regalaran el oído, trocábanse todas en buhos y lechuzas; y aquellos elefantes, que les ponían entonces á los piés de rodillas su lomo, ahora les oponían su trompa; y el tigre, que antes jugueteaba como doméstico gato, ahora sentía los carniceros instintos que le llevaban á devorar las humanas carnes y á beber la humana sangre.

Poesía ó religión, dogma ó arte, ciencia ó tradiciones, historia ó leyenda, el oriente horrible del mal en la vida interesa por todo extremo al hombre y crea en todas las teogonías, y entre todos los pueblos, tipos muy semejantes á los sendos tipos de Adán y Eva, expulsados del Paraíso y sometidos al mal, es decir, expulsados de su inocencia, de su ignorancia, de sus respectivas cunas y sometidos al horrible y desgraciado mundo. ¡Cuán siniestra revelación la de que necesita la tierra ser consumida por el vegetal, y el vegetal por los animales, y los animales destrozados entre sí en guerra perdurable y atroz para poder sostenerse la pirámide cruenta del mundo y concertarse las esferas de la vida! ¡Cuán terrible revelación la del ave carnicera, para quien creía todas las aves canoras; la del bruto feroz, para quien creía todas las especies sumisas; la del reptil venenoso, para quien creía todos los seres buenos; la del mono burlón, para quien contaba con el respeto universal! Erizos presentando sus espinas, musarañas en montones de inmundicia, gusanos que salen de las hojas podridas, topos que se ahogan en ríos cenagosos, bandadas de murciélagos que fingen oscuras nubes en el horizonte manchado, osos hambrientos que saltan de roca en roca devorándose unos á otros y tiñendo todos con su sangre los témpanos de hielo, panteras mancha-

das que hacen resonar con sus aullidos las cavernas, sapos que saltan entre los piés, cocodrilos aquejados de hambre voraz, aves de rapiña que vuelan sobre la frente asombrada, víboras que agujonean sus áspides, serpientes que vibran sus látigos, quejidos, lágrimas, resuellos, estertores, he ahí todo cuanto al Adán de la tradición se le presentaba y ofrecía en la hora nefasta de su salida del Paraíso. En vano Eva pedía con grandes instancias auxilio á los animales que había visto vagar tranquilos por el Paraíso: todos estaban á una sublevados en la tierra convulsa y subvertida. En vano levantaba los brazos al cielo, sordo el cielo á su clamor y á su plegaria. El horizonte se había encapotado con bien espeso y negro sudario. La universal y serena luz de antes habíase trocado en el centelleo de los relámpagos y en el estallido de truenos y de rayos. Cualquiera hubiese dicho que los remordimientos de aquellos dos seres se reflejaban en el espacio. Eva retorció sus brazos al dolor mientras Adán lo guardaba en el abismo de su silencio. El hambre y la vergüenza los atormentaba con terribles tormentos. No hubieran vivido si árbol piadoso no les prestase algún fruto mejor que aquel mordido en su edén. Cada caverna donde pudieran guarecerse tenía un bruto feroz, cada repliegue del suelo una víbora, cada onda de los ríos un caimán; insectos veneno-

mp  
 sos á guisa de animados átomos henchían los aires y aves carniceras en manadas graznaban por los cielos casi negros y entre las nubes tonantes.

¿Qué consuelo podía quedar al hombre? ¿Qué asilo? ¿Qué refugio? Sobre todo, ¿cómo sobreviviría la mujer? Imaginaos la delicada Eva en abierta lucha con todas aquellas enfurecidas especies, imagináosla, y se os partirá el alma. Pero, de súbito, siente grande alegría interior nuestra primera madre, una indecible alegría. A cierta palpitación de sus entrañas habíasele como esclarecido la mente, como avivado el corazón. Su sangre latía con mayor fuerza en las sienes, respiraban sus pulmones con mayor facilidad en el pecho. La exaltación de su dolor habíase convertido en exaltación de regocijo. ¿Por qué? Porque sentía en su seno un nuevo sér, y la presentida existencia de éste la daba fuerzas para vivir y para luchar. Iba, con auxilio del cielo, á ser en el mundo subvertido, lo que nunca fuera en el edén sereno. Iba la infeliz á ser madre. Toda la vida intensa y secular de nuestra especie se reconcentraba en aquel diminuto sér de su seno, germen precioso de la futura humanidad. El primer salto que había dado en sus entrañas la inundaba con una felicidad, siquier mezclada de dolor, como nunca sintírala igual en los conciertos del edén. Lo primero

que la trajo la desconocida y esperada criatura fué deseo de vivir, sí, de vivir para ella. Lo segundo, una confianza sobrenatural en su victoria sobre todas las amenazas del universo airado. Lo tercero, el nacimiento de aquella virtud, á cuyo empuje obrará la humanidad todos sus milagros, el nacimiento de la esperanza. ¿Qué sér se atrevería, entre todos los seres más crueles, á herir y devorar á una madre? Cuando Dios la daba esta grande compensación á sus dolores entre las batallas de una guerra cruentosísima, era porque había menester para el plan divino de su creación universal aquellos dos seres tan desgraciados. Su blando seno parecía como un botón de azucena, según guardaba mieles y aromas de futura vida. Oyólo sollozar un día, y quedó con éxtasis arrobada, por más que la primera manifestación de su existencia fuese tan sólo una manifestación de dolor. Cuando el primer fuego de la vida se derramara por sus venas y arterias no sintió un deliquio tan grande como el sentido al contacto con esta primera lágrima interior del hijo de sus entrañas. No estaban solos. Adán la parecía mejor y más hermoso, por haberla, con el fuego de su amor, encendido en el corazón aquella santa pasión de madre. Su ruego, el ruego de una mujer bendecida por tal ministerio, intercediendo á favor de su pequeñuelo, debía subir hasta las alturas, y

desarmar la cólera celeste. En efecto, la vida superior de los dos esposos dilatábase y aumentábase con grandísima dilatación y aumento en aquel amor. Sus lágrimas se mezclaban en los respectivos senos como las gotas de rocío en los cálices respectivos. Uno y otro, los dos esposos, holgábanse, anticipando el momento en que debían llevar al brazo el fruto de sus amores. El calor de tanta vida iba de nuevo á serenar la tierra. De tantas esperanzas como latían en el corazón de una madre, iban á brotar flores pintadas y aromáticas. Podía parirlo Eva con dolor; pero bendeciría ese dolor que la daba un hijo. Ya podía el buho mirarla con mirada siniestra, el tigre perseguirla con sus garras, el mono burlarse de ella con sus gestos; opondría en su felicidad increíble á todo y á todos el escudo incontrastable de su maternidad. Así ambos esposos llegaron á conocer que debían vivir, y vivieron. La guerra de los elementos y de las especies iba seguramente á estrellarse contra los que llevaban en sí la renovación del sér y de la vida. Eva iba sintiendo todas las revelaciones de la maternidad, y adivinando que necesitaba un arte instintivo para mecer y arrullar á su pequeño, una medicina revelada para curarlo, una filosofía intuitiva para conducirlo por el mundo, una religión para llevarlo, si preciso era, en sus alas, al seno de la eternidad. Amaba Eva con

amor indecible al hijo de sus entrañas, y el amor había vencido al infierno, y el bien, merced al amor, concluiría por sobreponerse al mal y volver á convertir en Paraíso la tierra.

¡El mal! Eterno enigma del mundo. Por más que lo miramos y remiramos no hacemos otra cosa sino sumergirnos en una especie de maravilla y de pasmo al querer explicarlo. El misterio es la sombra que proyectan en lo infinito las ideas universales. Junto al éter, que ha cuajado y cristalizado el tiempo en astros, existe una materia impalpable, materia de muerte, materia de negación casi, en la cual rozan todos los orbes, dejando átomos de su vívida sustancia, como se deja el náufrago los minutos de su vida en el encrespado y terrible oleaje de las tormentas. Sí, el hálito de la muerte llegará con su frío adonde llegue, con su calor, el aliento de la vida. Entre los ángeles mismos penetró la sombra del mal. Así las gigantes alas se le cayeron á Luzbel, arrastrado por huracanes de tonantes electricidades y los torbellinos de vientos incendiarios al infierno. El que tendió las cuerdas de los rayos luminosos en las arpas de los soles, apenas parece una pobre arista por el viento arrastrada y por el fuego consumida en las espirales del mal. ¿Dónde vas, arcángel de las tinieblas, relampagueando ira, perdido en lo inmenso como uno de los aereolitos que

los astros escupen, como uno de los cometas que parecen al acaso nadar en lo infinito? Dime á quién te diriges cuando gritas, como el águila, entre dos nubes de opuesta electricidad cargadas. ¿Ese grito no quiere decir que aun crees y aun esperas en el Supremo Bien? ¿Qué carrera de amargura llevaría Luzbel en su caída! Ora el cuitado recorrería un desierto en que cuajasen los vientos fríos, á guisa de granizos, las lágrimas en sus mejillas; ora se perdería en la materia incandescente, donde hierven las nebulosas, dejando allí las plumas de sus alas consumidas por el fuego; ya cabalgaría sobre un rayo de sol ardiente, buscando anheloso el ósculo de una brisa refrescante; ya se acostaría en una estrella, para pedirle que le sirviera de ataúd y sepultura en su esperanza única, en la muerte; ya se arrepentiría, y, queriendo volver á la gloria, mordería sus propias carnes de rabia ó de impotencia; y herido, jadeante, mortal, agonizando y sin morir, entraría en las profundidades más terribles de las tinieblas insondables, y allí desquitaría de todos sus dolores, lanzando á lo infinito, en su ira y en su pena, trombas de blasfemias. Pues, llegado el mal á la eternidad misma, ¿qué mucho si había herido al hombre? ¿Qué mucho si había también halagado y seducido á la mujer? Eva pensaba que con la maternidad habíase acabado todo su

castigo, y también hay pena, también dolor para las madres.

Contaba Eva dos hijos ya, y en su ignorancia de la vida, no podía creer que llegase á ninguno de los suyos la muerte. Desde que supiera el mal por su culpa, sabía también cómo los seres pereceros fenecen. Habíalos visto desgarrarse unos á otros en batallas sin cuento, y todos consumirse á una en piras sin fin. Pero imaginaba que la muerte no podía llegar á los humanos. Dios les había dicho que para sustentarse trabajarían con dolor, y no solamente habían trabajado, sino también combatido. Habíale dicho á la mujer especialmente que pariría con dolor, y con dolor había parido. Mas todo les callaba la muerte, y, naturalmente, creían ser achaque reservado á los demás seres y no propio de la humanidad. Así como, puesto el sol, queda por el ocaso un crepúsculo resplandeciente, puesta ó acabada la inocencia paradisiaca, todavía quedaban reflejos y reverberaciones de sus últimos resplandores en la frente de nuestros padres, y á consecuencia de tal estado, no creían en la muerte. Veía Eva todos los suyos alrededor, y no le pasaba por las mientes idea ni sospecha de su desaparición. Había nutrido á sus pequeñuelos con tal cuidado y puesto en ellos su vida entera con tal amor, que los juzgaba inmortales. Adán vivía junto á ella, y Caín

con Abel junto á su Adán. Por consecuencia, no aparecía la muerte cruel en ninguna de las perspectivas abiertas á sus ojos, ni en ninguno de los horizontes que por doquier dilataba en todas direcciones su esperanza. La familia vivía y se desarrollaba en paz. Abel, que acababa de penetrar en la mocedad, había cogido un oficio en consonancia con la complexión pacífica dada por el cielo á su íntimo sér. Algunos animales conservaban aún la sumisión y la obediencia que allá en el edén. Descollaba entre todos, por su temperamento dulce, por sus lanas blandísimas, por su balido tierno, por sus condiciones de paz y de ternura, la pobre oveja, que, á mayor abundamiento, propendía por su natural á formarganado; con todo lo cual ofrecía sin tasa ricos presentes al pastoreo y al pastor mismo. Imaginaos cuán ricas sus carnes tostadas en las hogueras, cuán regalado el zumo de sus tetas recogido en los cuernos. El hombre primitivo iba distinguiendo en la creación los animales hostiles de los animales sumisos, y asociando así fuerzas muy aprovechables á su vida y cooperadores muy útiles á su trabajo. El pastoreo exigía en el pastor condiciones análogas á las condiciones propias de los borregos y de las ovejas; exigía dulzura, paciencia, conformidad, paz; reducido como estaba en su condición á reunir por la madrugada el ganado, conduciéndolo

á pastar la hierba cargada de rocío; guiarlo, en calentando el sol, al arrimo y sombra de hayas ó encinas; volverlo, después que cada cual de los animales saca la cabeza, puesta bajo el vientre de su compañero, al aire tras el sesteo; volverlo hacia el pasto de nuevo, y luégo reinstalarlo, al caer la sombra de los montes y levantarse los humos de las chimeneas, al redil, donde lo vigila y lo custodia el perro toda la noche. Semejante vida le traía paz en su cabaña, leche blanca en sus odres, carne sabrosa en su hogar, pieles para vestimentas del cuerpo, víctimas para los sacrificios, el bien propio de quien sólo desea que naturaleza ofrezca próspera en el campo abundantísimas praderas al rebaño.

Caín empleaba su actividad en trabajos bien diversos. Dado por su propensión al cultivo de los campos, tenía que procurarse tierra vegetal, tan libre de plantas parásitas como de animales feroces. En su propósito necesitaba desbrozar el terreno indispensable al cultivo; y para desbrozar el terreno indispensable al cultivo, necesitaba descuajar las selvas primitivas; y para descuajar las selvas primitivas, combatir, así con los árboles seculares, como con las bestias feroces. Imaginaos, en aquella ruda tierra, de tan gigantescas plantas y de tan enormes animales, un hombre desarmado por completo, á merced y arbitrio de todos los elementos

airadísimos, sin más recurso que los incendios conseguidos por la chispa del pedernal arrancada, sin más arma que una piedra recién pulida en forma de hacha, y decidme luego cómo se las había de componer para superar tantas contrariedades insuperables, si no recurría con empeño á las fuerzas de todo su cuerpo, y cómo había de usar estas fuerzas si no las empujaba por el odio intenso de su corazón. Adán recorría las montañas, oyendo gozoso el ruido de los vientos en las selvas y respirando el aliento embriagador de la tempestad. Pero cada paso suyo implicaba un combate á muerte con todos los seres á su alrededor esparcidos. Los ceibos de ramas unidas y entrelazadas en una especie de laberinto intrincadísimo; las zarzas y los abrojos colosales; el helecho, mayor que nuestros arbustos de ahora; las lianas con sus redes tan espesas; las cavernas pobladas todas ellas de brutos feroces; el maullido de los tigres que saltaban de árbol en árbol y se veían en acecho perpetuo sobre sus presas; el rugir de los leones calenturientos; las aves carnívoras casi ebrias de odio hubieran puesto miedo en otro ánimo que no sintiera tantas iras como el ánimo de Caín, engendrado para la guerra, cual si en vez de haber nacido del amor, hubiera nacido del odio. Así adoraba la muerte, sí, la muerte de los vegetales que le abrían paso á su

tierra cultivable, la muerte de los animales que se oponían á la obra de su trabajo. Y cubierto de humo, tinto de sangre, la mirada torva, los labios contraídos por la tensión interna, el cuerpo todo acribillado de cicatrices, desgarradas las toscas pieles de sus vestimentas por las uñas aceradísimas de los brutos carnívoros, el aliento encendido, como una fragua el pecho, al cinto la onda y la flecha, parecía siniestra y sombría imagen del odio consagrado perpetuamente al combate y al exterminio. Así le gustaba el hedor de los cadáveres y se complacía en ver por todas partes el imperio de la muerte.

Abel compartía la inocencia de su pobre madre por razón de su contextura moral. No creía, pues, en la muerte. Había visto secarse la hierba, deshacerse la mariposa, rodar las hojas secas, morir el corderillo, había visto la muerte por todas partes, menos en los dominios del hombre. Mientras su hermano veía doquier la guerra, él veía la paz. Así decía que, si la flor se deshojaba, era para dar el fruto, y que si el fruto caía sobre la tierra, era para dar con la semilla origen á frutos nuevos. Bajo tal condición, empleando melodioso acento, en el cual iban como contenidos todos los futuros idilios, Abel invocaba la vida y sus bienes, á fin de que creciera en los vellones de las ovejas, brotara en la hierba de los campos, sonriera en los

matices del alba, destilara en las gotas del rocío, luciera en las reverberaciones del astro, y en tantos espectáculos pudiese comprender su hermano cómo estaba rota y vencida ya definitivamente y para siempre la implacable muerte. No podía, pues, Abel creer en el dominio de esta sobre los hombres. Si murieran los hijos, de seguro se negarían los padres á sobrevivirlos, según su pasión por ellos. Abel, que pensaba cómo su madre les quería, con qué ternura les diera vida y alma, cuánto se desvelara por su bien, resistíase á creer en la muerte de aquellos á quienes llamaba Eva hijos, y con cuya vida estaba enlazado, desde las raíces á la copa, el árbol de la familia. Aquellos sus lloros mezclados con sonrisas, los besos y los suspiros juntos, el piadosísimo culto prestado á la niñez, el celo por los juegos cuando eran niños, el sacrificio en las alturas por su prosperidad en las mocedades, la pregunta inquieta, la reconvencción dulce, la vigilia por el sueño suyo, todas aquellas muestras múltiples de cariñoso afecto, de un amor sin igual, indicaban en el delicado sentir de Abel que la vida no podía extinguirse mientras guardase una sacerdotisa, tal como la madre, su fuego sagrado. De morir Caín con Abel, moría Eva también. Y morir la que les había dado la vida, la que les había hecho con la educación un alma, la que les había preservado á las asechanzas innume-

rables del mundo, la que les había infundido el sentimiento en los corazones, la que les había enseñado á orar y andar, la que los iluminaba con sus ojos, los defendía con sus brazos, los encaminaba por los senderos del mundo, los acorría en sus tristezas, les enjugaba las lágrimas y consumía la vida entera en velar por ellos y atender á ellos, morir un sér así parecíale imposible, porque con la muerte de tanto amor, de tanta vida, de tanta luz ¡oh! se desquiciaría el universo entero viniendo la destrucción eterna y se apagaría el sol mismo viniendo la noche universal.

Dos fuerzas bien contrarias luchaban en aquellos dos hombres bien distintos. El uno representaba la paz en el pastoreo, el otro la guerra con todas las especies que se oponían á su imperio sobre los campos. El uno había tendido la mano para recoger los seres á su autoridad sumisos por lo blando de su condición, mientras el otro había luchado y reluchado con todos los elementos para sojuzgarlos y rendirlos como el conquistador acomete su conquista. Abel en la pradera, con su ganado, parecía el comienzo de todos los idilios, mientras Caín, en los montes, con su hacha, parecía el comienzo de todas las tragedias. Éste arrancaba los árboles, destruía los peñascos, buscaba en sus madrigueras los brutos, hería con sus resuellos las estrellas, luchaba en

guerra perdurable, y saltando de piedra en piedra, tras de sí dejaba el incendio y ante sí abría la batalla. Unas veces el hacha y otras veces la flecha le habían servido para dar de sus enemigos razón. Pero, á lo mejor, no bastaba esto, y se veía constreñido á reñir con ellos cuerpo á cuerpo. El aire lleva por todas partes sus aullidos, más feroces que los aullidos de todos los brutos implacables y de todas las aves carniceras. La tierra bebía sangre derramada por sus manos. Un rastro de cadáveres insepultos se veía por donde quiera que iba. ¡Como su poderosa mano asestaba el golpe, su torva vista seguía las impresiones del dolor y los estertores precedentes á la muerte, su sér todo se gozaba en los estremecimientos de aquellos cuerpos convulsos y en los horrores de aquellas agonías terribles! Muchas veces, cuando su presa ya estaba rendida y casi muerta, cebábase con furor en ella, cual suelen cebarse las hienas en los cadáveres. Otras veces deteníase con satisfacción á contemplar el bosque abrasado, y á ver cómo subían las llamas en espirales á lo alto y bajaban los reptiles tostados á lo profundo en aquella terrible desolación. La lluvia de cenizas que se aglomeraba sobre su cabeza, y el torbellino de ayes que rasgaban sus oídos, no podían detenerlo un instante siquiera en aquella obra de odio y exterminio, á la cual de consuno le incli-

naban todas sus terribles propensiones y todos los hábitos alcanzados en la guerra sin término.

Caín odiaba y combatía. Cuando, para calmarlo, hablábale Abel de su padre, de su madre, del amor, de la bondad y de la virtud, Caín le contestaba que no conocía otro padre sino el huracán violentísimo, ni otra madre sino la tempestad desatada. En verdad su hijo era el arco, su esposa el hacha, su incentivo el hambre, su amor el fugaz instinto de la reproducción, su trabajo el combate, su vivienda la caverna, su placer mirar cómo se desgajaban los montes cuando el volcán abría sus fauces, y cómo danzaban fantásticamente las nubes cuando las barría el huracán, y cómo se desprendían las pieles de las carnes y las carnes de los huesos cuando alcanzaba una presa, y cómo su vida bajaba de golpe en golpe y de salto en salto á guisa de gigante catarata impeliendo y arrastrando en sus remolinos y en sus espirales cadáveres y ruinas. ¡Cuánta diferencia entre tal vida tempestuosa y la vida serena de aquel su hermano, quien se vestía con pieles de oveja, se apoyaba en el cayado cogido á un árbol próspero, conducía por doquier al recental que le regalaba las orejas con su balido, y vivía en amor con su familia, que le adoraba, y en compañía de su perro que le saltaba con cariño al hombro y le lamía con sumisión los piés. Todo estaba en perfecta cou-

sonancia con su condición, desde la juguetona cabra, que detenía sus saltos en cuanto le arrojaban una piedra como aviso, hasta el asnillo, que ofrecía su lomo dócil al pesado cargamento. Así Abel no se cansaba de aconsejar á Caín que redujese sus ambiciones al campo ya conquistado por su esfuerzo y que concentrase su inquieta y febril actividad en el cultivo de las campiñas desbrozadas por sus esfuerzos gigantescos. Nada, en efecto, tan hermoso como abrir las entrañas de nuestra madre tierra, depositar en ellas el grano, sentir la lluvia que cae para fecundarlo, ver cómo el tallo nace y va creciendo, contemplar las espigas que brotan hinchadas de savia, y luego recoger la cosecha, conducirla en el resistente lomo de los bueyes al hogar, y atrojarla para sustento y beneficio de todos. Esta grande contradicción entre uno y otro hermano debía traer, por inevitable consecuencia, la guerra, y la guerra feroz entre ambos. Hallábase tal resultado en las leyes generales de las cosas y no podía marrar.

En efecto, Caín se gozaba en decir que había detenido con sus brazos la tierra vegetal arrastrada por las inundaciones á los ríos y luchado con las especies carniceras, ó bien para ponerlas muy lejos de su caverna, ó bien para sujetarlas al yugo. Él había encendido los bosques y acabado con las aves

cruces y con los reptiles de áspid venenoso. Y cuando, tras todos estos trabajos, había ido anhelante al ara de los sacrificios á dejar la corona de espigas que arrancara con sus brazos del campo, veíala consumida por el rayo y despreciada por los genios superiores allá en el aire ó en el cielo, mientras el humo de los corderillos asados al fuego por Abel se perdía en las ondulaciones del aire, resultando más propicio y más grato á los ojos del Eterno. Como Caín le contase todo esto á su hermano Abel, decíale con razón éste que no podía el cielo aceptar dones á los cuales presidían y rodeaban pensamientos de muerte. Todo es aquí muerte, Caín respondía. El árbol vive de la tierra y del agua que consume, vive del árbol el insecto, del insecto el reptil, y cada sér vive de la muerte de los demás seres, cuyos restos esparce por la tierra. Todo se gasta, la catarata desgasta la peña, la tierra embebe de suyo el agua, la nube viene cargada de rayos, el volcán hace estallar los montes, el fuego se trueca en humo y se disipa; todo aquí es muerte, todo aquí destrucción y ruina. Por consecuencia, en su ferocidad Caín se preguntaba si el hombre iba también á morir, y si el hombre también estaba sujeto á la destrucción implacable con tanto imperio reinante sobre todos los seres y sobre todas las cosas. Y había razón para inducir que los primeros hom-

bres ignorasen la muerte, si recordamos á cuántas ilusiones halagüeñas nos lleva como de la mano siempre nuestra natural soberbia, y cuántos dolores sufrimos en los combates eternos y en los esfuerzos dolorosos de nuestra vida por sobra de confianza en las propias fuerzas. Así no es mucho que infundiese á su hijo Abel Eva misma la idea venturosa de que la humana especie no podía morir y Abel comunicase también á su hermano esta idea.

Detenido Caín á tal confianza y perplejo preguntábase allá en lo interior de su pensamiento estas ó parecidas interrogaciones ¿Morirá el hombre también? ¿La muerte no se amedrentará de suyo al ver la luz de sus ojos, la hermosura de su cabeza, el resplandor interior que se trasluce con brillo en su rostro? Quien doma el toro, desgaja el árbol, tuerce la corriente, abre los surcos ¿ha de caer destrozado sobre la tierra que trabaja? ¿Pero no crezco yo cual crece ese árbol? ¿No ha envejecido mi padre? Y esa vejez tan larga ¿no ha de tener un límite? Pero si todo muere, si todo desaparece ¿yo estaré siempre aquí, siempre en esta tierra, viendo pasar los seres y las cosas en perpetuo movimiento como pasa ese río? Yo probaré si el hombre muere. Siendo tan cruel y tan combatiente como las reconvenciones de mi hermano me dicen, yo he presentado una ofrenda llena de vida, la flor del campo, la próspera espiga, y

el cielo acaba de aceptar un sacrificio como el de Abel, que era un sacrificio de muerte. Hale agradado ver cómo la carne fresca se consumía en la hoguera, cómo la sangre se desvanecía en humo y los huesos se pulverizaban en tenues cenizas. Luego le es grato al cielo un sacrificio sobre el cual extienda sus negras alas con todo su horror la muerte. Yo le satisfaré, yo buscaré una víctima predilecta y hermosa que, al exhalar el último suspiro en el ara encendida, se lleve todo el dolor de la tierra. Ya que un apacible corderillo de ojos serenos y dulce mirar, de blanco vellón, un corderillo puro, inocente, ha satisfecho al cielo, más le satisfará el sacrificio de otro corderillo superior; más le satisfará que yo mismo le ofrezca en holocausto el buen Abel. Así, su virtud sencilla, sus dulces palabras, no contrastarán con la ferocidad indomable de mi sér, con el eterno fragor de mis pasiones aguijoneadas por un odio invencible á todo cuanto existe. Y cuando se apaguen sus ojos, cuando el dolor sacuda todos sus miembros, cuando la lívida muerte ponga el amarillo reflejo por todas sus carnes, yo le probaré que el hombre no puede burlarse de la universal destrucción y del odio, que todo lo domina. Clavaré mi aguda cuchilla en su garganta y me aperibiré á ver la última luz de la existencia en sus ojos, á mancharme con su sangre, á recoger su postrer suspiro, á mirar los estremeci-

mientos de su cuerpo, que serán semejantes á los estremecimientos de la fiera herida por mi flecha, y así no podré ofrecer un sacrificio que sea más grande, ni más sublime, ni más digno de ese cielo que, según veo, debe sentir allá en su eternidad sed y sed anhelante de sangre.

La enemiga entre Caín y Abel tomaba las grandes proporciones de una guerra gigantesca entre dos clases sociales, que había de llenar por mucho tiempo el mundo con sus fragores y había de mancharlo con su sangre. Así ninguna fuerza humana podía impedir que la fatalidad se cumpliera, y ejerciendo el mal su acción devastadora sobre aquellos tiempos y aquellos hombres primitivos, comenzase la guerra, cuyas consecuencias y resultados vemos ahora mismo entre las naciones más cultas, después de haberse purificado tanto los aires del planeta y los senos del espíritu. Caín experimentaba contra su propio hermano los instintos carniceros que las especies crueles contra sus eternas contrarias, sus enemigas, sus presas, sus víctimas. El odio ciego, y, en tal ceguera, parecía cosa natural arrastrarlo hasta las aras del sacrificio, y en ellas desposeerlo de su vida, evaporándola, como la humareda del holocausto, en los giros del aire. La flecha que había empleado en los aires del cielo y en los brutos del campo, las hachas con que había

valientemente abatido los árboles altísimos de las selvas por el suelo, todos los instrumentos de su combate le provocaban á probarlos en el hombre, para ver si hasta el hombre podía llegar la muerte con su imperio, aquella muerte que había sembrado tantos cadáveres en su camino y auxiliádole con tanta fuerza en el empeño de someter y sojuzgar á la naturaleza. Así deseaba hundirla en el vientre de su odiado rival, que debiera ser su hermano querido, y calentarse los piés en su encendida sangre y en sus humeantes entrañas. Créase, pues, ministro de la muerte. Y en su creencia deseaba llevarla con crueldad hasta el hombre, para que resultase siervo también del genio de la destrucción, que seca las hojas, abrasa los bosques, devora los animales, disipa las aguas, oscurece los cielos, apaga los soles. Abel advirtió, por la feroz expresión que ponía el rostro de Caín á la hora de su atentado, cuanto meditaba, y se preparó, no á luchar, á reconvenirle, redarguyéndole de su ceguera y de su ingratitud para preservar su propia existencia de aquellas asechanzas y evitar al asesino un crimen, un remordimiento, un castigo. En la vida casi común con la vida de sus ovejas que traía el pobre Abel, habíase acostumbrado y conformado con la resignación de tan pacientes animales. Así, al pedir su vida, pedíala como pudiera el cordero

interceder por sí mismo y para sí mismo con el sacrificador. Tanta mansedumbre, lejos de aplacar, irritaba el ánimo iracundo y feroz de Caín. Así es que, tomando el arma de aquellos tiempos, la gruesa y cortante quijada de bestia, que le servía en sus combates con tantos seres como le declaraban la guerra, dió contra el pobre Abel y lo derribó por el suelo, hasta dejarlo muerto de un golpe. A la vista del cadáver, Caín sólo pensó en que, así como los demás animales, el hombre también rendía vasallaje á la muerte. Su sangre fluía del cuerpo como la sangre de los leones vencidos. Ansias le sacudían, como el viento al árbol, y estertores horribles le atravesaban con sus escalofríos todos los miembros. Sus ojos se quedaban apagados, su pecho extinto. Caín había sabido lo que deseaba saber: cómo la muerte impera en la especie humana cual en las especies inferiores.

Pero á quien realmente mató Caín fué á Eva, su madre. Castigándola Dios con tantas penas, había-le dado una superior compensación, la maternidad. Y esta maternidad se concentraba en Abel principalmente, á quien su condición de pastor le permitía volver todas las noches á su caverna y habitar juntamente con los seres de quienes dependía su existencia. La cuna de ramas y hojas donde le había depositado al nacer, parecía un paraíso nueva-

mente abierto á su inocencia. Cada hijo nuevo la llevaba con su nacimiento como un alma nueva. El éxtasis que le comunicaba sér tan querido, se ponía naturalmente al primer éxtasis experimentado en la hora de recibir el calor de la vida en su seno y el soplo de la creación en su rostro. Aquella respiración la daba fuerza indudable á su pecho é impelía con latidos regocijantes su corazón. La felicidad primitiva se había olvidado en esta felicidad de la familia cómo la culpa se había redimido por el cuidado de los pequeñuelos. Cuando contemplaba la pura frente que le resumía el cielo, sus ojos entornados, los cuales dejaban entrever tras los párpados el regocijo de sus azules pupilas más alegres que un lago del edén; sus mejillas sonrosadas más fragantes que las flores por el alba; la sonrisa que vagaba en sus labios y la palpitación que sacudía su pecho, quedábase arrobada en arrobamiento indecible. El tiempo se trocaba en eternidad, porque diríase que ni el tiempo andaba en aquellos embobamientos de la madre absorta. Los ojuelos aquellos la daban toda su luz, más indispensable á la vida de aquella mujer que la misma luz del sol. Y si de niño pudo inspirarla tales tiernos sentimientos, de joven la dió una confianza ciega en vencer todo mal, soterrándolo con el auxilio de aquellas fuerzas á su imperio sometidas como las fuerzas del mundo

á Dios. Así todas las mañanas corría en busca de su hijo predilecto para decirle algunas palabras de cariño en el oído y estrecharlo con efusión. Lo mismo sucedió la mañana de su muerte. Pero cuando se acerca le ve tendido y exánime. Al pronto le cree dormido y confunde su muerte con el sueño. Mas luego le nota inmóvil y frío. En efecto, no respira. No se mueve su corazón, ni brillan sus ojos, ni laten sus sienes. El primer impulso de la mísera Eva fué gritar para despertarle. Y gritó, pero al grito contestó el silencio, cuando antes, para despertarse y hablar, necesitaba tan sólo un suspiro. En su porfía, no creyéndole muerto, trató de levantarlo. ¡Trabajo inútil! Su cuerpo parecía de piedra. La pobre madre no podía comprender cómo, teniendo vida ella, no tuviera vida su hijo. Con sus manos crispadas le abría los ojos para que despidiesen luz, y con sus labios trémulos le besaba en la boca para que recibiera y aspirara un aliento nuevo. ¿Qué fiera le habrá herido?, se preguntaba con horror á sí misma. Será más traidora, decía, que la serpiente, más feroz que el león, más cruel que el tigre, más exterminadora que todas las especies carniceras por haberse atrevido á herir el corazón de una madre. ¿Sería posible que no volviese á verlo? ¿Posible que no escuchara nuevamente su voz? Entonces comparaba las noches aquellas en que le veía dormir

sobre su cuna, el pecho tranquilo en su respiración, la vida transparentándose con el sonrosado de sus mejillas al rostro sereno, comparaba esta felicidad con la rigidez terrible de ahora, con sus miembros inertes, con sus labios helados, con sus ojos extintos. Y porfiando, como porfía la esperanza en el humano corazón siempre, creía poder devolverle de nuevo la vida que le diera en otro tiempo. No tenía más que transfundir su propio sér al sér aquel. Mas ¿cómo? Las miradas, los suspiros, los abrazos, los besos, estrellábanse á una en aquella inercia, en aquella frialdad y en aquella mudez del yerto cadáver. Abel no tenía más remedio que pudrirse como la fruta del árbol caída, ó descomponerse como los cadáveres de los animales muertos en la terrible lucha universal. Eva lo debió comprender así, debió comprender que la fatalidad imperaba también sobre su hijo y la muerte se lo había llevado á sus dominios. Bandadas de cuervos descendían del aire para clavar sus picos en aquel frío seno, y manadas de chacales husmeaban sus ya podridas carnes. Eva secaba las heridas con su cabellera, las cubría con sus besos, las lavaba con sus lágrimas. El hedor de aquel cuerpo descompuesto parecíale más grato que todos los aromas despedidos por las flores de Mayo. Pues convencida por completo de que Abel había muerto, á toda costa

quería morir con él y aspiraba los ponzoñosos vapores que pudieran procurarle compasivos la muerte.

Y, en efecto, murió Eva víctima del dolor, despojo del mal. Adán, viendo aquellos cadáveres, maldijo al homicida que los inmolará. En su dolor, todos los tormentos le parecían pocos, pues hubiera hecho del universo mundo un verdadero túmulo para encerrar aquellas dos prendas de su alma, y les hubiera puesto á los pies el implacable sér que acabara con ellas, atormentándolo en martirios continuos. ¡Que cada uno de sus átomos, exclamaba, se convierta en cenizas encendidas siempre, desprendiéndose de sus carnes; que arroyos de sangre venenosa manen sus ojos; que la corriente de un río de lava lo arrastre con la impetuosidad terrible del huracán; que cuando quiera reposar, encuentre un lecho de agudas espinas, dispuestas para trasladarle de parte á parte los huesos; que un león le desgarré las espaldas eternamente y un tigre clave eternamente sus uñas en su despiadado vientre; que se le sequen las lágrimas, y, si cae alguna sobre la tierra, que engendre serpientes destinadas á herirle con sus colas en la cabeza; que si tiene hambre, cada hilo de su paladar se convierta en una víbora, y si tiene sed, todos los arroyos, todos los torrentes sean hiel, y si tiene hijos, que lo destesten hasta maldecirlo, y si envía sus sollozos, sus

gemidos, sus lamentos al cielo, que le conteste la carcajada de Satanás desde el antro de los infernos! Adán había maldecido á su hijo. La sentencia de Dios acababa de cumplirse con todos sus horrores.

Cáin pasaba por el mundo como un relámpago de cólera. Pálido, trémulo, desgredado el cabello, torva la faz, hundidos los sanguinolentos ojos, abiertos los labios como para proferir maldiciones, ostentando desnudos los brazos y las piernas, envuelto el amoratado cuerpo en sucias pieles de tigre, roto el arco en sus espaldas, Cáin es la imagen del crimen, quejándose de que el cielo está envuelto en una inmensa empolvada telaraña, y los astros se vuelven asquerosos insectos, y las piedras del camino carbones ardientes, y el aire inmensa nube de fuego, y las hojas de los vegetales dragones que abren contra él sus fauces, y los troncos gruesas serpientes que le hieren con sus áspides, y las aguas hiel y abisintio, y el sudor de su rostro sangre, y sangre sus lágrimas, y sangre sus huellas, y sangre todo cuanto ve, y sangre coagulada cuanto sus manos tocan. Si anda, proyecta una inmensa sombra en los cielos todos, la sombra de su remordimiento. La naturaleza no le deja reposar. Si rendido al cansancio entra en una caverna, el viento, que mueve las peñas, le dice: «fuera.» Si destrozado, se abraza,

como un náufrago, al tronco de un árbol, dícenle á una sus hojas: «lejos.» Si desesperado quiere posar la frente sobre una piedra, los átomos exclaman pulverizándose: «anda.» Si fuera de sí pide á una fiera su muerte, su aullido le contesta: «padece.» Si, en su aficción, aplica el oído á la tierra para buscar tranquila sepultura, la tierra se ríe de él con la carcajada de sus terremotos, diciéndole: «vive.» Si alza los ojos al cielo, sólo ve allá en la inmensidad un torvo relámpago, de cuyo seno sale tonante la voz de Dios, que le interroga y le dice: «Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?» Entonces sus cabellos se erizan, sus miembros se contraen, su boca se abre para exhalar todo el fuego que arde en su pecho, sus ojos chispean odio, sus manos crispadas clavan las uñas en el rostro, la sombra de Abel herido se aparece á su vista y la sangre derramada se queja con un largo lamento que el aire estrella en sus oídos y que le impulsa á correr huyendo de sí mismo y precipitando en su carrera peñascos, plantas, como una inmensa tromba que se esconde en el oscuro seno de los bosques; pero sin poder esconderse, ni á la mirada de Dios, ni al quejido del remordimiento.

Todas estas personificaciones históricas de los tiempos y de los personajes primitivos concluyen por tomar tales metamorfosis en su paso de mente

á mente y de labio á labio, que muchas veces cuesta trabajo volver á su primera figura tal como era en los comienzos de su primera aparición. Hay cuatro ríos de ideas determinados por la Biblia: el judío primeramente, originado en Jerusalén; el heleno-judío, originado en Alejandría; el católico, en Roma y en Constantinopla originado; el árabe ó ismaelita, originado en la Meca. Para el judaismo y para el cristianismo Eva guarda su faz propia y la faz del espíritu tradicional que debe representar según las creencias nuestras. Pero se altera en el judeohele- nismo, y, sobre todo, se altera en la doctrina mahometana. Los alejandrinos tendieron siempre á idealizar los seres y las cosas. Para ellos tomaban los personajes históricos más célebres una especie de carácter prototípico que los ponía en templo abierto al culto de un sacerdocio, el cual se distinguía por llevar sobre su cabeza, como los reyes magos de la tradición evangélica, estrella muy luminosa, la estrella de su ciencia, un tanto teúrgica. De tal suerte, los personajes históricos toman cierta fría impersonalidad, semejándose la vida suya en todo á esos dramas donde hablan, ó las pasiones ó los pensamientos, más á seres ideales que á vivos. Así Adán y Eva parecen, según sus interpretaciones arbitrarias, no tanto un hombre y una mujer históricos, cuanto una denominación que llevan cierto

sistema y orden de creencias relativas al origen de la humanidad y al origen del mal en la humanidad también. Pero donde la figura de nuestra primera madre más cambia y se altera es en el mahometismo, que recibe algo de las tradiciones egipcias y caldeas, mucho de la Biblia, muchísimo del Evangelio, hasta componer tal doctrina un sincretismo confuso entre todas las que al paso halla, en aquel espacio de Arabia, encrucijada, no tanto geográfica y material, como intelectual y moral, de los tres viejos continentes. Las revoluciones judías, la resistencia constante del pueblo macabeo á sus dominadores, sin contar con las caravanas mercantiles, habían lanzado mucho hebreo sobre la península de Arabia, y estos hebreos habían dejado muchas tradiciones desparramadas por aquellos espacios. Luego las luchas teológicas de los griegos solían librarse á guerras civiles, y las guerras civiles concluirse por proscripciones múltiples, y estas proscripciones múltiples por desaguar en los valles y hasta en los desiertos de Arabia. Por consecuencia, Mahoma juntaba las ideas propias de aquella raza y de aquel suelo con las ideas adventicias de los emigrados varios, componiendo una doctrina muy en consonancia con su gente y con su país, como cumple á un revelador de tiempos primitivos, destinado por el cielo á guía y maestro de una grande nación.

Los personajes bíblicos y evangélicos revisten extraño aspecto en el Corán, prueba de que los ha tomado en tradiciones orales y no en textos escritos. Abraham y los más célebres patriarcas, el Bautista y Jesús, la Virgen María, entran en lo que podíamos llamar el santoral de la religión mahometana; pero entran todos alterados y con una fisonomía muy extraña. No debe maravillarnos, pues, que también Eva y Adán hayan obedecido á esta ley general de las tramutaciones mahometanas. El hijo suyo, en vez de llamarse Caín, llámase Haret. Este nombre de Haret quiere decir tanto como siervo, y mientras unos creen que su dependencia se refiere al padre por quien ha sido engendrado, creen otros que se refiere al mismo Satanás en persona. Cuentan estas tradiciones ismaelitas, á su vez, y por su parte, la residencia de Adán y Eva en el Paraíso. Pero cuentan que la tentación célebre sucedió estando ya Eva en cinta de su primer criatura. Viéndola el diablo en estado semejante, la dirigió ciertas peligrosas preguntas. Y como Eva no respondiera, condenóla el enemigo común á no parir. Apurada la pobre madre, y no menos apurado Adán, ofrecieron su hijo al diablo, y aceptando éste la oferta, constituyó su esclavo al primer nacido, entrando así el mal con todas sus consecuencias en nuestro misérrimo linaje. Mas no paran aquí las alteracio-

nes. Eva y Adán se apartaron á la puerta del Paraíso y no volvieron á encontrarse, á pesar de haberse buscado con anhelo, sino después de largo tiempo y larguísimas ansias. Como todo el mahometismo rueda en derredor de la cuna del Profeta, la montaña donde se juntaron está vecina de la Meca, y se llama con el nombre de Arafa, que quiere decir tanto como encuentro. Mas no paran aquí las imaginaciones musulmanas. Según ellas, el agua de los diluvios que inundaron el planeta salió de un horno, donde cocía la buena madre aquel primitivo pan que calmó nuestras primeras hambres. Y si el horno doméstico de nuestra misma Eva se halla tan próximo á la Meca, saludada por las generaciones mahometanas, el sepulcro se halla en las orillas del mar Rojo, tan importantes en las tradiciones ismaelitas como en las tradiciones judías: que ambas ensalzan en mutua competencia y con mutuo empeño á Moisés, en torno de cuyo nombre tantas ideas se cuajan y se urden tantas leyendas. La primer fuente histórica, la tradición oral, concluye por enturbiarse al extremo de dificultar completamente la investigación de sus orígenes y la exactitud de sus afirmaciones. Transmitida de labio en labio se reproduce con una gran frecuencia, y á cada reproducción cambia con una gran facilidad. Eva se alteró mucho en la tradición mahometana,

como se alteraron tantos otros personajes provenientes del Evangelio y de la Biblia.

No menos curioso resultaría el rastreo de cuantas cosas respecto á Eva pasan circulando como muy corriente moneda, lo mismo por las letras europeas que por la conversación general. Ha llevado la pobre muchas culpas, que no merecía, sobre sus espaldas, encorvadas bajo el peso de tantas maldiciones. Como si el hombre no fuese, cual ella, contingente, y cual á ella no le aquejase una debilidad irremediable de suyo y una propensión irremisible á faltar y pecar, coloca el común sentir á Eva sobre la fuente de donde manan y fluyen todos los males á una en la humanidad en la tierra. Han penetrado de tal manera la letra y textos bíblicos en el común decir y en el pensar común, que todo campesino llama su costilla con retintín á la mujer propia, y todo malévolo denomina cierta clase de malas hembras con el nombre genérico de Evas, ó hijas de la misérrima Eva, como si debiera pagar sólo ella la universal contingencia y debilidad, á cuyo imperio ninguna criatura podrá jamás exentarse. Como la vida en el matrimonio es una mezcla de los goces con las penas ¡ay! no surge dificultad ó inconveniente los cuales no caigan con inmenso estrépito sobre aquel primer matrimonio, y del matrimonio no salga siem-

pre la esposa descalabrada. Manzana, serpiente, mujer, se han ido poco á poco transformando en el curso de los siglos y en el movimiento de las ideas para representar el mal de que han quedado como símbolos. Así, cuantos han querido maldecir de la hembra humana con fundamento, han tomado la pobre y malaventurada Eva por pretexto. Una dama sabia, y no muy buena, cayendo en la cuenta de que todas las faltas pueden imputarse á la primera madre, menos infidelidad, ha deslizado esta gracia: «porque no había ningún otro varón en el mundo.» Tal dicho me recuerda el otro célebre, y reído tantas veces, de que para castigar Dios á Job le quitó su salud, sus haciendas, sus ganados, sus camellos, sus tesoros, y le dejó su mujer. El error, el pecado, las debilidades que haya podido tener el humano linaje, corresponden por igual á los dos sexos. En todas las especies el macho, que representa el combate, posee la fuerza, mientras la hembra, que representa el amor, posee la ternura natural de su sexo, y en cierta medida la debilidad imputada generalmente después á Eva. En la especie humana la hembra seguramente aventaja en algo al hombre, lo aventaja en hermosura. No sucede así entre varios animales inferiores, pues en los faisanes, en los pavos reales, en mil especies, todos los atractivos y todas las bellezas se han pues-

to en los machos, mientras las hembras, modestas, y oscuras, y tímidas, parecen más que las esposas, las viudas destinadas á un eterno luto, por lo menos, las siervas destinadas á una eterna inferioridad.

En verdad, hemos dejado correr un poco nuestra fantasía en toda esta historia, y si las sucesivas hubieran de parecerse á la que ahora trazamos, tomaría de seguro nuestro libro un carácter novelesco del cual queremos apartarlo, pues el deber contraído con quien leyere se reduce á pintar, no á fingir, narrando verdades, no componiendo fábulas. Pero hay que distinguir personajes de personajes y tiempos de tiempos para justificar un poco el método artístico de nuestros escritores del Renacimiento, los cuales, no sólo describían sitios nunca por ellos visitados ni vistos, cosa corriente, y vulgar, y admisible, hacían hablar á los personajes históricos, según ellos imaginaban que hubieran hablado verdaderamente, y dada su natural compleción, en aquellas circunstancias históricas y particulares, cosa vedada por el rigorismo, reinante hoy, á los escritores modernos. Pero cuanto sabemos de la primera mujer y del primer hombre se contiene por completo en lo sumario y brevisimo que la Biblia narra. Y como superar la sublime sencillez de tal narración ha de parecernos imposi-

ble siempre, reproduciéndola estábamos despachados, y en bien, ya con el público, ya con la conciencia. Pero al penetrar en los tiempos primitivos, hay que penetrar primitivamente, con la imaginación más que con el raciocinio, es decir, con aquella facultad intelectual que se despierta en el hombre al salir de sus primeros años y que corresponde á la primera edad también del humano linaje. La sensibilidad es la primera en despertarse á la vida entre nuestras facultades, como que coincide con el nacimiento y se muestra por el lloro primero. La voluntad es la segunda. Y después de la sensibilidad y de la voluntad, la memoria. Y después de la memoria, la fantasía, mucho antes que la inteligencia, muchísimo antes que la razón. Por consiguiente, al tratarse de tiempos como los tiempos primitivos, y de personas como Eva y Adán, tipos ideales más que personificaciones históricas, nuestra mente ha podido conceder á la fantasía cierta intrusión legítima dentro de lo que pudiéramos llamar en las esferas del arte la fantástica leyenda. Eva se nos aparece así como un arquetipo legendario en todos y cada uno de los siglos históricos. Ha llevado en su hermosísimo seno la primer inocencia, como la llevamos todos en la niñez primera. Después ha perdido esa inocencia, como los humanos la pierden al entrar en su edad juvenil, en la edad del conocimiento y

de la pasión. El mal se le ha enredado entre los piés, como se nos enreda desgraciadamente á todos. Y esposa y madre, personificación de todas las esposas y de todas las madres, ha pasado por los gozos y por los dolores del amor y de la maternidad. No aparece como una persona, sino como una personificación.

Los escritores, así rabinescos cual monásticos, muy dados á comentar la Biblia, no han tenido inconveniente alguno en fantasear, mucho más de lo que nosotros lo hemos fantaseado, el personaje de nuestra Eva, la común madre. Como es histórica su inocencia, histórico su pecado, histórica su pena, históricos los nombres de su prole, histórica su muerte misma después del sacrificio de Abel y del crimen de Caín, la hemos presentado en todas estas circunstancias, totalmente históricas para los pueblos fieles á la Biblia, según el conocimiento mayor ó menor nuestro de la naturaleza y condiciones humanas, cuyo despertar compendia y representa. No hemos, en verdad, sido como aquel cronicón viejo de los siglos medios, el cual la dió de vida novecientos cuarenta ó más años para cumplir su fin providencial, y para perpetuar la humana especie la hizo parir en todos sus numerosos partos niño y niña gemelos. No le atribuiremos, como San Romualdo, la fundación del colegio de las vestales antiguas. Tam-

poco aseveraremos, cual otro autor en sus ocios teológicos, que la madre común del humano linaje desgarrara un palo del árbol de la ciencia y diera con tal rama tras Adán, constriéndole á palos al odioso pecado, por cuyo maleficio vivimos los mortales en tanto vilipendio. Por los tiempos históricos acontece más frecuentemente un apaleo de la mujer por el marido que un apaleo del marido por la mujer, aunque se dan algunos casos contrarios. Pero no habíamos de ser tan desgraciados los hombres que resultáramos á los ojos de una sana crítica los primeros apaleados en el primer matrimonio; convengamos, por mucho que cueste á nuestra cortesía, y gentileza, y caballerosidad, en la probabilidad mayor de todo lo contrario. Pero ¿quién pone puertas al campo inmenso de una imaginación rabínica ó monástica? Un rabino vió á nuestros primeros padres nada menos que con cola, y larga, cual vió á Satanás enamorado de la hermosa Eva, y dando zapatetas por los montes del Paraíso, para desencantarla de su inocencia y hacerla pecadora, con ánimo de aprovechar y explotar sus deliciosas flaquezas. No hablemos de León Hebreo, quien dice que nuestros primeros padres perdieron el Paraíso, no por haber mordido la manzana, sino por haber faltado á la decencia; ni de tantos escritores como resbalan en esta materia, y dicen y aseveran

cosas no reproducibles ni en tiempos de realismo tan favorables á todas las grandes temeridades de pensamiento y á todas las terribles crudezas de palabra.

¡Y qué de cosas han afirmado relativas á la serpiente ó culebra! En primer lugar, que tamaño animal hablaba por las primeras edades históricas, habiendo perdido esta facultad del habla por consecuencia de su falsía y del engaño donde supo enredar á nuestros primeros padres. En segundo lugar, que las serpientes guardan, desde aquel entonces, ideas confusas de todos los divinos misterios. En tercer lugar, que los celos movieron, y no ningún otro motivo, sus halagos y sus seducciones. En cuarto lugar, que á ellas estuvo permitido comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, sin daño alguno, y como le estuvo permitido, comió, visto lo cual por Eva, de suyo imitativa, siguió el ejemplo, atracándose de aquellas manzanas todavía indigeridas dentro de nuestros debilísimos estómagos. En quinto lugar, que la culebra fué la cabalgadura de Satanás en el Paraíso y no la forma. En sexto lugar, que la serpiente hubo menester de su silbido para cumplir su atentado, pues en este tiempo los hombres entendían todo cuanto expresaban los animales con sus diversos medios de animada expresión. En séptimo lugar, que la serpiente bíblica, cual tam-

bién las sirenas griegas, ostentaba preciosa cabeza de mujer. Y si esto dicen de la serpiente, imaginaos qué dirán de Caín. Según unos, Adán y Eva salieron vírgenes del Paraíso, y según otros, en el Paraíso engendraron á Caín. Sobre tal punto, San Jerónimo dice: *Nuptiae terram replent, virginitas Paradisum*. Pues hay quien dice que, gemelos Caín y Abel, provinieron del amor entre Satanás y Eva. Y luego sueltan las riendas á su inventiva para conocer ó rastrear cómo se llamaban las mujeres en tan primitiva familia. Unos afirman que la mujer de Caín se llamó Caimana, triste apellido, pero bien general, pues todos los mal casados en España apodan con él á sus respectivas mitades sin escrúpulo ni respeto. Otros dicen que la mujer de Abel se llamó Alina. El Tostado, que por escribir de todo escribió de esto también, denomina Calmana y no Caimana la mujer de Caín, llevado por la necesidad imprescindible de impedir el equívoco. Pero no acabaríamos nunca si hubiéramos de repetir cuantas particularidades han dicho rabinos y monjes respecto de nuestros primeros padres y de sus primeros hijos en los comentarios bíblicos.

Quien desee recrear algún ocio, que abra la magnífica edición, impresa en Amsterdam, del célebre diccionario de Pedro Bayle, y allí encontrará estos y otros cuentos de teólogos, algunos de los cuales no

son para contados, sino como prueba de cuanto solían las imaginaciones pervertirse, con qué perversión tan profunda, en las veladas y ociosidades monásticas. Naturalmente, la crítica del siglo último se había empeñado en demoler la religión católica para dejar paso abierto y franco al libre pensamiento. Movida por tal propósito, y puesta en el empeño de cumplirlo, no se detenía en barras, y arramblaba, en los remolinos de su pasión desordenada, con todo aquello que pudiera concurrir al indispensable logro de su impacientísimo deseo. Creían matar la religión cristiana, cuyos principios dogmáticos y morales quedarán incólumes en la conciencia eternamente, y sólo mataban la escolástica, es decir, una forma, y forma transitoria, de la teología. El período crítico de la pasada centuria demolió muchas supersticiones monásticas y derribó muchos altares de ídolos falsos. En esta demolición tocóle á la crítica herir muchos dogmas, tanto morales como intelectuales; pero hay principios vulnerables y principios invulnerables en la historia humana. Los vulnerables caen heridos al golpe de las plumas contra ellos conjuradas; pero los invulnerables reciben mayor fuerza del combate. Los enciclopedistas, así en el diccionario de Diderot como en el diccionario de Bayle, arremetieron con los dogmas, y no vulneraron ninguno; arremetieron con las supersti-

ciones, y las acabaron todas. No hay medio tan eficaz de concluir con las cavilidades teológicas respecto de nuestra primera madre y de su tradicional culpa como exponerlas y referirlas. El espíritu crítico, ya connaturalizado con el desarrollo de nuestra razón, las pulveriza, y Eva permanece como el tipo de la mujer primera en los albores del tiempo y de la historia.

Eva no es tanto una idea como un ideal, no es tanto una persona como una personificación. En ella se resumen las primitivas tristezas y las primitivas alegrías del género humano. Ella representa nuestra inocencia y nuestra culpa. En su frente, así como vemos el resplandor de nuestro llorado Paraíso, vemos el enigma de nuestros males, en guisa de una mosca inmensa, que al sol, y á su lumbré, y á sus rayos vivificadores y hermosos, estuviera como adherida y pegada. Así la figura de nuestra primera madre se ha ido levantando y creciendo en el trancurso de los siglos á los ojos de la humanidad. Y la Eva, desmedidamente agrandada por el humano espíritu, resulta, en concepto mío, tan digna, ó más digna de nuestro estudio, que la Eva puramente bíblica. No perfeccionaríamos y remataríamos este retrato si no puséramos en torno de nuestra madre aquel nimbo de brillantísimas ideas con que siglos y siglos han sabido á

una tanto enaltecerla como coronarla. De consiguiente, debe mirarse á Eva en sus dos aspectos principalísimos, tal como coincide con los diversos tipos análogos en las teogonías orientales, y esto ya lo hicimos á su debido tiempo, y tal como pasa, de siglo en siglo, por los poemas, por los cuadros, por las esculturas, por las leyendas, en los varios luminosísimos círculos del arte. Al anunciar esto, no deben mis lectores temer que prolongue mucho materia tan vasta, ni que pretenda, como cualquier erudito, seguir prolijamente, y en sus minuciosidades, todas las formas y personificaciones que haya revestido la mujer primera. Mas no hay para qué dudar: se necesita ver, y ver con atención, y ver con cuidado, las varias manifestaciones del prototipo de la madre Eva, que han brillado en las artes humanas con tanto brillo y han enaltecido la historia estética del mundo.

No acabaríamos nunca si hubiéramos de enumerar todas las personificaciones de nuestra Eva, dejadas por todas las artes en su desarrollo histórico. Con sólo pararse á contemplar las Biblias, los Evangelios, los misales, los libros de rezo en las bibliotecas monásticas ilustrados, y los bajos relieves puestos en nuestras catedrales, habría para detener al más activo y resuelto. Yo, ni quiero, ni puedo, ni debo hacer eso, porque yo no escribo tanto his-

torias como pinto retratos de las mujeres célebres. Mas declaro que desconoceríamos por completo la fisonomía de nuestra primera madre si ocultáramos un rasgo tan sobresaliente como los aspectos por ella tomados en las altas cimas del poema épico y del arte pictórico. ¡Ah! Como el pecado y culpa de nuestra primera madre se corresponden tanto con el sacrificio y muerte de nuestro Santísimo Redentor, la serpiente y la cruz están muy cerca en la serie de nuestros dogmas, en las páginas de nuestro Santoral, en el coro de nuestras artes. Por consecuencia, reproducir todas las personificaciones que haya tomado Eva en todos los tiempos, téngolo por cosa completamente imposible. Pero verla, contemplarla en las obras de aquellos grandes autores, tanto artistas como poetas, que hayan brillado allá en el cielo de la inmortalidad, paréceme indispensable. La Eva de un monje como Angellico, de un atleta como Buonarroti, de un heleno como Rafael, de un épico tal como Milton, la Eva llevada sobre las tenues alas de tantas inspiraciones como sustentan su altísima imagen, merece que nos detengamos un minuto, si hemos de conocer esta fisonomía que brilla en las noches de nuestra historia como brilla la luna en las noches de nuestro planeta.

Pero vamos á las esferas del arte. La pintura es

el arte católico por excelencia. El Renacimiento es la época verdaderamente clásica de la pintura. Miguel Ángel y Rafael son los dos colosos. Y sus Evas han pasado á la posteridad, en tales términos, que no hay palabras para encarecerlas. Yo, muchas veces, he recorrido las galerías y las estancias del Vaticano, ese intelectual emporio donde han dejado los pinceles católicos la más alta expresión del catolicismo estético. Las esculturas antiguas han penetrado allí también, como si quisieran, por una especie de intuición milagrosa, juntarse con las representaciones de otro arte más ideal, de cuyo arte han sido como necesarios é inmortales precedentes. Yo, viendo las estatuas del arte pagano y las figuras del arte católico, he pensado mil veces cuánto distaban estas apoteosis nuestras de aquel apocamiento caído sobre la primera mujer al salir del Paraíso y encontrarse como un hermoso juguete á merced por completo de todos los elementos embravecidos por el soplo letal y huracanado de todos los males juntos. Pero el hombre ha combatido y trabajado con tal porfía desde aquel entonces, que bien pueden llamarse, tanto su cuerpo como su alma, las creaciones de su propio esfuerzo. Así el Renacimiento significa el triunfo de nuestra humanidad sobre la materia y el rescate de todas las servidumbres que nos había impuesto la fuerza. Paré-

cense la estatua del mundo clásico y la figura del Renacimiento en que las formas humanas, por ellas y merced á ellas, arriban, después de haberse desvestido por completo del mal, á una tan grande armonía y á una tan perfecta belleza, como la que pudieran tener allá en el Paraíso. Mirad la Eva de Miguel Ángel en la Sixtina del Vaticano, y comparadla con la Eva del Génesis al caer en la culpa. Ésta con todos los males choca, perseguida por una conjuración terrible contra ella de todos los elementos desencadenados y de todas las especies enfurecidas. Eva tiene ya en la Sixtina su redención completa. Tal mujer puede guardar el género humano en sus amplias y profundas entrañas, que parecen exentarse á la primera maldición de parir con dolores, según la fuerza readquirida y recuperada en esta metamorfosis. La naturaleza, por los grandes cuadros del Renacimiento, sobre todo por los cuadros de Miguel Ángel, no sólo se halla sometida, parece como apartada y ausente. Diríase que después de haber sufrido la humanidad por tantos siglos el despotismo de la fuerza y de la materia quería demostrarles en aquella soledad que ni siquiera necesitaba de su concurso para el sér y para la vida. Fingíos en vuestra mente, si poder tenéis para tanto, la primera mujer encerrada so las madrigueras lacustres, ó en los mismos hoyos y

concavidades terribles donde aulla el oso de las cavernas, y comparadla con esa mujer que pisa y quebranta la cabeza de la enemiga serpiente, y parece levantarse rescatada de la culpa, redimida del pecado, sobre un pedestal enorme, allende la tierra y cerca del cielo, en su majestuosa y soberana soledad. He aquí la característica principal del Renacimiento. Ha devuelto á las formas humanas aquella increíble armonía que debieron tener en el Paraíso; ha sometido la naturaleza de tal suerte á la humanidad, que hombre y mujer, Adán y Eva, parecen tener este aire que antes los azotaba con sus huracanes y con sus rayos, este mundo que antes les interponía en su camino las especies carnívoras, completa y absolutamente subyugados, en prueba de que la humanidad, por su esfuerzo y por su trabajo, ha vencido á las fuerzas fatales y ha entrado, por la libertad, en posesión de sí misma.

¡La creación! He aquí el acto esencialísimo al poder de Dios. Así como la presencia del mal en la naturaleza todo lo asombra y oscurece, la fuente de donde mana la vida todo lo alegra y acalora. Quizás la palabra más alta y más sublime que puede constar en las lenguas humanas es la palabra con que pinta el Génesis la primera difusión de la primera luz. Ese verbo, que llena lo vacío; ese destello, que ilumina lo eternamente oscuro; ese calor,

que vivifica y fecunda las frías y espesas sombras, por tal manera nos arroban, que á todo cuanto exalta y ennoblece la naturaleza humana, como las obras de ciencias y de artes, lo llamamos creación, para divinizarlo y distinguirlo de lo que no lleva, cual sucede á la industria, por ejemplo, caracteres tan propios de nuestro espíritu.

En efecto, esta manifestación del trabajo humano y de la actividad nuestra, emplea para cumplirse facultades menos creadoras que la imaginación é instrumentos más materiales que cuerdas, plumas, pinceles y buriles. Crear: he aquí el acto divino por excelencia. Y la creación universal no estuvo completa sino cuando la esclareció el espíritu, luz de la luz. Y el espíritu necesita prenderse al organismo humano, compendio de todos los organismos. Y la creación del mundo con la creación del hombre forman la gran epopeya religiosa, como el estallido terrible de nuestros errores y de nuestros males forma, por su parte, la gran tragedia. Enlázanse las teogonías, las ciencias, las artes y sus manifestaciones en el espíritu, como puedan enlazarse las especies y los organismos en el mundo. La poesía extrae de la religión una parte de sus obras; y la escultura, la pintura, la música misma, extraen á su vez de la poesía creaciones maravillosas y múltiples. En Orfeo, en Homero, en Hesiodo, se confundían las

ideas teológicas de los antiguos, y en estas ideas teológicas encontraban los escultores líneas para trazar las estatuas de sus dioses, y los poetas inspiraciones para trazar los héroes en sus tragedias. De un mismo brillante mármol han surgido el Júpiter tonante de Fidias y el Edipo ciego de Sófocles, pues las artes de la Edad Media y del Renacimiento no podían marrar en la sujeción á estas leyes históricas. El distinto aspecto que presenta Eva desde las iglesias bizantinas hasta los bajos relieves del Renacimiento, revela cómo ha crecido el hombre y cómo se ha rehabilitado la vida. El cincel de Guiberti á fines del siglo décimoquinto, cuando florece la nueva inmortal Atenas en su inspirada república del Arno, está consagrado á rehaecer y rehabilitar la humana forma y el organismo humano. Diríase que aquella Eva de Guiberti siente mucho más la esperanza de su redención que la carga de su culpa. Y en este mismo pensamiento se hallan fundados todos los tipos de Adán y Eva que nos ofrece con tanta multiplicidad y belleza el período creador, á quien podríamos llamar fundamentalmente como el Mayo y primavera del moderno espíritu.

¡Qué Adán aquel de la Sixtina! Lo hercúleo de sus formas no empece á lo armonioso. El Dios, que sobre doce ángeles asentado lo anima, parece po-

nerlo en contacto con lo divino y empaparlo de su misma esencia, difundida en aquellas venas vírgenes por el creador aliento. Pero aun le sobrepaja la creación de nuestra primera madre. Adán, de una belleza varonil indecible, se abandona en brazos de la naturaleza, y sobre campestre lecho, al sueño que anuncia la venida feliz de su esposa. Eva surge, y la suave melodía de aquellas formas, en que dominan gracia y delicadeza, conciertase con la fuerza indispensable á quien debe llevar en sus entrañas el humano linaje. La primer explosión de la vida suya se advierte por una de esas felices actitudes encontradas tan sólo por un genio verdaderamente pictórico, actitud representada en el cruce de sus manos, en la genuflexión de sus rodillas, en la curva de su cuerpo recién erigido sobre las demás criaturas terrestres, en la plegaria exhalada de sus labios ante aquel Dios creador, cuya forma sacerdotal é imponente figura parecen resumir todas las teogonías y merecer todos los sacerdocios. Un poco más lejos Adán y Eva salen del Paraíso en cuadro maravilloso. A un lado se comete la culpa y á otro lado se inflige la pena. Bajo árbol frondoso, á cuyo tronco gruesa serpiente se ciñe y enrosca, vense nuestros primeros padres tendiendo á la ponzoñosa fruta, pendiente de aquellas fuertes ramas, las ávidas manos, y al opuesto extremo Adán y Eva salen ya

de su Paraíso y de su inocencia. Pero al verlos, y sobre todo al compararlos con las figuras de los siglos medios, obsérvase ya cómo nos hemos los humanos, merced á titánicos trabajos y esfuerzos, del antiguo dolor y antigua culpa redimido. Todas estas obras cíclicas del Renacimiento, ya expresen la inocencia del primer hombre, ya expresen la culpa y el castigo, representan las humanas victorias sobre las ciegas fuerzas. El Renacimiento significa, respecto de la Edad Media, lo mismo que Grecia significa respecto del Asia y de la oriental teogonía. Y como la bella forma humana característica de Grecia representa la victoria del hombre sobre la naturaleza, victoria simbolizada tanto en la estatua grande y armoniosa como en la religión individualista y humanitaria, la bella forma humana característica del Renacimiento representa, por su parte, la victoria del hombre sobre la culpa y la esperanza en una remisión del castigo que por espacio de siglos pesara sobre sus espaldas.

No tenéis sino contemplar la Eva tallada por un buril hierático, por un buril de plena Edad Media, sobre la pared maravillosa del trascoro toledano, y compararla, por ejemplo, con la Eva puesta por el pincel rafaélico en aquellas increíbles galerías matizadas por la inspiración del Renacimiento y conocidas con el nombre popularísimo de Logias del Va-

ticano. Mientras la primer Eva es como imagen de nuestra humanidad culpada, es la segunda Eva como una imagen de nuestra humanidad redimida. Pintase allí el momento en que Dios ofrece su hembra natural á ese hombre primero, á quien diera superioridad y dominio sobre los demás animales, todos generalmente pareados y divididos en sexos, que se determinan más indudablemente según más alto suben las especies en los círculos de la creación universal. El Creador tiene su mano puesta sobre la espalda de nuestra primera madre recién creada, y Adán contempla con verdadero amor á su idolatrada compañera. ¡Qué juvenil hermosura en aquella mujer simbólica del humano rejuvenecimiento! ¡Cómo expresa con la florescencia del espíritu la florescencia del planeta! Las formas compiten con las más bellas que no lejos de allí dejara Grecia en el coro inmortal de sus estatuas, transportadas al Vaticano por las olas del tiempo en los horribles naufragios del mundo. Pero la Eva de Rafael brillaba con todas cuantas superioridades tiene un arte como la pintura sobre un arte como la escultura. En primer lugar, el alma se transparenta más. En segundo lugar, aquella memorable alegría, que siente al calor de la vida Eva, y se traluce á su rostro, no puede llegar al frío mármol. En tercer lugar, este afecto del pudor cristiano es por tal

modo moderno, que ninguna estatua helénica puede alcanzarlo, porque ningún antiguo lo sentía en su abandono á la naturaleza. Lo cierto es que todas estas figuras del Renacimiento rafaelesco, al mismo tiempo que representan la serenidad completa del espíritu por su victoria sobre la materia, representan también su confianza en la perpetuidad completa de tal dominio. Desde los albores de su genio, el gran pintor ha representado esta brillantísima faceta del alma y esta fase del hombre. La bandera que pintó cuando aun vivía bajo el yugo suave de su maestro Perugino, demuestra que ha entrado en el mundo con la estrella del Renacimiento artístico é intelectual sobre su frente y que significa su genio un grado supremo en la emancipación del espíritu. Mientras los ángeles de tal pintura llevan todavía ceñido el cendal de la Edad Media, como puede llevar un recién nacido sus pañales, Eva representa la plenitud maravillosa del alma humana con la plenitud maravillosa de una exuberante vida en la humanidad. Tal significación en la historia humana tiene un período tan creador como este período del Renacimiento. A nuestros niños de las costas mediterráneas les refieren sus nodrizas muy singulares cuentos ó leyendas. Y entre los cuentos y leyendas ninguno tan tierno como el referente á las pobres golondrinas. Hay allí una su-

perstición á favor de tales animalejos, que la muerte, á cualquiera de ellos dada, se toma, no tanto por una gran crueldad, como por un gran sacrilegio. Y este afecto proviene de creer las gentes que cuando Cristo estaba en la cruz iban las golondrinas en bandadas, piando, aleteando, piadosas y tiernas, á quitarle de las sienas aquellas espinas que le habían ceñido nuestras culpas. Cosa igual hizo el Renacimiento con Eva. Las almas de los grandes pintores le arrancaron á una los abrojos de sus culpas y la redimieron de los horrores de su castigo. Y sin exageración puede asegurarse que ha devuelto el arte vencedor á la humanidad atribulada su llorado y perdido Paraíso.

Después de lo relativo á estos primates del Renacimiento, los cuales personifican la grande transformación del espíritu, bien puede asegurarse que las Evas, representadas por los diversos artistas modernos, toman caracteres muy en consonancia con el genio personal y hasta con las escuelas particulares que cada uno de ellos guarda y ostenta. La Eva del Bosco parece cualquiera de aquellas brujas en los desvaríos de su genio soñadas y fingidas por tal pintor extravagante y siniestro. La Eva de Alberto Durero, desnuda y sola sobre una brillante tabla en el Museo de Madrid, aunque ostenta en su mano la nefasta fruta, preséntasenos

como una joven alemana, muy proporcionada, muy blanca, muy rubia, con ojos penetrantes, pero con cierta germánica vulgaridad. En cambio la Eva y el Adán de Pablo Veronés parecen un matrimonio veneciano, desnudos en las márgenes del hermoso Lido, para lanzarse, como peces ó como piratas, á las rientes aguas del celestial Adriático. Análogos caracteres la Eva de Rubens. Entre aquellos colores tan brillantes de su tan matizada paleta, preséntase una Eva de Flandes, tierna y blanda como aquella manteca ó aquellos quesos, de formas redondas y no elípticas, la cabellera rubia, el color blanco, los ojos azules, las carnes fornidas, una cualquiera de las mujeres que al paso hallaba. Tipo muy recopiado el tipo de nuestra primera madre, debía revestir en sus apariciones por el tiempo y por el espacio los caracteres propios de los varios pintores y de las varias escuelas. Por tal razón, convertiremos los ojos á la poesía, y miraremos y contemplaremos á Eva para concluir su retrato en el poema de Milton.

Bien es verdad que nada tan difícil como ponerse desde nuestra cultura en el caso de aquellos nuestros padres y de su primera inculta vida. Cuando las raíces del organismo nuestro se mezclaban casi con las raíces de todos los otros organismos; cuando la máquina del mundo pesaba sobre las espaldas

del hombre como las piedras del monumento sobre las encorvadas cariátides; cuando se parecía de suyo el incipiente lenguaje al aullido feroz; cuando apenas pasaba una idea por la mente humana, casi desnuda de nociones y dirigida por el más rudimentario sentimiento, primero é instintivo; cuando la familia se confundía con la manada y el fetiche con la piedra; constreñidos nuestros padres á combatir los elementos alterados y las especies enfurecidas, apartábase la condición aquella de la hoy alcanzada por tantos esfuerzos y trabajos, que no podemos trasladarnos á sitio tan desconocido como el sitio de nuestra cuna y á suerte tan triste como nuestra suerte primitiva, ni siquiera con el esfuerzo mayor de nuestra imaginación, enriquecida, para expresar sus conceptos, con fórmulas allegadas por el progreso constante de una civilización muy alta y muy madura. Espiritual y racional el hombre, á los comienzos de su vida por modo tan íntimo se une con la materia, y se somete á la fuerza, y se recluye casi en la triste animalidad, que no podemos fingirlo, y así no han logrado presentarlo en sus obras tal como los vemos en nuestros pensamientos, ni los autores más valiosos de las edades más apartadas ó antehistóricas. El milagro de la creación material se opera todos los días á nuestra vista. En el polo tocáis las edades glaciarias; en el Océano in-

menso, en el volcán ardentísimo, en la caverna estalactítica, veis los días del Génesis á la continua; pero el milagro de la creación humana, el apareamiento de la primer pareja sobre la tierra, es más difícil de comprender por la idea y mucho más difícil de manifestar por el arte que la generación de todas las otras cosas criadas. Y á pesar de que podéis ver en los esquimales al infeliz de las edades glaciarias, y en los patagones al antiguo gigante, y en los salvajes de las pampas y de los desiertos al batallador de las edades primitivas, cuando los ponen en escena, resultan como los brutos de las fábulas, animales, sí, pero animales parlantes á gusto y modo del hombre civilizado. Si artistas de la maravillosa expresión que todos reconocemos en Chateaubriand ó en Meyerbeer nos han pintado indios como Chactas, indios parisienses, y han puesto en labios de africanos música del Conservatorio, ¿qué no pasará cuando queráis expresar la mujer primitiva, encerrada, como la liebre, allá en su madriguera lacustre, para que no puedan comérsela tantas especies carniceras como la husmean, atisban y persiguen? Creedlo, desde los talleres de nuestros cuadros y estatuas, desde las ventanas de nuestros edificios, desde los abrigos de nuestros monumentos, se descubre con suma dificultad el hombre primitivo levantado en armas de pedernal contra su madras-

tra la naturaleza, y constreñido por las leyes de su defensa y por las necesidades múltiples de su vida y las exigencias de su ser á perdurable guerra.

Uno de los mayores músicos ha intentado vaciar en su arte poema como el que han dejado los pintores del Renacimiento en sus frescos, el poema de la creación. Hablo de Haydn. Pocos, ó ningún compositor, tan dados al cultivo de lo religioso y de lo sublime. Cuando tantas composiciones magistrales se han olvidado, sus *Siete Palabras* todavía duran junto al *Miserere* de Allegri, junto á los plañidos de Palestrina, junto al aria de Stradella, junto al cántico gregoriano. En la creación tentábanle grandes ideas y ha pugnado por expresarlas. El primer aleteo de los ángeles, al brotar en los espacios como de sus larvas las mariposas; el sonido de las aguas desprendiéndose, á guisa de cataratas, sobre los hondos lechos reservados á los inmensos mares en los abismos insondables; el primer acento de los mundos al girar, en lo vacío esclarecido por la luz recién creada, sobre sus ejes de oro; el rumor de los vegetales alzando sus ramas á lo infinito y recibiendo el ósculo immaculado de las brisas vírgenes; el arpegio de tanto nido como debiera latir ó cantar en aquella florescencia del Paraíso cristiano, preséntanse á que un artista de primer orden anotase la mística plegaria, el anhelo inmenso, la incons-

ciente ascensión de todos los seres criados á su Criador, sobre cuyo seno se disipan en nubes de ideas parecidas al acento del órgano y al aroma del incienso. Así la voz de los seres, la idea religiosa que cada cual como una estrella luce, la grande aspiración hasta de lo más material é inconsciente á subir al espíritu, á la libertad, á la conciencia, todo se halla expresado en el concierto de Haydn, como si hubiera éste oído el secreto por su Creador depositado en todas las cosas criadas para moverlas hacia él y sumergirlas en lo infinito. Pero cuando Adán y Eva surgen, todo parece vulgar, por lo menos, culto al modo de la cultura moderna y nuestra. La voz de Adán nos recuerda el aria convencional, y los coloquios de Adán y Eva, lo mismo antes que después del Paraíso, los duos más convencionales de la composición música más ajustada por un maestro á las reglas. Expresad, ni con el instrumento de mayor potencia, los aullidos de los brutos feroces en la época cuartenaria, ó los clamores del hombre, aquejado por el hambre y por el celo al satisfacer brutalmente, después de un combate carnicero con sus inferiores, los rudimentarios instintos.

Lo mismo pasa en el poema de Milton, inspirado por el puritanismo, que pasa en los cuadros de Veronés y Rubens, ya faltos de la primera inspiración

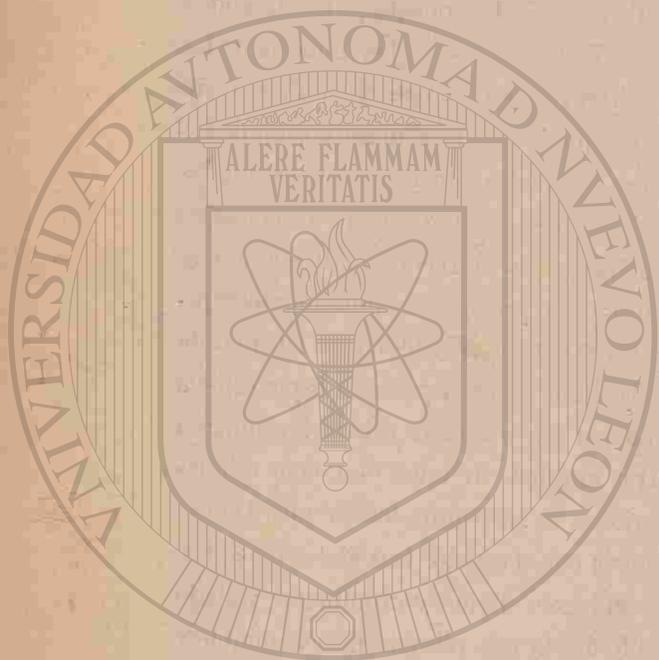
del Renacimiento, y que pasa en la música de Haydin, imposibilitada de manifestar y expresar la impresión producida por el mundo primero é inculto sobre la naturaleza rudimentaria de un hombre lanzado desde su Paraíso al torbellino de todos los males y al estruendo de todas las guerras. El Paraíso perdido reproduce la república puritana. Milton pone á Satanas, antes de que la tierra estuviese formada, en Cámara de los Pares, idéntica por completo á la que arrancaran los barones normandos al pobre Juan Sin Tierra. El derecho de proposición está en los congresos infernales tan respetado como en los congresos británicos. La iniciativa parlamentaria precede á la creación del hombre allá en la mente de un demócrata presbiteriano. La tribuna se alza erguida sobre la boca del infierno. Las deliberaciones privan entre los ángeles malos como entre los ingleses buenos. Se propone, se delibera, se vota, se lee, se sanciona, se promulga en el espacio manchado por la primera religión angélica, triste autora del mal primero, al modo de los largos parlamentos. Creedlo, no existía la tierra de los hombres, y ya existía la Cámara de los Loes. Las pasiones que combaten á los personajes del poema se hallan facturadas como los fardos de sus fábricas. Oriel trae del cielo consignas militares y santos y señas muy expresivos y

muy bien formulados á Gabriel, que se halla de guardia y está de centinela en los vestibulos del edén. Rafael entra en el Paraíso como un buen vecino en la vecindad y da consejos experimentados de antiguo y olientes á tabaco en polvo. Los ángeles meten á una entre pecho y espalda su correspondiente bistek, aunque todavía no sazonado ¡lástima grande! con la correspondiente patata. El poeta británico dejaría de creer en la felicidad angélica si los ángeles no se asentaran de ceremonia todos los días á la mesa y no se comieran, como cualquier boxador, un cuarto de buey sanguinolento. Y no hablemos de la riña marital cuando Adán arguye á Eva de imprevisora y manirrota por haber comido, la miserable, aquella nefasta fruta. Cualquier matrimonio que disputa sobre los gastos domésticos no dice allá en sus regaños las vulgaridades ocurridas á la Eva y al Adán de Milton en momento tan sublime como aquel crepúsculo espiritual donde se apaga el benéfico día de todos los bienes y comienza la caliginosa noche de todos los males. El gran poeta, no obstante haber elevado su patria, su familia, su Carta Magna, su Parlamento, á cielo, paraíso é infierno, deja un gran poema, en primer lugar por las descripciones maravillosas que lo esmaltan, y en segundo lugar por los acentos de libertad que lo ennoblecen. El reflejo de una fami-

lia completamente inglesa en la familia edénica sólo muestra la dificultad invencible con que tropezaremos de seguro todos cuantos intentemos una descripción acertada del primer germen de humanidad contenido en aquellos hombres recién echados por su culpa del Paraíso y puestos por el implacable ángel, nuncio de su castigo, á la entrada terrible de aquellas cavernas donde rugían, en combates sin número, especies sin piedad. Lo grande, lo maravilloso del poema de Milton es lo que siente su corazón, las rebeliones del presbiteriano contra el obispo, del protestante contra el papa, del demócrata contra el noble, del republicano contra el rey. Ahí está la fuente de su inspiración, y ahí toma su obra el sello indeleble de gloria perdurable á que le da completo derecho su enorme y majestuosa grandeza.

Sí, nuestra primera madre ha padecido mucho por todos nosotros, y al llevarnos en sus entrañas, hale tocado la terrible anticipación de todos nuestros combates y de todos nuestros dolores. Imagínasla iluminada por un sol que parece destello de tempestad, respirando un aire caliginoso y cargado por vapores contrarios á la vida, sobre una tierra donde se abre ya el cráter del volcán, ya el abismo en cuyo fondo hierven los océanos ardientes; amenazada por los ríos bituminosos y encendidos, por

los témpanos gigantescos, por los cantos erráticos, por los aereolitos cruzados en todas direcciones como proyectiles homicidas; puesta por la fatalidad bajo las raíces de las selvas y las guerras de los brutos en madrigueras semejantes á sepulturas, sin más vestimenta que la piel recién arrancada de los cuerpos apenas inmolados, sin más defensa que las hachas de piedra ó las dentaduras de los colosales mamíferos; obligada por su triste condición á emprender la caza para procurarse un alimento superior á las frutas salvajes; viendo cómo su marido expone la vida para traer la presa indispensable á todos, y cómo sus hijos, recién criados, rompen á una en guerras mutuas, ni más ni menos que las especies inferiores en sus combates eternos. Describirla, presentarla en tal estado, tras siglos de siglos, en que la Providencia divina y el humano trabajo nos han creado á una este planeta más habitable y más hermoso, ¡qué inmensa dificultad! Pero, si no podemos describirla, podemos seguramente compadecerla, dolernos en sus dolores, afligirnos en sus aficciones, y devolverle, por medio de nuestro amor, todas la deudas que, al recibir la vida, con nuestra primera madre hemos contraído, y que todos estamos obligados á pagarle en usurarias creces. El primer nacido no pudiera vivir ni crecer sin sus desvelos. Retribuyamóselos con nuestro culto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## LA MUJER DE NOÉ

Faltaríanos en esta galería un tipo si, después de haber visto á la mujer en el Paraíso, no viéramos á la mujer en el diluvio. Pasamos por los tiempos míticos todavía, y de consiguiente, nuestro retrato ha de verse á una luz muy extraña, la emanada fantásticamente de los primeros albores del mundo allá en los comienzos de la vida. Con dificultad la persona se destaca de la naturaleza en estas edades en que tanto abrumba con su peso al hombre la materia. Por los primeros tiempos las grandes fuerzas cósmicas aparecen como los grandes protagonistas de la historia. Ocupa mucho más espacio en tal estado primitivo de las cosas, y tiene mucha más eficacia social un torbellino de átomos que un torbellino de almas. El historiador cuenta con más interés lo sucedido en el seno de la tierra ó del cielo que lo sucedido en el seno de aquellas familias patriarcales, germen, celdilla, boceto, esbozo de una sociedad. Y tan

cierto es todo esto que los patriarcas existentes entre Adán y Noé, los recogidos por la historia y guardados en sus anales, apenas podemos creerlos personas vivientes, pues más bien parecen símbolos fríos de una edad pasada, como las esfinges ó los colosos de granito puestos á la puerta de un viejo templo asirio. La prueba de tal aserto está en que la suma de sus años compone un total incompatible de todo en todo con la complexión de nuestra humanidad, esclava del tiempo y de la muerte. Sólo viven tanto, cual esos primeros patriarcas, los metales en que las estatuas se funden ó las moles en que las estatuas se tallan. Pues si los hombres primeros apenas tienen una denominación histórica en los tiempos primitivos, imaginaos qué sucederá con las mujeres. Pobres siervas, el historiador se olvida por completo hasta de apellidarlas, y las menciona como pudiera mencionarse la hembra natural de un macho cualquiera en el establo. Lo que por Eva y su conocida suerte hacen los libros sacros, jamás vuelven de nuevo á repetirlo por ninguna de las mujeres prehistóricas. Para que Sara, Rebeca, Débora, Judith, Esther, alcancen grande personalidad, necesitase todo el curso larguísimo de los siglos y toda la madurez del humano espíritu. La hija de Faraón, que á Moisés recoge allá en las corrientes del misterioso Nilo egipcio; la María, estrella del mar, que canta

el himno de libertad tras la salida del cautiverio; la hija de Jefté, que por todo el pueblo escogido se inmola en las aras donde chorrea la sangre de los sacrificios humanos, apenas tienen personalidad en dramas históricos, donde Dios, la naturaleza, el sacerdocio y el pueblo, desempeñan los primeros papeles y dan los grandes impulsos así á las ideas como á los hechos. Y, sin embargo, por lo exquisito de su natural sensibilidad, supera en el padecimiento la mujer al hombre siempre que llegan las grandes catástrofes. Antes de que la electricidad se condense y estalle por las nubes lejanas, ya sacude los nervios de la mujer; y antes de que la noche venga, ya entristecen sus sombras la frente de la mujer. Por consecuencia, su corazón debía latir más que ningún otro corazón so la mano del historiador, y sus clamores oirse más que ningún otro clamor. A pesar de tal consideración, resulta este tiempo prehistórico tan duro, que la Biblia no ha querido transmitirnos el nombre siquiera de la mujer de Noé. Pasa lo que pasa con la hija de Jefté. Como aquella sólo se presenta en la historia bajo el nombre de su padre, sólo se presenta ésta bajo el nombre de su marido.

Seis capítulos consagra en su concisión á Noé la Biblia. Estos capítulos van desde los patriarcas adamas al diluvio, y desde la catástrofe del diluvio

hasta la torre de Babel. Pasan en ellos por nuestra vista hechos tales como el arribo de Noé á la tierra, último vástago de los patriarcas adamitas, en vísperas del diluvio, como los gigantes venidos de bruscos y misteriosos enlaces entre razas diversas, como la corrupción de toda carne y vida, como el anatema fulminado por Jehovah sobre los vivientes, como la construcción del arca y los depósitos en ella de cuantas parejas animales pululan por la tierra, como el diluvio universal, como el iris de paz, como el pacto de alianza, como el plantío de la viña, como la primer embriaguez producida por el primer mosto, como la maldición de Noé á Canaán, como sus predilecciones por Sem, como el destino reservado á Jafet; nómbrese mil veces á la mujer de Noé, á las hijas de la mujer, y no se les da jamás nombre ninguno, cuando, en capítulos anteriores, muy cercanos, había dicho que lo llevaban ya puesto por el mismo Adán las cosas y los seres universales en el cielo y bajo el cielo. Esta indicación, á primera vista baladí, tiene mucha importancia. Por ella se patentiza la poca y triste autoridad del sexo hermoso en tales condiciones sociales, bajo el mando y poder de los primitivos patriarcas. Éstos, en aquella familia sierva y en aquella sociedad incipiente, lo representan y lo son todo. Pero su mujer no merece al historiador sacro

más consideración que puede merecerle por su parte la hembra de los demás animales. Como al mencionar las parejas salvadas del diluvio las menciona con el nombre de su macho, al mencionar los matrimonios méncionalos con el nombre de los maridos solamente. Sabemos cómo se llama la mujer de Adán; después ya no sabemos cómo se llaman las demás mujeres patriarcales hasta que aparece, por último, sobre la escena del mundo, el patriarca Abraham con sus varias mujeres, en cuyo tiempo llevan su correspondiente nombre las concubinas y las esclavas. ¡Pobre mujer! Tu martirio ha resultado mucho más terrible que todos los otros martirios en esta escala de dolores por donde ha subido á su emancipación la humanidad. Siervo el hombre de una materia embravecida y de una sociedad rudimentaria en los tiempos primitivos, tú, mujer, has ¡ay! sido sierva de este siervo.

¡El diluvio! La humanidad conserva su recuerdo vivo y la tradición esparce tal recuerdo entre todas las gentes. Hay quien cree que un choque de la tierra con encendido cometa batió las aguas del Océano y las desbordó sobre los continentes. Ignoraban quienes tal decían cómo esas fajas cometarias, difusiones del éter, aun tocando en la corteza terrestre, no podían marcarla ni siquiera con ligerísima huella. La gran catástrofe de universal inundación

ha sucedido alguna vez. El solitario mar se ha revolcado, bramador y rabioso, por toda la tierra. Los sendos desiertos helados de ambos polos han contenido en su esfera de cristales alguna vez todo nuestro planeta. El canto enorme de granito enterrado en estepas formadas por acarreo y constituidas por sedimentos, han llegado allí arrojadas por la palanca de los primeros volcanes ó impelidas por las corrientes de los primeros diluvios. Unas veces los mares hanse levantado hasta rebosar sobre los continentes, y otras veces los continentes han descendido hasta llamar á sus senos los mares. La cadena que forma los montes de Noruega, en su explosión, ha escupido materias suyas en las estepas de Rusia. El Cáucaso no ha podido levantarse airado á los piés de Asia sin desgarrar en valles hondísimos, sacudir con terremotos y huracanes, encender en rayos, anegar en aguas las mesetas centrales del Asia, cuna de nuestro linaje. A la erupción de los Alpes hasse resentido todo nuestro continente, como al parto se resienten todos los nervios, y todos los huesos, y todas las fibras de la parturienta, desde los piés á la cabeza. Los Andes, los últimos venidos, según la ciencia, se han formado entre los estremecimientos epilépticos de todo el Nuevo Mundo. La desproporción entre los hielos del hemisferio boreal y los hielos del hemisferio austral desata

convulsiones sin número en esta tierra nuestra convulsa de continuo. La precesión de los equinoccios lleva en sus tardísimos pasos una catástrofe titánica de las que pueden arruinar un mundo como el terremoto arruina un edificio. Cuántas veces el pescador, vestido con su traje azul y coronado con su gorro frigio, que se asienta bajo la sombra del olivo ceñido de pámpano, sobre las ramas del bien oliente mirto, en las marmóreas costas del Tirreno, bruñidas por la luz y calentadas por los volcanes, extrae con la concha, ó el coral, ó el pez, un anillo que brillara en los dedos de familias sepultadas entre los escombros de poblaciones numerosas por aquellas aguas, las cuales, después de haberse tragado impasibles tantos seres, sonríen de felicidad como las antiguas sirenas.

Las ciencias han opuesto múltiples objeciones al diluvio universal. Según ellas, los terrenos reconocidos en la geología por terrenos diluvianos, aquellos que llevan escombros oceánicos en sus removidos senos, preceden de mucho á las apariciones históricas del hombre. No hay en las zonas conocidas con el nombre de diluviales ninguno de aquellos restos humanos que aparecen tan abundantes en los terrenos cuaternarios. Aquel gran Cuvier, autor casi del nuevo rumbo tomado por las ciencias naturales, á pesar de su empeño en unir la

tradición religiosa con el contenido científico, proclamaba un diluvio como el descrito por Moisés en el Asia, pero de cuyo diluvio se había preservado el África. Los geólogos más ilustres enlazan los efectos diluviales con diversas causas, como erupciones volcánicas, sacudimientos terrestres, ascenso del gran lecho de los mares, descenso de las costas, desnivel entre las cantidades enormes de hielo aglomeradas en los respectivos polos, precesión de los equinoccios, inclinaciones del eje de la tierra y hasta oscilación de su centro de gravedad; y, contadas todas estas concausas, no admiten que puedan existir los diluvios universales después de haber aparecido el hombre por los terrenos cuaternarios, y explican la denominación dada en los libros santos al diluvio mosaísta por la colocación de aquellos que lo sufrieron y del historiador que lo relatara. Naturalmente, ni Moisés, ni los profetas, pudieron proponerse de ningún modo enseñar ciencias físicas y naturales á los hombres de su edad. Otra cosa pretendían más alta: enseñarles moral y religión independientemente de todas las nociones astronómicas. Así hablaban del universo á las gentes con arreglo á la corta medida y á la profundidad escasa de la inteligencia general. Y para imprimirles una idea clara de lo que fuera el diluvio, hablábanles de cataratas desprendidas del cielo y

de aguas vomitadas por los abismos. No de otra suerte podían comprender aquellas generaciones ignoras estos grandes fenómenos naturales, á cuya virtud tan estrechamente se unía y ligaba el desarrollo interior de su propia historia.

Dos veces Jehovah se arrepintió de haber hecho al hombre, una después del edén, y otra, en verdad, antes del diluvio. Justiciero el Eterno, pensó en que siguiese al pecado el castigo, y determinó raer las criaturas de la tierra, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil, y hasta las aves del cielo, como arrepentido de haberlos criado: que tales son sus palabras. Empero Noé halló gracia en Dios por justo y perfecto, tanto en sí como en sus generaciones. Con Dios caminó, pues, Noé. Y engendró Noé tres hijos, á Sem, á Cam y á Jafet. Y corrompióse la tierra delante de Dios llena de violencia. Miró Dios á la tierra y vióla corrompida. Habíase toda carne manchado y agriándose toda vida. Y Dios le dijo á Noé cómo pensaba castigar á los malvados y destruir las especies criadas por haberse desavenido todas ellas de su Criador y extraviándose á una en los asperísimos senderos del mundo. El concepto de que todo mal se tiende como una sombra caída de lo alto sobre los mismos ajenos á él é irresponsables de su cometido, este concepto de la solidaridad universal trasciende á toda la Biblia,

desde sus primeros á sus últimos capítulos, cual hemos visto al salir Adán y Eva del Paraíso, pues parece que salen á una con ellos todos los seres criados, según se alteran al contacto de aquella culpa, en la que no habían tenido parte alguna y de la que no podían tener tampoco responsabilidad. Los ayuntamientos entre razas que Dios había querido separar, las guerras de los titanes ó gigantes, las crueldades cometidas por unas especies contra otras, el envenenamiento de la sangre por el veneno corrosivo de los vicios, la corrupción de toda vida, las degeneraciones de los patriarcas mismos, la recrudescencia del mal trajeron en la justicia de Dios aquellas aguas del diluvio que, caídas unas del cielo en torrentes ó cataratas, y otras del abismo levantadas en espirales á trombas semejantes, anegaron la humanidad con todas las criaturas.

Esta grande tradición del diluvio es una tradición universal. En el tratado clásico del escritor Schoebel sobre la universalidad de la inundación contada por la Biblia, se comprueban magistralmente los rastros de tales ideas en todos los pueblos, con excepción tan sólo de la raza negra. En China vese ya una oral narración de semejante fenómeno, si bien de poca certidumbre y con escasa fijeza. El escritor profano más antiguo que narra

un diluvio semejante al bíblico es un escritor caldeo, el célebre y controvertido Beroso. Allí, en aquel relato, hay también un patriarca, escogido por Cronos, ó sea el tiempo eterno, para preservarse del diluvio, y allí también este patriarca escogido construye un barco y almacena en él parejas animadas, como en su arca bíblica Noé. Allí también, pasados los días de tormentas é inundaciones, expídense aves, que vuelven, mientras la tierra está húmeda, con sus patitas manchadas por el barro, y luégo, cuando la tierra ya se vuelve de nuevo sólida y seca, no tornan á la nave. Allí el Noé asirio es elevado por los dioses al cielo en compañía de su mujer, que, compartiendo primero sus penas, comparte después sus felicidades. Allí también el barco, dentro de cuyo vientre los humanos habían podido salvarse y constituir el comienzo de la nueva humanidad, ese barco próspero y feliz arriba con toda su carga y toda su tripulación al monte mismo designado para puerto del arca de Noé, al monte Ararat, cuyo nombre ha llegado hasta nosotros circuido por este prestigio de haberle puesto la Providencia como nueva cuna de nuestra especie y como nuevo principio de nuestra historia. La analogía, pues, entre la relación caldea y la relación bíblica es muy grande.

No es menor la existente de antiguo entre la



tradición bíblica y la tradición india. Quien desee convencerse, no tiene sino leer los profundos estudios del gran profesor Max Müller sobre literatura sanscrita. Cierta mañana llevaron á Manú, abuelo de la humanidad, agua fresca para lavarse. Lavóse, y al concluir el lavado, encontró un pez vivo y coleando entre sus dedos. El pez, con aquella facilidad extraordinaria de palabra que los animales tenían en los tiempos míticos, ofrecióle salvarle de un gran peligro si le daba su protección. Absorto Manú ante maravilla tamaña, preguntóle qué peligro podía correr, y el pez le anunció cómo se hallaba próximo un diluvio, el cual anegaría irremisiblemente á todas las criaturas. Oído esto, preguntóle Manú qué podría él hacer para protegerlo, y el pez le dijo que retenerlo en su casa y guardarlo en una vasija, donde pudiera preservarse al mayor daño probable para los peces pequeñuelos, el de verse comido y devorado por los peces grandes. Manú le prometió hacer esto; pero el pez le dijo cómo no bastaba, pues debiendo crecer, tenía que llevarlo de la vasija primera, en creciendo algo, á un estanque propio; del estanque propio, en creciendo mucho, al Océano, donde, ya muy crecido, el pez pudo preservarse de la destrucción y acorrer á quien le protegiera. En efecto, al año de tales hechos, el diluvio sobrevino, y el pez aconsejó á

Manú que construyera una barca, y atándola con poderoso cable á su cuello, le permitiese conducirlo sobre las aguas alteradas. Y lo condujo, en efecto, y lo salvó. Luégo que hubieron pasado inundaciones y lluvias, quedó á la sombra de un árbol, bajo cuyas ramas la nave se convirtió en cabaña.

No podía menos que divulgarse mucho tal tradición del diluvio, pues habíánla formulado ya los escribas caldeoasirios en Babilonia y Nínive, diecisiete siglos antes de Jesucristo, cuando Moisés distaba mucho de venir al mundo y Abraham acababa de plantar sus tiendas en las tierras del Hebrón. Hasisatra cuenta la tradicional catástrofe, por ser como el Noé salvado á sus furores. Habitaba este justo una floreciente ciudad á orillas del Éufrates, cuyos habitantes habían puesto los dioses en olvido. Airados éstos á tamaña ingratitud, reuniéronse con diligencia en consejo y tramaron el castigo con severidad. Un diluvio fué propuesto y admitido en el acto. Pero al justo se le llamó en seguida, y se le impuso, en premio á su justicia, el refugio en barca por él apercibida para flotar sobre las aguas encrespadas. Al revés del justo bíblico, que se somete sin chistar al mandato celeste, dirige algunas observaciones al cielo el justo caldeo, receloso de que las gentes se le rían en sus barbas, viéndole primero fabricar barcas y después embarcado.

Pero á las respuestas que le da el cielo y á los mandatos que le impone imposible de todo punto resistirse, y construye su barca, sumiso á los superiores planes y planos. Prolijamente refiere la construcción y la carga, numerando hasta los cajones metidos en las entrañas de su nave. Apenas había todo esto aparejado, cuando salió del abismo negra nube, provocada por los cometas, á guisa de largas espadas esgrimidas por los arcángeles, que cumplían las maldiciones del cielo. Derretíanse las nubes sobre la tierra y levantábanse los mares hasta el cielo mismo. La humanidad volvió á convertirse, machacada por la catástrofe horrorosa, en terrestre limo. Por las aguas solitarias, iluminadas al siniestro relámpagueo de las nubes en espesa noche, flotaban los cadáveres, cual flotan las algas en los mares. El género humano, hasta entonces vivo, murió, y no hubo sobre la tierra más familias que la familia del justo y sus compañeras. El diluvio cesó, y los montes volvieron á descubrir las cimas y las laderas, erguidos como antes en el espacio, aunque lacerados por tantos horrores. Mandó el justo, al cerciorarse de la calma, una paloma lejos del arca, pero la paloma volvió. Mandó una golondrina por su instinto viajero, y volvió la golondrina. Mandó un cuervo, y el cuervo no volvió jamás. Entonces abandonó la nave para descender á tierra, y ofreció

á Dios holocaustos y sacrificios en acción de gracias, muy semejantes á los holocaustos y á los sacrificios ofrecidos por Noé á Jehovah en el mismo instante y por la misma causa. Pero el justo asirio no aparece tan respetuoso con su Dios como con el suyo aparece Noé. Baste decir que para encarecer los dioses acudidos al humo y al aroma del holocausto, los compara con las moscas acudidas á un panal de rica miel. Tan viejas son, y tan arraigadas están ciertas tradiciones, que creemos exclusivamente nuestras, en todos los pueblos del mundo.

Los iraníos ó persas, en quienes las razas arias están principalmente representadas por el centro de Asia, y que profesan el culto espiritual á la luz eterna con el principio dualista de la contradicción divina, tuvieron sus tradiciones diluviales, muy semejantes de suyo á las tradiciones bíblicas. Una diferencia, sin embargo, debemos establecer: en Persia no hay arca ni nave; un jardín muy escogido, puesto en sitio muy alto y murado por segura manera, ofrece refugio al justo contra las nubes del cielo y contra las mareas del Océano. Pero ¿á qué detenernos ante tradiciones uniformes y monótonas, cuyo fondo resulta el mismo siempre, siquier bordado por diversas preseas de imaginaciones primitivas é infantiles? Todos conocen la tradición de Tesalia en Grecia. La edad llamada por los hieráti-

cos de bronce ha corrompido en tal modo la tierra helena, que ha provocado la cólera de Júpiter. El diluvio se desata, como resultado necesario de semejante ira, en la tierra de los poetas, cual se desatara, como resultado de la ira de Jehovah, en la tierra de los patriarcas. Por consejo de aquel Prometeo que había robado al cielo su lumbré y sus secretos, Deucalión, el Noé griego, construye un cofre, que flota sobre las aguas. Él solamente, acompañado de una mujer que ya tiene nombre, Pirra, se salva. La cima del Parnaso los recoge y los mantiene. Bajados de allí, ofrecen á Júpiter un sacrificio en acción de gracias, y Júpiter les manda que tiren á lo alto huesos de la tierra. En efecto, los huesos de la tierra son las piedras. Y aquellas que tira Deucalión se truecan en hombres, y aquellas que Pirra en mujeres, levantándose así la nueva humanidad que debe purificar y engrandecer el planeta. No sólo en esta región del sol y del mar luminoso existen tales tradiciones; también se descubren allá en suelo envuelto por las tinieblas perdurables y por los vapores sombríos. El Edda escandinavo supone la tierra sumergida, no tanto en las aguas del diluvio, como en la sangre fluida de un gigante á quien sus contrarios hirieran mil veces. En Egipto la corrupción del mundo antidiluviano y el castigo aparejado por los dioses á tales

culpas, encuentra por doquier visibles rastros. ¿Qué decimos en Egipto? América está, lo mismo que Asia, completamente imbuída por sus diversas regiones en la tradición del diluvio. Cada tribu de Méjico lo altera según su mejor entender; pero todas lo guardan á una. Sus diferencias con la tradición bíblica están en particularidades de tan escasa monta, como si es la paloma ó el colibrí quien trae la oliva en su pico. Mas en el Orinoco se guarda la tradición misma que ya hemos visto en Grecia; es decir, existen una Pirra y un Deucalión americanos, mientras en las islas boreales del Asia rusa, que se tienden hacia el nuevo continente, descúbrese la tradición bíblica. ¿Qué más? En varias islas de la Polinesia el castigo viene como una consecuencia del pecado y el modo de castigar está en el diluvio universal.

¡Cuán disminuída la mujer de Noé siempre que lo enorme de la catástrofe y lo extendido de la tradición se contemplan por el historiador! Entre los pecados, que manchan la tierra, y el arrepentimiento de Dios por haberla producido, apenas aparece la pobre mujer del patriarca escapado á la universal pena. Sucede aquí, ya lo hemos dicho, todo lo contrario de cuanto sucede allá en el mito de nuestra primera madre. La protagonista en el poema paradisiáco es Eva, y el protagonista en la tragedia

diluvial es Noé. Pero ¡cuánto sufren estas mujeres prehistóricas en las catástrofes que caen sobre sus espaldas y las abruman terribles con su peso! La naturaleza de donde la vida mana se trueca para ellas en ponzoñoso manantial de dolor y de muerte. Imposible recordar lo que sería un mundo subvertido por tantas revoluciones materiales, sin recordar también lo que padecería en él un alma tan tierna y un corazón tan sensible como el alma y el corazón de las pobres mujeres, doloridas primero por todos los achaques naturales á su sexo, después por todos los horrores de un mundo embravecido y desgarrado en aquellas laceraciones que traen á la tierra lo que podríamos llamar sus terribles partos. Cuando evocamos el mundo primitivo, los sacudimientos que le atraviesan en todas direcciones, las bocas que se abren como bostezos de los abismos á las plantas del hombre, las tormentas que se arremolinan sobre su cabeza, los animales aullando en una carnicería sin fin, aun comprendemos la vida del varón, armado de todas armas, y en lucha, como requiere su naturaleza fortísima, con todos los elementos, animados é inanimados, que le persiguen y que le anonadan. Pero no podemos comprender á la mujer, tan tierna, entre aquellos horrores tan grandes. ¿Cómo se acomodaría su dulzura con tal acerbidad? ¿Qué vibración sus nervios sen-

tirían á los remolinos de la electricidad tonante por los espacios tormentosos? ¿Con qué dolor no había de ver el eterno combate y la perdurable guerra en torno suyo, la muerte á sus piés? Una sensibilidad tan exquisita, en presencia de aquella naturaleza tan implacable, no podría menos que resentirse con grande resentimiento y quebrarse al choque de los dolores intensísimos brotados del universo sumergido en todos los males. La compasión mayor nos asalta cuanto más eclipsadas y oscurecidas vemos estas figuras, cuyos senos han llevado en sí los humanos destinos.

Varias particularidades notamos en el matrimonio de Noé con su mujer que merecen especial atención. Primeramente, no hay rastro en él de aquella poligamia que mancha otros matrimonios patriarcales. El texto sacro está clarísimo, y no da margen alguno á dudas ó tergiversaciones. Noé tiene una sola mujer, y una sola mujer tiene cada cual de sus hijos. No sucede así con Lamec, el cual disfruta en su patriarcal harén del amor de varias mujeres; y no sucede así con el santo Abraham, quien tiene sus esclavas por concubinas, y en estas concubinas hijos destinados á fundar en el mundo familias infieles. Noé y sus tres hijos tienen cada cual su mujer propia y única, numeradas con toda claridad en los libros santos. Y como las indicaciones de todos

estos libros muestran una grande concisión y apenas mencionan los hechos y los personajes más dignos de mención, debemos apelar á inducciones en el retrato de personalidad tan oscurecida por todo cuanto la rodea cual esta mujer de Noé. Pero el patriarca debió la salvación á su virtud, y esta virtud, en verdad, la compartiría con aquella su mujer, que reunía las dos vidas en suma. Entre tanta impureza de costumbres resaltaba la pureza reconocida por todos á la familia del patriarca y señalada por Dios. Pues bien, tal pureza no podía provenir sino de que la virtud habitaba con él, con su mujer, con sus hijos, en la tienda nómada, bajo las palmeras resonantes y sobre aquellos desiertos primitivos. La sociedad estaba demasiado en sus comienzos para que hubiese allí, ó pudiese haber allí, virtudes cívicas. Habitaban solamente las virtudes privadas. Y estas virtudes privadas, principalmente se deben al influjo y soberanía de la mujer dentro de una casa y en una familia como las casas y las familias patriarcales. Por consecuencia, si Noé se vió preservado del diluvio por divina disposición, fundada en sus virtudes, no puede, no, dudarse de la parte grande que tuvo en estas virtudes su santa y cariñosa mujer, la cual debió mantenerlo en el temor de Dios y proporcionarle todos los medios necesarios para cumplir su

destino y hacerse acepto á los ojos del cielo, quien por ende le preservó del castigo universal.

Pero volvamos á la narración bíblica. Construída el arca, según los divinos planos, entró en ella Noé con todos los suyos y con aquellos animales destinados á perpetuar las especies. Cuarenta días con cuarenta noches llovió el cielo sobre la tierra. Y cuarenta días con cuarenta noches los Océanos salieron de sus abismos, los ríos de sus cauces. Todos los animales vivientes, fuera de aquellos que iban en el arca, se ahogaron, y todas las especies vegetales se perdieron. Los montes más altos se cubrieron, pues las aguas iban más de quince codos sobre sus cumbres y cimas. Imaginaos á la mujer de Adán fuera del Paraíso, y podréis comprender á la mujer de Noé dentro del arca. Por poco apego que á las cosas del mundo tengamos, siempre la vida se une á otras vidas, y el sér nuestro se enlaza con otros seres en este nuestro misérrimo planeta. ¡Cuánto no sufriría la pobre mujer de Noé viendo anegados los campos donde se criara, destruidos los árboles que le prestaran frutos y sombras, muertas las especies mismas que cooperan á la vida y auxilian al trabajo! Aquel barco flotante sobre las soledades inmensas de un océano recién compuesto por la tormenta universal, como llevaba en sí muchos seres, llevaba también muchos dolores.

No habían podido subir á tantas alturas, sobre las aguas más sublimadas, entre aquellas tablas heridas por tales tempestades, sino merced á muchos y muy terribles dolores, cuya intensidad apenas podemos comprender nosotros, hijos de una sociedad relativamente perfecta y en brazos de una grande y amorosa naturaleza completamente á nuestro dominio sometida. Muchas aguas vertió el diluvio bíblico sobre la tierra; pero muchas lágrimas debieron verter aquellas mujeres, aun redimidas y salvadas por expresas disposiciones del cielo y por ejercicio sublime de la divina misericordia.

Pero continuemos la narración. Indudablemente los dolores de la mujer débían superar en mucho á los dolores del hombre durante las terribles horas del diluvio. No puede verse, no, siquiera la justicia más justificable lo mande, aquella catástrofe gigantesca, que los animales y plantas se anegaban bajo el cruel castigo, sin moverse á grande compasión, y sin á una sentirse los que presencian el dolor con aquellos que lo padecen solidarios, confundidos ó identificados. El corazón de la mujer, mucho más que nuestro corazón, está formado para el amor; y la mujer de Noé, como sus nueras, por milagro salvadas, padecerían horriblemente, dejándose, allá en los abismos y bajo las aguas, tantas prendas queri-

das á sus respectivos afectos y consagradas en sus almas y en la memoria de sus almas. Por poco adscrita que nuestra existencia esté á la tierra, y poco ligadas las raíces de nuestro sér con los demás seres, no podemos discurrir en el mundo y gastar la vida sin llevarla por necesidad hasta de objetos inanimados, los cuales van con sus corrientes á desaguar en la eternidad, como los cantos y piedras rodadas que arrastra el río van al mar. Lo mismo la universal destrucción traída por el diluvio que la clausura en aquella especie de cabaña flotante sobre las aguas y nómada en la triste oscura inmensidad, habían de apenar á las pobres mujeres y darles días y noches tan tristes como los probados por Eva en las puertas del Paraíso al salir de su inocencia y tropezar con el mal. Pero tras cuarenta días y cuarenta noches de angustias, el Eterno se apiadó, allá en su interior, de sus criaturas. Merced á esta piedad, las aguas del diluvio cedieron y la tierra volvió de nuevo á su primitivo estado. Mas, como quiera que había fenecido la vida precedente y se necesitaba tender sobre la tierra desolada vida nueva, Noé, como Adán, puede llamarse padre de la humanidad, y como Eva, la mujer de Noé, madre. Ciento cincuenta días estuvieron estos nuevos generadores de la especie nuestra en su flotante nave, y al cabo de tales días, por haber pasado sobre la

faz del planeta humedecido un viento fortísimo y secante, pudieron descender con alguna firmeza y sobre alguna solidez, reanudando su antigua vida y restableciendo su comercio y trato con todos los seres criados. ¡Qué angustias nuevas en el intermedio entre los diluvios y los desembarques! ¡Cuánta zozobra en aquellas pobres mujeres que habían debido cuidar, con la solicitud natural á su tierno sexo, no solamente de su familia, de los animales varios á esa familia unidos por el divino mandato!

El sitio donde se detuvo el arca de Noé se halla consagrado por la tradición universal. Una leyenda lo ha ungido, leyenda cuyos destellos brillan de antiguo sin eclipse ninguno en los comienzos y albores de la humana historia. Instintivamente admira el género humano las montañas, esas columnas del cielo, esas peanas de Dios. Ubérrimos pezones dan el jugo nutritivo á los campos, como el materno pecho lo da también á los pequeñuelos. En sus urnas de cristal están petrificadas las nieves perpetuas que guardan los ríos, como en los ríos depositada aquella humedad que, llevando por doquier la frescura necesaria, esposa, digámoslo así, del sol, esparce y fecunda la universal vegetación. En una montaña, pues, debía descansar el arca donde iban los destinos preciosos de la futura humanidad. Y así como de la montaña descenden los ríos que

distribuyen la humedad por el suelo, de la montaña descenden las razas encargadas de distribuir el humano espíritu sobre nuestro planeta. Extraño y rarísimo caso: en el espacio que media entre nuestro monte Ararat y el monte indio conocido bajo el nombre de Himalaya, en esa meseta central del Asia, pusieron á una semitas, arios, iranienses, caldeos, la cuna del género humano, y tal creencia está completamente confirmada por la historia. El monte Merú, donde la nave del Noé indio se detuvo, no está lejos del monte Ararat, donde se detuvo el arca de nuestro Noé bíblico. Y entre ambos montes de antiguo se dilata el territorio tenido universalmente por vivero de las humanas familias. Así como el Sinaí, donde la ley de justicia se promulgó, no está lejos del Calvario, donde se promulgó la ley de gracia, el sitio consagrado por la tradición como edén primitivo no está lejos del sitio consagrado como punto de partida en la peregrinación de las primeras humanas razas á poblar los amplios continentes. ¡Ah! La humanidad empieza comprendiendo con su fantasía principios y hechos luego confirmados por la razón, y que la identidad fundamental de todas estas grandes tradiciones, ampliadas luego por la ciencia, muestra cómo somos unos con toda nuestra especie, y cómo ha estado contenido el espíritu nuestro con sus

gérmenes de futuras evoluciones en aquellos tiempos y en aquellos progenitores que parecen más apartados y más distantes de nosotros en el inmenso mar de la humana vida, cuyos senos, desde los abismos terrestres, retratan y reflejan todas las maravillas de lo infinito.

Llegados al Ararat, expidieron los navegantes varias aves desde las interioridades del arca, preguntándoles noticias, allegables sólo por estos alados mensajeros. La primera en salir fué un cuervo. ¡Qué festín para el ave de la muerte aquellos amontonamientos de cadáveres insepultos, que á una se pudrirían, corrompiendo los aires! ¡El mal, siempre nos hallamos á vueltas con el mal! Su presencia nos hace desconfiar de Dios y desconfiar de nosotros mismos. Sin embargo, ¡cómo el mal se nos aparece de relativo y contingente! Entre los animales más repugnantes á nuestros sentidos se halla el cuervo. Aquel traje negro nos le delata como un esbirro de la naturaleza. Los crueles ojos destellan de su mirar siniestro el odio y el horror hereditarios. Su pico se parece á un verdadero instrumento de asolación y exterminio. Su graznido nos hiela de trágico espanto. Sus piés llevan en sí el frío de la muerte. Al verlo, vemos todas las plagas compañeras del combate y de la guerra, todos los horrores del odio. Y, sin embargo, suprimidlos, y la tierra hubiera

resultado inhabitable después del diluvio. Dentro de sus vientres se levantó la carne podrida por las aguas á una metamorfosis. Su buche hizo vida y sangre, no sólo inocente, sino también provechosa de suyo al bien universal y común, la horrible corrupción. Su fuerza es una fuerza de verdadero exterminio, pero también de saludable transformación. Su rapidez tiene la rapidez del rayo, y da, como el rayo, la muerte. Pero creedlo, en cada uno de tales asesinos alados va una especie de fuego terrible con el cual se abrasan las cosas, pero también se purifican. Por consecuencia, Noé mostró el gran conocimiento que ya tenía de las especies y del ministerio por las especies desempeñado en la naturaleza, cuando expidió al cuervo para que le informase del estado á que había venido la tierra tras aquellas inundaciones y lluvias. El cuervo, en su voracidad, anduvo por todas partes alimentándose de los cadáveres insepultos, y sin traer ninguna otra noticia sino que la corrupción y la muerte reinaban todavía con su nefasto imperio sobre la tierra triste y desolada. El cuervo indica bien los primeros momentos que suceden á los horrores del diluvio.

¡Cuánto anhelo el de la pobre mujer en este instante! La madre convierte pronto en hijos suyos hasta los objetos inanimados que rodean á sus hi-

jos. De aquí el cuidado puesto por la mujer en el arreglo y disposición de todos los enseres domésticos. Entrad en hogar donde no haya un ama, y veréis cuán pronto á todo él trascienden el desorden y el descuido propios de los hombres en el interior de las casas. Por lo contrario, la mano de una mujer pule y abrillanta el hogar, como la uña ó el pico de un ave pulen y abrillantan los nidos. Cuál diferencia entre la motilla de lana, ó la hebra de heno en el campo, á la motilla de lana y á la hebra de heno en el nido. Allí, la tosquedad ó la rudeza, y aquí la blandura y el arte. Si la mujer cuida el hogar, naturalmente inspirada por su cariño con grande trabajo, imaginaos cómo cuidaría la mujer de Noé aquel hogar flotante donde iba tal número de pareados animales. Aunque la Biblia nos haya ocultado, por desgracia, el nombre de la mujer aquella, si nombre tenía, como para indicarnos cuán necesarios los domésticos cuidados aparecían en aquel momento, nos indica siempre cómo entrara Noé con su mujer, y con sus hijos, y con las mujeres de sus hijos en el arca salvadora. Tal insistencia del sagrado escritor sólo quiere decir que proveía con los cuidados femeniles al sustento y al bien de tantos seres como necesitaban á una en aquel crítico momento de todos estos cuidados. Si Eva no hubiese atendido á su prole antediluviana,

¿cómo llegaríamos al diluvio! Y si no hubiese atendido la mujer de Noé á los hombres postdiluvianos, ¿cómo llegaríamos hasta nuestro tiempo! La verdad es que aparecen las mujeres, desde las edades prehistóricas, realizando y cumpliendo aquel destino de paz y de armonía para cuyo cumplimiento fueron por el Creador puestas sobre la cima de su creación.

Si la mano de Noé debió expedir el cuervo, la mano de su mujer debió expedir la paloma. Inocente y hermoso este animal no puede apartarse de nuestro lado, y vive con el hombre, á quien ama y arrulla. Sus ojos, de una viveza penetrante, traducen todos los afectos contenidos en la dulzura de sus piadosos instintos. La seda lustrosísima de su plumaje brilla con suave resplandor en los aires y en los destellos del día. El rumor de sus alas, como el arrullo de su garganta, tienen algo de melódicos. Diríase que representan estos animalillos en las especies inferiores lo que representa la mujer en nuestra superior especie. Desde los tiempos más remotos la paloma simboliza en los bajos relieves y en los cuadros primitivos algo que baja del cielo en auxilio del hombre. Lo cierto es que la consideramos hoy nuestra mejor mensajera, y por mensajera suya túvola también Noé y su familia en aquellos primitivos tiempos. Y no pudo, no, equivocarse la

segunda madre, digámoslo así, del género humano, al expedirla, pues trajo ella lo que nunca hubiera traído el cuervo feroz, trajo la rama de olivo en su boca. Así como la paloma representa en las especies animadas el hogar tranquilo, al cual se asocia, representa el ramo de su pico la paz y armonía universal, porque su producto, ó sea el aceite, debía parecer á los primeros hombres como sangre del sol, puesto que les daba lo más necesario á su existencia, puesto que les daba el alma luz. Así, arca de salvamento, mujer de Noé, paloma del valle, ramo del olivo, significan y representan un comienzo de redención en el mundo.

A pesar de la fisonomía completamente prehistórica que tienen, así Noé como sus antecesores, todos los primeros patriarcas, han penetrado las artes en el dominio de sus vidas más ó menos inciertas ó de sus biografías más ó menos largas, y los han revestido con las formas propias de la idealidad consagrada en esos cielos brillantísimos donde resplandecen tantas y tan maravillosas creaciones. La mujer de Noé, sin denominación alguna en los libros sagrados, renace con su personalidad propia sobre la paleta cristiana como esas larvas dormidas largo tiempo que se truecan con tanta facilidad tras profundo sueño en alados insectos. El cementerio de Pisa es como el florecimiento de la pintura

en los siglos medios. Por sus góticas paredes ha pasado un soplo verdaderamente primaveral, que las ha hecho como avivarse y vestirse de matices indelebles, cual si la inspiración hubiera vencido á la muerte como el amor la vence. No puede formarse cabal idea de cómo los frescos dejados allí por los primeros pintores de los siglos décimocuarto y décimoquinto se asemejan á rayos de vida trascendiendo á las tumbas cual trascienden los resplandores diurnos á los suelos asombrados y oscurecidos por los espesos ramajes de las selvas. Nunca olvidaré la emoción que levantó en mi alma la presencia entre los cipreses fúnebres y las estatuas yacentes de aquellos frescos, trazados sobre las paredes hieráticas del pisano cementerio y henchidos todos ellos de verdadera vida. El resplandor de aquellos fondos, la frescura de aquellos pámpanos, el gozo de aquellas imágenes convidan á vivir antes que á reposar en el sueño eterno. Y allí está la mujer de Noé, joven, bella, vestida con el traje pintoresco de las labradoras toscanas, bajo las parras de donde los racimos ya maduros penden, junto á los cernachos y á los cubos henchidos de frutos y olientes á mosto. No hay modo, sino visitando aquellos parajes y absorbiéndose por completo en su contemplación, de formarse una idea del contraste originalísimo entre la muerte y la

vida, representadas por tantos antagonismos en aquel sitio bellissimo, consagrado por el genio cristiano y conocido cual una de las maravillas del mundo. Lo que dijimos de nuestra Eva debemos aplicarlo con igual razón y motivo á la mujer de Noé. Como aquélla se agranda en el transcurso de los siglos y reviste varias formas, ésta se agranda también y toma en la metamorfosis de su vida varias personificaciones. El antiguo libro hebreo habrá podido negarle hasta un nombre, y olvidarla por completo en los términos segundos y terceros de su narración inspiradísima; pero el genio de los artistas cristianos, que ha sabido recoger y avivar todos estos personajes, los ha resucitado y los ha esclarecido con el brillo de sus inspiraciones. Así la mujer de Noé, que no resplandece por modo ninguno en la Biblia, y que resulta un personaje de orden secundario en todas las relaciones bíblicas, reaparece rediviva merced al arte, y toma una propia fisonomía en aquellas cumbres inundadas por eterna luz de verdadera inspiración.

No le pidáis á Gozzolli, autor del fresco célebre que mencionamos, fidelidad ninguna en la escena que se propone reproducir sobre las paredes sacras del histórico cementerio. Para él no es Asia, sino Toscana, el teatro de tal escena. Para él no son los nuevos padres de la humanidad quienes allí se agi-

tan y viven, sino los conciudadanos suyos de aquellas ciudades que parecen museos y de aquellos campos que parecen jardines. Ninguna huella de diluvio en el terreno cultivado por una civilización muy avanzada, ninguna sombra de combate con los elementos desencadenados, ninguna, en aquellas mujeres tan felices como pastoras de idilio y égloga. La esposa de Noé ostenta la feliz armonía que van los albores del Renacimiento concertando entre la forma humana y la naturaleza viva. Todos los trajes de una civilización avanzada revisten á la primitiva mujer que acababa de hallar, como por un milagro de la celeste predilección, la vid, la planta entre las plantas. Por todas partes descubren los ojos en el animado cuadro aquellos enseres de vendimia que no podían conocer nuestros atrasados abuelos prehistóricos, y que representan el triunfo de la fuerza humana sobre la fuerza material. Pero la representación allí de la mujer, que provee á todos los trabajos, que preside todo aquel movimiento, que arregla los enseres, que impulsa la vendimia, significa verdaderamente la parte prestable por la compañera del pródigo labrador á las faenas agrícolas, y la parte mayor que prestaría indudablemente la mujer de Noé allá cuando los instrumentos inventados más tarde no auxiliaban al hombre de ninguna manera en la necesaria medida. Casual-

mente ninguno entre los trabajos del campo tan propio de la mujer como el trabajo natural en las vendimias. Hase abusado mucho de la cooptación femenil en las industrias varoniles. Tiempos bárbaros y sociedades primitivas han abrumado á la hembra humana como si fuese una bestia de carga. Pero en el otoño, cuando la frescura del aire convida con sus halagos al trabajo campestre, por aquellos días tibios y hermosos, pisando los pámpanos áureos y purpúreos, recogiendo las olorosas emanaciones de sarmientos y uvas, la mujer puede muy bien sobre la cepa inclinarse ó tender los brazos á la parra, en aquella obra verdaderamente poética de cortar los racimos para que pasen á los cernachos, y de los cernachos á los cubos, y de los cubos á los lagares, dando así el vívido zumo que parece destila por la humedad del suelo y por la luz del sol para doblar la vida y fortalecerla con esa especie de calor fecundo derramado por las venas y confundido con la sangre, que presta indudablemente fuerzas muy vivificadoras á nuestro sér, y lo alienta y lo anima, por lo cual ha merecido la vid una eterna bendición á todas las generaciones.

En verdad que la embriaguez de Noé, pintada por Gozzoli en el cementerio pisano, si, por una parte, representa los fatales excesos del vino, por

otra parte representa las fuerzas tomadas por el género humano en cuanto probó el licor que da verdadero ánimo aun á los más débiles y alegría y regocijo aun á los más tristes. A la izquierda del espectador el patriarca hebreo, de larga barba y majestuoso porte, presencia las vendimias, apoyado en uno de sus pequeñuelos. Todo es allí alegría. Aquel teatro del arte no representa una viña nuestra, en que las cepas están unas de otras apartadas y tendidas todas por el suelo; representa inmenso parral italiano, á cuyas cimas y follajes ascienden los muchachuelos, ganosos de recoger, entre los pámpanos pintados y relucientes, las uvas maduras al sol fecundo y pródigo de Septiembre. Hermosas vendimiadoras, en cuyos cuerpos gallardísimos parece ya florecer la forma propia del Renacimiento, reciben de los que gatean y cortan el fruto entre los sarmientos la vendimia en grandes circulares y armoniosas cestas de bien compuestos y enlazados mimbres, las cuales dan á sus esféricas y graciosas cabezas el aire de canéforas griegas. Junto á Noé están su mujer, las mujeres de sus hijos, un bello grupo femenino, ayudándole con todo empeño en celebrar al mismo tiempo que dirigir el hermoso trabajo. Naturalmente, como se trata de una pintura católica, siquier animada por los albores del Renacimiento, no está en aquel

cuadro la Bacante griega, medio desnuda ó mal envuelta en sus pieles de pantera, con la corona de pámpanos en la frente y el tirso cubierto de hiedra en las manos, lanzando, entre las carcajadas regocijantes de la embriaguez y el cantar voluptuoso de coros enardecidos por vida nueva, las palabras incoherentes que vuelan, como enjambres de zumbadoras abejas, sobre los antiguos viñedos. Todo es aquí reposo, tranquilidad, medida, en la vendimia, que podríamos llamar bíblica, muy desemejante por cierto de la vendimia clásica. Pero el gozo que lleva consigo ese grato zumo de las uvas no ha podido allí tampoco desconocerse ni ocultarse, aunque la medida cristiana reemplace al viejo delirio de los sentidos en los antiguos tiempos y en las antiguas costumbres. Vigorosos mancebos con los brazos en jarras, las piernas y los pies desnudos, pisan acompasados, como si pisaran en regocijante baile clásico, las uvas recién cogidas en cubos muy fuertes que rebosan de sus bocas mosto muy rojo, cuyo vapor lleva su natural alegría por todos los objetos, aun los más inanimados é inertes. Destácase, por completo, en aquellos grupos armoniosísimos una vendimiadora, quien lleva sobre su helénico cráneo, en el que late ya la estatua clásica y su próxima resurrección, una cesta de racimos, cuyo rojo color contrasta con el ver-

de traje ceñido á la plácida figura, de un movimiento rápido y de una gracia verdaderamente admirable, como si el germen de la nueva humanidad generada por el Renacimiento estuviese ya en su armoniosísimo seno y en su natural actitud. Noé recibe muy cerca de todos estos grupos un cáliz de oro, en el cual va contenido el mosto nuevo, que ha de fortalecer su decadente vejez y ha de alegrar sus embotados sentidos. Efectivamente, así en los comienzos de la historia antigua representados por los libros hebreos, cual en los comienzos del arte moderno representado en los frescos de Pisa, significa el vino contento y alegría.

Estos cuadros, á no dudarlo, representan una especie de despertar en la vida y una especie de savia nueva y de nueva sangre difundidas por las venas del humano linaje. Cortado el drama en varios cuadros ó compartimentos, representáanse aparte y aisladas sus escenas. Una es la vendimia, otra la presentación del mosto á Noé, y otra el gozo excesivo de éste, llegando á convertirse por ley natural en delirante borrachera. Así en uno de los cuadros están representados ya los efectos de aquel vino. Y no revelan ciertamente la grande alegría que asaltara en otros pueblos y en otros tiempos al Baco delirante y frenético, arrastrado en carrera vertiginosa por los vapores del vino; revela el pesado sue-

ño que se asemeja en mucho al sueño de la muerte. El patriarca está completamente desnudo, como quien ha roto las propias vestiduras, y tendido en el suelo como quien se ha fatigado mucho tras un verdadero delirio. Sus hijos le rodean, burlón y mofador el uno contra los respetos debidos al padre; otro muy triste y recogido en sí, como quien participa de la vergüenza paternal, y otro adelantándose á cubrir y tapar aquellas escandalosas desnudeces. El tipo que más demuestra cómo renace la vida en los senos del Renacimiento es, á no dudarlo, el tipo de la vergonzosa, tan celebrado y popular en Italia, el tipo de la joven aquella que se tapa la cara muy ruborosa con sus manos, y entre los dedos abiertos mira lo mismo de que quiere huir y preservarse. No cabe duda que las artes del Renacimiento han dejado en sus estatuas y en sus grupos como bellas representaciones de dos teologías, de la teología helena y de la teología bíblica. Después del cementerio pisano viene la capilla Sixtina, y después de la capilla Sixtina vienen las logias de Rafael. La segunda maravilla del arte moderno muestra cómo ha redoblado el calor vital en la persona de Noé rendido á la embriaguez. En la tercer maravilla, ó sea, en las logias, Rafael ha representado al patriarca dando sus órdenes para que los trabajadores acopien los materiales exigidos por la construcción del

arca, y tras este acopio el diluvio, y tras el diluvio Noé y su mujer, después de haber bajado á tierra en monte Ararat, contemplando los estragos del mal y doliéndose de tantos desastres como por todas partes se descubren. La inspiración del gran artista resplandece con más nuevo resplandor en este bellissimo cuadro. Aquella mujer, aunque nervuda y fuerte como todas las mujeres del Renacimiento, y en su fortaleza, de una grande armonía, muestra el horror que le causan las penas infligidas al mundo con una impresión superior, bajo varios aspectos, á la expresión misma de Noé, siquier los dos presencien iguales tristezas. Los caracteres universales, á cada uno de los sexos correspondientes, hállanse con diversidad filosófica expresados en los esposos, contenido el uno y como fuera de sí la otra, presas ambos de un mismo dolor, que sacude á cada cual opuesta y contrariamente por su diversa respectiva naturaleza. No puede, no, sobrepujar ningún arte á este del Renacimiento por la expresión, absolutamente ninguno. Aquellos seres representados por el pincel de Urbino significan la grande armonía del hombre con la naturaleza, en cuyo seno brotan y de cuyo seno se nutren como los árboles. Así es que todas las victorias de la fuerza humana sobre la fuerza natural están admirablemente representadas en todos los frescos de

Rafael, que caracterizan el Renacimiento, y caracterizando esta edad, caracterizan también uno de los períodos más bellos y más armoniosos del mundo. Y, en verdad, pocas, muy pocas imágenes en la historia capaces de representar el progreso humano como esta imagen de mujer, que pisa la tierra húmeda todavía por las aguas del diluvio y saca del seno de aquellos estragos nuevos vegetales, cuyas ramas coronan las sienes del hombre con guirnaldas simbólicas del triunfo y encienden y enardecen el calor de su vida. Por eso las figuras cíclicas del Renacimiento, como la mujer de Noé, son letras expresivas de un poema épico, el cual tiene por argumento y por objeto el triunfo de las fuerzas humanas sobre las fuerzas naturales que abruma y esclavizan á nuestra mísera especie.

Así la pobre humanidad ha podido caminar hollando vías dolorosas al cumplimiento de las grandes idealidades congénitas á su mente y al dominio é imperio sobre la naturaleza. Estos patriarcas y profetas de las tradiciones bíblicas, á quienes la Iglesia llama santos, mirados al resplandor de la razón, resultan héroes también de la humanidad y ornatos de la profana historia. El uno ha pulido la piedra; el otro ha encontrado las armas del combate necesarias para dar un paso, encontrando el hierro; ha levantado éste la primer cabaña; some-

tido aquél los primeros animales insumisos; trabajado todos, cada cual en su respectivo ministerio, y según sus inclinaciones, por el progreso universal y por la comunicación estrecha entre nuestro espíritu y nuestro planeta. Naturalmente, seres tan apartados en el espacio y en el tiempo de nosotros, toman á la vista de quienes los miran ó los columbran tras el velo de tantos siglos, aquellos rígidos aspectos de las figuras bizantinas entalladas en las primeras iglesias, y que parecen, por su desmesurada estatura y por su inmovilidad fría, por todo su carácter litúrgico, pertenecientes á otro mundo y á otra humanidad. En el refinamiento del gusto moderno, en la delicadeza y ternura del sexo hermoso, cuando tantas artificiales pasiones ha sobrepuesto la civilización á nuestro natural pristino, interesamos poco la primera mujer que aechó trigo y que cortó uvas. Robusta, fuerte, hombruna, dotada por el cielo de las propensiones bélicas indispensables á quienes han de sustentar un combate, pero ajenas á la mujer, tal como nosotros la comprendemos en el santuario de la casa, interesáanos poco, á pesar de que sin ella no habríamos podido entrar en el seno de las complicadas y progresivas sociedades, con cuyos triunfos tanto nos envanecemos y de cuyos progresos tanto nos pagamos. Dad por bueno cuanto atribuye la tradi-

ción á Noé, y veréis cuán dificultosa la participación tenida en todos estos hercúleos trabajos por quien sufrió las terribles inundaciones del diluvio, flotó en aquella espantosa tormenta, cuidó de los seres confiados á su custodia y necesarios para la difusión y perpetuidad de nuestra vida, bajó del arca sobre la tierra humedecida por las aguas y destrizada por las catástrofes, y ayudó á plantar la viña que había de darnos jugos indispensables al calor y al movimiento de nuestra sangre.

Tienen tanta grandeza todos estos caracteres verdaderamente típicos, y representan por tal modo una fase necesaria del humano linaje, que se reproducen bajo varios aspectos y entran en todas las viejas teogonías, representativas de los albores del mundo y de la historia. Si á Noé debemos llamarle como el segundo padre, á su mujer debemos llamarla como la segunda madre de nuestra humanidad. Aquel Deucalión que arrojaba los huesos de la tierra, los cantos á sus espaldas y surgían de cada uno otros tantos hombres, personifica, cual Noé, la edad espantosa del diluvio, y se llama el segundo excelente, alusión confusa en verdad, pero alusión á una especie de primero y predecesor excelente, que debe ser un Adán helénico. No menos parentesco tiene con el patriarca un Manú, como aquel indio que construye la nave donde también

se preservan al diluvio los gérmenes de nuevos seres, y aquel Yima caldeo que construye un jardín, cercado en eminencia inaccesible, y aquel Minos que personifica la muerte, y tantos otros en contacto con las edades prehistóricas y portadores de los primeros destinos humanos. Adán, Túbal, Noé, Prometeo, los titanes alzados al cielo por escalas de montañas, los monstruos nacidos en los mares, y cuyas extremidades se confunden con el organismo animal, aquellos gigantes de la Biblia tan altos y tan perdurables como los cedros del viejo Líbano, representan las primeras metamorfosis de la humanidad y las formas primeras que debió revestir la especie nuestra desde su origen casi animal á la espiritualidad y á sus luminosos ideales. Pues las mujeres de todos estos varones representan, por su parte, facetas brillantísimas también del humano espíritu en su determinación femenil. Eva, nuestra madre; Pirra, la del diluvio helénico; Pandora, la triste, á cuyo descuido se debió que los males todos huyeran del vaso puesto bajo su custodia y se desparramaran por los suelos; Helena, la nefesta para su pueblo y patria; esta mujer de Noé, tantas veces mencionada en la Biblia y tan unida con los comienzos del género humano, parecen como las esfinges colocadas en los vestíbulos de la historia para guardar la germinación del espíritu

y asistir al nacimiento de los pueblos. Nosotros, libres ya merced á tanto esfuerzo, advenidos por una serie de redenciones sucesivas á la plena emancipación, soberanos en el planeta, poseedores del humano espíritu, debemos bendecir á estas redentoras mujeres, considerando cuánto padecieron para reabrir, después de haber triunfado el mal entre los hombres, las primeras vías del progreso á la doliente humanidad.

Lo que principalmente la familia de Noé personifica es el triunfo de los trabajos agrícolas sobre las fuerzas desordenadas de la naturaleza. Noé y su esposa resultan, mirados tras tantos siglos, personificación verdadera de la familia labradora. Verdad que Caín les precede; pero Caín, allá en los tiempos cuaternarios, representa el trabajo explorador, que derriba con su hacha de pedernal aquellos árboles gigantescos y prepara para siembras y plantíos la tierra, no como Noé, la próspera cosecha ya completamente trabajada y recogida. En los libros santos Dios confía como trabajo singular al hombre paradisiaco el cultivo de los campos. «Dioles, dice la Biblia, Dios al primer hombre y á la primera mujer un jardín para que de consuno lo cultivasen.» No les faltó trabajo en el edén, porque para trabajar les criaron. Lo que les faltó fué sin duda el plural de tal nombre, los trabajos, insepa-

rables compañeros del mal y del pecado. Pero en el jardín aquel sin mancha cultivaron indudablemente los primeros padres el campo sin esfuerzo. La misma poesía profana presenta el recuerdo placidísimo de días tales, en que las ovejas ofrecían sus tetas ubérrimas al sediento labio; los arroyos buscaban de grado las raíces del arbusto para fecundarlas y ceñir de flores y cargar de frutos el ramaje; los troncos de los árboles destilaban mieles depositadas allí por enjambres sonoros sin aguijón ninguno; florecían las verdes colinas pobladas por multicolores insectos; el coro de las aves, sin miedo entonces á las especies rapaces, entonaban himnos interminables, y el coro de las estrellas, jamás encubiertas por las nubes y por las sombras, lucían con resplandores inextinguibles. Pero todos los seres criados sobre la tierra, y puestos en el edén muy concertadamente, necesitaban el cuidado supremo de aquel hombre primitivo á quien el Criador se los confiara en su misericordiosa providencia. Y el primer hombre bíblico antes del pecado, ó sea nuestro padre Adán, trabajaba con la cooperación de todas las fuerzas naturales, mientras después del pecado trabajaba el segundo hombre bíblico, es decir, Caín, contra todas las fuerzas naturales subvertidas y airadas al sentir cómo el corrosivo pecado caía sobre su seno. Caín es el

hacha que derriba, el instrumento asolador que mata, el esfuerzo que abre los primeros surcos, mientras Noé representa la grande armonía del trabajo verdaderamente agrícola y la cosecha recogida en paz y aprovechada con verdadera satisfacción entre campestres regocijos. El trabajo comienza en él á ser mucho más agradable y fecundo y á despojarse de aquellos caracteres de guerra y de combate que tomara en los tiempos del feroz Caín. La tierra se va poco á poco reconciliando con la humanidad y recibiendo por sus poros el espíritu.

¡Cuántos esfuerzos no han sido necesarios para llegar hasta Noé! La historia de los patriarcas, desde la creación hasta el diluvio, apenas tiene seis capítulos del Génesis, capítulos concisos todos ellos, de treinta y dos versículos el que más. Y á pesar de su brevedad y concisión encierra desde las grandes transformaciones geológicas á las grandes transformaciones industriales. Dos genealogías, cuya raíz común es Adán, se bifurcan, la una descendiente de Caín, el malo, y la otra descendiente de Set, el bueno. La genealogía de Caín genera todos los grandes industriales hasta Túbal, en quien comienza la edad verdadera de cobre, y la genealogía de Set engendra todos los grandes agricultores hasta Noé. De ningún modo la viña hubiese aparecido en el planeta sin que aquellos

hombres tan fuertes domaran los animales indómitos y los uncieran al pesado yugo, á fin de abrir con ellos, y sujetándolos so la mano, el surco, donde las semillas caen, brotan, florecen, fructifican. Y no solamente se necesitó la sujeción de los animales al hombre alcanzada tras tenaces resistencias, necesitóse también forjar esos férreos instrumentos que hieren y abren el seno de nuestra madre buscando en sus entrañas la vida universal. Examinad la descendencia de Caín y veréis cómo revela en sus primeros representantes todos los progresos y todos los adelantos del humano trabajo, á cuyo término coronará la espiga el trigo, brillará entre los pámpanos el racimo y los frutales se ceñirán á una con guirnaldas de olorosas flores y con copia de sabrosos frutos. Henoch, hijo de Caín, construye un hogar. Javal fija la tienda que llevaban los primeros nómadas sobre sus hombros, y convierte muchas especies, de bravías, en domésticas. Túbal inventa las flautas, cuyos ecos acompañan el cántico de las aves y expiden las notas melodiosas del arte bajo los cielos y sobre los campos, y prepara como cera el hierro, y al preparar el hierro forja el azadón que abre los hoyos y el arado que abre los surcos. Entonces ya comienza el mundo, relativamente redimido por estos grandiosos esfuerzos del trabajo,

á exhalar la palabra, que lo compendia y lo explica todo, el nombre de Dios. Una genealogía de mujeres brilla junto á esta genealogía de varones. La Biblia, no tan avara de sus nombres como con la mujer de Noé, las menciona y las designa. La madre de Javal se llama Ada y la madre de Túbal se llama Zilla. Y Túbal tiene una hermana, la cual se denomina con el dulce nombre de Naama. Y Naama quiere decir suavidad, quiere decir delicadeza, quiere decir ternura. Por consecuencia, todo está preparado, el campo y el trabajo, el instrumento de combate y el suelo de las pródidas fecundaciones, los brazos del hombre y los espacios del planeta, para que la cepa brote, y extienda sus sarmientos, y se corone de pámpanos, y dé, al cabo, esos racimos de jugo fortificador y oloroso, el cual parece como savia de vida, como licor mágico derramado en las venas del hombre para encenderlas centuplicando su íntimo sér y enrojeciendo su esencial sustancia.

Mientras la genealogía de Caín, que acaba con Túbal, se distingue por sus esfuerzos y por sus combates, la dinastía de Set, que acaba con Noé, se distingue por su quietud y por su paz. Con saludar tan sólo el santo libro, descúbrese que ha esta dinastía vivido en los hábitos tradicionales al verdadero labrador y contentádose con beneficiar humilde y modestamente la tierra. Esta paz interior se conoce

con sólo mencionar los nombres de todos aquellos que la representan, como el viejo Matusalén, aquel que vive tantos años, ó como el justo Henoch, quien caminó con Dios y desapareció porque Dios le llevó. Si la genealogía fuerte y batalladora de Caín concluyó por producir una suavísima Naama en la gemela de Túbal, imaginaos qué mujer tan delicada y tierna sería la destinada por Dios á vivir juntamente con el patriarca Noé y á sacar de los surcos el vino nuevo encerrado en las hermosísimas y olorosas uvas. No hay que dudarlo, el género humano ha dado importancia grande á la invención del vino. Tras tantos siglos, después de haberse los cultos espiritualizado en la medida que los vemos hoy, todavía bajo la bóveda de catedrales consagradas al Dios espíritu, y en torno de cuyas lámparas aletean enjambres de puros pensamientos metafísicos, el sacerdote ofrece ante los altares y sobre las aras libaciones de vino al cielo como la mejor entre todas las ofrendas. La participación del cáliz á los laicos ha de tal modo agitado á la especie humana, que ha producido guerras cruentísimas, cuyo recuerdo todavía nos entristece y nos espanta. Un dios ha tenido el mundo antiguo para el vino, un dios llegado en peregrinación larguísima de la India, seguido por turbas de bacantes, artífice de las más alegres melodías, personificación del placer,

verdadero tipo del exceso en la vida y de la plenitud en el sér. Indudablemente no han sido los arios, no, quienes han descubierto el vino. La invención de tan vivificante licor se debe á los semitas. El ario usaba desde tiempos inmemoriales bebidas fermentadas que no provenían ciertamente del zumo de la uva, y que, rebosantes, se caían de copas tales como la copa de Indra. El hidromiel, esa bebida presentada bajo los árboles de Dodona, en las armoniosas aras de Delfos, sobre los bellos altares helenos, indica bien claramente que no tuvo el vino entre los arios la importancia del vino entre los semitas. La poesía hebraica y sus efusiones líricas encontraron una cantera de tropos hermosos en la vid, en el vástago de la vid ó sarmiento, en el pámpano verde por la primavera y purpúreo por la otoñada, en el polen de las viñas, en el racimo hermoso, en la benéfica vendimia, en el oliente lagar donde rebosa el mosto. Noé y la mujer de Noé se hallan unidos á la vid, y por eso personifican una metamorfosis tan trascendental de la tierra.

No puede nunca encarecer la historia todos los beneficios hechos por el agricultor al género humano con haber pulido y vivificado la tierra. El manso corderillo que ofrece sus lanas, el gusano que hila sus sedas, el florido almendro que anuncia y

profetiza la feliz primavera, el azahar oliente, la miel sabrosa, las harinas que sustentan el cuerpo y calman el hambre, los prados en que muge contento el buey, los rediles donde sestean las ovejas, el dátíl coronado por su diadema de palmas, el chumbo metido en su espinoso y fuerte zurrón, desde la castaña que brilla entre las verdes hojas hasta la nuez que huele por tan suave modo, el animal doméstico en sus palomares y en sus corrales, todo sirve y en tal manera los humanos progresos y la transformación maravillosa del planeta, que nunca jamás agradeceremos á Noé y á su mujer el que nos hayan traído la vid, y con la vid una esencial parte de nuestros mejores alimentos. Todas las faenas del campo tienen una gran poesía, pero ninguna como la vendimia. De antiguo, muy de antiguo, los pueblos han creído de su deber celebrarla con bailes, cantares y demás regocijos. Nada tan hermoso como ver en las campiñas del Mediodía los grupos de jóvenes y alegres vendimiadoras que van cargando las carretas tiradas por bueyes coronados de flores y circuídas por danzas regocijantes que mueven mil canciones báquicas inspiradas en la más delirante alegría y capaces de agitar los más inertes objetos en aquella embriaguez de la vida. El sarmiento que va poco á poco secándose, el pámpano áureo y purpúreo que cae á manera de

lluvia, los racimos pintados y olorosos, los cernachos henchidos, las tablas del lagar enrojecidas, el mosto embriagador que corre ardentísimo, el delirio de los sentidos por todas estas emanaciones de vida trastornados, en tal modo alegran y regocujan á los pueblos, que ha pasado la vendimia en todos los idiomas á verdadero sinónimo de gozo y de placer. El mundo antiguo tuvo en su Baco la representación del vino. Y Baco fué uno de los últimos dioses griegos, como Noé fué uno de los últimos patriarcas prehistóricos. La transformación de Baco representa los progresos de la viña. Primero aparece como un dios indio, vestido con el traje sacerdotal, representando la llegada próxima de la vida á Grecia desde el Asia. Luégo una mitra lo corona, símbolo verdaderamente asiático, pero mezclada ya con las guirnaldas griegas. India, Frigia, Tebas, nos lo presentan en su juventud, apoyado lánguidamente sobre un tronco ceñido de vides, la hiedra y los pámpanos en las sienes, el tirso y la copa en las manos, la máscara de la comedia recién nacida sobre los carretones de las vendimias al pie. Mentábase tanto la hiedra entre los antiguos, porque tradicionalmente acostumbraban á usarla contra la embriaguez. Los animales báquicos son naturalmente aquel asnillo del sileno que lleva sobre sus lomos la vendimia y aquella liebre que represen-

ta la fecundidad. Y si á tan pacíficos animales como éstos y el cabrito únense las panteras y los tigres que tiran de los carros báquicos, es por el carácter asiático de tal divinidad. Baco es un complemento de Apolo, porque también la embriaguez, como la luz, presta inspiraciones. En la copa de Baco se hallan muchas ideas. Lo cierto es que los cultos báquicos, en los cuales se sacrificaban toros coronados de flores y se oían voluptuosísimos cantares, vienen como á significar en el mundo un exceso en la vida y en las pasiones propias de la vida.

Pero no es así como nosotros nos representamos á la mujer de Noé. Nada en ésta de aquellos címbalos que recuerdan las palpitaciones de la sangre movida por la embriaguez. Nada tampoco de aquellos silenos que no pueden sobre su asnillo sostenerse á causa de lo mucho que han bebido. No busquéis allí las copas rebosantes, los tirsos terminados por piñas, las flautas de dos tubos, los toros coronados de guirnaldas, los cabritos con sus cuernos áureos, los faunos con sus pieles de leopardo, las danzas báquicas, los sátiros borrachos persiguiendo á las ninfas por los viñedos y bajo las espesas sombras de los floridos bosques. La mujer de Noé sólo representa en esta natural ausencia de divinidades, muy propia del semitismo, la esposa labradora que comparte con el esposo la dirección del común tra-

bajo. Y en ella se personifica lo mucho que ha menester de las cooperaciones femeniles todo humano esfuerzo y más aquel que por fin y postre se remata y se corona en el seno de nuestros hogares. La vendimia termina en la casa. Los lagares, que han de destilar el vino, deben hallarse á la vista, y so la mano de sus dueños. La mujer hacendosa debe despertar á los jornaleros y á los ganados antes del alba, proveer á los enseres indispensables para la faena del día, ocurrir al alimento de todos, aguardar la llegada feliz de los frutos, presidir la distribución de éstos, vigilar el cumplimiento de los deberes varios, proveer después á la cena y procurar á jornaleros y á sus domésticos, sea cualesquiera la forma del hogar, caverna, choza, tienda, ó casa, el sueño y el reposo. Desde los remotos tiempos quiere un común sentir que no alce cabeza el agricultor y no prospere sino cuando la mujer le auxilia en su trabajo y coopera con todas sus fuerzas al atrojamiento y al ahorro. Así nos representamos la esposa de Noé como la próspera casera que cuida solícita del producto de la vendimia en el trabajo diario. No de otra suerte nos la ofrece la Biblia exenta de toda la mitología que ornaba con sus mil relieves la invención del vino en las viejas fábulas de las religiones arias.

Parece imposible que, representando en la crea-

ción un papel tan importante, y cumpliendo en la historia un ministerio tan trascendental esta mujer de Noé, la Biblia se haya reservado su nombre. Y, sin embargo, en sus entrañas las tres razas fundamentales del mundo antiguo se forman, y madre la llaman semitas, arios, hasta los negros, si hemos de creer las tradiciones hebreas. Ya puesta en el campo la viña, ya preparado el zumo reparador, nada tan congruente con todo lo que acontece por tal período como que Noé bebiera largamente del vino allegado á tanta costa. Y habiendo bebido, nada tan propio del nuevo licor y de la humana inexperiencia como que aquél embriagase á ésta con sus naturales vapores. En efecto, Noé bebió mucho y no pudo contenerse. La bebida se le subió á la cabeza, y en tal estado entróle aquella especie de pesadísimo sueño que acompaña á la embriaguez y que paraliza todas las facultades. Noé se durmió y se durmió desnudo. La desnudez y el sopor provocaron la risa de su hijo Cam. Burlóse de su padre y de la descompostura de su padre Cam, y nada hizo para guarecerla contra otras risas y otros insultos. Compadecióle su hijo Sem y cubrió su desnudez. Ayudóle con satisfacción en esta obra Jafet, y de aquí provienen las razas fundamentales humanas. Cam recibió la maldición paterna. Su nombre indica fuego, calor; su crimen se parece mucho al crimen

de Caín. La piel se le vuelve negra, los desiertos más cálidos y los cielos más encendidos quedan para su habitación. La suerte quiere que sirva por siempre y en servidumbre perdurable á sus hermanos. De aquí, de tal historia, dedujeron muchos pietistas justificaciones criminales é increíbles á la esclavitud. Hay quien dice, y en obras muy graves, que Cam se prendó locamente de su propia madre, y que la maldición de Noé cayó sobre tal amor incestuoso. Pero lo cierto es que las tres razas fundamentales de los viejos continentes se relacionan á una con la historia de Noé y con su embriaguez. Sem, que al verlo tendido sintióse tocado por el filial afecto y empezó antes que nadie á darle pruebas de su próspera solicitud, representa la predilecta raza semítica en los planes providenciales apercibida por el Criador mismo á recoger su nombre, grabarlo en sus santuarios y transmitirlo á la posteridad. Cierta que tiene un cooperador y copartícipe á esta piedad filial, su hermano Jafet. Pero el primer impulso, la primer idea, la iniciativa, digámoslo así en habla moderna, pertenecen al patriarca destinado en los decretos providenciales á representar los semitas, y, por consecuencia, la semítica raza será sacerdotal en el mundo, quien guardará el depósito sacro de un monoteísmo destinado á ser como la raíz de toda moral.

Con esta historia se relaciona estrechamente, como sabemos, el destino de los pueblos futuros. Sem dará de sí la raza judía y árabe. Jafet dará de sí las nobles y brillantes familias arias. Cam dará de sí los pueblos negros. El primero concebirá el monoteísmo y lo guardará en sus templos. El segundo errará durante mucho tiempo en las vías del paganismo; pero, al fin y al cabo, volverá de nuevo á la religión monoteísta. El último adorará los árboles, los animales, cuando más los astros; pasará del fetichismo á religiones idólatras y materialistas, ceñido como por una cadena incontrastable á una esclavitud irremisible, y si al fin y al cabo llega en algún tiempo á emanciparse, deberálo por completo á sus dos hermanos, fieles, sobre todo, al Dios desacatado por él con las irreverencias hechas á su padre, devoto predilecto de la divinidad. Como se ve, toda la historia del mundo y todo el ministerio desempeñado por las razas antiguas vienen á enlazarse con esta mujer de Noé, cuyo seno ha llevado los tres primeros fundadores de las tres primitivas razas. Cierta que no entran en este cuadro familias de pueblos muy considerables y muy extensas. El historiador sacro nada menciona de aquellos esquimales perdidos en los hielos del Norte, nada tampoco de aquellos mongoles que debían atormentar á la tierra y poner sus libros infieles en el sacro si-

tio reservado á los libros santos, nada tampoco de chinos y de malayos, nada de los pueblos esparcidos por la fecunda Polinesia y llamados á tan especiales destinos históricos en el plan de la Providencia. Pero todo esto pende, á no dudarlo, del escenario un tanto restricto donde se mueven los hebreos y del peculiar libro suyo que coloca exclusivamente al pueblo escogido en el centro de todos los pueblos. Tal consideración, en verdad, no empece al ministerio desempeñado y al fin cumplido por la mujer del patriarca predilecto en las escenas terribles del diluvio.

Castigo material esta catástrofe á un desorden moral, indudablemente se preservó la familia de Noé por virtuosa y ordenada. Pues bien, esta virtud no creciera en ella ni se arraigara sin la doctrina y sin la enseñanza de una madre virtuosa, de una mujer modelo. Debíó, pues, tener tanta participación en los hechos por los cuales Noé se atrajo las bendiciones divinas su mujer como él mismo. Así, cuando la hora del diluvio se acerca, la primera persona designada por Dios para la excepcional salvación, después de Noé, leed la Biblia, es su mujer. Y no queremos hablar de los cuidados que le merecerían tantos seres puestos bajo su custodia en aquellas siniestras horas del diluvio. Y no queremos decir cuántos afanes había de costarle alzar de

nuevo sobre aquellas removidas é inundadas tierras la tienda patriarcal y poner al amparo de su benéfica sombra la familia. Luégo, más tarde, cuando comienzan los afanes del agricultor y se necesita la indispensable cooperación de una mujer en ellos, ¡qué de penas y desvelos no se tomaría esta segunda Eva redentora por toda su familia y por los trabajadores á su hogar adscritos en esta grande transformación de la naturaleza! El ministerio de la mujer, aunque modesto y humildísimo, completa en tal manera el ministerio de su marido, que no puede comprenderse uno sin otro ni explicarse. La mujer hacendosa, casera, próspera, que ahorra trabajo y gasto, representa un lado entero del trabajo agrícola. La vid, la uva, el vino, elementos fortalecedores de la humanidad, acaso no los allegáramos nunca sin el providencial cuidado que la mujer de Noé se tomara en la obra verdaderamente providencial confiada por Dios á su familia. Ella es la madre de tres razas tales como la raza que nos ha dado la idea de Dios, ó sea la raza semita; como la raza que nos ha dado la idea del derecho y la idea del progreso, la ciencia y el arte, ó sea, la raza aria; como la raza que más ha padecido sobre nuestro planeta en una especie de crucifixión perdurable, ó sea la raza negra. Pero esta madre de tantas razas diversas, felices é infelices, libres y esclavas, negras y

blancas, cuyas obras llenan el mundo y completan la creación, después de haber dejado tanto de sí en el planeta, no tiene, parece imposible!, ni siquiera un nombre hoy en la historia. Ya lo hemos dicho y nunca nos cansaremos de repetirlo; esto solamente demuestra la inferioridad en que los tiempos antiguos tuvieron á la mujer y la poca estima que alcanzaron sus altas facultades, sus obras de redención, su virtud creadora, su divino ministerio. Pasan por la Biblia mucho antes de que aparezca la esposa del patriarca Noé, otras muchas, unidas con personajes bíblicos menos importantes, y tienen su nombre que perdura en mil generaciones. Esta mujer de Noé, que se levanta en el desierto de las edades, á la puerta de una época trascendental, y que deberíamos llamar geológica, no guarda ni siquiera un propio nombre que la distinga ni apellide. Mas la injusticia no puede llegar hasta desconocer que sin ella nunca hubiéramos vencido en esta lucha titánica de la humanidad con el mal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## SARA

Tras las grandes edades geológicas veamos ahora con recogimiento y devoción los tiempos verdaderamente patriarcales. Al patriarcado le toca, por derecho propio, la honra de haber establecido en la tierra como el germen y el rudimento de las primeras sociedades humanas. Sin esa grande autoridad, á veces excesiva, del patriarca, no se hubiera fundado la familia, sin la familia no hubiera venido la tribu, sin la tribu el pueblo. Nacen los individuos en la humanidad naturalmente sociables, como nacen libres, como nacen inteligentes; pero el individuo no constituye, no, el germen social. Este germen se halla en los instintos de comunicación por todo extremo naturales al hombre. Podrá el ruiseñor entonar su cántico para tener fija y embobada la nerviosa móvil hembra sobre su nido; el hombre canta para que le oigan los demás huma-

blancas, cuyas obras llenan el mundo y completan la creación, después de haber dejado tanto de sí en el planeta, no tiene, parece imposible!, ni siquiera un nombre hoy en la historia. Ya lo hemos dicho y nunca nos cansaremos de repetirlo; esto solamente demuestra la inferioridad en que los tiempos antiguos tuvieron á la mujer y la poca estima que alcanzaron sus altas facultades, sus obras de redención, su virtud creadora, su divino ministerio. Pasan por la Biblia mucho antes de que aparezca la esposa del patriarca Noé, otras muchas, unidas con personajes bíblicos menos importantes, y tienen su nombre que perdura en mil generaciones. Esta mujer de Noé, que se levanta en el desierto de las edades, á la puerta de una época trascendental, y que deberíamos llamar geológica, no guarda ni siquiera un propio nombre que la distinga ni apellide. Mas la injusticia no puede llegar hasta desconocer que sin ella nunca hubiéramos vencido en esta lucha titánica de la humanidad con el mal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## SARA

Tras las grandes edades geológicas veamos ahora con recogimiento y devoción los tiempos verdaderamente patriarcales. Al patriarcado le toca, por derecho propio, la honra de haber establecido en la tierra como el germen y el rudimento de las primeras sociedades humanas. Sin esa grande autoridad, á veces excesiva, del patriarca, no se hubiera fundado la familia, sin la familia no hubiera venido la tribu, sin la tribu el pueblo. Nacen los individuos en la humanidad naturalmente sociables, como nacen libres, como nacen inteligentes; pero el individuo no constituye, no, el germen social. Este germen se halla en los instintos de comunicación por todo extremo naturales al hombre. Podrá el ruiseñor entonar su cántico para tener fija y embobada la nerviosa móvil hembra sobre su nido; el hombre canta para que le oigan los demás huma-

nos y á su arte y á las manifestaciones de su arte se asocian por una especie de comunión espiritual. Las ideas también se irradian de su inteligencia para que fecunden y aviven otras inteligencias, necesitadas, como la suya, de toda esta comunicación en las naturales atracciones entre las almas. El hombre resultará siempre, á cualquiera luz que se le mire y bajo cualquier forma que aparezca, un sér esencialmente sociable. Pero las semillas, las raíces, los brotes de la sociedad se hallan en el patriarcado, que constituye con sus fuertes autoridades la cohesión primera entre los átomos y forma el núcleo de un complicado y grande organismo. Sin el primer patriarca imposible la familia, y sin la familia imposible de todo punto la sociedad. Todos llevamos en nuestra retina las imágenes varias del mundo patriarcal nacido en Oriente. Bajo un cielo que reluce con resplandor vivísimo, sobre un arenal que se dilata por los cuatro puntos cardinales hasta el fin de los respectivos horizontes, álzase una tienda en el tronco de las palmeras apoyada fuertemente, á cuya puerta se ven los terebintos que dan sombra y las cisternas que dan frescor, mientras, en todas direcciones, aparecen las mujeres con sus ánforas en las cabezas, los camellos aguardando la carga, los nómadas recién llegados dispuestos á partirse de nuevo tras haber ofrecido algún dón y

haber aceptado algunas bendiciones en su incierto viaje por la inmensidad misteriosa de los desiertos. Hoy mismo, á la hora en que trazamos estas líneas, todavía subsisten las sacras sombras del patriarcado en Oriente, como si el tiempo hubiera querido respetar estos gérmenes de otra vida superior para mostrárselos á las sociedades humanas. Todavía el viejo patriarca lleva su báculo de apoyo y ejerce su autoridad incontestable; todavía la mujer patriarcal amasa el pan con su propia mano y lo conduce al horno sobre su cabeza; todavía la hija de familia, envuelta en su blanca túnica, y ciñéndose á las sienes un lazo en guisa de diadema, se corona, digámoslo así, con el ánfora refrescante; todavía la palmera llueve sus dátiles como un maná pródigo y los odres rebosan la leche de camellas apercebida para el viandante y el peregrino; todavía las caravanas llegan al oasis, y los camellos se arrodillan, y la hospitalidad se cumple, cual en los tiempos bíblicos, entre aquellas tribus que, mal envueltas por sus blancos alquiceles, diríanse hoy mismo evocaciones varias surgidas de los abismos donde se han hundido tantas ciudades y se han enterrado tantos pueblos. Pues bien, la vida esta, de la cual todos llevamos como una imagen grabada en nuestra fantasía, representa con toda verdad el comienzo de las sociedades huma-

nas, ó, mejor dicho, el suave albor de la vida social.

Naturalmente, los críticos del siglo último, dados á juzgar un mundo apartadísimo como el mundo patriarcal con las ideas nuestras, maravillanse mucho del estrecho parentesco habido entre los patriarcas y sus esposas, unidos á veces por lazos consanguíneos de tal fuerza como la hermandad. Pero no puede, no, desconocerse que la rareza de mujeres por un lado, y por otro el interés en perpetuar las familias, imponía esta clase de matrimonios. El patriarcado tenía grande necesidad, para constituir el germen social, de acercar mucho los individuos de una familia y estirpe alrededor del patriarca, su verdadero sol, por no decir su verdadero Dios. Donde quiera que una casta se funda, la familia toma estos caracteres fundamentales y se unen los parientes en matrimonio. Mirad las familias de los sacerdotes antiguos, mirad las mismas familias de los reyes en las edades modernas. Ciertas tribus, que se creen muy nobles por su espíritu y muy puras por su sangre, jamás consentirán en tener una mujer que no sea su pariente, su consanguínea. Por tal modo creen cosa fácil perpetuar las virtudes perpetuando las tradiciones de una raza. Poco arraigada en el suelo aquella primitiva tribu, con grande facilidad transporta de un punto á otro sus tesoros y sus haciendas. Enróllanse los hoga-

res de lienzos y esteras, pónense los bienes todos sobre los lomos del camello y se toma cualquier camino con tal de que los parientes vayan unidos en pos de tierras nuevas acompañados por sus animales domésticos. Los dueños ó señores de la tribu preceden á todos, inspirando universal respeto y atrayéndose profundísimas reverencias. Tras ellos va la servidumbre sumisa. El asnillo juguetea por un lado en compañía de sus tardos padres. Salta por otro lado la cabra, yendo y volviendo con grande inconstancia, mientras el rebaño sigue su camino con regularidad. El patriarca, vestido de rojo y coronado con blanco turbante, lleva negro cíngulo en sus riñones, y en su puño la grande y vibrante lanza que le sirve para conducir á todos y para trazar con líneas en los arenales el sitio de descanso y de reposo. Además de la palmera, el árbol amado de los patriarcas es el terebinto, á cuya sombra descansan los muertos en sus litúrgicos sepulcros. Así en las peregrinaciones el patriarca se detendrá siempre que dé con árboles de este género, bien para saludarlo en fórmulas consagradas y respetuosas, bien para erigir bajo sus ramajes un altar. Así estas primeras familias tendrán la movilidad misma de los arenales donde residen. Móviles sus tiendas, móviles sus tesoros, móviles sus ganados, teniendo en aquellas extensiones el mismo

clima que acaban de dejar, y en aquella uniformidad el mismo suelo donde acaban de vivir, se transportarán de un punto á otro punto en busca de un oasis donde hallen un poco de agua para la bebida y el amasijo, un tronco de palmera para tienda, el pasto necesario al ganado y cipreses y terebintos que asombren las sepulturas de sus muertos.

Esta vida nómada impone á los patriarcas la mutua hospitalidad. En el clima de tales regiones pásanse las horas del día en pos de un soplo, enviado por los cielos, á la entrada misma del hogar, en pleno aire libre. Y como se pasan así las horas del día, descúbrese desde bien lejos los viandantes y se les aguarda con verdadera solicitud. Aquel que llega en la hora de siesta, cuando más arde y calienta el sol, necesitado de un poco de sombra y un poco de agua, encuentra con facilidad en los ajenos hogares cariñoso recibimiento. El patriarca se dirige al recién venido, y después de saludarlo inclinando la frente hasta el suelo, se arrodilla en su presencia, y al erguirse ó levantarse de nuevo, le abraza por la cintura, le pone sobre su espalda la mano y le conduce al hogar. Una vez allí, lávale con agua fresca los piés que llegan como encendidos al contacto de las abrasadoras arenas. Seguidamente viene la comida. El pan pertenece al día,

porque lo amasan cada veinticuatro horas. Si las personas llegadas traen los signos de una estirpe inferior, ofrécenles tan sólo un cabrito; si es de superior estirpe un ternero. Fresca escudilla rebotando leche de camella cierra la comida. El patriarca está de pie mientras comen sus huéspedes. La tribu se asocia por completo á todos estos obsequios. Bien es verdad que las tribus componen como una manera de pequeños pueblos, en los cuales se distribuyen los deberes por igual entre todos los individuos. No solamente se asocian para cumplir los deberes propios de la vida; también se asocian para cumplir los deberes y obligaciones respecto de los muertos. En una sociedad primitiva, que hace los contratos públicamente con el concurso de todos los individuos adscritos á la tribu, ya podéis imaginaros cómo será el gobierno y cómo será el entierro. El gobierno es una especie de natural despotismo donde todos los poderes se hallan concentrados en el patriarca. La ley se promulga oralmente, y oralmente se transmite, porque una vida tan rudimentaria como aquella vida todavía no consiente ni estados constituidos ni leyes expresas y escritas. Los duelos de las tribus resultan fiestas funerarias públicas. Como todos pertenecen á ella, todos forman parte de una gran familia en que habrán de ser, dada su grande solidaridad, los do-

lores y las alegrías comunes. El exceso de honor prestable á los muertos consiste allí en manifestar las penas y verter las lágrimas con violencia y estruendo. Todos á porfía lloran, todos á porfía gritan. El ruido que hacen al golpearse los pechos con sus puños cerrados se asemeja mucho al estruendo del trueno repercutido por las grandes concavidades de los montes. Los patriarcas dan importancia extraordinaria en sus costumbres á la posesión de un sepulcro. Como se creen llamados por el cielo á constituir una familia muy fuerte y muy unida, saben cuánto importa para la conservación de esa familia el recuerdo sacro de los finados.

Sara, pues, representa los tiempos patriarcales. Mujer de Abraham, su nombre se halla unido indisolublemente á la grande y brillante aparición del pueblo hebreo. Antes de Abraham hubo muchos patriarcas. Basta con que nombremos Henoch, Matusalén, Noé, predecesores suyos todos. Pero estos patriarcas antediluvianos y prehistóricos están más unidos á la evolución material ó geológica del planeta que á la evolución superior de las humanas sociedades. Por eso el patriarca entre los patriarcas es Abraham. Dos razas le prestan, si no culto, porque los semitas solamente se lo deben á Dios, le prestan religioso respeto. Estas dos razas son la

raza hebrea y la raza ismaelita. Los árabes prefieren morir á que un cristiano cualquiera profane con su planta la caverna del Hebrón, donde Abraham duerme su eterno sueño por siglos de siglos. Al reposo beatífico en los brazos de una muerte serena le llaman los hebreos dormir en el seno de Abraham. Por la representación que alcanza en la historia, por el germen y embrión de sociedad que ha dejado sobre la tierra, por su aparición entre los tiempos históricos y los tiempos prehistóricos, Abraham nos lleva en sí á todos los hombres modernos. Nacido en aquella Caldea de los astrólogos y de los quiromantes, que deletreaba los luminosos jeroglíficos trazados en el espacio inmenso por el Verbo creador; habitante de aquella Mesopotamia por cuyos suelos debían arrastrar sus generaciones las cadenas del siervo; llevado más tarde por el azote de calamidades sin número y sin nombre al Egipto, escuela de los suyos; poseedor de aquellos campos de Canaán buscados por sus nietos entre los espejismos del caldeado é inmenso desierto, su historia contiene toda la historia de su pueblo, y su persona personifica toda la historia de su raza. Cuando un peregrino va por el inmenso líbico arenal y encuentra ya un ara rota, ya un plinto sepultado, ya una esfinge solitaria, ya un templo completamente destruído, ¡ah!, debe sen-

tir una especie de inexplicable afecto religioso por los enjambres de ideas y de recuerdos alzados á una de tan sacros objetos. Pues lo mismo sucede aquí en la historia cuando encontráis personificaciones como Abraham y Sara, en las cuales se resume todo un universo de grandes recuerdos y brilla todo un cielo de luminosas ideas. Veamos, pues, cómo representa Sara la mujer bíblica en los tiempos patriarcales.

No podemos penetrar en la historia de los tiempos antiguos llevando á ellos las ideas y las supersticiones de nuestro tiempo. Casualmente la característica del hombre se halla en su aptitud para transformarse y transformar consigo todo cuanto le rodea. Si queremos por nuestra ciencia conocer la ciencia primitiva, por nuestro arte apreciar las viejas artes, con los hábitos de nuestras generaciones discernir los hábitos de las generaciones pasadas, apenas descifraremos ningún enigma histórico. ¿Cómo conocer al hombre de las cavernas, enredado en las raíces de los organismos inferiores, por medio de la comparación imposible con el hombre culto? ¿Dónde se halla hoy aquel paquidermo enfurecido, que levantaba las piedras, como un volcán, contra sus enemigos? ¿Qué comparación entre nuestro buey sumiso y el toro titánico y bravo de los primeros tiempos? El elegante ciervo, que ahora huye

á nuestra presencia, ese animal nervioso y lustrosísimo, tan ágil como ligero, era entonces un coloso dado al combate y ceñido con cuernos casi cortantes. Pues lo que decimos de las edades geológicas debemos decirlo también de las edades sociales. Así como hay en el planeta monstruos, hay monstruos en la sociedad. Así como tenemos que combatir con las especies carnívoras para lograr nuestra parte de aire y de sol en la vida, tenemos que combatir con las supersticiones para lograr nuestra mínima parte de derecho y de justicia. Dista tanto una sociedad patriarcal de una sociedad moderna como los ríos de nuestra civilización encauzados por tan admirable manera, repartidos en canales, atravesados por puentes, ladeados por muelles, distan de un río lago extendido por los primeros tiempos, el cual, siempre fuera violentamente de madre, no ha encontrado ni siquiera un lecho donde recogerse y por cuyo seno andar en continua impulsión y en su eterno movimiento. Sara, cuya vida vamos á trazar, personifica la mujer de los tiempos patriarcales, y, por lo mismo, no debéis confundirla de ningún modo con la mujer perteneciente á nuestro tiempo. Aquella sociedad es como la celdilla de nuestra sociedad; aquella familia es como el comienzo de nuestra familia. Las contingencias naturales á todos los seres criados se acrecientan en su infancia, que significa

tanto como imperfección y como debilidad. Por consecuencia, la familia de aquellos tiempos es una familia imperfecta, y la mujer imperfectísima, cual vamos á verlo por la misma historia de Sara.

Fijemos los términos. Abraham es un patriarca, un juez, un legislador, un rey. Nuestro moderno absolutismo se origina del antiguo patriarcado. Necesítase una tan grande actividad, porque, no asentadas las sociedades aquellas sobre sus bases, no constituido el poder en códigos, nómada la vida ó errante, todo se mueve arrastrado por el aluvión de tiempos y de pensamientos tan inciertos como aquellos, y una fuerza de cohesión incalculable debe sostener todas las moléculas y agruparlas en torno de su verdadero núcleo, del padre. Así como se mueven los animales á su mandato, han de moverse también las personas. El patriarca tendrá derecho de vida y muerte sobre sus hijos como vemos por el sacrificio de Isaac. Y tendrá una superioridad tal sobre su mujer, que bien podemos llamar á ésta su sierva. La poligamia se impone á estos tiempos apartados con imposición bien natural. Como se halla el hombre tan cerca de los animales, resulta la mujer para él como la hembra para el macho. En esta primera indeterminación de la vida, en este imperfectísimo esbozo de la sociedad, apenas hay medio para que la familia llegue á constituirse con

los caracteres habituales á la nuestra y para que un amor espiritual designe y prefiera la mujer única entre todas las mujeres. Desde los comienzos de su historia, tal como nos la refieren los libros santos, échase de ver que aquella vida de Abraham es una vida nómada y que aquella sociedad es una sociedad errante. Y como no pueda en parte alguna fijarse, pues unas veces los elementos poco sometidos todavía por el trabajo humano, y otras veces la guerra desencadenada en todas direcciones obligarán á un perpetuo movimiento, ha de tener el jefe algo de lo que tiene allá en la milicia el general, y ha de mandar, no sólo con imperio templado, con imperio absoluto. ¡Qué vida la vida terrible del nómada! No sabe si encontrará un oasis ó un cementerio en su incierto camino; la sed rabiosa del desierto puede consumirlo y el sol de la zona tórrida con sus rayos abrasarlo; á un lado y otro de la vía que debe ir abriendo según va marchando, le aguardan gentes enemigas, dispuestas al robo y á la matanza; bajo sus piés puede salir el tigre y el chacal, sobre su frente desatarse asolador el simoún, y las arenas que pisa volverse su terrible sudario y enterrarlo vivo con todos los suyos bajo aquellas movibles cordilleras arrastradas de un lado á otro lado en alas de los vientos. Tal organización así exige una vigilancia suma para proveer á todo

y para defenderlo todo. Esta vigilancia pide una gran previsión. Esta obligación de prever medios fáciles para ocurrir á todas las necesidades y estar á un tiempo en todas partes. Todo ello una grande autoridad, la que podremos llamar autoridad patriarcal. Si no la concebís así, muy cerca de la naturaleza, muy en guerra, muy confundida con las especies inferiores, esta sociedad patriarcal, no podéis de ninguna suerte comprender los sucesos que vais á oír.

Ya estaba fijo en su tierra nuestro padre Abraham cuando un impulso, propio de los tiempos nómadas, le mueve á buscar otra tierra, y la busca. Infimo, inferior allí donde se hallaba, para dirigir y para mandar había menester de nuevas tierras, de gentes á él sometidas. Interiores vocaciones le llamaban á ser cabeza de nación. Y para ser cabeza de nación necesitaba ser cabeza de tribu. Y para ser cabeza de tribu necesitaba que las gentes á él sometidas se lo debieran todo y lo emplearan para todo. No se fundan poderes fuertes sino en la necesidad, no se forjan sino por la necesidad. Una tribu, que se mueve por el desierto, resulta un ejército en marcha. Tal ejército necesita un jefe absoluto. Tal jefe ha de buscar su autoridad en lo más natural ante todos y más reconocido por todos, en la paternidad. El padre, ó el patriarca, he ahí el jefe.

Por eso los individuos de la tribu serán como sus hijos, y las mujeres de la tribu serán como sus esposas. Así que pone por obra sus resoluciones, en obediencia natural á la vocación interior, arrolla la tienda, carga con ella y con sus enseres el camello, reúne sus almas, como les llaman muchos, ó sus siervos, como debe llamarse á tales gentes sometidas, y emprenden la indispensable peregrinación por el desierto, en busca de la nueva tierra donde ha de ejercer su autoridad y ha de fundar ese conjunto de familias en quienes latén los gérmenes varios de una nueva vida, encerrada en los organismos rudimentarios y sencillos de una nueva sociedad. He ahí la vocación célebre de Abraham, fundar una gran familia, tener en derredor suyo la gente que ha de componer una tribu, como si presintiera que algún día esa tribu constituirá por su parte, no diré una verdadera nación, fruto tardío de tiempos más excelsos, pero sí diré una verdadera y grande raza. He aquí el secreto de toda la historia de Abraham. Sus mujeres, en el cumplimiento de su vocación, aparecerán como verdaderas siervas destinadas tan sólo á perpetuar en siglos de siglos la gran familia que debe fundar en lo presente para transmitirla después á lo porvenir el patriarca hebreo.

La predilecta, la primera entre las mujeres de

Abraham, se denomina Sara. Esta dirige todo cuanto concierne al régimen interior de la tribu, alimentos, vestiduras, distribuciones de agua y vino, el trabajo interno y doméstico de la familia entera. Sin ella ¿quién hubiese puesto al agua de los odres tasa? ¿Quién amasara el pan diario indispensable á tanta gente? ¿Quién lo cociera entre las cenizas y sobre las brasas de un hogar ambulante? Cada nómada tiene harto que hacer con el cuidado de su camello y de los demás animales adscritos á la tribu errante. Para recoger el dátíl, sacudido por las altas palmeras; para ordeñar la camella, de cuya leche tanto gustan estos primitivos pueblos; para tostar el ternero y el cabrito, necesitan de las pobres mujeres, á quienes incumbe, como la cocina, el ajuar. El bárbaro irruptor, monstruo de la guerra, lleva en su carro bélico la mujer que genera los hijos en un punto y en otro los pare; mas el semita nómada, que genera el comercio y el cambio, lleva la mujer sobre su camello, animal de paz, y la encierra en una tienda, santuario de la generación y de la familia. Ninguna de las metamorfosis progresivas y varias fuera posible sin la mujer, que contiene los hijos en su seno, cual contiene los pétalos el botón, y con los hijos todas las esperanzas de perpetuar la humana vida en el tiempo. La inmovilidad de las costumbres asiáticas es tal, que

hoy mismo puede verse por cualquier viajero curioso un viaje como el viaje de Abraham por la inmensidad de los desiertos. La caravana de nuestros tiempos aseméjase mucho á la caravana de los tiempos antiguos. El ruido que levanta se oye desde lejos. Las cabezas de los camellos aseméjanse en el arenal infinito á los topes del barco en los infinitos mares. Las mujeres veladas, los patriarcas vestidos con sus túnicas sacerdotales muévense, como á compás, en lo alto de sus cabalgaduras enormes. Siguen á un lado y otro de la tribu el ganado de mansos bueyes y de resignadas ovejas. Con las personas, vestidas por modo tan pintoresco, esplenden los cargamentos compuestos de tiendas multicolores, de frutos varios, de muebles pintorescos. En grandes alforjas van los niños á un lado y otro de los camellos. Sobre las cargas se tienden los ancianos. Con los niños muchas veces se emparejan como compañeros, á un lado de las alforjas, los recentales que acaban de nacer. La gente más joven, ellos con sus jaiques y alquiceles, con sus túnicas ellas, acompañan el viaje como una danza ó como un coro. Algunas veces toda esta multitud va entre gente armada, que dan la dirección del camino en aquella inmensidad con las puntas de sus lanzas parecidas á movibles brújulas. ¡Quién podría describir la mezcla de animales y

hombres, el espectáculo de todas las edades que la vida humana tiene, moviéndose á una peregrinación, en la cual se juntan como dos crepúsculos el recuerdo y la esperanza, los ganados que mugen y balan, los camellos y dromedarios que andan majestuosamente, los jóvenes que ríen y cantan, mientras los viejos rézan, porque toda tribu nómada se parece á una verdadera nación que anda por el desierto como andan los ríos por el cauce!

La tierra desde donde se partían Abraham y Sara juntos con sus familias y con sus siervos en requerimiento de Canaán todavía no está bien definida y señalada por la moderna erudición, á pesar de los continuos progresos así geográficos cual históricos. Lo más admisible y más admitido resulta su venida de alta meseta, situada cerca de aquellas montañas armenias que descienden hacia las planicies de Asiria. Orfá se llama hoy la población que, según algunos, verdaderamente caracteriza el origen de la patriarcal familia destinada en providenciales designios á extender la raza de Sem por todo el mundo. Indudablemente las primitivas sociedades han menester una geografía en correspondencia con su carácter verdaderamente rudimentario. Una montaña, que defienda y asegure la tribu; una fuente, que le preste agua necesaria, en todas partes, y más en aquellos cálidos territorios del Asia; un oasis donde

puedan plantarse viñas y trigos ó recogerse las frutas y los pastos necesarios, tanto para los hombres como para los ganados, he ahí el teatro patriarcal. En el Orfá de hoy, en la Urkasdim de ayer, hay algo más que todo esto, hay un manantial que corre despeñado hasta pararse y detenerse, calladísimo y sereno, componiendo un remanso á manera de lago, en cuyas claras aguas las palmeras del borde se miran, las aves del cielo salpican sus alas rozándolas, los ganados beben y las muchachas de las tribus llenan sus ánforas para la bebida y para el aseo. Como en torno de Abraham y Sara se reúnen todavía las dobles tradiciones de los árabes y de los judíos, en el sitio donde la tradición supone que invocó Abraham el sacro nombre de su Dios primero, brilla hoy mismo una mezquita, sombreada por seculares y melancólicos cipreses, en torno de los que han muchos árabes piadosos querido dormir el sueño eterno para obtener la intercesión de su gran patriarca en la hora del supremo juicio y en la eternidad del otro mundo. Algunos creen que no está en tal sitio la patria de Abraham, por lo contrario, que se levantaba en las orillas occidentales del Éufrates. Sea de esto lo que quiera, hállese donde unos dicen cuando señalan Armenia por patria de Abraham, ó hállese donde otros dicen cuando señalan Caldea, lo cierto es que aquellas tribus nómadas necesitaron larguí-

simo viaje para llegar de uno ú otro punto á la tierra de Canaán. Sin ese instinto viajero tan misterioso cual aquel que incita el vuelo de las aves á sus grandes emigraciones, que trae la cigüeña y se lleva la golondrina, sin ese instinto viajero, jamás las diversas razas hubieran podido comunicarse ni entenderse, y jamás esta idea de la unidad humana hubiera llegado á surgir del seno de tantos pueblos discordes y enemigos como al principio de la historia se veían por doquier entregados á una eterna batalla. Bien al revés de aquella esposa que Dios puso en el arca de salvación junto al patriarca Noé, la cual debió luchar con las aguas del diluvio, esta mujer de Abraham lucha con los ardores del desierto.

¡Cuántos cuidados no ha menester una peregrinación! Como todas las grandes obras humanas va esta iniciadora del primer progreso acompañada de incurables dolores. Y, sin embargo, los profetas antiguos, las antiguas religiones, conociendo su práctica utilidad, espoleaban á los pueblos primitivos para que peregrinasen. Una fuente, un árbol, un sepulcro, el recuerdo sacro de cualquier historia religiosa, consagrada en sitio especialísimo, bastaban al primitivo legislador para dar citas á pueblos enteros y moverlos y empujarlos á fecundísimos viajes, donde se comunicaban sus almas. Y, sin em-

bargo, ¡cuán penosas las peregrinaciones! Apenas aquellas gentes sabían orientarse. De oídas guardaban los trazados orales de caminos cuyas huellas se habían por completo borrado. A veces los esqueletos de hombres y animales muertos en el trabajo de bogar por el desierto servían como de señal en las peligrosas y procelosísimas rutas, jamás fijas, por la movilidad natural de aquellos suelos movedizos, donde la batida del viento bastaba, en verdad, á promover una montaña. Sin embargo, hay un árbol á que podríamos llamar la providencia del desierto. Erguido y armonioso como arquitectónica columna, con sus chapiteles de verdes palmas y sus colgajos de áureos dátiles, diríase formado, más que por las ciegas y espontáneas fuerzas de la naturaleza, por la geometría y por las artes del alma. Este árbol es el oriental por excelencia, es la palmera, en quien todos los pueblos antiguos personificaban la hermosura. El dátil, que brilla como ámbar á los ojos, sabe como mieles al gusto. Los sobrios animales del desierto comen hasta sus huesos machacados. Basta con abrirle una incisión para que su fibrosa corteza destile un zumo tan agradable como el vino. Su cogollo compite, por la suavidad y por el dulzor, con las almendras. De sus hojas se trenzan esterillas, que sirven de lecho á las razas meridionales, tan sobrias como pacientes. Así la pere-

grinación va de palmeral en palmeral, cuando atraviesa el desierto, como la golondrina va de mástil en mástil cuando atraviesa el mar. Allí, al pie de la palmera, siempre ha de haber, ó una cisterna ó una fuente, y entre la palmera, la cisterna y la fuente, ha de hacer un alto la errante caravana. ¡Qué cuidado el de Sara para escoger la mejor! ¡Qué provida en preparar el pasto para sus ovejas, la torta para sus gentes! ¡Cómo dispondría todo lo necesario, cual dispone la primera entre las abejas el panal, á fin de que todas vivan á una y trabajen todas sin descanso! La verdad es que, sin la mujer nómada, compañera inseparable del viajero, sin la Sara, que le sigue como al cuerpo la sombra y que le provee con sus cuidados, el viaje no fuera posible. Mil veces retrocediera el peregrino en su vía, tornándose al punto de partida, si la mujer no fuese como el ángel custodio de peregrinación tan difícil.

Por esto la mujer del patriarca nómada, como la mujer del patriarca diluviano, desempeñan papeles tan importantes y ministerios tan sublimes en los sendos momentos de sus respectivas historias. Pero ya lo hemos dicho y jamás nos cansaremos de repetirlo. Juzgar lo mismo al hombre primitivo que á la primitiva mujer, lo mismo al patriarca que á la sultana, lo mismo á las tribus en sus co-

mienzos que á una civilización ya madura, puede ser causa, y fuente, y manantial, y origen de irreparables errores. En la historia de Sara y Abraham, en sus afectos mutuos, en sus relaciones como marido y mujer, encontraremos particularidades múltiples que habrán de chocar mucho con las ideas nuestras, y, sobre todo, con las costumbres. La filosofía del pasado siglo se volvió contra la religión á causa de todos estos contrasentidos, no comprendiendo que la religión tiene su parte moral y dogmática inalterable, y tiene su parte histórica y contingente muy sujeta y muy sometida por ende al desarrollo gradual de todo cuanto se sucede aquí abajo en el espacio y en el tiempo. Así como la primera sociedad patriarcal debía ser por fuerza imperfectísima, imperfectísima debía ser también la primer familia patriarcal. Esta monogamia, en que nosotros fundamos la pureza y la excelcitud de nuestro sacro y amable hogar, no podía existir en aquellos tiempos primitivos, porque no lo toleraban ni las condiciones del medio ambiente, ni las condiciones del clima, ni las condiciones del humano desarrollo. La semilla y el fruto son una misma cosa en sustancia; pero se diferencian mucho en forma y en otras varias condiciones. Así como para llegar á la libertad moderna hemos pasado por tantas servidumbres, para llegar á la familia moderna

hemos debido pasar por grandes corruptelas. Ni la patria potestad, ni el cariño filial, ni el ministerio de la mujer en el hogar, ni la constitución de la familia, ni el testamento, ni la herencia, podían ser en los tiempos primitivos lo que son hoy ni revestir los caracteres que hoy revisten. Perdido esto de vista no hay explicación para la historia de los patriarcas.

La tierra donde Abraham se fijara fué Palestina, tierra predilecta de los hebreos y por Dios prometida, desde la eternidad, á su pueblo. Aunque los encarecimientos de la poesía y los ensueños de la esperanza tuvieron estos valles con tantos colores brillantísimos, no puede negarse la inferioridad suya respecto del renombre alcanzado en la historia y del precio puesto á su posesión por los descendientes de Abraham. Fuera de algunos oasis, fuera de cortas y rientes hoyas, tropezáis tan sólo en Palestina con pedregosos desiertos. A pesar de ello, algunas planicies, y aun colinas, ofrecen abundoso pasto al ganado y facilitan el necesario pastoreo. Pero el clima prospera toda clase de árboles frutales con tal que tengan algún riego por sus piés. Entre los cactus del aloe y de la pita que sirven para setos, extienden sus sarmientos cargados de racimos y ceñidos de pámpanos las viñas, sus brillantes ramajes verdes claros las higueras unidas con

los olivos, y sus ramilletes de flores y de frutas almendros y granados. Para encarecer á Palestina, dicen sus adoradores que halláis allí con mayor facilidad vino que agua, y celebran sus mieles y sus leches aromadas por salvias, romeros, tomillos y cantuesos. Escasa población debía tener Palestina cuando la llegada de Abraham, porque ningún esfuerzo tuvo que hacer y ninguna guerra que sustentar para fijarse allí. La próspera Sara, como había ocurrido á las múltiples necesidades de una vida nómada, ocurriría también á las múltiples necesidades de aquel asiento y habitación en tierra desde tan apartado sitio y en tan largo tiempo requerida y buscada. No sabemos qué plaga obligaría entonces al patriarca, tan ganoso de Palestina, su tierra de verdadera elección, á partirse hacia Egipto. El hambre se halla indicada lo mismo para explicar su movimiento de Caldea ó Armenia á Palestina que para explicar su movimiento de Palestina á Egipto. Todo esto quiere decir que los nómadas se fijaban en cualquier punto con suma dificultad, y se veían asediados por todas partes de necesidades que les aguijoneaban y les obligaban á irse, como las bandadas de aves viajeras, á emigrar, hacia los cuatro extremos del horizonte y los cuatro puntos cardinales del cielo. La mujer se une, mucho más todavía que nosotros los hombres, al suelo donde reside y ha-

bita. Muy amiga del hogar doméstico, esta relación de su persona con la casa y de la casa con el suelo, detienenla en la tierra donde ha residido algún tiempo. Trasplantarla desde su lago nativo al árido inmenso desierto, y desde los arenales del desierto á Palestina, y de Palestina, donde tenía ya hogar fijo, al Egipto, francamente, debía costarle mucho, y hacerla pasar por dolores y trabajos sin cuento en aquel tiempo primitivo, muy cargado de males y muy poco sometido al humano imperio.

El Egipto es una tierra de verdadera fecundidad. Bajo aquel cielo candente, lleno, por ende, todo él, de los dos grandes elementos vitales, calor y luz, corre un río descendido misteriosamente de ignotas montañas y desaguado en el armonioso y celestial Mediterráneo. Los antiguos dieron importancia casi divina á este ayuntamiento entre la humedad terrestre y el calor solar, que produce una vegetación tan fecunda, ornato de la tierra, nutrición de todas las especies, y hasta del aire donde las especies respiran y viven. Ningún paraje del globo donde se manifesten las prolíficas fecundidades propias de la unión entre la humedad y el calor como estos valles egipcios. En todas las cuencas del Nilo debía dilatarse una especie de nuevo paraíso para estos hombres de la zona tórrida. El río, en las estaciones más propicias, convierte aquellos parajes en

sereno lago. Este lago lleva en sus entrañas el fecundador limo. Este limo fecundador, el primero entre los abonos, abriga la tierra y calienta los semilleros. Así brotan por doquier los vegetales más pródigos para el hombre y se mantiene una fauna indispensable á los esfuerzos y á las creaciones del trabajo. No pueden enumerarse los frutos que da Egipto ni los animales que de tales frutos se alimentan. Allí la cebra rayada hermosamente, allí el avestruz llamado nave del desierto, allí el caballo agilísimo, allí el camello beneficioso, allí el buey, allí el cordero, allí en medio de tanta fecundidad todo lo que sirve y coopera con su esfuerzo á la universal transformación del planeta. No hablemos de los frutos. El arroz, el trigo, el dátil desparramado en los suelos por las fecundas palmeras, el racimo pendiente de parras y cepas, las almendras y las nueces, la oliva cargada de luz, tantas y tan sabrosas frutas lo encantan todo con sus mieles y con sus aromas. Por consecuencia, las emigraciones de Abraham y su gente desde tierra tan ingrata como Palestina en dirección á tierra tan agradecida como Egipto estaba en el orden natural de las cosas y en las necesidades fatalísimas de aquellos pueblos nómadas. La buena Sara debió, á pesar de todo esto, dejar con tristeza tierras donde había plantado su hogar y nutrido á su familia.

En tiempo de Abraham, es decir, dos mil años antes de Cristo, reinaba en las comarcas del Nilo una dinastía indígena. Y no debe olvidarse tal circunstancia porque, á causa de lo próximos que se hallaban imperios tan grandes como los persas, caldeos y asirios; á causa del desierto que circuía por todas partes la tierra egipcia; y á causa de las tribus que imperios y desierto abortaban, nómadas unas y otras en armas, veíase con frecuencia Egipto salteado por irrupciones asoladoras y sujeto á terribles conquistas. Por este tiempo se hallaba muy floreciente. Ni el conquistador ni el irruptor podían clavar en él su diente. Por consecuencia, tanto la fecundidad natural á sus campiñas como la paz propia de su régimen y de su gobierno, llamaban á su pródigo seno múltiples emigraciones. Poco antes de partirse Abraham y Sara, las tierras de Palestina comenzaban á despoblarse ya. El territorio de Canaán yacía en aquel momento cual si fuera un verdadero desierto. Muchos semitas, muchos descendientes de aquel Sem á quien tanto amara Noé y á quien tanto prometiera Dios, iban desde los desiertos palestinos y caldeos á los fecundos valles egipcios. Abraham no tenía otra cosa que hacer sino plegar su tienda, y, por el istmo de Suez, partirse á la tierra de los Faraones. Los palacios de éstos resplandecían en aque-

lla sazón propicia con brillantes resplandores. Los templos resonaban á una con los cánticos de un sacerdocio poderosísimo y feliz. Extendíase la corte numerosa por doquier, como una legión al amor consagrada y no al combate. Llenábanse los harenes con odaliscas enviadas por todos los pueblos, reinando sobre los reyes el lujo y el placer.

El imperio antiguo de los orientales hallábase organizado, poco más ó menos, como el moderno sultanado de los turcos; tan persistentes aparecen las instituciones humanas en el mundo. Un colegio de sacerdotes apoyados en el trono; un ejército numerosísimo, dispuesto á sostener monarquía y sacerdocio contra las continuas extrañas invasiones; un serrallo henchido de verdaderos eunucos; un harén donde se amontonaban las siervas favoritas; el pueblo imbécil cargado de tributos y deberes; el esclavo, todavía más infeliz que el pueblo tiranizado: he ahí los sumandos componentes de una sociedad oprimida y vejada por el más absurdo despotismo. La situación de aquel mundo extrañísimo tenía mucho de una guerra perpetua. Los poderes no dominaban el territorio mismo donde residían, por su autoridad moral, acampaban en su espacio como pudieran acampar en cualquier grande atrincheramiento. El déspota, ó sea el ídolo, aparecía como un rey de reyes, como un supremo juez, como

un pontífice, como un Dios. Para dominar necesitaba una fuerza que sojuzgara las voluntades y un esplendor que deslumbrase los ojos. De aquí sus dos idolatrías al continuo placer y al verdadero lujo. Las angustias pasadas en los combates se compensaban con los goces sentidos en el harén. Cicatrizábanse las heridas con besos. El despotismo tenía organizada en la cima una grande teocracia y organizada en la base una grande prostitución. Alimentábase de continuo ésta con mujeres extranjeras. La corrupción sistemática pedía renovaciones á goces, embotados pronto por el uso, como todos los goces materiales. Y esta renovación se libraba en las mujeres, robadas al vecino unas veces; al contrario, después de los combates, otras. Una campaña de aquellos tiempos parecía un saco y un estérminio perpetuos. El triunfo arramblaba con todo cuanto al paso invasor se le oponía, y dejaba los sitios por donde corría cual deja los campos la nube de langosta. Tiendas, mobiliario, enseres industriales, armas, ganados, tesoros, hombres y mujeres, iban de un lado á otro arrastrados todos por aquellas catástrofes sociales. El harén egipcio gozaba de un grande renombre, muy merecido por cierto, entre todos los pueblos orientales. Como por un lado tenía Nubia, donde abundaban las negras hermosísimas, y por otro lado tenía Siria y Caldea,

donde abundaban las blancas, disponía de los ejemplares más numerosos y más completos, que cuidaba como pudiera cuidar su cuadra, su pajarera, su corral, por meros motivos animales, por meros instintos rudimentarios de la vida sensual.

Abraham llevaba consigo una mujer muy hermosa. La descendiente de Sem debía distinguirse con todos los caracteres de la familia caucásica en su origen. La estatura tendría, en lo erguida, mucho de las palmas naturales á semejantes comarcas. La vida nómada le habría dado la ligereza y agilidad de una gacela. Brillarían como dos negros abismos sus ojos relumbrantes. La color atezada tendría ese moreno mate de los mármoles orientales, tan apreciado en lo antiguo. A la palidez asiática le dan tonos indecibles unos ojos negros y unos labios rojos. Yo he visto mil veces en las tierras meridionales, junto á los frutillos de la murta, que parecen bolitas de azabache, las granadas entreabiertas, mostrando bajo la película blanquecina sus granos de coral. Pues así como los hermosos insectillos alados recogen los colores para sus alitas, que parecen movibles pétalos, ó el dulzor para las mieles de aquellos panales, que parecen líquida luz, á las flores ambientes, la mujer copia sus formas y tiñe sus colores de todos cuantos objetos la circundan, y, sobre todo, del sol que la esclarece, del terre-

no que la nutre y del aire donde respira. La nómada tomó de aquella grande Armenia, célebre por sus mujeres, donde radicaron los orígenes de su familia semítica, tanto como de Caldea, donde nació, y de Siria y de Palestina, donde habitara, los rasgos más sobresalientes y los reflejos más deslumbradores. ¡Terrible peligro para un esposo llegar con una mujer así, de tal origen y porte, al seno de un imperio mandado por aquellos Faraones, los cuales prestaban tanto culto al placer y requerían en combates y en invasiones las mujeres más hermosas para su harén! Si buscaban así las apartadas y ajenas, imaginaos cómo buscarían las que por cualquier evento se colocaban ellas mismas á los alcances de su mano y se iban hasta las puertas de su harén. El nómada lo entendió bien pronto y tomó, en consecuencia, precauciones que sirvieron á su vida propia, pero no á la castidad de su mujer. En cuanto los egipcios vieron á Sara, notificáronle su presencia y su hermosura increíbles al sensible Faraón que dominaba sobre aquellas tierras sometidas de antiguo á viejo despotismo.

Faraón mandó cortesanos suyos al caldeo por su nacimiento, sirio por su adopción, semita por su sangre, para que le requirieran y le preguntaran con qué condiciones y bajo qué títulos traía mujer

tan hermosa como Sara y tan dulce de ver á tierra como el Egipto, donde tanta necesidad había de quedarse con las mujeres ajenas, de las cuales el regio harén se nutría y poblaba. Si el concepto de la familia hubiera estado más puro en el pensamiento de Abraham, y los celos generados por la monogamia hubieran podido levantarse á una en el corazón de aquel polígamo, antes matara á su mujer que darla de grado al déspota, y antes muriera él que pasar por las torturas inenarrables de ver en ajenos abrazos al objeto predilecto de su amor. Pero necesitamos trasladarnos con el pensamiento á los tiempos aquellos para poseernos bien de los móviles é impulsos á que obedece proceder tan extraño como el proceder de Abraham. En el período de los pueblos nómadas, cuando la familia, y con la familia la sociedad entera, va errante por el mundo, no pueden fijarse, ni las leyes, ni las costumbres, ni los organismos políticos, ni las instituciones sociales, ni la religión misma, ni la misma moral. El nómada tiene que pelear mucho, pero también tiene que transigir. Cuando la fuerza le cierra el paso, ábrelo con la fuerza. Pero muchas veces, en el curso continuo de su vida, en el cambio de situaciones y de tierras, en el encuentro con otras razas más fuertes ó más cultas, necesita con imprescindible necesidad amoldarse á todo cuanto encuen-

tra y vestirse con las formas varias que le ofrece al paso la vida con que fatal y necesariamente se roza. En el movimiento continuo, en la traslación forzosa de un punto á otro, en el cambio de ideas, en la peregrinación incesante y diaria, no cabe la fijeza de leyes é instituciones natural á las sociedades formadas y sólidas. Por consecuencia, fuera del gobierno fijo en el patriarca, y fuera de la sumisión por todos al patriarcado debida, no hay allí nada fijo, ni la religión que cambia de templo y altar á cada paso, ni la familia misma cuyas relaciones han de transformarse por necesidad al contacto con las circunstancias externas. El Dios que va en una tienda de palmas no puede compararse con el Dios alzado en templo de granito. La familia que se recoge dentro de un hogar tan fuerte y tan duradero como el suelo donde radica, no puede compararse con la familia por principios fijos animada. Ni la idea de Dios, ni la idea de sociedad, ni la idea de patria, ni la idea de familia mucho menos, pueden ser fijas donde todo es nómada. De aquí aquella ignorancia en que Abraham se hallaba respecto del derecho ejercido sobre su mujer y del carácter, no bien monógamo, ni bien polígamo, de su familia. Por consecuencia, cuando le preguntaron por sus relaciones con la mujer propia y le dijeron que Faraón deseaba saber sus condiciones,

y su carácter, y su ministerio en la casa, responde que Sara no es verdaderamente su mujer propia, sino su hermana natural. Tras tal respuesta no había más remedio que ver á Sara en el palacio de Faraón.

La Biblia describe, según su método, todo cuanto nosotros hemos descrito según el método moderno y con las reflexiones propias de nuestro estado histórico. Veamos los capítulos undécimo y duodécimo del Génesis. En los finales de aquél comienza esta peregrinación de la familia semita: «Y tomó, dice, Tharé Abraham, su hijo, y á Sara, su nuera, mujer de Abraham, su hijo, y salió con ellos de Ur de los caldeos para ir á la tierra de Canaán. Y vinieron hasta Harán, y asentaron allí. Y fueron los días de Tharé doscientos cinco años. Y murió Tharé en Harán. Empero Jehovah había dicho á Abraham: «vete de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre, á la tierra que te hemos designado, y haré de ti una grande nación. Y te bendeciré y engrandeceré tu nombre, y te llamarás bendición. Y bendeciré á los que te bendijeren, y á los que te maldijeren maldeciré. Y serán benditas en ti todas las familias de la tierra.» Y fuese Abraham, como Jehovah le dijo. Y tomó Abraham á Sara su mujer, y Lot, hijo de su hermano, y toda su hacienda, que habían ganado,

y las almas que habían adquirido en Harán, y salieron para ir á tierra de Canaán y á tierra de Canaán llegaron. Y pasó Abraham por aquella tierra hasta el lugar de Sichem, en el valle de Mareh, donde se fijó. Y apareció Jehovah á Abraham y le dijo: «á tu familia daré toda esta tierra.» Y edificó allí un altar á Jehovah, que se le había aparecido. Y pasóse de allí á un monte, al Oriente de Bethel. Y tendió su tienda, teniendo á Bethel al Occidente y Har al Oriente. Y edificó allí altar á Jehovah é invocó el nombre de Jehovah. Y movió á Abraham de allí, caminando y yendo hacia el Mediodía. Y hubo hambre en la tierra y descendió Abraham á Egipto para peregrinar allá, porque era grande el hambre en la tierra. Y aconteció que cuando estaba para entrar en Egipto, dijo á Sara, su mujer: «he aquí ahora conozco que eres mujer hermosa de vista. Y será que cuando te habrán visto los egipcios dirán: «su mujer es; y me matarán á mí, y á ti te reservarán la vida. Ahora, pues, di que eres mi hermana para que yo haya bien por causa tuya y viva mi alma por amor de ti.» Y aconteció que como entró Abraham en Egipto, los egipcios vieron la mujer, que era hermosa en gran manera. Viéronla también los príncipes de Faraón y se la alabaron, y fué llevada la mujer á casa de Faraón. É hizo bien á Abraham por causa de ella, y tuvo ovejas, y vacas,

y asnos, y siervos, y criadas, y asnas y camellos.»

Mucho debió combatir Abraham consigo mismo antes de ceder al déspota la esposa favorita. Compañera suya desde la niñez, recuerdo vivo de la patria dejada tan lejos por el impulso natural de la vida nómada, cooparticipe de todos sus trabajos y de todas sus penas en la inmensa peregrinación por el desierto, providencia del hogar ambulante, reina de la familia y de sus criados, la separación debía costarle mucho; pero una imprescindible necesidad imperiosa de vivir en paz con aquellos á quienes encontraba en su camino, le impuso este sacrificio, comprensible allá en los tiempos que no habían fijado ni las leyes ni los hogares, pero incomprendible al resplandor de la conciencia moral que brilla en estos nuestros tiempos. Naturalmente, la vida nómada resulta en las evoluciones históricas un grado, y nada más que un grado, superior á la vida salvaje. Hay entre ambas una diferencia, que mientras el salvaje corre al acaso por sus desiertos y por sus selvas, como los elementos materiales ó como las especies inferiores, sin proponerse ir á ninguna parte, y llevando la mujer junto á sí como lleva el macho á la hembra, los nómadas han fundado ya la familia, y en compañía de la familia formada, van, especie de pueblo incipiente y de sociedad en germen, á un lugar de antiguo conocido y desig-

nado. Hay familia entre los nómadas primitivos, entre los fundadores primeros de una sociedad incipiente; pero la familia no tiene aquellas relaciones fijas tan propias de los pueblos cultos y tan difíciles donde no ha podido fijarse con exactitud y con fidelidad el hogar doméstico siempre ambulante. Por tal razón y motivo no debemos extrañarnos mucho si Abraham deja de sentir los escrúpulos que hubiera un hombre de nuestra civilización sentido al arrebatarse por fuerza ó por engaño la compañera de su vida, la depositaria de su honra, la esposa de su alma, la madre de su familia.

Los enciclopedistas han juzgado todos estos hechos al resplandor de las ideas modernas, y juzgándolos así, no han podido comprenderlos. Para conocer todos estos hechos á ciencia cierta, ya lo hemos dicho, precisa trasladarse á la época y á la tierra donde sucedieron. Su primera extrañeza maravilla por la simplicidad. No comprenden que territorios ricos y poblados como Caldea fuesen por sus mismos hijos puestos en olvido y cambiados por una tierra ingrata como la estéril y despoblada Palestina. Quien así discurre olvida con extraña facilidad cómo á nuestra misma vista casi, en los tiempos modernos, han peregrinado razas enteras del viejo al Nuevo Mundo tan sólo para buscar en este último un templo á su Dios y un seguro á su

derecho. Abraham sentía dentro de sí, ó bien por las revelaciones de su alma, ó bien por la enseñanza de los magos que le circuían, invencible vocación al culto de una idea nueva, desconocida entre las gentes donde naciera, idea necesitada de otro espacio más propicio á ella en el mundo para brotar y desarrollarse. Por consecuencia, razones de fuerza moral ó razones de fuerza material militan muchas veces en pro de peregrinación ó destierro impuestos por la necesidad, que no se rige toda nuestra vida con el puro y libre albedrío. El Abraham de los caldeos buscaba, como el puritano de los ingleses, una tierra más pura que su patria natural para erigirla en ara del Dios de su conciencia, ya fuese revelado por una revelación interior, ya en ajenas y sabias enseñanzas aprendido. Por consecuencia, el nómada recorría las mesetas de Armenia, las orillas del Tigris y del Éufrates, la vieja Siria, la montañosa Palestina, en pos de un templo y de un santuario donde poder guardar aquella idea divina, cuya posesión le constituyó á él y constituyó á los suyos en predilectos sacerdotes del Eterno, con un encargo providencial tan extraordinario como transmitir á la posteridad este culto. Por consecuencia, razones materiales de guerra ó hambre unas veces, razones morales como el anhelo de su libertad otras veces, explican la vo-

cación así nómada como religiosa de Abraham.

Otra mayor extrañeza presentan los enciclopedistas como grande objeción á las narraciones de los libros sacros. Esta mayor extrañeza estriba en creer que no podía fijarse un rey de pueblo tan civilizado entonces como Egipto en mujer de origen tan extranjero como Sara. El respeto y el culto prestados por los egipcios á sus monarcas se conoce con fijar vista y atención en el nombre con que los designaban. Llamábanlos Faraones, lo cual quiere decir tanto como hijos del Sol. ¿Y estos Faraones, preguntan los enciclopedistas, habían de fijarse, ni por un momento, en mujer tan vulgar como Sara? Hija de un alfarero, esposa de un nómada, sin patria por motivo de sus emigraciones, sin hogar fijo, atezada por el sol y el viento de los desiertos, curtida por las inclemencias del aire, puesta en la necesidad cruel de amasar su pan y vigilar su ganado, ya muy entrada en años, no podía ofrecer atractivos bastantes, al llegar de Canaán á Egipto, en burro, quizás á pie, para que los oficiales del palacio regio la delataran á Faraón y éste la pusiera entre sus mujeres predilectas. Confesemos que desconoce mucho las perversiones propias del humano linaje quien olvida cómo para estos perversidos tiranos del harén en la novedad residen el atractivo y el gusto.

Lo cierto es que Sara entró en los palacios faraónicos. Los egipcios no adolecían de tristes; todo lo contrario, adolecían de placenteros y alegres. A pesar de haber fijado su pensamiento en la muerte, y llamarse aquella su región el reino de los muertos, lograron hacer del cadáver la momia plácida que veis, y del sepulcro caja tan olorosa y pintada, que la creeríais el verdadero lecho de todos los goces. La palabra inscrita en las leyendas egipcias es aquesta: «lograr un día de felicidad.» Los palacios reales, espaciosos por sus proporciones, ligeros por sus adornos, aireados como conviene á estos pueblos del Mediodía, tan bien dispuestos para procurarse la sombra y la frescura indispensables al cálido clima, colocados fuera de las poblaciones, por florestas umbrosísimas circuidos, de terrazas coronados, abiertos en galerías y balcones desde los cuales se veían los plátanos y los sicomoros en torno de lagos donde abrían sus corolas sacras los litúrgicos lotos, ofrecían todos los seguros necesarios para someterse á todos los caprichos del placer expresados por aquellas columnitas de cedro y de madera doradas, por aquellas celosías de mil colores parecidas á pajareras, por aquellos kioscos adornados de almohadones que semejaban lechos convidando al placer, por aquellas copas donde rebosan las bebidas embriagadoras y aquellos pebeteros que disipan

en los aires aromosas y voluptuosísimas esencias. Los patios no se acaban nunca, porque los palacios en Oriente no se reducen á meros edificios de un solo corte y de una sola forma; representan y suman grande aglomeración de varios edificios parecidos á una ciudad, cuyas calles, y plazas, y viviendas se vieran unas de otras aisladas por medio de maravillosos jardines. A la entrada, la sala del trono, donde aguarda el déspota los obsequios y atenciones de los suyos, que penetran de rodillas, tendido en el diván. Detrás del salón ceremonioso, cruzado por verjas triples y recatados portones, brillan los harenes, sitios de delicias, donde Sara fué recluída para gozo, y agrado, y entretenimiento, y recreo de su nuevo señor.

Allí debió encontrarse muy ajena de suyo á sí misma la buena Sara. En el gran trabajo de la vida nómada una mujer tiene mucha participación, y esta participación le permite y le consiente mucha soberanía. Por consecuencia, el placer y el extraordinario lujo de una corte sensual no debían compensarla mucho del triste abandono en que debía dejar otras prerrogativas más altas y más satisfactorias, como la dirección de su propio hogar y el cuidado de su familia. En aquellos tiempos las causas morales uníanse ó ligábanse mucho más que ahora, en estos nuestros tiempos, con los efectos

físicos. Y es lo cierto que, á poco de hallarse allá en el harén de Faraón la mujer de Abraham, comenzaron á sentirse perturbaciones físicas sin cuento en la tierra y en el cielo, traídas por esta perturbación moral de quedarse un rey con la mujer perteneciente á un emigrado. Aunque Abraham dijera, por temor á la muerte, que sólo un lazo de natural hermandad había entre su mujer y él, no debieron creerlo cuando Faraón le colmó de favores por sus complacencias. No estaban muy claras las nociones de moral en teólogo de tamaño fuste al recibir dones y presentes sin escrúpulo por tolerancias sin excusa. Y no debía parecerle cosa importante de considerar el origen más ó menos legítimo de las riquezas según las adquiría y guardaba, no obstante lo turbio del manantial que las fluyera en sus manos. Pero se conoce que los donativos de Faraón, si obraron en el ánimo de su patriarca, no así en el ánimo de Dios, quien mandó pestes y asolamientos, airado, y mucho, á tal indignidad. Y es lo cierto que, después de haberle arrebatado la mujer, viendo cómo este rapto no le traía sino tribulaciones y desdichas, Faraón llamó al hebreo y le dijo que se fuese con la mujer y el hogar á cuestras hacia la tierra de donde había venido. No se lo dejó decir dos veces el santo patriarca, y se volvió á Canaán, bien que repleto de riquezas allegadas

por medios, los cuales harían hoy, en este tiempo tan condenado por la crítica piadosa ¡oh!, sonrojarse á un marmolillo. De tal modo el progreso ha logrado extenderse á todas las manifestaciones de nuestra natural compleción y mejorar las humanas condiciones hasta en lo relativo á su intrínseca moralidad.

El donativo de Faraón al patriarca se compuso de ovejas, bueyes, camellos, asnos, siervos y siervas. El comentador alemán Bohlen descubrió mácula en este relato, por creer que no cuadraban los animales mencionados á la fauna del Egipto. Según este sabio, hay en el relato de la Biblia ciertos animales que no son egipcios, mientras no hay otros que lo son. Omite la Biblia el caballo egipcio, tan hermoso y ligero, mientras habla de ovejas y dromedarios, desconocidos en aquella tierra. El Egipto no producía entonces camellos, ni aun asnos, muy detestados estos últimos á causa de su color, que hacía mal de ojo y llevaba nefastos augurios en el común sentir de pueblos tan supersticiosos. Tales son las reflexiones del sabio alemán, que se contestan por la crítica moderna y quedan refutadas en los descubrimientos arqueológicos que han en estos nuestros tiempos abrillantado y enriquecido nuestras historias. La oveja, llamada *sau* en lengua egipcia, hállase tallada ya en

los monumentos conmemorativos de la duodécima dinastía, los cuales mencionan un propietario, labrador, ganadero, como queráis, dueño de tres mil doscientas ocho cabezas de ganado. Y lo que decimos de la oveja decimos del buey, consagrado ya en la liturgia egipcia cuando Abraham visitó el Egipto. Y lo que decimos, así del buey como del carnero, lo decimos del asno, mencionado en papiros de aquel tiempo, donde constan riquezas múltiples consistentes en ganado de esta clase. Aunque no se ven reproducidos los camellos en ninguno de los monumentos antiguos, tampoco debe concluirse de esto su ausencia completa en los valles del Nilo, al saber que ciertos animales, como los gatos, no podían ser, por religiosas ordenanzas inexplicables, pero en pleno vigor entonces, ni pintados ni esculpidos. Y, por lo contrario, la omisión del caballo, tan zaherida por el sabio alemán, está muy justificada por los descubrimientos modernos, pues no los había en tiempo del patriarca, debiéndose á ciencia cierta su aparición por allí al triunfo y conquista de los hyksos, que los llevaron uncidos en sus invasiones terribles á los viejos carros de guerra. Lo cierto es que Abraham volvió del Egipto á Palestina muy rico, no sólo en los ganados ya dichos, en plata y oro contantes. Sus rebaños crecieron en tales términos, que tuvo necesidad imprescindible de

procurarles mucho alimento, para lo cual apartó de allí los ganados también múltiples de su sobrino Loth, y le mandó á otra tierra. Los pápiros anteriores al viaje de Abraham no mencionan el oro y la plata en Palestina y Siria, mientras mencionanlos á una los pápiros posteriores. Esto prueba que la plata y el oro pasaron, como cree la ciencia moderna, de los nubios á los egipcios y de los egipcios á los cananeos. Por una singularidad bien comprensible, abundaba más el oro que la plata en Egipto; ¡como que llevaban aquel metal riquísimo, en abundancia, los arroyos etiípicos! Y esta célebre aparición del oro debe fijarnos mucho, porque revela cómo no han menester el comercio los movimientos de las familias nómadas después de haber surgido todos estos motores naturales del cambio que tanto facilitan la concurrencia.

Los nómadas están de vuelta en su tierra predilecta, en la prometida por Dios á su pueblo. El viaje por tantas comarcas y el comercio con tantas inteligencias no ha valido más que para robustecerlos en su idea de la unidad divina y prepararlos á nuevos ritos y á nueva liturgia que consagran los dogmas é iluminan los altares. A la sombra de un terebinto erige un ara donde ofrece religiosos sacrificios en ceremonias muy sencillas al Eterno. El dogma que había entrevisto en Caldea se robustece

y se confirma en Egipto. Sobre tantos ídolos, en torno de todos ellos, como la luz y el aire sobre los seres, y en torno de los seres terrestres, extiéndese la unidad misteriosa de Dios. A esta unidad adhiere Abraham la suerte de su familia viva y de toda su futura descendencia. Por tal motivo y razón la guarda con cuidado y la extiende con actividad. Así constituye una especie de sacerdocio consagrado á esa idea. Y como constituye una especie de sacerdocio, arregla los sacrificios y arbitra los ritos sacerdotales. Para los sacrificios designa varios animales como el toro, el cordero, el palomo mismo. Y entre los ritos prescribe la circuncisión. Esta práctica religiosa no era conocida ni de los fenicios ni de los sirios cuando llegó á sus tierras Abraham. Ni uno ni otro pueblo la tenían. El hijo de Damasco, Eliecer, que acompañara siempre al patriarca y compartiera sus penas, pertenecía por su estirpe, y por su raza, y por su religión, al número de los incircuncisos. Quien practicaba de tiempo inmemorial esta circuncisión era el pueblo egipcio. Testificanlo así los más viejos monumentos. En las excavaciones de Karnak hase hallado viejo bajo relieve que representa una escena de esa especie. Para la operación dolorosísima servíanse los egipcios de un cuchillo de piedra, consagrado por las tradiciones, y demostración palpable de que tal

rito se cumplió en las edades prehistóricas, mucho antes de la edad de hierro y de la edad de bronce. Los monumentos testificadores de su existencia en los valles del Nilo elevanse á la cuarta dinastía; es decir, á mil quinientos años ó mil cuatrocientos antes de Cristo. Lo cierto es, que no había pensado Abraham en aplicar á su pueblo la circuncisión antes de su viaje á Egipto. Ni Armenia, ni Caldea, ni Siria, ni Palestina le habían sugerido semejante práctica. En Egipto la encontró, y del Egipto la trajo al sacro lugar donde había fijado tienda y altar para instituir ya el núcleo inmóvil en torno del cual debía su gente agruparse, como por su gente debía constituirse para lo porvenir su raza. Tras el viaje á Egipto, Abraham reguló el rito referente á los sacrificios, y reguló también el rito referente á la circuncisión. Ambos ritos determinaban caracteres muy salientes del pueblo escogido. La vocación de Abraham era clarísima: transmitir á sus descendientes el culto de Jehovah.

Mas ¿cómo cumplirla, si el patriarca no tenía hijos? Esta deficiencia frustraba todo su ministerio histórico y contradecía toda su vida religiosa. El día que muriese, la llama sacra del sacrificio moría sobre las aras desiertas. Ningún mortal guardaría el precioso vínculo de la salvadora y luminosísima idea, ni ejercería el ministerio sublime de un sacer-

docio perpetuo, prometido por Dios al padre de la raza de Abraham, hijo de Noé, generador de los ilustres semitas, á Sem. En aquellos primitivos tiempos daban los hombres importancia excepcional á tener en el mundo una posteridad, en la que perdurarían su vida y su sangre. Tomábase á deshonor la falta de hijos. La esterilidad resultaba mácula tan fea, que ninguna mujer la consentía. No se apreciaba la virginidad como los romanos en sus vestales y los católicos en sus monjas. Más terrible que la prostitución, tan sucia y afrentosa, les parecía, en tal tiempo, á los semitas, el pecado grave de que sus mujeres no perpetuasen la descendencia de Sem. Este amor á la generación de una prole numerosísima trajo la poligamia, é hizo del harén un templo de la familia. El anhelo y la vehemencia por semejante logro llegaban hasta fomentar el incesto. Hija hubo que yació con su padre para obtener posteridad. Las mujeres públicas se asentaban en las piedras de los caminos y pedían el amor á los viandantes como pudieran pedir una limosna. El premio que podía idearse para un patriarca era la seguridad completa de larga descendencia. Por él importunaban constantemente con sacrificios y con oraciones á Dios. Sin él no tenía precio ninguno la vida encerrada en los hoyos de las sepulturas con el cadáver que la contuviera

un día. Pero entre todos los antiguos hebreos, ninguno tan apremiado por el deber de allegarse una posteridad como Abraham. Él había entrevisto la idea madre del semitismo, la idea del Dios eterno y uno. Él había llevado esta idea por naciones diversas. Él había erigido á esta idea una tienda templo y la había dado sacratísimos sacrificios. Él, por último, acababa de fundar una liturgia, un rito, un culto, una verdadera religión, y necesitaba, si había de guardar todo esto, una descendencia que pudiese, allá en lo porvenir, continuar la enseñanza de sus lecciones, mantener la eficacia de sus ejemplos.

Y Sara, estéril de suyo, no podía colmar los deseos de Abraham. La vejez iba poco á poco avenciándose á su vida, y con la vejez extinguíase toda esperanza de generación. Y él aspiraba nada menos que á toda la tierra de Palestina, desde su Aquilón hasta su Mediodía, desde su Oriente hasta su Occidente. Y para poblar estos espacios necesitaba que sus generaciones no pudiesen contarse, como no pueden contarse las estrellas del cielo ni las arenas del desierto. Aunque Abraham fiaba en Dios, que le había prosperado siempre y prometídole su escudo y su galardón, veía con tristeza llegar una vejez sin descendencia. En su lecho de muerte no podía confiar la continuación de su obra sino po-

niéndola en manos de un damasceno como Eliazar, extraño á su cuna y á su raza. Sara le parecía repulsiva por estéril, y su hogar triste por vacío. El Patriarca necesitaba tálamo fecundo y cuna llena. Pudo conformarse, mientras fué nómada, con la esterilidad terrible de su matrimonio; mas al fundar la tribu nación, al extender la tienda templo, al posesionarse de la Palestina ó nueva patria, necesitaba hijos, muchos hijos. Y como no tenía más heredero que su mayordomo Eliazar, pasaba las noches en perpetua vigilia y los días en perpetuo dolor. Inútilmente había dejado la tierra de Caldea, ídose por desiertos inmensos, bordeado las orillas de larguísimos ríos, salido con felicidad y riqueza de aquel Egipto donde tales asechanzas pusieran á su creencia y á su familia, si carecía de representantes y herederos que continuaran su obra y pregonaran su Dios. Así ofrecía sacrificios con becerras y cabras, con carneros de tres años, con tórtolas y pichones, á fin de ablandar á Dios y pedirle suplicante la necesaria descendencia. En la oscuridad terrible de sus noches, en el pavor de sus ensueños, veía visiones muy espantosas durante pesadillas muy grandes: antorchas incendiarias, hornos ardiendo, soplos de huracanes, llamas salidas del cuerpo de los animales destrozados sobre las aras del sacrificio. Y todas

estas visiones le daban un gran horror y le hacían pasar días horribles de pena y aflicción.

Sara no vivía tranquila viendo acrecentarse á la continua el dolor y el insomnio de Abraham. Amargábale, con amargura bien acerba, el pan de cada día esta tristeza de su esposo, proveniente de su esterilidad irremediable. Alguna vez la corazonada propia ó el rumor extraño la decían que estaba en su edad condenada indudablemente á no ser madre. Otras veces oía lo contrario, pero Sara se burlaba en sus adentros de tales anuncios y se dolía en continuo dolor y desasosiego del terrible castigo que Dios la infligió con su perpetua esterilidad. Guarda el capítulo décimooctavo del Génesis la narración de una escena que nos muestra, tanto el escepticismo de Sara, respecto á su futura maternidad, como las costumbres del tiempo. Hallábase Abraham á la puerta de su tienda, respirando el aire vivificador en día calurosísimo, y vió llegar á él tres peregrinos ó viajeros. El sentimiento de hospitalidad hállase por tal modo arraigado en estas familias nómadas, que se tiene por gran fortuna la presencia ó visita de un huésped. Al verlos, pues, el Patriarca salió corriendo á recibirlos é inclinóse hasta tierra para saludarlos. Y ya recibidos y saludados con arreglo á las ceremonias patriarcales, invocó el nombre y el auxilio

de Dios sobre sus cabezas. Y lavóles con agua fresca, recién sacada de las cisternas, los piés, y arreglóles un lecho para sestar bajo la sombra de los árboles. Y cuando tras una reparadora siesta se levantaron, partió con ellos el pan. Y lo celebraron mucho, porque con tres medidas de harina en flor lo amasara por su propia mano la esposa de Abraham y lo cociera con brasas debajo del rescoldo. Y los mozos aderezaron un becerro y los pastores trajeron manteca y leche. Después de haber comido preguntáronle por su mujer, y como apareciera en la puerta de su tienda para recibir las gracias que le daban por el blanco pan y los dulces quesos, entablaron largo coloquio con ella. Y en este coloquio le dijeron cómo sabían á ciencia cierta que Dios le deparaba un hijo. Rióse á carcajadas ella de semejante anuncio, pues los años no podían habilitarla ya para la maternidad.

En tales circunstancias decidió, por fin, Sara, que tuviera posteridad Abraham á cualquier precio. El expediente á que recurrió para poner por obra su resolución, apenas puede hoy comprenderse, y menos por el corazón de una esposa verdadera y amante. Pero como los seres y los organismos provienen del estado biológico en que nuestro planeta se halla, provienen los hechos históricos del estado en que se hallan las inteligencias y los afectos en



ciertas edades históricas. Ninguna mujer moderna se atrevería hoy en el mundo cristiano á ceder su lecho y traspasar su esposo. Pero en la poligamia y en la servidumbre antiguas, tal hecho no importaba lo que importa hoy. Sara meditó mucho cómo debía proceder, y procedió con arreglo á sentimientos propios de su sociedad y de su tiempo. Así pensó en que Agar, esclava egipcia de las regaladas por Faraón y traídas por Abraham, ocupara su lugar y yaciera con su marido. Nuestra familia, muy espiritualizada y moral, diga cuanto quiera el pesimismo; nuestro matrimonio monogámico; nuestro culto al principio de la legitimidad en los hijos; nuestras ideas mezcladas con nuestros sentimientos, y nuestros sentimientos generadores de las costumbres, repugnan tales hechos, y si no los vieran certificados por tantos testimonios veraces y admitidos por la crítica más escrupulosa, verdaderamente no podrían creerlos. Pero se necesita medir la importancia dada por los antiguos á la posteridad; el horror á morir sin descendencia; el desprecio á las siervas, tenidas por cosas ó animales en el sentimiento de sus propietarios y dueños; la imposibilidad absoluta de que pudieran dolerse y encelarse por la comunidad de mujeres aquellas familias fundadas en la poligamia, para comprender el paso de Sara, convirtiendo temporalmente á su sierva

egipcia en mujer de Abraham, con el fin de granjearle una familia y obtener así tranquilidad en el hogar, y respeto y cariño en su esposo, dolorido tristemente de una esterilidad, la cual contrariaba todos sus proyectos y contradecía todas sus vocaciones.

La mujer hebrea recibía grandes honores en el hogar, si fecunda; triste menoscabo, si estéril. Esclava de su esposo, como en toda esclavitud la persona libre resulta un objeto apropiable, al esposo pertenecía enteramente, al par de las tiendas, y los inmuebles, y los ganados. Entraba en la familia por compra, y sólo por compra, como los objetos materiales adquiridos á precio. Si perpetraba cualquier delito y caía en cualquier infamia, bastaba, en leyes y costumbres, al esposo, ponerla en la puerta del hogar, dándole una carta de divorcio escrita por él, juez y soberano de su mujer. El padre no dotaba, no, á sus hijas, las vendía, como el marido no adquiría en el matrimonio una familia, sino una propiedad. Se necesita, pues, penetrarse de todas estas costumbres y de todas estas leyes para estimar la naturaleza del caso que referimos y apreciarlo en toda su verdad. Sara no veía más en aquel momento que su obligación de serenar al marido alterado, granjeándole, por cualquier medio, una posteridad capaz de perpetuar el culto á un Dios,

por quien habían dejado los propios hogares é ídose á tierra extraña en demanda y requerimiento de un sitio seguro á sus tabernáculos y santuarios. Por consecuencia, ninguno de los inconvenientes, ó, mejor dicho, ninguna de las imposibilidades que una mujer cristiana encontraría en caso análogo al de Sara, podía surgir en los apartadísimos tiempos del patriarcado, bajo una tienda nómada, entre la poligamia, á la sombra del harén, cuando la mujer aparecía tan sólo como un objeto apropiable, la esclavitud como una base de la casa, la compra como el medio de fundar los matrimonios y los hijos como aumento indispensable á la riqueza del padre y como vínculo en el cual su vida se prolongaba largamente por siglos de siglos.

Sara promovió el amor pasajero, pero amor al cabo, de Abraham por Agar. Al proponerlo así, de tal modo consideraba instrumento suyo y propiedad suya la sierva, que creía obtener hijos propios, mediante aquella mujer, como, el asna mediante, obtenía en las cuabras sus asnos, ó como, la clüeca mediante, obtenía en el corral sus pollos. Agar aparecía tan sólo á sus ojos un objeto, del cual podía extraer hijos ella, ni más ni menos que si extrajera espigas del trigo sembrado por sus jornaleros ó frutos del huerto perteneciente á su familia. En el capítulo décimosexto de la Biblia se halla bien

claro, cuando Sara le dice á su esposo estas, para nosotros increíbles, palabras: «Ya ves que Jehovah me ha hecho estéril. Ruego te llegues á mi sierva, pues quizá tenga yo hijos de ella.» Por tal modo las instituciones externas llegan á sobreponerse con imperio en el corazón humano y á cambiar las complexiones fundamentales y á transmutar la íntima interior naturaleza. Tenía en tan poco aquella orgullosa mujer la persona de su esclava, que la creía como el rosal de donde se arranca una rosa, estimando los hijos ajenos objeto propio y suyo, porque la madre estaba entre los enseres del hogar, cual si fuese las palmas con que había urdido el sombrero de su tienda. No puede comprenderse ni explicarse todo esto, á nuestras costumbres tan repugnante y con nuestras ideas tan contradictorio, sino suprimiendo el tiempo, merced á una operación intelectual, y colocándose allá en los siglos patriarcales.

Yo me figuro á Agar bronceada, de ojos negros y profundísimos, de talle muy esbelto como la palmera, de pasiones ardientes cual aquellos desiertos libicos de su originario suelo, vestida con la túnica de su gente, que la envolvía entre sus artísticos pliegues, muy dada, en su triste servidumbre, al cántico, al baile, y aun á las adivinaciones y á los sortilegios usuales en sus viejos cultos y templos.

La naturaleza humana queda siempre bajo todas las instituciones, siquier tome las más extrañas y más varias formas congruentes con la intensidad y la riqueza de nuestra vida. Poco á poco Sara se fué apoderando naturalmente del corazón de Abraham y ejerciendo sobre su ánimo el influjo y el poderío naturales en la mujer propia. Dejarlos el uno para el otro, recluirlos en apartado cubículo, tenerlos juntos y confundidos en el tálamo, y luego querer que todo esto no preste á la mujer un imperio muy superior al que quisieran las instituciones y las costumbres, pareceme loco desvarío. Bien pronto el ardor, que la hermosura de Agar despertara en el pecho de Abraham, dió sus frutos, y aquella joven, hermosísima sierva, se sintió madre, y, por tanto, depositaria de todas las esperanzas que abrigaban los semitas y fiadora de todas las promesas dadas por Dios á su pueblo escogido. Semejante situación excepcional, á cuyo logro contribuyera Sara mucho más todavía que Agar, constituyó á ésta en cierta especie de natural jefatura, que la inducía temerariamente al desprecio de su señora y al triste olvido de todas cuantas obligaciones y de todos cuantos servicios la debía. Creyó que, por madre del unigénito de Abraham, podía reemplazar á Sara en el hogar, como habíala reemplazado en el tálamo, y se arrogó excesivo imperio.

Sara, viendo los atrevimientos de Agar, volvióse contra ella, y llegada delante del Patriarca, le puso de manifiesto la comparación entre los dos procederes, el suyo y el de la esclava. Era natural en Abraham una defensa calurosísima de Agar; tanto le importaba tener posteridad, así para perpetuar su sangre, como para perpetuar su religión y el sacerdocio acepto á Dios. No puede concebirse, pues, lo fácilmente que accedió á los rencores de Sara y lo poco que hizo para defender á la sierva. Padre amoroso é impaciente, que temía no dejar otro sucesor sino un pobre damasceno, y que importunaba todos los días á Dios con oraciones y sacrificios en demanda y requerimiento de un hijo, ¿cómo consintió en el mal trato y proscripción de la mujer á cuya fecundidad lo debiera? Sara, que no había sentido en su corazón de mujer celos ningunos, cuando Abraham se daba, en brazos de Agar, al amor, bajo el techo de la común tienda, resentíase y airábase con verdadera soberbia en cuanto recibía cualquier falta de obediencia ó de respeto á su autoridad y á su imperio. Pero todavía pudo Abraham, como jefe de la familia, como patriarca, y por ende soberano, juez y dueño de todos, llamar á sí el castigo á que Agar se hubiera hecho merecedora por sus temeridades; mas resulta cruel y bárbara la entrega en manos de aquella esposa he-

rida y soberbia del pobre ser objeto de su ira. Si tanto quería la descendencia, indispensable á su ministerio histórico, debió guardar con más atención y cuidado la sierva feliz que le aseguraba el completo logro de sus más queridas esperanzas. Entregarla en manos de Sara, lo repito, resulta, bajo todos conceptos, una crueldad inexcusable. Sara no hizo más que, después de maltratar á su sierva, expulsarla de su tienda y dejarla por todo refugio el inmenso desierto. Figuraos la pobre y tierna joven, nacida y criada en tierra tan pingüe como el Egipto, donde basta con tender la mano al árbol cargado de frutas para procurarse un fácil sustento, en aquellas abrasadas arenas, donde reina la soledad más espantosa, el desequilibrio mayor entre los ardores del día y los fríos de la noche, la muchedumbre de insectos, de reptiles, de brutos carnívoros que tienden por doquier asechanzas á los seres más fuertes y terrores en las más valerosas almas. Todo sustento le falta en aquellos parajes: contra el sol sombra, contra la noche abrigo, defensa en la guerra que por doquier empeñan las especies, seguro y apoyo en la debilidad y delicadeza de su sexo, tanto más cuanto que su estado de preñez exigía excepcionales atenciones de los suyos y no el abandono aquel á la voracidad horrible de una tierra implacable. Por fin, aconsejada

sabiamente de un peregrino, Agar concluye por someterse á Sara, quien, después de tantas sumisiones, vuelve á recibirla y alojarla en su hogar.

No extrañéis estas contradicciones. La incertidumbre, que reinaba en la constitución de aquellas familias patriarcales, resalta por doquier, á cada paso. No hay en estos primitivos tiempos todavía el respeto necesario, ni al hogar ajeno, ni á las ajenas mujeres. Bien es cierto que vemos cambiarse con frecuencia la escena de los hechos é irse de un punto á otro Abraham y los suyos. Después de su regreso pasan sucesos importantísimos en dos diversos sitios, y tras estos sucesos dirígense á tierra de Gerar. No debía en estas tierras haber aún la cultura que Abraham dejó en Caldea ni la que halló en Egipto. Pobre aquel territorio, más pobres aquellas gentes, las señales de una civilización embrionaria y de una sociedad en germen casi aparecen por todas partes, indicando un período verdaderamente atrasadísimo. Y, sin embargo, háblase de reyes, como si allí hubieranse constituido Estados bastante grandes y fuertes para merecer lo que nosotros llamamos, en lenguaje moderno, una monarquía. Engañaríase también aquel que tomara las monarquías bíblicas de las primeras edades por monarquías á la moderna. Existían grandes imperios ya por aquel entonces; pero estos imperios

sustentaban los territorios á su autoridad sometidos con tantas dificultades, cual nuestros sumos imperantes de los siglos medios á sus grandes vasallos feudales, también de suyo reyes. Una monarquía como la llamada de Gerar reducíase por fuerza y necesidad á extensión mayor que la concedida, por ejemplo, al régimen patriarcal, y á más regular autoridad en sus jefes. No de otra suerte debemos comprender al Abimelech de Gerar, con quien tropezamos en el relato bíblico. Estaría su palacio más fijo que la móvil tienda llevada por los nómadas, durante sus peregrinaciones, de uno á otro lado. En vez de una sola familia, como el Patriarca, tendría sometidas á su imperio una verdadera serie de familias llamadas gentes. Y á esta fijeza mayor en su vivienda, y á esta mayor extensión en su territorio, y á estos más numerosos vasallos, á todo este conjunto, le denominaban allí entonces monarquía, como al jefe le llamaban rey, cuando su reino, en realidad, no pasaba de un patriarcado superior al patriarcado nómada, término de la evolución muy próximo á este y poco lejano, en la serie de las instituciones históricas, del término á quien reemplazaba y sucedía. Pero si el reino de Abimelech no podía compararse con Egipto y Caldea, las costumbres sí podían compararse. La misma voluptuosidad que acabamos de

ver en los palacios egipcios descubrimos en esta tienda de Gerar, donde habita un rey patriarcal. También le da en ojo Sara, y también la codicia. Esta propensión á quedarse con la mujer ajena justifica mucho el precepto dado por Moisés, más tarde, á su pueblo, en el Sinaí: «No codiciarás la mujer de tu prójimo.» La única excusa de los dos monarcas está en su ignorancia de las relaciones existentes entre Abraham y Sara. Ésta siempre aparece como la hermana y no como la mujer del Patriarca. En la poligamia se respetan las mujeres ajenas y se castiga el adulterio. Abimelech no supo que Sara fuese mujer de Abraham, sino por los castigos del cielo, que despertaron sus remordimientos en aquellos tiempos, los cuales no habían separado aún, como nosotros hoy, el orden moral del orden físico. Pero el pudor patriarcal no debía ser cosa cuando el acaparador de la mujer ajena, ni en el marido notaba repugnancia, ni en la esposa resistencia. No dice la Biblia que por la tristeza de Abraham adivinaron Faraón y Abimelech el pecado cometido. Tampoco Sara contribuyó en lo más mínimo al esclarecimiento de sus conciencias turbadas por aquel súbito amor. Entró en el hogar ajeno como hubiera entrado en el propio. Vivió con los sensuales reyes como vivía con su esposo. Ni en sus palabras ni en sus obras conocieron los

dos monarcas mujeriegos el adulterio por ella maquinado. Una diferencia se nota entre Faraón y Abimelech. Aquél vivió con Sara mucho tiempo, y en premio á las delicias que pasaron juntos recibió los tesoros ya mencionados, con los cuales pudo partirse del Egipto y constituir en Palestina una especie de monarquía el patriarcal matrimonio. Pero Abimelech, apenas había recibido á Sara en su hogar, notó la cólera del cielo, y tuvo que devolverla intacta, no sin reconvenir al marido por su incomprensible disimulo. Difícilmente podrían mis lectores piadosos dar asenso á cuanto les referimos ahora, si no lo encuentran comprobado en las historias consagradas como veraces, no sólo por la crítica histórica, por la religión cristiana y por el asentimiento universal. Así hame parecido lo mejor el transcribir aquí todo cuanto la Biblia dice respecto de tal incidente importantísimo en la historia de Sara, para conocimiento del lector. He consultado el texto hebreo, y además del texto hebreo, que mil veces en mi juventud traduje, la Vulgata, ó el texto consagrado por la tradición en todos los pueblos cristianos y por la Iglesia católica en el tridentino Concilio. Lean mis lectores y fiense por completo á mi culto escrupulosísimo hacia uno de los originales á que no está permitido tocar, primero por el honor propio y la propia ve-

racidad, después por hallarse texto como la Biblia en todas las manos.

Traducimos el Génesis en su capítulo vigésimo, que dice así á la letra: «Partióse de allí Abraham á la tierra del Mediodía, y se asentó entre Kades y Sur, habitando, cual forastero, en Gerar. Y dijo Abraham de Sara, su mujer: «mi hermana es.» Y Abimelech, rey de Gerar, envió por Sara y la tomó para sí. Empero Dios bajó hasta Abimelech en sueños nocturnos, y le dijo: «muerto eres á causa de la »mujer que has captado, perteneciente á su marido.» Mas Abimelech no se había llegado á ella, y dijo: «Señor: ¿matarás esta gente justa por causa de mí?» Él dijo: es mi hermana. Ella dijo: es mi hermano. »Con alma sencilla y manos limpias hécelo todo.» Y replicóle Dios: «Yo también sé con toda cuanta »integridad de corazón has hecho esto, y yo también te »detuve al pecar, preservándote de que la tocases. »Ahora, pues, vuelve la mujer á su marido, porque, »profeta éste, orará por ti él, y tú por él vivirás. Y de »no restituirla, sábete de cierto que morirás tú, y »contigo morirán también todos los tuyos.» Entonces Abimelech madrugó y llamó á todos sus siervos, y dijo todas las palabras oídas á Dios en sus orejas, y temblaron. Después llamó Abimelech á Abraham, y le dijo: «¿Qué me has hecho? ¿En qué pude fal- »tarte para traer, tanto sobre mi reino como sobre

«mí, este gran castigo? Has hecho conmigo lo que  
 »jamás debiste hacer.» Y dijo más Abimelech:  
 «¿Qué has visto en mí para proceder así conmigo?»  
 Y Abraham respondió: «Porque dije para mí: no hay  
 »temor de Dios en este lugar, y me matarán por  
 »causa de mi mujer. Y como, á la verdad, también  
 »es mi hermana, hija de mi padre, más no hija de  
 »mi madre, toméla por mujer. Y sucedió que, al  
 »mandarme salir Dios errante de mi hogar, yo la  
 »dije: harasme, mujer, esta gracia. En todos los lu-  
 »gares donde nos lleguemos dirás de mí: es mi her-  
 »mano.» Entonces Abimelech tomó ovejas, vacas,  
 siervos, siervas, y díolo todo á Abraham. Y demás  
 de esto le restituyó su mujer. Y dijo Abimelech á  
 Abraham: «mi tierra es aquesta. Delante de ti está.  
 »Reside con los tuyos donde quisieres.» Y á Sara  
 dijo: «He aquí como doné á tu hermano mil mo-  
 »nedas de plata. Él cubre los ojos á todos cuantos  
 »están contigo y á todos cuantos no están.» Por tal  
 suerte fué restituida.» Traducimos hasta el ver-  
 sículo décimosexto, dejando sin traducir los décimo-  
 séptimo y décimooctavo. Sara, exceso de pudor en  
 la cultura nuestra, ó exceso de hipocresía; pero los  
 ojos de nuestras lectoras no podrían soportar cier-  
 tas crudezas bíblicas. Cerremos el sacro libro y  
 vamos á la indispensable perifrasis. Por causa de  
 Sara, la esterilidad azotó durante mucho tiempo las

familias de Gerar. Sus mujeres no parían, y no se  
 aumentaban los naturales de aquel territorio. Cas-  
 tigo tan grande affigió mucho á gentes como aque-  
 llas, necesitadas de una sucesión que les asegurase  
 la vida, y las extendiera por todo el territorio, y  
 les procurara brazos con que defenderse, almas con  
 que perpetuarse. Rogaron á Dios, y cesó la esteri-  
 lidad. Engendraron los hombres, parieron las mu-  
 jeres. Tal es la relación bíblica, más ó menos peri-  
 fraseada por nosotros, en su Sináí, por creer intole-  
 rable al pudor nuestro lo que se arriesgaba la pris-  
 tina candidez de otros tiempos á decir y á contar.  
 Pero en este relato sencillo hállanse justificadas  
 todas cuantas observaciones apuntáramos nosotros  
 respecto del estado moral é intelectual de aquellas  
 edades y sin las atenuaciones á nosotros impues-  
 tas por nuestros tiempos y por nuestras costumbres.  
 Así era el estado patriarcal. Nosotros lo hemos re-  
 latado en toda su verdad, y la Biblia, en su nativa  
 candidez, no sólo ha corroborado, sino también re-  
 crudecido y agravado nuestro relato. Y, en verdad,  
 no habíamos dicho lo más grave que debía en esta  
 historia decirse, y lo hemos dejado al texto escueto  
 de la Biblia, para que nuestros lectores aprendie-  
 ran en él cómo la mujer de Abraham era, como veis,  
 además de su esposa legítima y propia, su hermana  
 de padre. Ahora, en las ideas nuestras, no concebi-

mos esto, si es que podemos creerlo. Pero estaba muy admitido en los tiempos prehistóricos, cuando las sociedades no parecían tan por extremo complicadas cual hoy entre nosotros, y los individuos de una misma familia no podían enlazarse con otras familias en el aislamiento y en la soledad á que los condenaban su vida nómada y su peregrinación eterna. Cuando veis una hermosa y bien oliente fruta, de aroma suave, de gusto delicado, de color brillante, la cual ha salido de una flor hermosísima, nunca os acordáis de las oscuras é informes raíces ocultas en la tierra y tan diversas de la parte superior de su organismo, es decir, de las productivas ramas ó de las copas, y de igual suerte, al ver la moderna sociedad, no recordáis cómo ha pasado por el estado salvaje, y, al ver la familia, no recordáis cómo ha pasado también por el estado nómada y patriarcal.

Por fin el gran deseo de Abraham se cumplió, dándole un hijo Sara. Esta no podía comprender cómo llegara tan tarde semejante fruto de bendición, por ella no aguardado, y reíase y burlábase de sí misma. El niño se llamó Isaac, y creció en el amor de sus padres y en la grande abundancia deparada por el cielo á todos. El día que lo destetaron, Abraham dió, como nos cuenta el capítulo XXI de la Biblia, en el Génesis, espléndido banquete.

Los hebreos, como nosotros en los tiempos viejos, tomaban la comida principal en la hora de medio día. Cuando las costumbres hebreas llegaron á pervertirse, los banquetes de aquellas sobrias tribus se dilataron allende lo acostumbrado antes. Isaías, en su tiempo, se quejaba de que comidas del medio día solían prolongarse con escándalo y desorden hasta la noche. Indudablemente los ejemplos próximos de aquellos reyes voluptuosos les pervirtieron, porque las comidas, aun las más solemnes, dadas en tiempos de los patriarcas, que la Biblia nos refiere, no podían prolongarse mucho tiempo, en atención á la escasez de guisos y de platos. También las costumbres debieron alterarse y corromperse más tarde, así en las viandas como en la manera misma de comerlas. Cuando recibía huéspedes, el patriarca hebreo estaba de pie, mientras aquéllos cómodamente sentados. Pero si hemos de creer á las historias, el pueblo hebreo comía, durante los patriarcales tiempos, sentado á la mesa. ¡Oh! La costumbre de tenderse, completamente inadmisibles, así por la salud como por el decoro, debió llegar mucho más tarde, copiada, como ya hemos dicho, de los imperios orientales. Aquellos profetas, que representan la madurez de Israel, no como Abraham, el principio y comienzo, maldecían grandemente á los magnates de su edad porque comían

en lechos de marfil cubiertos por encendida roja purpúrea. El trigo se atrojaba, se molía, se amasaba y se cocía en casa. Para la operación de molerlo tenían unos molinos de mano, cuya parte superior majaba los granos y cuya parte inferior recibía el polvo de las harinas. Por regla general molía la mujer y el estruendo de la muela llenaba todo el hogar. Así, cuando los poetas judíos quieren expresar una desolación terrible y un silencio profundo, comparan las ciudades con las casas donde se han parado los molinos. En efecto, daba grande animación á una familia el entrar las haces en las casas, cortar las espigas de sus cañas, moler el trigo á mano, amasar después de la molienda, cocer después del amasijo y guardarlo todo bien cocido y bien oliente allá en la recatadísima despensa. De tales y tan primitivos trabajos nos guarda la Biblia ejemplo, bien poético por cierto, en mil escenas interesantísimas. Cien veces la liturgia hebreaica daba reglas religiosas de preparar las comidas y hasta de cocerlas. En los primitivos tiempos se disponían los animales para la mesa cual se sacaban del ganado. Más tarde no. Como toda sencillez fué poco á poco perdiéndose, los ricos acostumbraban á cebar para sí los animales preferidos. En sus formas el ajuar hebreo se asemejaba mucho al egipcio y al asirio, cuando la civilización fué penetrando

en sus senos. Vasos y jarras de tierra cocida y de metales trabajados tuvieron, según las épocas. Pero los barroes estaban más expuestos que los metales á esas impurificaciones extendidas desde los senos del alma espiritual hasta los más inanimados objetos. Cuando se corrompía ó maculaba un utensilio cualquiera de tierra, la religión imponía que se desechase y rompiese, mientras bastaba con lavar los utensilios de madera ó de metal. La mancha inutilizaba mucho los objetos y el contacto con la carne de animales muertos constituía una mancha. De aquí las purificaciones continuas. El banquete dado por Abraham en celebración del destete de Isaac bien puede colegirse hoy del contexto bíblico. Compondríanlo de miel y leche, queso y algún bizcocho, recentales y terneros, pan amasado por la mano de Sara y cocido en el hogar común entre los regocijos de toda la familia.

El nacimiento de Isaac perturbó nuevamente la familia de Abraham. Ya hemos dicho que, hallándose Agar en cinta, Sara la despidió, herida por sus arrogancias, y que solamente quiso recibirla de nuevo después de haberse humillado la sierva en sumisión completa, y confesado su falta, y pedido de rodillas su perdón. A tal precio se reinstaló en una casa y en una familia, donde las preferencias dadas por el amor de su jefe no habían podido re-

dimirla de la indignidad moral y del rebajamiento material, congénito á la vieja servidumbre. Pero sucedió más luégo que la familia se aumentó con aquella providencial y esperada presencia de Isaac. El primogénito fué Ismael, hijo de Agar, dado á luz en la tienda, poco después de haber perdonado Sara la implacable á su sierva. Pero el segundo-génito, hijo de la mujer primera, de la mujer preferente y preferida, llevaba en sí aquella primacía moral de haber sido por Dios anunciado, por Dios prometido, y de circular por sus venas la sangre misma designada por Dios como verdadero jugo de la profesión sacerdotal. Ismael llevaba sangre de los infieles, egipcia sangre por su madre Agar, mientras llevaba sangre tan sólo hebrea la generación única, Isaac, la generación única de aquel matrimonio que dejara las orillas deleitosas de su río natal y de su natal laguna en busca de Palestina, donde hallaría un suelo y un templo apropiados al Dios de su espíritu y al dogma de su fe. Dadas tales condiciones, imposible impedir que grandes disentimientos estallasen pronto dentro de una familia desgarrada por tan enorme contradicción. Así, pues, un día, tras las fiestas dadas por el destete de Isaac, un día, iba diciendo, en que jugaba éste, Ismael se burló con los sarcasmos propios de los terribles celos pueriles. Tal irreverente burla hirió

de nuevo aquel corazón de Sara que, después de haber impelido el cuerpo de Agar al tálamo de su matrimonio, aborreciéndola por haberla precedido en su generación y haberle dado al Patriarca un hijo en detrimento del suyo, venido tan tarde y nunca por ella esperado. Así como la primera vez que Sara exigió de su esposo aquella expulsión terrible Abraham cedió al instante, no quiso ahora ceder con igual facilidad. Sin duda el amor sentido por Ismael superaba en mucho al amor sentido por su madre Agar en el pecho de Abraham. Y si antes de haberlo parido Agar se arriesgó á despedirla, después de parido y criado en aquella su casa, encontró repugnancias, tanto en el corazón como en la conciencia, para este nuevo sacrificio, pidiendo á Sara que se apiadase de aquel niño, vástago también de la común familia, y que creía suyo ella por hijo de sierva fiel, á todos ellos perteneciente. La madre sintió más recelos por la suerte futura de su hijo que sintiera celos del amor de su esposo. Bajo tal situación, verdaderamente resuelta, de su ánimo, insistió en la expulsión indispensable hasta lograrla de su esposo, que debió ver con el corazón hecho pedazos y el rostro surcado de lágrimas la eterna separación de aquellos bien amados seres.

No hubo piedad para la pobre sierva. Llamóla el implacable Abraham, y le dijo cómo debía partirse

de aquel hogar, cuya soledad regocijara con hermoso y robusto heredero. Así lo quería Sara, madre de Isaac, el puro hebreo, y no estaba en el caso de preferir Agar á Sara, ni al hebreo un mestizo egipcio. Lloró la concubina con desesperación, y se arrojó el primogénito á los sacros piés de su padre Abraham, quien poseído por una interior vocación, que á grandes y maravillosos destinos le llamaba, tuvo aquel menosprecio por todos cuantos le circuían, congénito á todos los hombres de grandes vocaciones, y sacrificó sin misericordia ninguna los seres capaces de contrariar el ministerio histórico aceptado por él de Dios y trascendente á mil generaciones. Mucho debía querer al niño cuyos juegos, risas y gracias alegraran aquella su ancianidad, cargada con el peso abrumador de tantos excesivos deberes; mas atento al culto de la idea, por cuya prosperidad recorriera tantos espacios y luchara con tantas dificultades, cerró los ojos á la vista de aquel dolor, los oídos al resuello de aquellas penas, designando sin vacilación al hijo y á la madre la vía terrible del desierto. Por todo sustento les dió unos panes de harina recién amasada y unos sorbos de agua recién cogida. Y con su odre sobre la cabeza, el hijo al hombro, el zurrón de los panes á la espalda, envuelto el cuerpo en el sayal de sierva, caídas las trenzas sobre sus

espaldas y con pobre báculo por todo apoyo, tomó Agar el camino de la desolada inmensidad. Cielo parecido á la bóveda candente de un horno donde se forja el hierro ó se cuece la cal; cuervos y buitres por los aires incandescentes graznando en busca de las muchas víctimas inmoladas allí por el calor; espacios infinitos, como los espacios del Océano, cubiertos por arenas caldeadas, que parecen rescoldos de gigantescos incendios, cenizas ardientes de recién extintos planetas; en los lejos del horizonte mirajes y espejismos producidos por la rarefacción del aire y por las refracciones del sol, que fingen á una cuadros terribles de fantasmas espantosos, como si los infiernos ideados por todas las teogonías se desentrañaran desde lejos á la vista caldeada y febril; por último, bajo los piés abrasados, ó espinas que todo lo taladran, ó víboras que todo lo emponzoñan; y cuando menos lo espera el peregrino, abrasado en aquella hoguera voraz, el simoún tonante y devastador, que alza trombas, espirales, oleajes de arenas, y traslada las cordilleras areniscas de un punto á otro entre los horrores de una tempestad, la cual parece como estruendoso desplomamiento del cielo enrojecido sobre aquella calcinada tierra.

Bien pronto se acabó el pan y se agotó el agua. Imaginaos los horrores que la sed y el hambre pro-

ducirán en el desierto; imaginaos los miedos que pasará una pobre mujer, tras un día de calor, en aquellas noches de frío, sin otro lecho que las arenas, sin otra cobertura que los horizontes. ¿Quién sabe si reclinará la cabeza dolorida sobre un nido de víboras? ¿Quién sabe si el chacal, tan sombrío y siniestro, vestido con el color de los desiertos, la saltará, traidor, en su camino? El reptil que se arrastra por un lado, el buho que sale con ojos fosforescentes de cualquier zarza, el tigre que maulla, el feroz león que ruge, todo esto la helaría de terror en aquella soledad espantosa. Y este gran terror, sentido ya una vez, y al cual había sucumbido, resultaba cien veces más terrible ahora; primeramente, porque no podía retroceder, como retrocedió en la primera ocasión, hacia la casa de sus amos, y después porque llevaba consigo al hijo de sus entrañas. Un día pasaba tras otro día, tras una noche otra noche, y ni un árbol donde guarecerse, y ni una cisterna donde refrescarse, y ni un viandante á quien pedirle auxilio y limosna. El desierto se agrandaba, y se agrandaba espaciándose como si fuera infinito, á medida que se revolvía el corazón de Agar sobre sí mismo y que se la cerraban todos los horizontes de todas las esperanzas morales. Por fin, un día de los más abrasadores la sed comenzó á dar cuenta del pobre niño, que llegó

á estar moribundo y á sufrir los primeros espasmos de una terrible agonía. La piel se le había pegado á los huesos encendidos; los ojos le saltaban en las órbitas, devoradas por fiebre altísima; de vez en cuando sacaba la lengua en busca de un poco de humedad, por aquellos aires llenos de fuego; los áridos labios chupaban, por no tener otra cosa que chupar, la propia sangre; y el lloro de la niñez, tan desesperante, y el alarido arrancado por intensos dolores, y el ruego á una madre, que hubiera dado la vida por aquel pedazo de sus entrañas y no tenía con qué socorrerlo y aliviarlo, por tal manera la enloquecieron, que lo depositó sobre las arenas como sobre una sepultura y se tendió á su lado para morir de su misma muerte. ¡Con qué horror no debía ver en aquellos instantes y tras las sombras de su agonía el rostro de aquella cruel Sara, cuyos celos y recelos, madre y esposa feliz, habían infligido tan bárbaro tormento á una madre y esposa desgraciada! Por fortuna para ella, un peregrino la encontró y le señaló fresca fuente, donde pudo apagar su sed, y después de la fuente un camino, á cuyo fin había un oasis cercano.

¿Comprendéis ahora la poesía de los semitas? Una sombra que oscurezca el sol, cualquier nube que pasa, el rocío que cae, la cisterna, la fuente, la

palmera cuyas raíces indican humedad, el oasis de algún verdor y de algún pasto, el manantial, todo cuanto indica follaje y agua, todo lo transporta de un mundo á otro mundo y los absorbe y los extasia en verdaderas contemplaciones poéticas. Así Agar se salvó por la fuente, por el peregrino, por el oasis. Y en el oasis fué su hijo grande arquero, y su familia y su posteridad el árabe. De Abraham saldrán los dos ramajes del tronco semítico. Llamarse uno de ellos Ismael, ó sea taciturno; llamarse otro Isaac, ó sea risueño. Del taciturno descenderá directamente aquella grande familia que denominamos árabe, de color atezado, de barba lustrosa y puntiaguda, los ojos negros y profundos, la nariz larga y escultórica, el apuesto porte, la cual familia dejará en los aires sus ideas monoteistas y sus melancólicos cantares, mientras de Isaac saldrá el sirio riante, risueño, locuaz, ligero, fácil á todas las emociones, idóneo para la superstición, movedido y cambiante, pero sobre cuya movible alma impondrá la vocación de Abraham, y su firme creencia y su absoluta confianza en Dios, una fe que habrá de resultar perdurable y habrá de distinguir por su tenacidad inflexible y por su duración secular á los israelitas entre todas las razas del planeta. A la verdad, en Isaac y en Jacob su hijo se descubren todas aquellas faltas encontradas de an-

tiguo por los escritores griegos y romanos en el asiático, y entre los asiáticos en el sirio. Nadie tan fino como ellos, nadie tan diestro, nadie tan engañador, nadie tan curado de espantos y escrúpulos ni tan amigo de la victoria. Pero bajo todas estas inclinaciones queda un fondo puesto allí por la idea invariable de Abraham, por la idea monoteista. Las gentes de Ismael, colocadas entre la baja Caldea y el Egipto, sitio donde las habían llevado la desgracia y proscripción de Agar, empezarán por establecer entre aquellas regiones un gran comercio de productos, como gomas, ámbares, inciensos, mirras, y concluirán por establecer otro gran comercio de ideas en una religión, la cual pasará, ni más ni menos que hizo Abraham, desde aquel sabeismo, adoración de la luz creada y material, á ese monoteismo, adoración de la luz increada, inmaterial, etérea, ó sea verdaderamente adoración de Dios. Todo esto puede un hombre que, habiendo alcanzado, bien como unos quieren por interiores revelaciones, bien como quieren otros por revelaciones sobrenaturales, una idea metafísica, cual Abraham, la guarda y la conserva en su vida nómada, entre gentes diversas, desde Caldea á Palestina, lo mismo bajo la pobre monarquía de Abimelech que bajo el grande imperio de Faraón, levantando un santuario portátil como aquella su tribu errante, pero guarecido

bajo el dosel de los cielos primero, y después bajo las resistentes y voladoras alas de su inmenso espíritu. Y para colmo de todos sus deseos, y para término y corona de su vida, la mujer á quien escogiera por esposa y le acompañara desde Caldea, le da un hijo, el cual nace en Palestina, y que, separándose por su nacimiento de todas los demás asiáticos, y por las disposiciones contra Ismael y Agar de todos los demás semitas, funda la religión del Dios que difundirá la futura civilización universal en el mundo.

La mayor felicidad que rematará el tercio último de su vida fué indudablemente aquel hijo, Isaac, en quien la esperanza perpetuaba ya su descendencia. Parece habérselo dado el Eterno cuando ya empezaba el errante á fijarse y á echar algunas raíces de consistencia y estabilidad en aquellos removidos suelos. Antes, obligado por mil aguijones á levantar así la tienda reservada para su Dios como la tienda para sí, el hijo resultará, no un auxilio, un impedimento. Vino después de haber acrecentado Abraham su hacienda única, su hacienda mueble, con los presentes de Abimelech y de Faraón, como después de haber decidido detenerse y pararse allí sobre la tierra de Canaán, erigiendo bajo sus palmeras y sus terebintos verdadero santuario al Eterno. La perfecta mujer del nómada,

Sara, en sus viajes infatigable, dentro de su hogar hacendosa, lo bastante fuerte para defender en lo posible la pureza de su estirpe y sangre, además de lo bastante acomodaticia para conformarse con los harenes de los reyes y pedir hijos á las concubinas de su esposo, ha defendido junto á él y con él aquellas vidas suyas, ligadas con la salud esencial del género humano, y sin las cuales no hubiera podido fijarse jamás el puerto de la religión y de la moral, llamado tabernáculo hebreo, en medio del oleaje universal. Tiempos duros aquellos. La tierra no estaba tan removida como en los tiempos de Adán, Abel y Noé. La escena de nuestro espíritu se había, en último término, acomodado á él mucho más que allá en los siglos antediluvianos y diluvianos, en los que no podía el hombre fijar apenas su planta sobre hielos, y lavas, y aluviones, y terremotos, como si yaciera el globo nuestro presa de una epilepsia en los espacios. Pero la sociedad realmente padecía terribles achaques, como que pasábamos de los sacrificios humanos á sacrificios menos bárbaros. Nosotros, acostumbrados al holocausto diario de nuestra misa, donde solamente se ofrece á Dios la Hostia, en cuyas partículas se halla su Verbo, y la espiritualista libación del vino, apenas podemos representarnos en la mente los apartadísimos y bárbaros siglos en que una socie-

dad incipiente creía desagaviar á sus dioses ofreciendo sobre aras parecidas á montes, compuestas de piedras ciclópeas enormes, humanas víctimas, inmoladas con cuchillos de pedernal ó de cualquiera otra piedra. Como en la serie universal de la vida resulta un progreso la reducción, tras las guerras, de los prisioneros, antes exterminados sin excepción, á servidumbre, resultan otro progreso las palomas ofrecidas en las bodas ó los corderos ofrecidos en las pascuas sobre los anteriores sacrificios, donde corría, vertida por manos sacerdotales, nuestra misma sangre. Los tiempos de Abraham eran tiempos de transición entre unos y otros holocaustos. Esta transición se halla muy admirablemente patentizada en el capítulo vigésimosegundo del Génesis, que refiere aquel sacrificio de Isaac tan grabado en la imaginación popular. Indudablemente los libros sacros, bajo cuya sencillez laten las más sublimes ideas, quieren mostrarnos cómo, de querer el Dios hebreo, continuaran en sus altares los sacrificios humanos en otros altares y á otros dioses ofrecidos por siglos de siglos. Así le dice al Patriarca, viéndole tan ufano con su hijo, que lo coja y lo lleve á tierra de Moriach, y allí, sobre la montaña, lo inmole. Ninguna objeción Abraham dirige á esta orden. Enalbarda su asno, llama varios criados y va de camino cortando leña para el ho-

locausto. Tres días con tres noches tardó en el viaje desde su hogar al sitio designado para la ceremonia. Y durante tres días no le conocieron cuantos le acompañaron alteración ninguna en el semblante ni balbuceo en el habla. El semita creía debido á Dios el sér engendrado por su amor, y no le demandaba cuentas, ni podía demandárselas, á quien tomaba lo suyo y disponía de la vida que gratuitamente concediera. Con voz entera y ánimo resuelto mandó á su acompañamiento que le aguardara, y él se dirigió con su hijo solo al sitio de la inmolación. Es más, puso el haz de leña con que debía él, sacrificador, abrasar y consumir la víctima, en las espaldas de éste, de su Isaac, próximo á sacrificado. Isaac echó de ver que no había por ninguna parte animal destinado para la ceremonia. Y de semejante falta, más que del paterno duelo, receló algo extraordinario y extraño, preguntando cómo no había en aquel espacio desierto ningún cordero apercebido al sacrificio. Y Abraham, con aquel disimulo empleado en todas las ocasiones de su vida, contestó que Dios proveería. Y se halló el ara designada, y sobre aquel ara puso Abraham la hoguera preparada para ser encendida, y sobre la hoguera su propio hijo, sin vacilaciones y sin perplejidades, hasta el extremo de que tendió la mano para coger el cuchillo, y entonces una fuerza, como

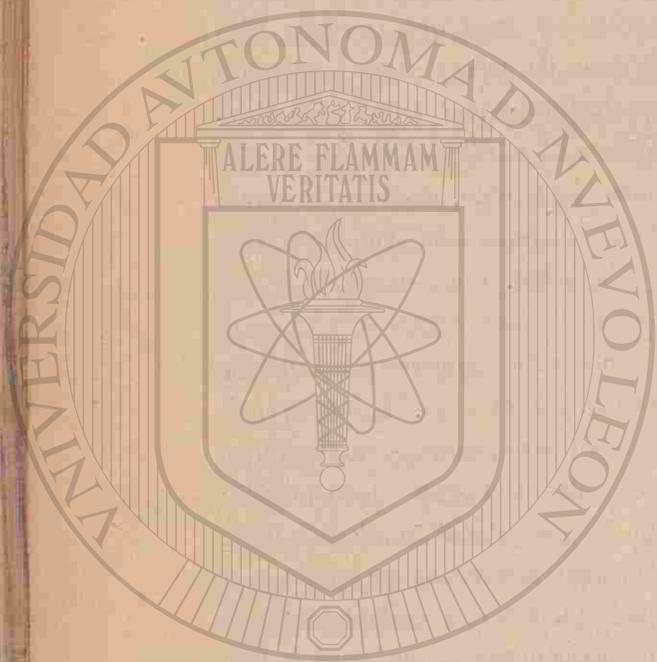
sobrenatural é incontrastable, lo detuvo. Entonces apareció un carnero con los cuernos enredados en las zarzas del monte como significando el tránsito de los sacrificios humanos á otros sacrificios menos horribles, merced á la vocación de Abraham y á las revelaciones de Jehovah. Y, sin embargo, la evolución humana resulta de tal increíble lentitud en la historia y el paso desde unas edades á otras edades tan difícil que, á pesar de esta simbólica narración, todavía renacen alguna que otra vez en el mismo pueblo judío los sacrificios humanos. Aunque Sara vivía en el tiempo de tal sacrificio, no se la menciona para nada. Sobre tal silencio hace dicho una sublime frase, que registran en sus anales gloriosos las letras europeas. Habíase muerto á una madre muy buena un hijo muy mozo. Llorábalo la pobre mujer como sólo saben llorar las madres. Un buen confesor, que la sostenía y auxiliaba, recordóle como Dios había pedido al padre Abraham su Isaac, y ella contestó: «¡Ah! Dios no hubiera jamás exigido semejante sacrificio del corazón de una madre.»

Un capítulo, subsiguiente al consagrado para conmemorar el sacrificio de Isaac, se consagra en la Biblia después al tránsito de Sara desde este mundo á otro. Con su muerte y entierro sucede una de las transformaciones más profundas que

llevan consigo la historia y la vida enteras del pueblo de Israel. Hallábase por aquel momento la tribu de Abraham en Hebrón. Su vida continuaba nómada y, por tanto, ajena de todo en todo á la propiedad territorial, donde se tienden y se arraigan las raíces de algunas evoluciones superiores al primitivo y patriarcal estado. Por la muerte de Sara se acerca la sociedad aquella nómada mucho á sociedad civil. Por la muerte de Sara una gran parte de la propiedad mueble que llevaba consigo el Patriarca siempre, se trueca en propiedad inmueble. Y en esta clase de propiedad ya descubrimos superiores zonas de las humanas sociedades, en cuyo seno pueden formarse organismos superiores también. De la sepultura surge un progreso, como de los surcos abiertos en la tierra y de las semillas frías brotan los árboles, con su incienso de vida, sus flores y sus frutos. De todo esto necesitaba el estado civil si había de sobreponerse al estado nómada. Plañeron las gentes de sus tribus la muerte de Sara con plañidos tantos, que partieron las piedras, de tener éstas, como los mortales, corazón y oído. Todos los que la siguieron en vida se mesaron los cabellos sobre su cadáver y pidieron al cielo, en gritos desaforados y con golpes de pecho tremendos, acompañarla en su postrera morada y en su último sueño. Abraham la lloró más

que todos; pero una vez recogido el aliento postrimero de ella, empleóse tan sólo en procurarle decente indispensable sepultura, donde pudieran habitar sus manes y recibir el recuerdo de su esposo con el de la familia sobreviviente. Así apártase del cadáver todavía caliente y corre á la plaza pública en demanda y requerimiento de un campo á que confiar el depósito de los sacratísimos restos. Puesto de pie, tendidas las manos adelante, revistiendo aquel sacerdotal carácter que recibiera de sus meditaciones y de sus años, dice á los hijos de aquella tribu de Hebrón, es decir, á los hijos del buen Heth, cómo, en su calidad conocidísima de nómada y extranjero, ha menester de todos ellos un generoso auxilio para enterrar á su esposa, pues también alcanza la hospitalidad á los muertos. Ofreciéronle sus oyentes las sepulturas de sus familias respectivas con aire muy sincero, mas como solemos nosotros ofrecer las casas en nuestras primeras visitas, por mero cumplimiento, cuando Abraham, cuya mano estuvo tendida siempre para pedir, no aceptó la oferta. Además, así como en vida separó Agar de Sara, é Ismael de Isaac, por su stirpe y origen egipcios, en muerte debía separar con más cuidado todavía los huesos fieles de los huesos infieles. Así pidió un campo que, de propiedad suya, le sirviese para enterrar á sus muertos. En un olivar, entre

cuyos olivos resaltaban varios terebintos, había una roca, y dentro de la roca, formada por los siglos, una de aquellas cavernas que sirvieran á los hombres prehistóricos de asilo y refugio en los comienzos del planeta. Pues aquel hueco pide Abraham para su cadáver. El caudillo sirio, que preside la grande Asamblea del pueblo, después de haber deliberado, dice con mucha solemnidad que la cede muy de grado y de balde. Pero Abraham, conociendo á la gente aquella de antiguo, sabe cómo el regalo significa la necesidad imprescindible de dar el tercio de su precio, y lo entrega. Por tanto, merced á la generosidad siria, entregó cuatrocientos siclos de plata. Y le dieron la gruta, viéndolo todos los hijos de Heth. Y allí enterró Abraham á Sara. Todavía existe mezquita renombrada en sitio tan ungido por la tradición. Pero el mahometismo la tiene cerrada herméticamente á nosotros los infieles, y el sitio donde recibió tierra el cuerpo de Sara se halla en manos de los descendientes de su rival Agar. Tamañas coincidencias enseña el tiempo á los mortales y tantas tragedias guarda en sus páginas la historia. Creo, pues, haber contado la vida y muerte de Sara.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## LA ESTRELLA DEL MAR

Así como Eva representa los tiempos prehistóricos, la esposa de Noé la transición de los tiempos prehistóricos a los tiempos históricos, el patriarcado Sara, la mujer con cuyo nombre comenzamos este capítulo representa la constitución definitiva de Israel, ó sea de la sociedad semiteocrática y semicivil que debía guardar la idea de Dios como raíz por donde se nutriera la vida humana en largos siglos. María se llama la mujer de quien debemos hablar en este capítulo. Nombre tan dulce, tan extendido y amado en el mundo moderno, es de origen puramente semítico. *Miryam*, ó *Mirjam*, según otros, se pronunciaba el nombre de María en lengua hebraica. *Mir* quiere decir estrella, y *yam* quiere decir mar. Por consecuencia, María significa estrella del mar en la hermosa lengua de los Salmos y de los Profetas. Nos pasará en el

estudio este lo que nos pasó en el estudio referente á la mujer de Noé. Allí nos encontramos con una historia que apenas tenía nombre, y aquí nos encontramos con un hermoso nombre que apenas tiene historia. Y, sin embargo, ¡cuán dulcemente resuena en los humanos oídos, y cómo por intuición los pueblos dan á ese nombre su verdadero sentido propio, sin alcanzarlo ni entenderlo en toda su claridad! Pero lo cierto es que á las orillas del mar, en todas las costas de los pueblos cristianos, levántanse á María santuarios múltiples como faros espirituales, donde van á esclarecerse las almas, pues aparece mucho más adorada todavía la madre del Verbo en las orillas del mar que tierras adentro. La María de quien nosotros hablaremos no ha obtenido este culto, pues jamás ningún pueblo creyó que llevara un Dios en sus entrañas, como lo han creído todos los pueblos cultos de la Virgen Madre. Pero si no ha llegado á tanta excelsitud, en cambio merece un lugar distinguidísimo en nuestras historias por haber salido con su hermano Moisés del cautiverio egipcio y haber entonado allende las aguas del mar Rojo el primer cántico de libertad que acaso resuena en toda la serie de los siglos y en toda la humana historia.

Entre Sara y María descuellan algunas mujeres

pertenecientes á los tiempos patriarcales postdiluvianos. Nadie ha podido olvidar la historia de Rebeca, mujer de Isaac y, por tanto, nuera de Abraham. Entre los pueblos antiguos usaban mucho el matrimonio de los consanguíneos. Como importaba en aquellas supersticiones la conservación de una familia purísima, dábase á la perpetuidad de la sangre familiar una inmensa trascendencia. Ya hemos visto que Abraham se casó con una hermanastra suya, y cuando historiemos las mujeres de Asiria, Caldea y Egipto, encontraremos costumbres parecidas. Abraham, pues, destinado á fundar una especie de pueblo sacerdotal, que se consagrara al ministerio religioso en el templo de Jehovah, debía buscar para su hijo Isaac una mujer de suyo perteneciente á la familia y á la religión hebraicas. Así expidió uno de sus siervos en busca de la nuera, inscrita en la familia de Nachor, su hermano. El criado partióse para Mesopotamia en requerimiento de Nachor, é hizo arrodillar sus camellos fuera de la población, al lado de una cisterna y á la hora en que declina el día y salen las mozas de los pueblos semitas á recoger el agua con su cántaro para luego escanciarla y repartirla entre toda la familia. Vió una muy hermosa entre tantas jóvenes, y en ella se fijó. Y después de haberse fijado en ella, le pidió agua para sí, como

también para sus camellos. Dióle á beber primero á él y después á sus bestias, con tal gentileza, que creyóla el emisario la predestinada para el hijo de su señor. Y, en efecto, no era otra sino Rebeca, nieta de Nachor y, por consiguiente, sobrina de Isaac, con quien al fin ella se casó. De tal matrimonio provino Jacob, el cual se prendó de dos primas suyas, Lía y Raquel. Estas dos mujeres eran hijas de su tío Labán, hermano de Rebeca. Raquel tenía hermosísimo aspecto. No así Lía, llamada en los libros santos la mujer de los ojos tiernos. Jacob tuvo que dar siete años de salarios, provenientes de trabajos continuos, á su tío Labán, para obtener en una especie de compra su Raquel; pero ya comprada y obtenida ésta por precio, soltóle á Lía, la de los ojos tiernos. Como Jacob reconviniere al suegro, excusóse con que no casaban sus gentes las hijas menores antes que las mayores. Y Jacob tuvo que trabajar otros siete años por su segunda mujer. Y á cada una de sus hijas dió Labán las correspondientes siervas. Y estas siervas yacieron á una con el patriarca Jacob, cual se usaba en la poligamia asiática. Durante los primeros años de matrimonio, Raquel fué muy estéril y muy fecunda Lía. Pero después tuvo hijos Jacob de todas sus mujeres y de todas sus siervas. Para sostener tanta familia, Jacob se llevó consigo las riquezas de La-

bán, su suegro, arrebatadas por manos de su propia hija Raquel, quien ni siquiera dejó los ídolos en el hogar. Después de todo esto, Dios llamó á Jacob con el nombre que debía conservar todo su pueblo, con el nombre de Israel.

Doce fueron los hijos de Jacob. Entre ellos, los dos postreros, habidos en Raquel, se llamaron José y Benjamín. Amaba Jacob á José con preferencia muy grande sobre todos sus demás hijos, primero por ser uno de los menores, después por generación de su mujer predilecta, la hermosísima Raquel. Sus hermanos, celosos, lo vendieron como esclavo en Egipto. Y ya esclavo, se captó el favor de los mismos á quienes servía, convirtiéndose de criado en dueño. Este gran ministerio, ejercido por los siervos, se repite á todas horas en las cortes despóticas. Por lo mismo que la tiranía oprime á los esclavos, derogando todas las leyes de la naturaleza, concluye por rendirse á sus mismos opresos, derogando todas las leyes de la lógica. Porque Jacob había dado á José una túnica de mil colores, ropaje muy estimado en Oriente, sus hermanos empezaron por maltratarle y concluyeron por venderle. Una vez en Egipto establecido, tomóle á su servicio el principal escanciador que tenía la corte aquella. En Oriente, los que se hallan adscritos á ínfimos servicios del palacio, resultan grandes

ministros, privados, favoritos de los reyes. El harén y el eunuco aparecen como dos instituciones fundamentales en aquellos imperios despóticos. El segundo Ramssés, á cuyo copero José servía, llegó á tener ciento cincuenta hijos. Así los papiros antiguos nos lo pintan en forma de león, circuido por un rebaño de gacelas, que representan á sus mujeres. Uno de los cargos con que principalmente honraban los grandes señores egipcios á sus siervos predilectos, era el cargo de intendente. Y este cargo fué por José ejercido con gran provecho hasta llegar á una sin igual privanza y á una gran riqueza. Pero terrible calumnia de la mujer á quien servía, ó sea la esposa del copero, que le delata de atrevido con ella, cuando sólo fuera casto y recatado, lo arroja en una prisión, de la cual sale para explicar los sueños de Ramssés II, quien profundamente conmovido y admirado de su virtud y de su saber le nombra ministro universal suyo. Así fué de varia y brusca en sus accidentes la suerte de José.

La tierra del Egipto atraía con frecuencia natural á todos y cada uno de sus numerosos circunvecinos. Azotadas Nubia, Etiopía, Caldea, Siria, Palestina y sus grandísimos desiertos por sequías continuas, de las cuales dimanaban horribas hambres, nada tan frecuente como la emigración de

aquellas tribus, probadas por tales plagas, al sitio edénico, donde fluía un río sin fin de aguas verdaderamente sabrosas y salutíferas, de bordes encantados y fructuosos. Abraham fué á Egipto, y á Egipto debían ir sus biznietos, los hijos de Jacob. Como buen israelita, ya José aparece gran calculador y comerciante. Así acapara los trigos de aquel año, nefasto para Egipto y para las naciones fronterizas á Egipto, y los cambia por las propiedades todas de los vasallos, por las riquezas de los extranjeros, constriñendo sus hermanos indirectamente á presentársele y contemplarle como un monarca después de venderlo como un carnero. El perdón de José llevó los israelitas de nuevo á las orillas del Nilo. Los descendientes de Abraham ocuparon la tierra misma que había su abuelo, allá en otros tiempos, habitado. Allí murió Jacob, á las orillas del Nilo y á la sombra de los espesos y grandes palmerales. Los médicos del Egipto embalsamaron su cuerpo á la usanza suya. Siete días duraron los funerales, y en todos estos días lloró el pueblo como si un Faraón se hubiese muerto. Setenta días duró el duelo. Jacob, sin embargo de todos estos honores egipcios, fué conducido á la caverna donde dormían el sueño eterno sus padres. José vivió y murió en Egipto, pero dejando expreso el deseo de reposar y dormir bajo una piedra de la tierra pro-

metida. En aquel sitio procurado por José á los suyos comenzó á brotar el germen de una existencia sedentaria y fija como hasta entonces no la tuvieran jamás los hebreos de suyo nómadas y errantes. En este valle de Gessén, donde había encontrado Abraham sus primeros tesoros, dejó su posteridad Jacob. José se había propuesto que los suyos fueran como él, verdaderos egipcios; pero no contaba con la fe ciega en Dios de sus gentes, y mucho menos con la tenacidad incontrastable de su complexión y de su carácter, que les había permitido el cambio y movimiento de la vida nómada mezclada con la firmeza de una idea. El israelita estaba siglos y siglos en una tierra sin absorber su jugo en el alma. La creencia del Dios único le tenía como encastillado dentro sí mismo y ajeno á todo cuanto en derredor suyo sucedía. Muy prolíficos, multiplicáronse y extendiéronse tanto los nietos de Jacob, que constituían una especie de nación aparte dentro del Egipto. Muy activos, sobrepujaban naturalmente á los perezosos. Muy calculadores, dejábanse atrás la descuidada imprevisión de los rivales y competidores múltiples. Sus organismos sociales eran de una primitiva sencillez, término medio entre las anarquías nómadas y el absolutismo patriarcal. Grandes enfermedades venían de vez en cuando á probarlos. Con la mayor facilidad con-

traían lepra y contagiaban de sus miasmas á los circunstantes. Esta lepra, que manchaba su cuerpo, servía indudablemente al despejo y lucidez de sus cerebros. Cada vez la familia hebrea se aumentaba más. La fecundidad maravillosa de sus mujeres no ha tenido rival. Egipto debió comenzar por despreciarlos y debió concluir por aborrecerlos, como todo pueblo rey á todo pueblo extraño. Muy pagado de la superioridad incalculable que tenía su cultura sobre la cultura hebrea, detestaba mucho á esa gente nómada, pastores de ganados trashumantes. Pertenecientes á la tierra de África, los egipcios llamaban á todos sus circunvecinos de los demás continentes con el nombre menospreciador de asiáticos.

Pero, á pesar de todo esto, habían vivido mucho tiempo en paz. ¿Qué digo en paz? Matrimonios mixtos se sucedían entre ellos con frecuencia. El egipcio gustaba mucho de las mujeres hebreas, como nos lo ha mostrado el relato de la vida de Sara. Y los israelitas no dejaban de amar á las egipcias, como se vió en los mismos hijos que tuvieran en ellas los patriarcas. El pueblo hebreo no podía constituir en aquella sazón un imperio. Divididos en tribus y reinando en cada una de estas tribus cierta independencia individual, no rivalizaban en modo alguno con aquella grande organiza-

ción civil, militar y religiosa de un fuerte y antiguo imperio. No tenían tendencia de ningún género á constituir nación, y mucho menos á constituir, dentro de esta nación, un Estado. Luégo, como buenos semitas, se querellaban mucho entre sí, riñendo á cada paso por un quítame allá esas pajas. En cambio bastó á los Faraones cualquier escriba suyo, cualquier oficial con una fuerte verga, para tenerlos completamente sometidos. En los días anteriores al Éxodo que vamos á referir, el odio de los egipcios á los hebreos se recrudeció, y mucho. Necesitados los Faraones, por las continuas asechanzas que les amenazaban, de un gran seguro en sus fronteras, no lo encontraron mejor que aquel ideado por los chinos, y consistente, como todos sabemos, en altas, espesas y larguísimas murallas, contra las cuales debían las invasiones romperse y estrellarse. Mas para erigir estas murallas exigían de sus habitantes, con especialidad de los habitantes extranjeros, aquella prestación llamada *corvea* en el habla feudal, es decir, trabajo forzado y forzoso. Este trabajo de construcción, duro en todas partes, debía resultar durísimo sobre los arenales caldeados y bajo los cielos encendidos de África.

La tierra de Gessén, habitada por los hebreos, no era, como han supuesto algunos historiadores,

aquella Tebaida, retiradísima y triste, de las penitencias y de los solitarios, donde se aislaban los anacoretas que, mantenidos por el calor vivificante y por el clima igual, podían sustentarse con las hierbas del campo y con las ideas del espíritu. Gessén debía estar al Oriente y al Norte del Egipto como debe deducirse de la posición geográfica que Palestina ocupaba y del movimiento que habían emprendido los hebreos en requerimiento de tal valle. Aunque la Biblia no lo designa más que por el nombre, los comentadores, á quienes ilustraran estudios profundos sobre descubrimientos recientes, créenlo allá en los brazos más orientales del Nilo, á los comienzos del fecundo Delta, no lejos del istmo de Suez, en las cercanías, por tanto, del mar Rojo. Pero lo cierto es que no hay datos para determinar un sitio definido y seguro. Sólo sabemos por una estatua colosal de Ramssés II, cuyo granito ha desafiado los tiempos y por los ladrillos dispersos en todas direcciones y formados con limo á la usanza hebrea, que allí sufrieron la tristeza de sus forzosos trabajos, empapando el suelo con los sudores de sus frentes é hinchando el aire con los suspiros de sus pechos. Para cerciorarse de cómo debía ser Egipto, hay que recordar la desolación extendida por el sol abrasador en todas direcciones, allá, en aquellas latitudes abrasadas, cerca del tró-

pico, bajo cielos parecidos á un volcán boca abajo. La obra de tal calor está manifiesta por doquier: el desierto inmenso que á manera de un paño fúnebre se tiende por la mayor parte del África y del Asia anterior con sus Océanos inacabables de abrasadas y abrasadoras arenas. Pero en la tierra del Egipto hay un elemento fecundísimo, que uniendo la humedad con el calor, produce la vida, y por doquier extiende aquel padre Nilo, á quien han creído cien generaciones un Dios verdadero, y que descendiendo de ignorados orígenes, y dilatándose por tierras sedientas, extiende á su paso y en sus riberas con la vida más múltiple la más regocijante alegría. Los árabes han pintado en sus geografías descriptivas, por medio de imágenes tan hermosas como exactas, aquella tierra, primero mar de agua dulce cuando la cubren sus inundaciones periódicas, después tapiz multicolor de flores olientes cuando á las inundaciones suceden florecencia y fructificación, por último, estepa polvorosa y cenicienta tras cosechas y recolecciones. Cielos espléndidos de Oriente realizados por iris con facetas tan lustrosas como brillantísima pedrería; suaves aires, donde los aromas exhalados de cálices y corolas embriagan el sentido y las refracciones de una luz indecible lo tienen todo con colores entre anaranjados y violáceos; árboles siempre verdes, pues ni las palmas ni los

olivos pierden su follaje; flores de un rojo como el del granado y de un aroma como el del jazmín; pájaros del trópico, pintados de tal suerte, que llevan en su cola una paleta, y pájaros del Nilo vestidos con plumajes de plata y rosa, de carmín y oro; por las alturas de la atmósfera el polen llevado en alas de suaves brisas y por las profundas aguas el sacro loto flotando en la cristalina superficie; frutas sápidas y terrones bien olientes: he aquí todo cuanto produce aquel Egipto donde se renueva la grande abundancia del edén, como si no hubieran ni hombre ni tierra sufrido el dolor, consecuencia del pecado. No extrañemos que si la naturaleza ofrece todos estos encantos, convidando á vivir en sus brazos y á respirar el aire libre y á recoger en la retina deslumbrada una luz tan intensa, el hogar de los pobres generalmente diste poco de la primer cabaña y sirva como refugio al sueño y al breve recogimiento de los pocos días inclementes que puede haber en aquellas bienhadadas regiones de tal y tanta vida.

Por el Nilo se deslizan las barcas, bien de negro ébano, bien de común papiro, semejantes en sus formas gallardas á las acuáticas aves, propias de tales hermosas riberas. Bajo el toldo de las palmas, por montículos y repliegues cubiertos de alhucemas y salvias, entre los terebintos y los plátanos, juegan

los niños, mientras las mujeres, envueltas en sus túnicas rayadas de colores, desnuda la cabeza y desnudos los piés, las pulseras en el puño y el tobillo, los zarcillos á los lados del rostro, cogen agua vertida por los cangilones de la noria en acequias sombreadas de higuerales y moreras. Vasijas de barro brillante guardan todo lo necesario á extinguir la sed en aquellos climas y aquellos parajes tan calurosos, y las piedras cubiertas de ramajes ofrecen las frutas á la nutrición sencilla de razas tan sobrias. Y los varones de la familia, mientras unos pescan y otros emplean sus fuerzas en el diario trabajo, los más componen labores á mano, ó examinan y distribuyen los frutos recogidos en las continuas cosechas. Tal vida pasaban las razas que allí vivían en sus relaciones con la naturaleza. Pero ¡ah! que sus relaciones con la sociedad resultaban mucho más duras y ásperas. El dominador gozaba de todos los poderes que se arroga un bárbaro despotismo, y el dominado sólo tenía obligaciones, y obligaciones muy pesadas y muy estrechas. Sin embargo, en los tiempos primeros de su asiento allí, frescos aún los recuerdos múltiples de José, que había tendido sobre todos los suyos la diestra protectora y la inteligencia lúcida, vivieron en conformidad y en paz. Pero al llegar la décimona dinastía, el recuerdo aquel, tan vivo antes, de

los servicios prestados por el hábil hebreo y de la protección debida por Egipto á los suyos, desapareció, y hubo monarca olvidado por completo, mejor dicho, por completo ignorante de todas aquellas sacras y vivas tradiciones. Luégo vino un rey, sea quien quiera, pues en su nombre no se hallan los historiadores acordes, que reinó setenta y más años, consumiendo todo este largo imperio de su autoridad y todo este transcurso de su vida en múltiples y colosales construcciones. Los obeliscos de granito rosa; las esfinges de pórfido, tan duro como el diamante; los colosos, abiertos en las colinas, que levantaban sus frentes desmesuradas de piedra sobre las arenas del desierto; aquellos vestíbulos y atrios interminables, á cuyo ingreso monolitos gigantescos erguíanse y alzaban sus geométricas líneas, cubiertas de jeroglíficos misteriosos; los templos y los palacios, parecidos á ciudades populosas y guardados por estatuas titánicas, exigían unos trabajos de tal género, que bien pueden compararse sus piedras chorreando sangre á la vista del historiador con los dolmenes sangrientos donde inmolaba el cuchillo de los antiguos sacrificadores celtas las víctimas humanas. Para proveer á estos ejércitos de jornaleros enviaba el Faraón tradicional egipcio, fuese quien fuese, sus ejércitos en armas por los cuatro puntos del horizonte, con encargo de ta-

lar y despoblar los parajes circunvecinos. Imaginaos lo que haría con extranjeros puestos á su disposición y adscritos á su imperio. El jefe de los trabajos tomaba su verga y hacía remover las piedras, picarlas, pulirlas, sobreponerlas á los pobres jornaleros bajo aquel cielo abrasador y sobre aquella tierra desolada, como si fueran máquinas ó bestias. El trabajo al sol, en los pueblos orientales y africanos, resulta un gravamen de tal género, que todas las teogonías lo cuentan entre las maldiciones lanzadas como fulminantes rayos por el cielo sobre la misera, y enferma, y oprimida humanidad. Pues tal plaga se recrudecía, merced á los esclavos libios que ponían los Faraones á la cabeza de los trabajadores y de sus innumerables cuadrillas. Bárbaros, feroces, vengativos, de una dureza en sus palabras y de una crueldad en sus actos que no pueden concebirse, gravaban á una con sumas agravaciones todos los males anejos á tan terrible situación y estado. Las carnes de aquellas gentes ¡ay! estaban amoratadas, los huesos quebrantados. No les daban de comer y caían desfallecidos. Sus crueles verdugos les apaleaban sin misericordia para constreñirlos á nuevos sacrificios de toda imposibilidad. Pues entonces les cogía un oficial de la cabeza, otro de los piés, cual si fueran cadáveres, y les sometía un tercero á mayores tor-

mentos. En más de cien pinturas egipcias se ven estos tristísimos espectáculos. Y en más de una inscripción se lee la palabra siguiente, horrorosa de suyo en la nativa sencillez propia: «Me han apaleado y quebrantádome los huesos cual si fuera un asno.»

Estas persecuciones del viejo despotismo faraónico al pueblo hebreo amargaban la vida inferior de las gentes jornaleras y encendían el alma de las gentes superiores. Un hombre distinguidísimo, perteneciente á la familia de Leví, habíase unido en la esclavitud con una pariente suya de la misma tribu, como solían los hijos de Israel. Este hombre y su mujer engendraron á Moisés, á Aarón, María y otros varios hijos con la fecundidad propia del pueblo hebreo. Cuando nació Moisés, el odio de los Faraones á Israel habíase por tal manera exacerbado, que dispusieron una terrible medida, la violenta muerte de todos los recién nacidos para desarraigar así del suelo aquella raza maldita, la cual, según los dominadores egipcios, trastornábalo con sus ideas y corrompíalo con su lepra. Jocabel se llamaba la madre de Aarón, María y Moisés. Y nos cuenta, en su primer capítulo, el Éxodo, cómo el rey de Egipto había dispuesto que, al ir las comadres á casa de las hebreas para partearlas, viesan con cuidado el fruto de sus partos, y si resultaran

hijos, mátenlos, decía, y si resultaran hijas, entonces vivan. Mas las parteras compadecieron á los niños. Después de haber ayudado á la naturaleza para que diesen las madres á los seres aquellos luz fuera de su vientre, como les habían dado en su vientre vida, no se arrestaban á matarlos, tiernas y misericordiosas. Reconvínolas Faraón por su piedad, y ellas respondieron con excusas como la de que, siendo muy robustas las hebreas, parían sus hijuelos antes de llamarlas y los ocultaban cuando, al saber ellas que adolecían, iban solícitas á socorrerlas. Por fin dispuso el rey egipcio, si hemos de dar crédito á los viejos relatos, que fuesen arrojados al río todos los hebreos recién nacidos. Merced á tales disposiciones pudo Jocabel salvar á su hija María, pero no pudo salvar á su hijo Moisés. Necesitaba ponerlo de alguna manera en los senos del río y acudió á maternal industria con ese milagroso instinto de conservación que tienen todas las hembras para preservar de segura muerte á sus generaciones. Tres meses guardó á su hijo. Pero muchas las pesquisas, diligentes los perseguidores, ella si cautelosa y diestra siempre amenazada, su tribu trémula bajo los crueles ejemplos dados por los déspotas en otras familias, no tuvo más remedio que cumplir el mandato y exponer á su hijo. Abandonólo por fin, mas depositándolo en cuna de

mimbres para que flotase sobre las aguas y hallara providencial valedor en las tortuosidades múltiples del río que culebreaba, teniendo muchos recodos en aquel sitio, porque un presentimiento propio á su corazón de madre debía decirle cómo en aquel breve cuerpo de niño se contenía y encerraba el verdadero libertador de su pueblo. No hay decir con qué dolor veríalo deslizarse aquella mujer amante sobre las aguas y cómo estrecharía contra su pecho la hija salvada merced á una monstruosa excepción de las cometidas frecuentemente por los déspotas. Sobre su hija María, ya naciera después, ya naciera mucho antes que su hermano, pues no lo sabemos á ciencia cierta, debió concentrar la pobre madre, tan herida, todo su amor, y á ella debió sugerirle con sus besos, con sus lágrimas, con sus suspiros, con los recuerdos de lo pasado, con los presentimientos de lo porvenir, con la mezcla de poesía y de religión propia seguramente á estas sacerdotisas naturales que se llaman madres, aquel cántico de libertad y emancipación destinado á resonar en todos los siglos y á ser indefinidamente repetido por todas las generaciones.

Gustaban mucho los egipcios de paseos y correrías, ya por las aguas, ya por las orillas del Nilo. Unas veces en sillas portátiles, otras veces en barcas de formas diversas, precedidas por hermosos

nubios que les abrían camino y gritaban para que las gentes se apartasen, iban las princesas á holgarse y divertirse más ó menos honestamente. Aun quedan restos de los grandes palacios campestres ó sitios reales donde se comunicaban, en libertad mayor que la permitida naturalmente á todas las grandes poblaciones, con las delicias del campo. En uno de tales sabidos esparcimientos, bajo los sicomoros de la ribera, pisando las flores por doquier esparcidas, la princesa debió hallarse cuando las aguas del río le trajeron á mano la cuna de mimbres embreados en que iba flotando el salvador de Israel. La curiosidad femenil, que había perdido allá en el Paraiso al humano linaje, salvó aquí en el Nilo al pueblo hebreo. Viéronlo aquellas mujeres, y notaron en seguida la raza de cautivos á que pertenecía y el especialísimo lugar de donde bajaba. Conociendo cómo el rey las quería, se juntaron en consejo y convinieron á una en pedirle fácil excepción á sus crueldades, la de aquel niño, á quien llamaron Moisés, ó sea salvado de las aguas. Y la obtuvieron hasta el punto de unir á ella el permiso para que lo criase una nodriza de su propia gente. Y esta nodriza no fué otra sino su madre, la cual, después de haberlo parido, alcanzó la dicha inefable de amamantarlo á sus pechos, de tenerlo en su regazo, encendiendo en su corazón el amor á la raza de

quien provenía y en su inteligencia el culto á la idea divina que todo lo animaba y todo lo esclarecía en la sencilla fe de aquellas gentes. Así Moisés respiraba por todo el medio que le circuía en la corte y entre los magos las ideas de una ciencia verdaderamente profana ó egipcia, y en los labios de su madre misma, en la leche maternal que bebía y mamaba, nutríase también de la fe transmitida por Jacob á su pueblo, todavía viva, siquier mezclada con supersticiones egipcias. Naturalmente, María, la hermana de Moisés, especie de sacerdotisa hebrea, destinada por sus padres á la parte de liturgia que una mujer podía desempeñar en aquel restricto culto, respiraría y absorbería en su corazón y en sus sentimientos femeniles, según su particular complexión y su propio criterio, aquellas ideas que luégo iban á resultar estrellas mágicas, columnas de fuego, destinadas á guiar los cautivos sobre las arenas del desierto hacia la tierra prometida. Pocas veces ha visto la historia una familia de libertadores educada por el modo maravillosísimo que la familia esta de Moisés. El gran libertador, el sumo sacerdote su hermano y la poetisa María representaban todas las facultades indispensables para salvar á un pueblo en tan amargos trances. Moisés era la ciencia y la política, era la liturgia y el culto Aarón, María el arte y la música. Por modo

tan sobrenatural y extraño llevó en sus entrañas una sola madre la salud y la esperanza de Israel.

Imaginaos como un edificio enorme aquel palacio de los Faraones, donde recibió su educación el emancipador de Israel. Un ejército lo guarda, un sacerdocio numerosísimo vela por él. A la entrada están las grandes habitaciones, donde se recibe la corte, se verifican los juicios, se ostentan las ceremonias. Tal corte se halla compuesta de magos que creen adivinar lo porvenir; de intérpretes que descifran los sueños; de misteriosos encantadores que á los profanos hechizan y hacen á la continua milagros; de profetas, los cuales guardan en depósito los dogmas; de retóricos destinados á cantar las regias alabanzas; de purificadores ó esto- listas, quienes revisten con sus ornamentos á los dioses y á los reyes; de sabios escribas con áureas alas por adorno en la cabeza y destinados á guardar las santas escrituras; de hierogámatas; de mil categorías que celaban por la conservación de aquellas ciencias, en cuyos manantiales bebíanse tantas y tan varias ideas. Compartía el poder en aquellos grandes palacios con los militares, con los sacerdotes, con los sabios, una turba de eunucos tendidos entre lo que podemos llamar el serrallo, sitio de las ceremonias, y en el harén, residencia de las mujeres. Evocad con el pensamiento los jardines ceñidos de lotos y

poblados de ibis ó aves sagradas, las alamedas en que alternaban los monolitos llenos de letras hieráticas con los plátanos orientales de verde follaje, los salones con pinturas al fresco de un gusto exquisito, los muebles de raras maderas y de brillantísimos metales, las camas con formas de león y de caballo, los divanes cubiertos de ricos tapices y tallados en figuras de cisnes, las mesillas incrustadas en marfiles y nácares, las pieles preciosas tendidas como alfombras por todas partes, los vasos con maravillosos esmaltes, las literas llevadas en hombros de nubios, las copas donde rebosaban deliciosas bebidas, en fin, todo el deslumbrante lujo y toda la increíble riqueza de los imperios orientales. Y aquel hombre, aquel Moisés, perteneciente á la estirpe de Abraham, educado por su madre misma en el culto secreto al Dios de los hebreos, no hacía más que recoger la riqueza intelectual de todas aquellas ciencias para preparar á su pueblo una doctrina y despreciar las riquezas materiales, y también prepararle una emancipación. Tantos favores de los reyes egipcios por él aceptados, tantas gracias acumuladas sobre su frente, los placeres de una vida cortesana, no lograron tentarle y le sirvieron tan sólo para ir acrecentando los medios con que había de vencer á sus dominadores y libertar á su pueblo. María, su hermana, debió par-

ticipar del favor que gozaba Moisés, si no tan grande como el conseguido en otras circunstancias por José, muy especial y muy extraño. Lo cierto es que las composiciones ideadas y la música compuesta por María representan grande cultura, tanto literaria como artística, en aquellos palacios granjeada. Pero la complexión de mujer no acusaba en María femenil debilidad ó flaqueza. Indudablemente halagada por aquella vida fácil y placentera de la corte, donde todos los cortesanos debían rendir parias á los predilectos de la hija de Faraón, María sólo pensaba en su pueblo y en la libertad de su pueblo. Los malos tratamientos infligidos á los suyos por aquella corte y por aquellos reyes parecían peores aún si con su comodidad propia y con su cortesano fausto se comparaban. Así es que María debió influir con soberano influjo en el ánimo de Moisés para resolverlo y decidirlo á sus empresas.

La Biblia cuenta que Moisés no se había encastillado en su favor y en su fortuna; todo lo contrario: con frecuencia, natural en sus hábitos y costumbres, iba desalado á ver á sus hermanos y contemplaba con horror sus penalidades. La sangre debía hervirle con grandísimos hervores en las venas al ver los descendientes de aquellos patriarcas suyos que habían merecido la confianza del Eterno y ha-

bían presenciado las edades primeras del mundo, como predilectos del cielo, puestos en tortura para que trabajaran forzadísimo trabajo, con las argollas de hierro en los piés, con los látigos nubios en las espaldas, ora cociendo ladrillos hechos de limo y paja, ora levantando moles bajo las cuales quedaban aplastados, moles monstruosas que venían á ser templos de sus tiranos, cárceles de sus hijos. ¡Cuántas veces Moisés y María, en sus conversaciones fraternales, después de haber visitado aquellos lugares de horrores y visto las tristes asperezas guardadas á los suyos, envidiarían los brutos del desierto, las aves del cielo, porque podían disponer del espacio y gozar en su inferioridad animal de libertades no soñadas siquiera por aquellos que habían visto los ángeles descender del empíreo á guiarlos y que habían levantado en la inmensidad el santuario más propicio al Eterno. En estas indignaciones, mientras María lloraba, conformándose con su complexión de mujer, ó dirigía preces y oraciones al cielo, Moisés maduraba el proyecto profundamente meditado de libertar y emancipar á su pueblo.

Así cierto día sucedió que presenciando cómo un egipcio hería violentamente á un hebreo, Moisés miró á todas partes, y como no apareciera nadie, mató al egipcio y escondiólo en las arenas. Y salió al siguiente día, y viendo á dos hebreos en riña, re-

convínoles por la injuria que mutuamente se inferían, cuando eran de la misma sangre y del mismo pueblo. Los hebreos, muy dados infelizmente á que-rellarse de continuo entre sí, muy poco afectos á reconocer superioridad ninguna, resintieron de aquellas reconvenciones y le preguntaron quién le había puesto de juez ó príncipe sobre los suyos, pues así como había matado á un egipcio, á ellos los amenazaba. Y vió Moisés cómo se conocía su proceder con el egipcio, á quien mató, y tuvo miedo. Fundadamente y con razón temía, porque industriados reyes y cortesanos en estos desahogos de su cólera y en estos desquites de su valor, juraron matarle sin piedad, y se arrepintieron de haberle con tanto cuidado y celo, á pesar de su estirpe, guardado y protegido. Huyóse Moisés de la tierra de Egipto al desierto de Madián. Y un día, después de haber peregrinado mucho, sentóse junto á un pozo. Y en aquel sitio vió á las hijas del sumo sacerdote de Madián, las cuales fueron á sacar agua para henchir las pilas y dar de beber á las ovejas de su padre. Mas los pastores de las cercanías intentaron de allí echarlas, y Moisés se levantó y defendiólas, y abrevó sus ovejas. En premio de todo esto, el sacerdote de Madián le dió en matrimonio á su hija Séfora.

El futuro fundador del pueblo de Israel guarda

humilde ganado en el desierto de Madián, después de haber vivido como príncipe sumo en el palacio de Faraón. Los pastores, con su ociosidad natural, dan margen á mucho vagar, y este vagar da margen á mucho discurrir. En los largos días, á la sombra de los palmerales que allá en el oasis crecen, junto al manantial y al pozo de necesaria frescura, tendido sobre cualquier montón de arena ó sentado sobre cualquier piedra de la vía, sin más compañero que su cayado y su onda, sin más oficio que guardar ovejas dóciles y mansas, quedábale sobrado tiempo y espacio para pensar en los recuerdos de ayer ó en los proyectos de mañana, é ir poco á poco rumiando las doctrinas indispensables á sus proyectos como los proyectos indispensables á la realización de sus doctrinas. Las visitas á las alturas sociales dan tensión al espíritu y al cuerpo para subir más arriba todavía. Moisés vió las cimas de los tronos y las eminencias de los sacerdotes con el ojo avizor de su raza, y asaltóle un deseo de constituir á su pueblo en verdadera nación y constituirse á sí mismo en su guía como á los suyos en su sacerdocio. El hebreo de aquel entonces, aunque guardaba la sangre pura en sus venas y la idea viva en su inteligencia, no había dejado de sufrir alguna merma en sus creencias ni de prestar culto externo, más ó menos simulado, á

divinidades egipcias. En el valle donde habitaba, y en toda la parte Norte del Egipto, excedía en poder moral y religioso á los demás dioses uno solo, conocido con el nombre de Sat ó Set, bajo cuyos auspicios ponían los israelitas su monoteísmo, guardado con verdadera constancia, si bien con una mezcla inevitable de viejas supersticiones. Pero este monoteísmo, por cuya conservación habían Abraham y sus descendientes Isaac y Jacob vivido vida nómada en el desierto, participaba de las ondulaciones que á toda idea presta el movimiento, y no podía fijarse con seguridad y con solidez en aquel cambio continuo de un viaje perpetuo, fácil ocasión á varias transformaciones. Después la directa sumisión á un rey extranjero implicaba la indirecta sumisión á los ídolos de tal rey. Por manera que la idea divina, llevada por el nómada hebreo de un punto á otro, sufría las alteraciones naturales producidas por el movimiento, y al fijarse, no se fijaba en templos y santuarios propios, no, en las orillas de río extranjero, junto á ídolos de cuya sombra huiera el buen Abraham para preservar su fe naciente al poder de ideas ajenas y extrañas. Moisés, varón predestinado, que había en la servidumbre nacido y criádose al amor de un hogar extranjero, donde pululaban reyes y sacerdotes, pensó en constituir una religión para que á su vez

podiera esta religión nueva constituir un pueblo cual no hubiera otro, ni en África ni en Asia, pueblo de una idea, es decir, pueblo de Dios. Los contrastes de su varia suerte le autorizaban á creerlo todo y á esperararlo todo de una estrella, la cual, desde una servidumbre donde no le permitían la vida siquiera, le condujo hasta las privanzas en los palacios, y desde las privanzas en los palacios á la soledad y á la pobreza en los desiertos. No pudiendo explicarse á satisfacción cómo de la muerte decretada contra los suyos se redimiera, y cómo, después de haber matado un egipcio, escapara con felicidad al furor de Faraón, creía llevar un Dios en sí mismo, y á este Dios de su corazón y de su conciencia le pedía luz y auxilio para constituir la nueva religión de un nuevo pueblo á que le tentaban así las pasadas grandezas como las presentes miserias.

La tierra de Madián se prestaba para sus vocaciones. El destino le había conducido á casa de Jetró, y este Jetró, con cuya hija se casara, pertenecía desde luégo á tribu especialísima en sus creencias religiosas. Aunque por indicaciones del Deuteronomio se le cree de origen etiópico, y aun se dice haber encadenado á Moisés la negra hermosura de su hija nubia, lo averiguado es que Jetró guardaba con una fidelidad, propia de quien se aisla

en el desierto, las ideas llevadas por Abraham, Isaac y Jacob en su ambulante santuario. Esta irreconciliable complexión de su nueva familia servíale para conocer cada día con mayor profundidad é iluminar con más luz el Dios de sus gentes, no bien definido todavía, confuso sentimiento, borrosa noción más que clara idea, por lo menos, hasta la hora sublime y sublimada en que aparecía por el alma de un hombre como el gran Moisés la nueva revelación. Y, en verdad, había menester tal comercio con almas puras de toda idolatría, porque aquella presencia continua de tantos magos, y hechiceros, y escribas, y retóricos en su infancia, si bien le sirvió para el allegamiento de intelectuales riquezas, también le dañó para la definición clara y concreta de la idea madre, dentro de cuyos senos iba el alma futura de Israel. Cuarenta y más años en compañía de aquellas gentes, cuyas creencias guardaban relación, por lo uniformes, con la uniformidad misma del desierto, condujéronle á la pura y constante adoración del Dios de sus padres, muy eclipsada en otros días por tantos dioses como habitaban los templos egipcios y por tantas ideas como exhalaba la magia universal. Estos arenales infinitos cuadraban mucho á la fe monoteísta. Concíbese que allá, en las selvas indias, tan pobladas de seres y diversos, ó en las costas

mediterráneas, tan lamidas por ondas celestes, el hierofanta viese, hasta en las sombras múltiples, metamorfosis continuas de dioses, numerosas como las flores llovidas por el ramaje ó como las conchas y los corales dejados en la ribera; mas donde un arenal inmóvil tiende su esterilidad por todas partes bajo cielo de un solo color y de una sola resplandeciente luz, como, si algo se ve, de lo alto baja en los rayos del diurno sol y en los astros del nocturno silencio; si algo se oye, por lo alto retumba, como los simoúnes ardentísimos y las nubes tonantes; la idea de un Dios poderoso, singular, solitario, surge á modo de natural incienso y se impone al pensador y al profeta sumergidos en aquella monótona y uniforme soledad. Doquier volviese Moisés los ojos, veía lo infinito en cielo y tierra; doquier aplicase los oídos, escuchaba el revelador estruendo de los huracanes y de las tormentas. Del infinito material se pasa por la razón humana fácilmente al infinito espiritual, y de la luz creada en que todo el universo visible se baña con amor á la luz increada en que se baña un universo abstracto y metafísico.

Luégo, en aquellos desiertos de Madián, las caravanas que los recorrían dejaban resplandores de ideas, como dejan estelas en la inmensidad del Océano las quillas que los hienden y surcan. Veíanse de

un lado para otro, á la manera que los rebaños de camellos ó las manadas de vacas, árabes imaginativos y silenciosos, en cuyos cánticos uniformes se guardaba mucha poesía de la naturaleza, y en cuyos ojos profundísimos muchos relámpagos de la inteligencia. Tales tribus, diseminadas en todas direcciones, y alguna que otra vez invenidas por Moisés en sus pastoreos, lograban con cuatro palabras que la mutua hospitalidad oriental cambiase gérmenes de fecundísimos pensamientos. El Océano de arena resultaba un mediador natural entre las tierras del Egipto y los arios persas, que bajaban de las desembocaduras de los ríos caldeos á los deltas del Nilo misterioso. Y estos arios, si bien usan una religión dualista, en la cual se deificaba el combate perpetuo á que de consuno los movía su actividad y su temperamento, combate contradictorio con la paz del desierto, también adoraban el principio único del alma luz, en cuyo principio iba contenida la unidad divina como el vapor en las aguas.

Por mucho que los hebreos se ahuyentaran de Caldea, siempre les debía quedar un recuerdo de aquellos astros, cuyos centelleos se habían reflejado en la retina de sus padres, cual de aquellos astrólogos, cuyas revelaciones les habían comunicado secretos del cielo. Por mucho que quisiesen pre-

servarse de los árabes, de los persas, el sabeismo materialista, religión de la luz, natural á éstos, y el sabeismo mucho más espiritualista y metafísico de los iranos, debían penetrar por los intersticios de su cerrado cerebro á las intimidades profundas del alma y esclarecerlas para que pudiesen buscar con solícito afán la idea de su Dios. Por mucho que aborreciesen á los egipcios, habían visto la práctica de sus poderes y trazaban copias de todas ellas en el pensamiento; habían contemplado la organización de su alto sacerdocio, sin el cual no iban á ninguna parte los pueblos orientales; habían estudiado aquel cuerpo de leyes que aplicaban una moral ya más madura de suyo á pueblos exaltadamente apasionados; habían seguido las tortuosidades increíbles de una política que mantenía en obediencia servil á pueblos más ó menos inobedientes; habían participado de aquellas creencias que se respiraban en el aire como de aquellas costumbres que compenetraban á todos. Abraham había las orillas del Nilo habitado, Sara en la cama nupcial de los egipcios yacido, José de la gobernación universal dispuesto, Jacob en los ataúdes hieráticos momificándose, y Moisés mismo con su hermana criándose bajo las alas de su madre, pero en los jardines y en los salones de aquellos palacios donde las esfinges de oscuro pórvido y los conos de grani-

to rosa, todos llenos de jeroglíficos, exhalaban múltiples y comunicativas ideas.

¿Comprendéis ahora todo el vasto plan de Moisés? ¿Veis claro que le asaltó la idea de constituir un pueblo? ¿Y adivináis cómo para constituir un pueblo apeló á todo cuanto había encontrado en torno suyo? Primeramente no había pueblo que pudiese constituirse á su sabor bajo extraña dominación. Pues pensó en sacarlo de la servidumbre. Mas no bastaba con sacarlo de la servidumbre; se requería una tierra para él. Esta tierra le parecía como el cuerpo de aquel alma con que soñaba en sus noches y con que pasaba sus días. Sin tierra fija no había posibilidad alguna de fijar aquel pueblo y preservarlo á su existencia nómada. Y mientras la vida fuese nómada, la idea carecería de la concreción indispensable á todos los dogmas fecundos. Así pensó en señalar á su pueblo, como abundosa en leche y miel, tierra tan desolada cual esa Palestina pedregosa, bien distante de la fecundidad y de la hermosura egipcias. Ya Abraham, al salir de Caldea, la recorrió en todas direcciones; él pensaba conquistarla y retenerla para siempre. Y con una tierra para el pueblo había menester un gobierno. Sin este gobierno, los israelitas asemejaríanse á golondrinas voladoras, que se van por extrañas tierras, y no á las abejas, que permanecen

juntas en sus pródidas colmenas. Como él había salido del seno de las muchedumbres, no podía llamarse monarca, por lo cual pensó en una dirección suprema, no menos previsora que la dirección monárquica, pero mucho más modesta y humilde. Un sacerdocio le faltaba. No podía él ejercerlo, por los múltiples cuidados del gobierno; pero lo confiaba, con previsora solicitud, á un su pariente, al hermano suyo Aarón. Tras esto exigíase como complemento un cuerpo de leyes que regulase desde la religión hasta la higiene. Los pueblos primitivos que necesitan constituirse, después de haber pasado la vida nómada, en una organización más ó menos civil, no pueden á su propia espontaneidad entregarse sin grave peligro de perderse, y han menester de que una legislación más ó menos fija lo determine todo y en todo los guíe y los regule. Por consecuencia, la legislación de Moisés contendrá desde la regularización del gobierno hasta la regularización del hogar, y desde disposiciones litúrgicas encaminadas á la mejor práctica del culto hasta disposiciones medicinales encaminadas á conservar la salud y la robustez de los cuerpos. Tenía cuarenta ó más años de vida cuando salió de Egipto, con su inteligencia henchida de todas las ideas que destilaban aquellos templos y aquellos palacios. Otros cuarenta años pasó en sistematizar estas

ideas, gracias á la soledad del desierto y al ocio del pastoreo. Cuando emprendió la emancipación de su pueblo ya tenía ochenta años y le ayudaba con la madurez del juicio su adquirida experiencia.

Todas sus revelaciones relacionanse con la luz y con los destellos de la luz. Veamos el capítulo tercero de su historia, donde se fija por completo su vocación. Mis lectores perdonarán si caigo en las repeticiones bíblicas, pues de otra suerte no conservaría el relato su propia y natural originalidad. «Apacentaba Moisés las ovejas de Jetró detrás del desierto, y fuese al Horeb, monte altísimo. Y allí apareciósele un ángel ó emisario de Dios en una llama que consumía un zarzal. Dirigióse Moisés al fuego y notó que ardía el zarzal, pero no se quemaba. Misteriosa voz llamólo por su nombre, y él, á esta sublime voz, respondió con la palabra siguiente: «Aquí estoy.» Y la voz le dijo: «No te lleges aquí sin descalzarte tus sandalias, porque te hallas en tierra sacratísima.» Descalzóse Moisés, y después de haberse descalzado, apretó sus brazos contra el pecho y bajó la cabeza con reverencia. Mientras tanto la voz decía: «He aquí el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob.» Y cubrióse Moisés el rostro con las manos, temeroso de quedar ciego si miraba frente á frente á su Dios. Y díjole Jehovah: «Bien he visto las

»aflicciones de mi pueblo y he oído su clamor. Sé  
»cómo lo maltratan y empobrecen sus exactores.  
»Pues tengo muy sabidas sus terribles angustias.  
»Y he descendido para librarlos de manos de los  
»egipcios y extraerlos de aquellas tierras á una tierra  
»buena y ancha que fluye leche y mieles. Así como  
»he oído el clamor de los hijos de Israel, también he  
»visto la opresión con que los oprimen los egipcios.  
»Ve, por tanto, ahora, y dile á Faraón que saque del  
»Egipto mi pueblo.» Moisés preguntó quién era él para tal empresa. Y la voz misteriosa le dijo que tendría consigo su Dios, y que luego de libre su pueblo serviríale ofrendas y holocaustos sobre aquel monte mismo. Y Moisés, aterrado por el encargo que Dios le confiara, preguntó á la misteriosa voz cómo había de responder en el caso de preguntarle á una los suyos por el nombre de su Dios. Y entonces Dios le dijo: «yo soy el que soy.» Y los hijos de Israel sabrán que aquel que es sobre todo sér ha expedido su enviado á ellos.» Y dijo más: «Su nombre será para siempre y para siempre su memoria. Precisa, pues, juntar los ancianos de Israel y decirles cómo Dios está resuelto á visitarlos y extraerlos del cautiverio egipcio, conduciéndolos á una tierra que fluye leche y miel.» Para salir del Egipto dictaba Dios á Moisés las siguientes disposiciones: primera, ir al monarca y comu-

nicarle cómo el Dios de los hebreos había exigido á éstos un sacrificio y necesitaban marchar tres días por el desierto en busca del sitio destinado á tan religioso acto. Pero como el rey querrá someter á los egipcios por fuerza, impidiéndoles el éxodo ó salida, Jehovah extenderá su mano con imperio y herirá al egipcio con justificación, obrando todas sus maravillas. Y, á fin de que no salieran de aquella tierra vacíos, como no habían salido vacíos ni Abraham ni Jacob, díjoles que mandara cada cual á sus respectivos huéspedes ó á las familias vecinas vasos de plata, vasos de oro y vestidos, los cuales pondrían sobre sus hijos y sobre sus hijas, despojando así al Egipto.»

No puede, no, decirse lo que valen y significan estos montes como el Sinaí, ó como el Horeb, donde Moisés alcanzó á entrever sus maravillosas ideas. Una montaña, circuída por las arideces del desierto, seduce á los nómadas con atractivos y halagos de que apenas podemos allegar idea ninguna en las zonas nuestras, blandas y templadísimas. Contempladas entre aquellos torrentes de luz que sus picos recogen y reverberan, parécense á condensaciones del éter, á cristalización del cielo, á columnas transparentes ó prismas multicolores, á conos, pirámides, intercolumnios de pedrería tan fantásticamente bellos como esas nubes de mil matices dibu-

jadas por los rayos últimos del sol en los ocasos de nuestros estíos meridionales. El Sinaí, compuesto de rocas calcáreas y graníticas, donde los pórfidos y los cuarzos rompen la luz diurna, convirtiendo todas aquellas cimas desnudas en purpúreas masas de tonos metálicos, sólo comparables á edificios titánicos de brillantes porcelanas, el Sinaí, cuando se abre, allá en sus faldas y bajos, por estrías y surcos gigantes, donde los valles se tienden y se anidan los oasis, destila manantiales clarísimos de un frescor y de una dulcedumbre cuyos deleites puede apreciar tan sólo quien haya pasado un día allá en el desierto; y además de estos manantiales fluye de sus tamarindos, de sus acacias, de sus palmas, de sus arbustos olorosos, mieles y gomas, las cuales pueden alimentar á gentes de suyo sobrias, como las que sólo necesitan para su nutrición de la luz y de los frutos que la luz cría y azucara con sus vivificantes ardores. Quien, después de haber atravesado las aguas hirvientes del mar Rojo y haber recorrido los desiertos desolados y llenos por el rescoldo de arenas encendidas, súbito se halla frente á una montaña como esta, coronada con los picos multicolores y semejante á una diadema esmaltada por artístico modo que Dios hubiera puesto en sus sienes, y vestida en sus bases de tantos, y tan varios, y tan ricos arbustos, bien puede asegurarse que no sólo

había de creer milagrosa la fuente clara, la miel áurea, el aroma prestado á tantas flores, sino también los torrentes de ideas en las cuales el espíritu se abreva con voluptuosidad y sacia y apaga su inextinguible sed mística de lo infinito y de lo eterno. Desde las cimas del Sinaí se descubre, tanto el desierto que ciñe sus piés, como el mar que brilla y centellea, cual si fuera un cielo caído sobre la tierra. Y quien asciende allá con esfuerzo, en alas de su deseo, á lo alto, y luego descubre aquellos tres inmensos espacios que se llaman el cielo, el mar y el arenal interminable, ha de sentir por fuerza y por necesidad, en tal extensión, Dios de un modo al par visible y palpable, como si se revelara allí en esencia, cual allí parece haberse condensado y héchose como sólido el cielo azul y etéreo. Recorred aquellos lugares sintiendo dentro de vosotros mismos el llamamiento de sobrenatural vocación; con el gemido que lanza un pueblo en las orejas abiertas á todos los rumores; con las lágrimas de cien generaciones en los ojos; con la sangre de mártires innumerables refluendo en el corazón dolorido; con un poema de cíclicas esperanzas inspirado por una fe de fuerza incontrastable; después de haber nacido en los hierros, así como criádose junto á los reyes y visto pasar en tropes maravillosos las ideas exhaladas por los dioses en sus templos y ho-

jeado los hieráticos libros de misteriosas teogonías; subid con esta grande carga de aspiraciones, y decidme si las piedras que ruedan lanzadas á los abismos por vuestro penosísimo ascenso, y las nubes que atraveséis por las laderas enormes hasta llegar á las cumbres más altas y sublimes, donde podréis descubrir dos infinitos materiales, no han de pareceros, como le parecieron á Moisés, un altar encendido, en cuyas ardientes llamas el alma se derrite como el incienso en el incensario, y un templo sublime, colossal, titánico, del Eterno.

Moisés, que había nacido, según todas las probabilidades, bajo el imperio de un Faraón muy longevo, no pudo volver á Egipto mientras tal Faraón reinó. Pero, muerto éste, y sucediéndole su heredero é hijo, resolvió ir á Egipto y libertar á su pueblo, poniendo en práctica las sugerencias de su propia conciencia recibidas y las múltiples enseñanzas que aprendiera, ya en la inmensidad sublime del desierto, ya en las inaccesibles cimas del Sinaí. En cuanto quiso poner el gran revelador por obra su pensamiento, encontróse con una insuperable dificultad, encontróse con que no tenía palabra. El que no domeña los pueblos con la espada tiene que domeñarlos con la idea. Y la idea no se revela en forma ninguna tan propia é íntimamente como en el verbo que atrae las almas, las rinde y avasalla.

Tardo en el habla, torpe de lengua, balbuciente, Moisés veía que para el profetismo y su ministerio le faltaba la elocuencia inextinguible con que Dios había dotado á muchos de sus reveladores y de sus profetas. Para ocurrir á esta necesidad, Moisés tuvo que apelar á su hermano Aarón y constituirle con verdadera solieitud en la dignidad del sacerdocio, á fin de que fuere como su boca y recibiera, repitiéndola de continuo, la palabra del Señor. Despidióse Moisés de Jetró, pidiéndole permiso para volver á Egipto é indagar si aun vivían sus hermanos. Despidió á Moisés Jetró en paz. Verdaderamente después de ocho lustros habían muerto en Egipto á una todos aquellos que procuraron en otros días la muerte de Moisés. Y entonces Moisés tomó su mujer y sus hijos, y, poniéndolos sobre asnos, condújolos al Egipto. Y en el camino salióle á recibir Aarón. Y contóle Moisés cómo había oído palabras misteriosas en las vibraciones del huracán y del trueno, cómo había visto arder las zarzas sin consumirse y saltar las cimas del Horeb y del Sinaí sin desgajarse. Aquellas ráfagas de viento vivificador, aquellos rayos de luz increada, los relámpagos de las altas cimas y los terremotos de las profundas raíces en el monte habíanle por tal manera conmovido, que sintió vocaciones incontrastables y tuvo que asociar á ellas, según mandatos, los cuales

creía divinos, la palabra de Aarón ya consagrado en el ministerio de un sacerdocio congruente con los fines y con los deberes que debía cumplir dentro de aquella obra gigantesca. La Biblia no dice nada, pero nosotros debemos deducir de su silencio algo en lo referente al especialísimo ministerio que debía recibir del cielo cada uno de los individuos pertenecientes á la familia de Moisés. Si el suegro Jetró, intransigente madianita, le sirvió con su carácter y con su complexión irreconciliables para comprender la idea pura del Dios de Abraham, eclipsada por el contacto con los ídolos egipcios; si la propia madre le sirvió de nodriza para que no hubiera mezcla de sangre alguna en las venas de este nieto providencial de Jacob; si el hermano por su palabra y por su elocuencia le sirvió para el sacerdocio, María la inspirada, María la cantora, María la poetisa, debía servirle para llevar las ideas hasta los mayores y más hondos abismos del alma por medio de las artes. El semita, que había tenido por escuela y por revelador el desierto, donde la vida parece tener una forma tan sólo, estaba en el caso de rechazar las artes plásticas, tan florecientes á la sazón en Egipto, las pinturas y las estatuas que viera en los palacios y en los templos, mas no estaba en el caso, no, de olvidar qué imperio ejerce, misterioso y fuerte, sobre las almas de los nómadas,

esa música monótona y esa poesía sublime que parecen como la voz divina, y creadora, y santa resonando en el desierto. Así la obra estaba completa. Él, Moisés, guía del pueblo; Aarón sacerdote; María cantora y poetisa. Bajo esta gran trilogía se cumple aquel poema de libertad y de religión que se llama el Éxodo de Egipto.

La empresa de fundar un pueblo, arrancándolo del seno de otro, con quien se había confundido, necesitaba, no solamente las esenciales cualidades propias de Moisés, sino también el arte y la ciencia de sus cooperadores excelsos. Mucho le serviría el fluído Aarón para en lengua divina explicar las promesas de Dios; pero no menos su hermana para decidir la parte más sedentaria de toda sociedad, las mujeres, á desarraigarse de aquel suelo, donde ya estaban arraigados sus hogares con sus familias, é irse por las arenas encendidas de un desierto abrasado á tierra de suyo ingrata y estéril, bien diversa del Paraíso terrenal, que por doquier tendían las aguas del Nilo con sus fluores y sus acarreos. Solamente una mujer inspirada, como la poetisa María, de nativo estro, de voz suave, auxiliada por ese arte de la música, tan poderoso así sobre las naturalezas como sobre las sociedades primitivas, lograría mover el corazón de las mujeres hebreas para resolverlas á tomar sobre sí los respectivos ajuares y

lanzarse de nuevo á la vida errante y nómada que habían llevado siglos y siglos sus padres, desde las tierras de Caldea hasta la tierra de Canaán, y desde la tierra de Canaán hasta la tierra de Gessén, bogando sobre asnos, avestruces, camellos, dromedarios y girafas, cuando no á pie, en los arenales del desierto. María, industriada por su interior vocación, que la llevaba con facilidad á los altos intentos, y por su continuo trato con aquellos que habían esclarecido é ilustrado la mente de su hermano, concebiría las ventajas asequibles por un pueblo emancipado y dueño de sí mismo sobre un pueblo constreñido á prestar su propio trabajo á los ajenos, siquier debiese trocar para el florecimiento y fructificación de sus libertades una tierra feraz por una tierra desabrida é ingrata. Mas los llamados á moverse ni siquiera sabían de qué tierra se trataba. Una tradición muy confusa les hablaba de aquel sitio lejano, henchido á la sazón de gentes extrañas y á cuya entrada en las cavernas de la secular Hebrón dormían el sueño eterno sus grandes patriarcas Abraham y Jacob. Decíanle que olían los terrones de aquel suelo á mirra é incienso, que las cortezas de sus tamarindos destilaban gomas bien olientes, que la miel corría como en otras partes el agua, que blanco pan daban sus surcos y luminosísimo aceite sus árboles, arrulla-

da por los melodiosísimos coros de blancas palomas y de oscuras golondrinas. En las continuas penas de nuestra pobre vida; en el dolor anejo á todo sér humano; en las tristezas, de toda realidad inseparables; en las desgracias con que tropezamos de continuo, cualquier promesa de mejora que viene á nuestros oídos y cualquier esperanza que se alza en nuestros horizontes nos alegra y nos encanta como si la tocáramos ya con nuestra mano entre los enjambres de ilusiones que acompañan por todas partes al humano deseo. Las mujeres israelitas debían creer, como si estuvieran ya en ella, cierta, muy cierta la tierra prometida, tal como su vocación se la describiera de continuo á Moisés y Moisés la pintara en sus continuos coloquios á los ojos de su hermana María. Pero dejar la tierra donde habían echado ya raíces, levantar los hogares consagrados por la familia, emprender larga peregrinación, desafiar las inclemencias del desierto, huir aquellas riberas fecundísimas, requerir un suelo apartado, pasar las angustias connaturales á tantos esfuerzos, debían retraerlas y confirmarlas con quedarse allí hasta en el trabajo forzoso y so el cruel látigo de los Faraones. Moisés comprendía, en su vasta inteligencia, no solamente las dificultades que había de hallar el necesario logro de su empresa en la tiranía faraónica, sino en el apego de los

israelitas á su casa y su tierra. Por eso apeló á persuadirlos, primero con las palabras del elocuente Aarón, tan oídas cuanto ardorosas é inspiradas por todos los pueblos orientales, y después con el cántico y el arte de María, tan poderoso y eficaz de suyo sobre todas las almas, y con especialidad sobre las almas exaltadas por el sol y por el espíritu de Oriente. Aquella cooperación que María prestó á la obra de Moisés á cada línea de la Biblia se descubre con sólo considerar cómo necesitó el gran legislador valerse de todas las ciencias aprendidas en su comercio intelectual con los magos y agrandadas con sus meditaciones reflexivas por el desierto para de un mismo golpe aterrar á los Faraones y mover á los hebreos.

Ochenta años contaba Moisés cuando se presentó á Faraón, y ochenta y dos contaba su hermano. Pidióle á una que dejara libres los hebreos de honrar á su Dios en el desierto, y el rey no quiso escucharlos. Esta demanda suya muestra con demostración irrefragable que todo el viejo culto prestado por los patriarcas al Dios de Abraham se había disminuído mucho en el pueblo, necesitado de una larga peregrinación y de una grande soledad para sentir en el seno sus viejas y divinas vocaciones. Una y otra vez insistió Moisés en lograr de Faraón un permiso de salida; pero una y otra vez Fa-

raón, que había llegado á prometerla, revoca y desmiente su palabra. Por fin un día, permite, mal de su grado, la partida ó éxodo; pero con una restricción, la de que debían dejar sus ganados. Tal restricción frustraba todo lo acordado. Un pueblo, económico de suyo, como este pueblo hebreo, no saldrá jamás dejándose á sus espaldas todo aquello que constituye, como el ganado, lo primero y principal de su riqueza. Así no consintió Moisés en pasar por tales restricciones. «Retírate de mí, le dijo el monarca, y guárdate de tornar á ver mi rostro, pues en cualquier día que vieres mi rostro morirás.» Y Moisés respondió: «Bien has dicho; no veré más tu rostro.» En efecto, se había decidido el éxodo de Israel. Aquella noche de su partida los israelitas cenaron, el cingulo en los riñones, el báculo en la diestra y las sandalias en los pies, pan cocido sin levadura, porque la precipitación de su marcha no permitía otra cosa, cordero asado sobre las brasas del hogar, hierbas amargas y cogidas en las orillas del río, aperebiéndose y preparándose así para la pascua ó paso del Egipto á la tierra prometida. Los preparativos de viaje debieron costar mucho, por el empeño de llevarlo todo consigo cada cual; y seguramente no lo emprendieran y acabaran sin la organización que dió á todo ello Moisés, sin la palabra de Aarón, sin el consejo

persuasivo de María. Por fin, seiscientos mil hombres de á pie, sin contar los niños, dejaron la tierra de Gessén para ir en busca de la tierra de Canaán. Y también salió con ellos grande muchedumbre de gentes extrañas y diversas. Así éstas, como los hebreos, extrajeron cuanto poseían, y aun lo que á sus vecinos emprentaran, con especial aquellos ganados á cuya partida se opuso con tanto empeño el soberbio Faraón. La única precaución tomada consistió en cocer tortas sin levadura, tomándolas de una gran copia de masa extraída con precipitación, por no darles tiempo las amenazas egipcias ni aun á detenerse para preparar y apereibir la comida. El santo libro prescribe una conmemoración de tal hecho en las palabras que siguen: «Esta es noche de guardar á Jehovah, por habernos sacado en ella de la tierra de Egipto. Esta noche deben guardar á Jehovah todos los hijos de Israel en todas sus generaciones.» Un desierto debían pasar para ir de Gessén al mar Bermejo, como debían pasar otro desierto para ir del mar Bermejo sobre la tierra prometida. Pero la esperanza de tal modo los mantenía en aquellos primeros instantes, y el desengaño tan lejos se hallaba de sus corazones, que vieron por el ardoroso desierto, donde la vista finge con tal facilidad ilusiones reverberadas por la refracción de aquella luz, espejismos varios que les fingían

una especie de nube, tan encendida en unas horas y tan acuosa en otras, que los guarecía con su sombra de los rayos del sol por los días é iluminábalos por las noches. Avisado Faraón de que huían los hebreos, requirió las armas de su ejército, montó los jinetes de su caballería, unció los carros de guerra y lanzóse airado en su persecución. Pero entonces Dios quiso, en aquel sublime instante, que pasaran á pie enjuto los hebreos, mientras quedaron sumergidos los Faraones. Y he aquí el cántico de Moisés, entonado por María, con quien cantaban en coro las mujeres de Israel. Y dice así este cántico:

«Cantemos al Señor, que, glorificándose á sí mismo, sumergió en la mar el caballo y el caballero. La fuerza y la gloria de Israel están todas en el Señor, que fué nuestra salvación. Él es nuestro Dios, y por eso le glorificamos; Él es el Dios de nuestros padres, y por eso lo exaltaremos sobre todos los seres. Jehovah, es su nombre, Jehovah el nombre de este guerrero invencible. Y Él ha precipitado en las aguas los carros de guerra y los ejércitos de Faraón. El mayor entre los príncipes egipcios yace dentro del mar Rojo. Los abismos le cubren, los abismos que se lo han tragado como si fuera una piedra. Tu diestra, Señor, se ha señalado por su fuerza, tu diestra hiere al enemigo. Aniquilástelo en la inmen-

sidad de tu gloria, consumístelo como débil arista en el incendio de tu cólera. Las aguas se han encrepado al soplo de tu furor, las corrientes se han detenido, los abismos se han allanado en los fondos del mar. El enemigo ha dicho: yo le perseguiré, yo le alcanzaré, yo distribuiré sus despojos y mi corazón quedará satisfecho, yo desenvainaré la espada y lo exterminaré entre mis manos. Has enviado tu aliento, y el mar los ha cubierto y hanse hundido como el plomo en las profundas aguas. ¿Quién te iguala en fuerza, Señor? ¿Quién se asemeja á ti? Grande en tu santidad, terrible en tus prodigios. Extendiste la mano y los devoró la tierra. En tu bondad guiaste á tu pueblo, que has emancipado, y lo condujiste con tu pujanza al lugar de tu santísima morada. Los pueblos se han levantado en su cólera. Los filisteos han sido sobrecogidos de dolor, los príncipes de Edom conturbados, el espanto ha sorprendido á los fuertes de Moab y los habitantes de Canaán se han secado de miedo. Que el frío del terror á tu formidable brazo les invada; que se petrifiquen hasta que tu pueblo haya pasado, este pueblo que has querido hacer tuyo. Tú le conducirás, le establecerás sobre la montaña de tu heredad en la sólida mansión que has construído, Señor, en el santuario que tus manos han fundado. El Señor reinará en la eternidad más que duren los siglos.

Faraón ha entrado en el mar con sus carros, con sus caballos; el Señor ha arremolinado sobre él todas las aguas, y los hijos de Israel han pasado á pie enjuto. Cantemos al Señor, que se ha glorificado á sí mismo, precipitando en el mar al caballo y al caballero.»

Este cántico, entonado en coro, demostraba que había un pueblo en aquel infinito desierto. El arte servía con sus inspiraciones intuitivas para llevar este pueblo donde la religión intentaba; es, á saber, al reconocimiento de su interior unidad, demostrada por el Dios único, por la fe una, por el cantar unísono como los simofines del desierto, y en coro cual conviene á la voz de todo un pueblo. Este combate de una raza oprimida con sus opresores; la decisión de abandonar un sitio delicioso en busca de otro estéril para entregarse á la libertad; el rompimiento y rota de los déspotas por una idea superior en fuerza y vigor á ellos y á sus ejércitos; la constitución de un Estado, que se funda por iniciativa de alta inteligencia y se mantiene por el sacerdocio espiritual de la palabra; estas fulgurantes explosiones del arte, subiendo en estrofas de versos maravillosísimos y en cadencias de música sublime á las alturas, enseñan una tan grande transformación del humano linaje, que bien puede llamarse otra la humanidad, libre allá en el desierto

enteramente rendido al espíritu que lo puebla con sus ideas y coronada por la estrella de su Dios, que la espiritualiza y agranda. Comparad el esfuerzo, latente bajo todas las impurezas de una turbia realidad histórica, que redime á Israel, con la servidumbre del troglodita primitivo, abrumado bajo el peso de la materia, juguete vil de la fuerza, y decidme luégo si ha caminado la humanidad entera, saliendo desde la caverna del oso gigante, donde las raíces de su vida se confundían con las raíces de toda la otra vida animal, hasta las cumbres del Sinai altísimo, inundadas por el espíritu de Dios. Aquella tierra epiléptica, sobre cuyos estremecimientos no podíamos poner la planta, se ha trocado en este uniforme y sumiso desierto, que podemos surcar en todas direcciones á nuestro arbitrio; aquel monte, desgarrado por una tormenta interior, vomitando volcánicas erupciones de sus abiertas cimas y agitado por estruendo de terremotos en sus bases, truécase por la granítica, fría, inmóvil, serena montaña, que parece como una escalera de pórfido cuyas gradas brindan una material ascensión á los cielos lejanos; aquella madriguera lacustre, donde reivindicaba el hombre prehistórico los estrechos espacios indispensables á su vida rudimentaria, en combates sin término y sin tregua con los elementos subvertidos y con las especies carniceras y en-

carnizadas, se ha trocado en la tienda clemente, bajo la cual se abriga familia unida por lazos espirituales y agrandada en el seno de Dios, pues una sociedad nueva, una sociedad libre, una sociedad progresiva nace al ideal encontrado en la conciencia humana como esos nidos que se animan de vida, y de aleteos, y de amores, y de cánticos al calor de la primavera. Comprended ahora por qué ha subsistido tanto tiempo el Dios revelado en los desiertos y conducido de región en región por los pobres nómadas pastores designados con los nombres de Abraham y de Jacob. Comprended por qué su tienda portátil, de blanco lino, ha superado los templos construídos con gigantescas moles de impenetrable pórfido. Comprended por qué las tablas sencillas de su moral se han levantado sobre todos los libros y sobre todas las ciencias. Comprended por qué hoy mismo celebramos aquella pascua, comemos en aquella cena, pedimos el pan con que se alimentaron los que comenzaban el éxodo santo, porque aquel Dios es el Dios de la libertad, y los himnos resonantes en las alturas del Horeb y del Sinaí la oda triunfal de la humana conciencia redimida y salvada de un cautiverio como el de Egipto y de un despotismo como el ejercido por los soberbios Faraones sobre las espaldas encorvadas de tantos pueblos siervos.

¿Extrañaréis ahora que nos detengamos en presencia de María y, oyéndola cantar, la saludemos como la primer sacerdotisa de la libertad en el mundo? Yo la veo, después de haber atravesado el desierto que media entre la tierra de Gessén y las orillas del mar Rojo, así como el desierto que media entre las orillas del mar Rojo y las raíces del alto Sinaí, guiando, en compañía de sus hermanos, el pueblo escogido al santuario de su emancipación, y después de haberlo guiado enardeciéndolo para continuar y rematar la obra redentora con su poesía y con sus cánticos. Paréceme verla, envuelta en su túnica, que le baja desde la garganta, en pliegues artísticos, á los piés; el velo prendido á la cabeza por un lazo y cayéndole sobre las espaldas y tocándole hasta en los talones; las dos trenzas negras, que descienden sobre su pecho allende la cintura; extáticos los negros y profundos ojos en las contemplaciones celestiales; vibrantes los labios con el cántico; la cítara en las manos, que dan, rozando con sus dedos las cuerdas, una especie de compás al pueblo de Israel para que baile sacra danza en aquellos interminables desiertos, donde la unidad del suelo, la unidad del horizonte, la unidad del sol, revelan el incomunicable nombre de Dios único. Mucho se habla en todas las historias de aquella pitonisa que pronuncia oraculares palabras

sobre la trípode de Delfos; mucho de aquella vestal, que guarda el fuego de la sacra vida romana en el templo consagrado á la diosa Vesta; mucho de aquellas matronas, como Lucrecia y Virginia, en el mundo clásico, sobre cuyos cadáveres se levantaron la república de los cónsules y la democracia de los tribunos, y nadie se acuerda, nadie, al rastrear la historia dolorosa del progreso humano, nadie se acuerda en el mundo moderno, que ha tenido un laurel reservado á todas las glorias, nadie, de una mujer como la María del Sinaí, cuya voz ha entonado en el oído de los siervos la primer estrofa del himno de la libertad. Yo la recuerdo. Su figura está en el templo levantado por mi agradecimiento entre las figuras hieráticas de los más viejos y más antiguos redentores. El cántico por ella entonado en loor al Dios de la libertad y al pueblo de la peregrinación me arroba, como el sermón de la montaña, donde se contienen los apólogos precursores de mis redenciones múltiples; como el coral de aquel monje que da su voz de libertad á mi conciencia; como el himno de aquel revolucionario que celebra la fundición en el calor espiritual de todas las cadenas y el triunfo de todos los derechos. Sin esa primer iniciación en los cielos de la libertad, acaso jamás hubiéramos llegado á esta plenitud de vida en la cual ya poseemos todo nuestro espíritu

por una serie graduada de maravillosos esfuerzos, que tomaron carrera y aliento al pie del Sinaí, cuando María pulsaba su cítara, llenando de ideas vívidas y vivificadoras los desiertos inmensos. La cítara no puede aparecernos en manos á las cuales cuadre tanto como las manos de una hermosa mujer. Esas canciones alzadas en tropel desde los piés del Sinaí á las alturas del cielo, volarán de siglos en siglos y animarán á pueblos de pueblos. Cuantos quieran combatir por el hogar propio, por la patria idolatrada, por la esposa y los hijos, por el sacrosanto derecho, tendrán que repetirlos en toda la redondez del planeta y que aclamarlos como la revelación más pura y más genuina del Eterno. Aquí empieza el cántico de la libertad. Ese Faraón soberbio, que pierde su corona y que se abisma en los mares; ese fortísimo ejército, que se rompe como cosa frágil y se cae despeñado en lo profundo; esos carros de guerra, que se destrozan; esas aguas, que se abren para dejar paso á los oprimidos y se cierran sobre la frente de los opresores ¡ah! representan y representarán por toda una eternidad el primer triunfo de la idea sobre la materia inerte y de la libertad sobre la fuerza bruta. He ahí por qué, si ha cantado al Señor María, nosotros, los emancipados por las estancias de tal himno, debemos cantar á María y aclamarla en todos nuestros agras-

decidos recuerdos como la primer profetisa de la humana libertad.

Volvamos á la narración bíblica: «Y María, dice, la profetisa, hermana de Aarón, tomó cítara en mano, y todas las mujeres en pos de ella salieron tañendo cítaras y provocando á danzas.» Y María les daba lo que llamamos en letras estribillo y en música retornelo, que dice así: «Cantad á Jehovah, porque se ha engrandecido en extremo, sumergiendo al caballo y al caballero en los hondos mares.» Pero el entusiasmo no puede mantenerse mucho tiempo, ni siquiera tras las grandes victorias de nuestra mísera vida y tras sus más naturales exaltaciones. Después de haber vencido, como vencieron, sin combate, por la fuerza divina de su idea, y de haber cantado en versos y cadencias este triunfo, necesitaban los hijos de Israel organizarse de algún modo para continuar una marcha y abrir un camino que no podían parecerse ni á la marcha ni al camino de los nómadas, compuesta como se hallaba la sociedad suya de gentes innumerables, bien diversas de una corta y primitiva familia. Por todas partes debían encontrar obstáculos y pesares. En el mundo, lo que aguardamos brilla como una estrella, y lo que poseemos se oscurece como una noche. Lo primero que sintieran los israelitas en aquella soledad inmensa fué sed y sed,

el gran achaque de los nómadas, la terrible plaga del desierto. Y al tener sed, comparaban instintivamente, sin poder en modo alguno remediarlo, aquella terrible aridez con las fecundísimas aguas del providente Nilo. En tres días no hallaron manantial, arroyo, fuente ninguna. Los pobres no podían materialmente andar. Sus ojos febriles inquirían por todas partes el agua refrescante, y sus labios áridos la invocaban con verdadera impaciencia. Muchos se tendían en aquel suelo abrasado y demandaban á voces la muerte por no poder sufrir tales tormentos. Al cabo de mucho padecer y de mucho andar, dieron felizmente con algún que otro remanso, á cuya vista se lanzaron violentamente sobre aquella su clara linfa. Pero ¡terrible desengaño! eran aguas amarguísimas aquellas y no potables. El pueblo comenzó á murmurar de quienes les habían arrojado al desierto, separándolos del fecundo Nilo. Les habían prometido una tierra fértil y encontraban una tierra estéril; habíanles dicho que los arroyos de leche y miel correrían bajo sus plantas, y no encontraban ni un sorbo de agua con que refrescar sus áridos labios y su paladar aridísimo. Mara llamaron á la tierra por causa del amargor de sus aguas. Pero la sabiduría de Moisés conjuró esta dificultad terrible de aquel terreno, y ocurrió á las necesidades múltiples de aquellas gentes,

endulzando por un procedimiento que sólo él sabía las aguas y devolviéndoles el sabor necesario á la bebida. Luégo tuvieron hambre. Este dolor les afectaba tanto más cuanto que les traía por modo natural á las mientes una instintiva comparación entre su miseria y las múltiples abundancias en que habían allá en Egipto nadado. En vano llovieron los aires el maná tan encarecido por la Biblia. Los israelitas continuaban murmurando á una de su nuevo estado, como dolidos por haberse puesto en cobre, y necesitados de retroceder al mal, de cuyo seno salieran los infelices con tan extraordinario esfuerzo propio y tan patente asistencia divina. La peregrinación por el desierto anticipa, como en símbolo, el estado moral de todos los pueblos que han conseguido una transformación más ó menos radical y profunda. Todos á una se forjan ideas muy halagüeñas respecto de lo porvenir, y todos á una se dejan, cuando lo porvenir se ha trocado en lo presente, pedazos de su corazón sobre los abrojos de la tristísima é impura realidad. Así el hebreo, que tanto se quejara del egipcio látigo y que tantas lágrimas vertiera sobre la tierra antes regada por su propio sudor, después de haber vencido y entonado el himno de victoria, no encontraba la transformación cumplida en el tiempo, armónica y consonante con las esperanzas que abrigara en el pe-

cho. Y los ardores de aquellos climas abrasados, la esterilidad completa de aquel desierto encendido, la sed que secaba sus labios, el hambre de que á cada paso adolecía en los inmensos arenales, hacíale añorarse y echar de menos la vida pasada que aborreciera con tan profundo aborrecimiento. Si pudiéramos aplicar á los viejos tiempos las ideas modernas, con seguridad veríamos aquí, en este desengaño, las naturales reacciones que suceden siempre, como un reflujo necesario, al estallido estruendoso y á la fulguración magnífica de todas las revoluciones excesivas. El maravilloso legislador que los había redimido á todos y sacádoles de la cautividad, no se libertaba del universal anatema, y oía cómo los redimidos por su esfuerzo le denostaban y maldecían cual nunca denostaron ni maldijeron á los mismos Faraones.

Una de las cualidades que más distinguen á Moisés y más lo exaltan á los ojos de la historia es el arte supremo con que acertó á dividir así el trabajo como el poder entre todos los suyos. Los antiguos déspotas de Oriente se creían monarcas, jueces, generales, pontífices, en una palabra, dioses. En esta confusión de todas las grandes funciones sociales, aglomeradas tristemente sobre una sola cabeza, encontrábase la venenosa raíz del oriental despotismo. Moisés dividió las funciones sociales,

dando á cada cual con acierto la suya respectiva, según sus aptitudes y propensiones. María fué para Moisés el arte semítico en sus dos formas verdaderamente propias de música y poesía. Aarón fué para Moisés el sacerdocio, que pudo él arrogarse á virtud de tantos méritos como lo enaltecían y de las revelaciones que Dios había depositado en su seno. Pues bien; así como María fuera el arte para Moisés y Aarón el sacerdocio, Josué la guerra. Nunca Moisés quiso vincular en sí únicamente la grande autoridad social que deben tener los guías y directores del pueblo. Mientras el caudillo Ameleck les cerraba el camino, Moisés defería la defensa en manos de Josué y se arrodillaba en lo alto de un monte para tender los brazos al cielo y pedirle su inmediato auxilio. Pero no se contentó con dividir entre varios el poder artístico, el poder sacerdotal, el poder militar; dividió también con los suyos las grandes atribuciones judiciales que había ejercido por tanto tiempo y con tanta gloria. El Éxodo, en su capítulo décimooctavo, nos refiere todo esto con una encantadora sencillez. La escena pasa en el desierto entre Jetró, suegro de Moisés, y éste. Y aconteció que á otro día se asentó Moisés á juzgar al pueblo, y el pueblo estuvo delante de Moisés desde la mañana hasta la tarde. Y como el suegro se maravillara y extrañase de que consu-

miera en esto tanto tiempo, díjole cómo todos iban á él en sus diferencias y litigios, necesitando así consumir para su bien todo el día. «No procedes con cordura. Desfallecerás del todo tú y también el pueblo que llevas contigo, porque la faena resulta demasiado pesada y larga para uno solo. Inquiérese, pues, entre todo el pueblo aquellos varones de virtud, temerosos de Dios y aborrecedores de la mentira y de la avaricia. Constituye uno de ellos como juez sobre cada diez, sobre cada ciento, sobre cada mil, y déjalos juzgar. Para que puedan más fácilmente proceder, y menos errores perpetrar, fija leyes á las cuales puedan ajustar sus decisiones. Deja lo arduo y supremo para la irrevocable apelación á ti. Si esto hicieres, Dios te prosperará.» Y Moisés instituyó los jueces que juzgaron al pueblo. Así aquella sociedad comenzaba obteniendo poco á poco los órganos indispensables á su verdadera organización. Y estos órganos se completaban maravillosamente con uno tan excelso cual ese poder de los jueces que sentenciaban en los varios litigios y discernían, así de lo justo como de lo injusto, y daban en justicia y en razón á cada cual todo aquello que le pertenecía. Por tal manera se fué allá en los surcos del desierto la vida interior de Israel organizando. Y Moisés fué como el poder político, y Aarón como el poder sacerdotal, y María

como el poder artístico, y Josué como el poder militar, y los jueces instituidos por Moisés mismo y obligados á cumplir y observar las leyes como el gran poder judicial que decide en los litigios y aplica las legislaciones.

Naturalmente, los prodigios hechos por Moisés no fueran posibles en aquel tiempo, si tan grande legislador no los hiciera siempre y en todas partes á nombre de Dios. Y como quiera que las montañas muy atractivas se alzan sobre aquellos arenales del desierto, á manera que las islas se alzan sobre las aguas del mar, en la montaña encontraba Moisés vasta soledad para sus meditaciones, como en las meditaciones ardiente y luminosa inspiración para su obra. Este gran político, fundador de una democracia y de una república, entre tantos imperios como abrumaban con su peso el Asia y el África, sólo admitía, según sus grandes sentimientos de igualdad, una excepción, la de sus personales comunicaciones con el Eterno allá en la cumbre de las montañas, tenidas por aquellos pueblos como escalas para subir á lo infinito, como columnas para sostener el cielo, como santuarios para departir con Dios. Así Moisés no dejaba que ni el mismo Aarón, su hermano y su pontífice, ascendiese con él á las alturas del monte y con él hablase á Dios. Así, en la hora de ascender para tomar ya las tablas de la

ley mosaica, ya el Decálogo donde se hallaban los preceptos morales y religiosos, Moisés designaba un límite al paso del pueblo y no le permitía subir allende lo designado, que separaba, digámoslo así, las regiones reales y naturales donde vivía su gente de aquellas otras altísimas y sobrenaturales donde vivía su idea. En el Horeb vió Moisés arder sin consumirse la zarza milagrosa que renovaba la idea del Dios único alcanzada por la religiosidad suma de Abraham y oscurecida por el terrible cautiverio de Egipto; en el Sináí, más tarde, cuando ya el éxodo se había verificado y el cantar de triunfo dicho por María en coro con todas las mujeres de Israel había por los espacios inmensos repercutido, Moisés ascendió á las cumbres, y entre los estremecimientos del terremoto, los estampidos del trueno, los centelleos del relámpago, las chispas del rayo, promulgó la religión monoteísta y uniforme, tan de suyo concordante con las desolaciones del desierto y con las ideas del semita. Sí, uno de los días mayores de la historia resultará siempre aquel creador y divino en cuyas horas el alma humana concibió, entre deliquios y éxtasis, por intuiciones milagrosas, á los sacudimientos del suelo que parecía estremecerse por recibir tal depósito y á las tempestades del empíreo que parecía descargarse como de un un peso, por confiarlo á la

tierra, el principio sublime de un Dios espiritual, eterno, pródigo, principio generador de la libertad humana é indispensable á su íntimo peculiar desarrollo. Por eso, tanto como la montaña donde se alzara el Partenón; tanto como la montaña donde surgiera el tribunado; tanto como la montaña del Calvario, donde se inmolará por nosotros el Redentor, brilla esta montaña del Sinaí, fluyendo las dos ideas capitales de la historia universal, sí, la idea de la libertad y la idea de Dios. Ese ha sido el gran ministerio de Moisés en la tierra: fundar el gobierno directo de Dios, por medio de una legislación fija y de una república democrática, sobre la libertad del hombre, tal como podía concebirse y aplicarse allá entre gentes tan primitivas, en Estado tan joven y en siglos tan distantes. El Dios espíritu y la libertad humana: he ahí los dos polos entre los cuales deberá girar la civilización universal.

Toda grande obra social tropieza, no solamente con las dificultades que sus enemigos le oponen, sino con aquellas, mayores aún, que le oponen los mismos á quienes favorece y sirve. Para su comercio con el pueblo y para sus coloquios con el cielo, necesitaba mucho Moisés aislarse allá en la cumbre de las montañas, pues tras estos grandes retiros, y apartamientos y soledades continuas, descendía como si el soplo de Dios le hubiese oreado la faz y encen-

díndole una especie de llama divina en la frente. Una vez decidió pasarse cuarenta días con cuarenta noches en aquellas altas cumbres donde su espíritu erigía con facilidad un templo ideal á Dios, recibiendo de Dios, en cambio, aquellas secretas é íntimas confianzas reservadas á un tan superior espíritu como el suyo, siempre sublimado hacia lo ideal y en relación estrecha siempre con lo infinito. Larga en verdad tal ausencia, pues poco apto el pueblo para dirigirse á sí mismo, había menester de su guía, único entre todos capaz de columbrar los horizontes donde se guarda lo futuro. Y aun teniendo á su caudillo muchas veces desmayaba y decaía en términos de rodar á los abismos de la reacción idólatra y volver de nuevo á las supersticiones egipcias. Como quiera que hubiese pasado muchas hambres, dolídose de abrasadora sed, puesto mil veces enfrente la propia miseria de los días aquellos con la grande abundancia de los días pasados, al cerrarse todas las cicatrices por medio de un olvido eficaz, Israel soñaba con Egipto y hasta muchas veces anteponía los Faraones á sus profetas. La tierra de Gessén brillaba con todos sus encantos á los ojos de aquel pueblo desagradecido que iba sobreponiendo á los intereses y á los elementos intelectuales el bienestar material. Así recordaba los estanques poblados de peces y aves acuáticas; los prados en que

las vacas se anegaban dentro del heno como ebrias por la exhalación de sus aromas; los áureos montones de trigo elevados sobre las eras al cielo; aquellas embarcaciones que traían en sus vientres á las vecinas costas copia de varios productos; aquellos sicomoros gigantes donde quizá las aves del diluvio se posaran después de haber visto el iris; aquellas palmas resonantes que al beso de las brisas cantaban y producían sobre un suelo fresco grata sombra; todos los bienes perdidos y trocados por un desierto desolador, por unas peñas áridas, por unas fuentes amargas, por un maná insípido, sobre todo, comparado á las rebosantes marmitas egipcias donde se cocían tan ricos alimentos, con una peregrinación fatigosa é incesante, á cuyo término sólo podían hallar una tierra quizás menos grata y menos próspera todavía que los espacios por donde iban gimiendo, con los ojos vueltos hacia atrás y con toda esperanza perdida y acabada en sus destrozados corazones. Repetíase un estado moral muy semejante de suyo á ese estado moral moderno en que tantas veces caen las muchedumbres deslumbradas y seducidas por la utopía, cuando no encuentran en su libertad y en su emancipación todos aquellos bienes con que habían soñado con insistencia en el período primaveral de vívidas y engañosas ilusiones, á las que no responde ni

responderá jamás ninguna realidad en el mundo. Y lo primero que hacían estos israelitas, heridos por el desengaño, era convertir el recuerdo y el pensamiento hacia los pasados tiempos y hacia los pueblos opresores y enemigos, pidiendo una vuelta pronta en cambio de prestarles un culto como el antiguo, impuesto á sus corazones desengañados ahora por las amarguras de toda realidad y por las tristes asperezas del desierto.

Luégo el arte de los egipcios debía seducirlos y encantarlos con sus numerosos prestigios. Aquellos monumentos colosales que desafiaban las montañas producidas por la misma naturaleza; los frescos multicolores de que se hallaban como esmaltados; aquellas paredes semejantes en espesor á grandes cordilleras; los colosos asentados sobre sedes del grandor de una colina; los palacios interminables y semejantes á verdaderas ciudades; las Isis y los Osiris de bronce áureo brillando al sol deslumbrador del Africa; las esfinges de granito rosa con su diadema de jeroglíficos; aquellos panteones en que las momias parecían, más que muertas, dormidas; aquellas estatuas de todos tamaños componiendo por doquier coros de dioses visibles; los templos titánicos de columnas tan gruesas que podían sostener el cielo; las decoraciones deslumbradoras dispuestas como para servir de teatro á

escenas épicas; las tumbas tan admiradas y queridas, las cuales constituían como poblaciones enteras que comunicaban á los vivos con los muertos; los obeliscos sembrados de inscripciones; las fiestas sacerdotales tan llamativas por lo bellas; todo lo que habían maldecido tanto y de que tanto ahora se añoraban, volvía con sus espejismos á encadenarlos y someterlos, ejerciendo sobre su alma el imperio de una fascinación tal, que no dudaban un punto en aceptar la idolatría y hasta la servidumbre, de cuyo seno huyeron tras largos y porfiados combates, convirtiendo así en derrota sus mismas deslumbradoras victorias. La Biblia nos refiere hasta qué punto cayó el pueblo escogido en esta especie de idolátrica reacción, á la cual debían haberle arrancado por siempre un éxodo tan apetecible y tan feliz cual su éxodo de Egipto, y un caudillo tan grande cual su legislador Moisés. Mas, al poco tiempo de hallarse en las cumbres del apartado monte donde se habían recogido por espacio de unas de seis semanas, el pueblo comenzó á desesperarse y á pedir un ídolo como aquellos que había dejado en tierra de Gessén, para ver si este ídolo podía devolverle sus llorados bienes. Y, en efecto, no hay sino mirar los templos y los altares del Egipto para comprender cómo todos estaban consagrados á divinidades, las cuales

tenían alguna relación más ó menos estrecha con la naturaleza orgánica. En aquellos tiempos del predominio de la materia y entre aquellos pueblos de rudo combate con los elementos, el animal, que auxiliaba con sus fuerzas á vencer las plagas materiales, debía encontrar un fácil culto en todos los corazones y tener espléndidos altares en todos los templos. Ninguno entre los animales como la vaca, de ojos hermosísimos, de piel preciada, de resistencia enorme, tan fuerte y animosa como paciente, cuya leche, no sólo nutre, sino también medicina, cuyo lomo lleva el arado fecundante cooperando así con su trabajo al surco donde brotan y crecen las espigas de que sacamos el pan de cada día. Los muchos templos y los muchos altares que al buey Apis ofrecían los egipcios demuestran lo muy arraigado que se hallaba el culto de semejantes animales entre los habitantes del abundoso Nilo. Y sabido es que no solamente allí, en África, se prestaba culto á bueyes, vacas, becerros y terneras, se le prestaba también allá en la India, donde muchas sectas y religiones llegaron á creer que una vaca nutrió en sus tetas el universo entero.

Así, en los cuarenta días que faltó Moisés á su pueblo, pidió éste un ídolo, cual aquellos del Egipto, y Aarón, en persona, se conformó con esta demanda, y fué cómplice, si no autor, de semejante retroceso

á la vieja idolatría. ¡Cuán incierta debía estar la nueva idea en el ánimo de aquellas gentes! ¡Cuán poco arraigada la religión por Moisés concebida en sus largas meditaciones, cuando todo un Aarón, perteneciente á la familia de Leví, hijo de una mujer como Jocabel, descendiente directo de Jacob, orador elocuentísimo, revestido con la confianza de Moisés, puesto en el sacerdocio porque ninguno podía estar tan penetrado como él de la idea divina y ninguno ser tan acepto como él á Jehovah, no solamente vacila, sino que cae ¡infeliz! en el gran pecado, y recoge todo el oro habido á mano con el fin de levantar un ídolo que calme las ansias de aquel pueblo, vuelto por inevitables retrogradaciones á la perniciosa é infame idolatría, de la cual Dios, con su misericordia, y Moisés, con su esfuerzo, le habían sacado, para que fuese como el primate y superior entre todos los humanos! El pecado terrible de Aarón prueba cuán fácilmente tropezaban y caían las muchedumbres, cuando las almas superiores no estaban exentas, por su parte, de tamaña debilidad.

María, en esta ocasión, seguramente no debió cumplir el ministerio que le confiara su hermano Moisés, pues, de haberlo cumplido, mentara tal cumplimiento, con verdaderos loores, el inspirado historiador. Si una sola persona, una sola, se hu-

biese opuesto al pecado idolátrico, no faltara su mención en la Biblia. María tropezó indudablemente, allá en el recuerdo de los pasados ídolos, viendo tropezar á su hermano Aarón, que tantas razones debía tener para sostenerse firme y erguido por la fuerza de su pensamiento y por la fuerza de su voluntad. La mujer, naturalmente, pertenece á la categoría de los seres móviles, tiernos, de nervios dispuestos á grandes agitaciones, de corazón abierto á toda nueva impresión, de fantasía muy animada y muy viva, por lo cual no puede, no, exigírsele aquella responsabilidad que naturalmente compete á quien tiene ánimo entero, sabiduría, experiencia, fortaleza y un ministerio sacerdotal, como el viejo pontífice, su hermano Aarón. Por lo mismo que María era poetisa, por lo mismo que tal índole y complexión de alma y de carácter en ella dominaba, es mucho más excusable su debilidad, que indudablemente se había rendido á tantos desengaños como llevaba en su alma el pueblo hebreo y á tantos clamores como partían de todos estos desengaños en tropel. Con suma dificultad una mujer de condición tierna y de fantasía poética se hubiera sobrepuesto siempre á las quejas de un pueblo que había entrevisto felicidades sin número y sólo había sentido desengaños sin medida. La sed, el hambre, la miseria, los manantiales amargos, los simoú-

nes abrasadores, la existencia nómada de nuevo, la felicidad perdida, según sus desengaños, para siempre, las largas ausencias de Moisés, el reemplazo de una sociedad brillante por una sociedad austera, la sustitución de unos ídolos deslumbradores con meras fórmulas, puramente idealistas, todo eso debía retrotraer el ánimo y el entendimiento del hebreo á los tiempos pasados y explicar una tan grande abominación como el restablecimiento de sensual culto á dioses formados como cualquier bruto en los inferiores senos de la materia orgánica, cuando el Dios espíritu había surgido ya en los espacios del alma y revelándose á un pueblo predilecto. Pero así aparece necesariamente por siglos de siglos en la historia el hombre. Para cada progreso á realizar encontraréis profetas, reveladores, mártires, verbos que hablan la lengua de los dioses y que iluminan con sus idealidades hasta los abismos donde yacen las muchedumbres más ignaras, y después que se ha realizado el progreso, después que ha vestido el ideal carne y se ha regado esta carne con sangre, después que se pasa á la vida desde la mente y á la realidad desde la idea, ¡oh! el desengaño sobreviene, la reacción se impone y una serie de retrogradaciones inevitables sucede á los anteriores adelantos, porque así lo prescriben leyes eternas de la historia. Por eso, el Éxodo de Egipto

quedará siempre como un testimonio en los anales, como un tópico en las lenguas, como un ejemplo en las doctrinas, como una enseñanza en las ciencias espirituales de cuánto cuesta pasar de un punto á otro punto en el espacio, de un período á otro período en el tiempo, de un término á otro término en la serie, de una evolución á otra evolución en el progreso.

Cuando el retroceso en que los israelitas cayeran arrastró involuntariamente á sacerdotes como el pontífice Aarón, á poetisas como la inspirada María, después de haber el uno prestado culto á Jehovah y de haber la otra enardecido al pueblo con el cántico de victoria, nada ya puede con razón y con fundamento extrañarnos en estas grandes crisis que parecen como el génesis de la humanidad. El pueblo israelita no podía satisfacerse con aquellos preceptos espirituales, con aquella religión filosófica, con la ley encerrada en portátil arca y con el Dios invisible traído por Abraham de luengas tierras, renovado por Moisés en las alturas del Sinaí; todo esto resultaba demasiado ideal, demasiado etéreo, demasiado abstracto para quien había visto los dioses colosales encerrados en templos tan gigantescos cual un mundo, con bóvedas parecidas al cielo, con atrios cuyos intercolumnios titánicos tomaban perspectivas en el espacio semejantes á las

tomadas por los siglos en el tiempo, y á cuyas puertas conducían seiscientas esfinges allí colocadas como un ejército guardando fortalezas embebidas de incienso y rebosantes de ideas. El pueblo quería dioses que fueran delante de él, porque á los pocos días de haberse ausentado Moisés, y absorbiéndose allá lejos en sus meditaciones, dudaban de su existencia y no sabían qué le hubiese acontecido. Aarón y María, no menos acostumbrados al rito egipcio que sus gentes, demandáronles á cuantos se plañían los zarcillos, las pulseras, las tumbagas de oro, para forjar con todo ello un becerro semejante al áureo tantas veces adorado en las orillas del Nilo, y prestarle un culto por el cual recibieran mayores granjerías de las hasta entonces recibidas por el culto á Jehovah. Y el ídolo surgió, y al pié del ídolo erigieron aras con altares, y frente del ídolo alzaron holocaustos con sacrificios, y en derredor del ídolo bailaron y comieron en fiesta sensual bien diversa de aquellas fiestas sobrias y austeras que constituían la pascua y que preparaban á los grandiosos espirituales ejercicios. Ya podemos imaginarnos, conociendo á Moisés, aquel anciano que no brillaba por ninguna dote de alta expresión, pues había tenido que ceder todos los ministerios propios de la oratoria, todo su verbo, al hermano Aarón; y todo el ministerio de su poesía, todo su arte, á la herma-

na Mirjam ó María, cómo se puso viendo la corrupción del pueblo, su apartamiento del camino trazado, su idolatría servil á los dioses bajo los cuales padeciera servidumbre y sintiera sobre su cerviz el pié de los Faraones. A mayor abundamiento, cuando bajaba de las cumbres que le habían servido como escala increíble para subir al ideal trayendo consigo nuevas luminosísimas fórmulas de salvación y de ciencia, topaba con un pueblo ebrio, delirante, harto, fuera de sí, bailando y tañendo en orgías interminables, como si el paganismo estuviera por sus venas diluído y le poseyese un genio de perdición completamente opuesto al soplo divino comunicado por los labios del Criador á su espíritu. Moisés, que no dominaba por el arte, vinculado en María; ni por el verbo, en Aarón vinculado; ni por la fuerza, vinculada en Josué, y que sólo se distinguía, viejo, tartamudo, casi decrepito, por su voluntad y por su ascendiente moral, resolvióse á un feroz y tremendo castigo capaz de restablecer su autoridad y de curar á su pueblo.

Solemos creer que ciertas causas unicamente han debido apelar al terror y exceder á las humanas fuerzas en los horrores del castigo. La misma causa de Dios ha pasado por grandes horrores, quizás inevitables en las contingencias irremisibles de la humanidad y en la barbarie circunstancial de cier-

tos lejanos tiempos. Moisés cogió el oro con que forjaran los israelitas aquel becerro, triste objeto de su culto idolátrico, derritiólo en voraz fuego y propinólo á los más culpados. En la historia de nuestras desventuras hay un monarca español, llamado Pedro de Puñalet, que ha vivido con renombre de *Cruel* en los siglos por un hecho análogo, por haber fundido una campana en Valencia y haberle dado á beber el metal derretido á los soldados de la Unión, puestos en rebeldía contra su autoridad y su corona. Pero es el caso que Aarón y María contribuyeron más que las muchedumbres mismas á este acto de idolatría, y Moisés, no solamente los exentó del castigo á los demás impuesto con tanta crueldad, sino que los dejó irse de su presencia sin regañarles ni reconvenirles siquiera por tan extraño crimen. Así no es mucho que varios comentadores de la Biblia crean al sacerdote Aarón un mago del templo de Osiris y á la poetisa María una maga del templo de Isis, propensos, por tanto, uno y otra, en las incertidumbres conaturales con su respectivo estado, á retroceder frecuentemente hacia los sacerdotes y hacia los templos antiguos. El pueblo, que fuera exento del castigo, vistió luto por aquel triste caso, y en mucho tiempo no quiso brillar con ningún atavío. En las reconveniones con que Moisés acompañó la pena infli-

gida tan cruelmente al pueblo, llamólo duro de cerviz. Y, en efecto, gran dolor para el estadista sublime haber ascendido á las cumbres del Sinaí con el afán de recabar del cielo un código por mil generaciones observable, según su santidad, y ya vuelto, tras ayunos y penitencias, la revelación irradiando pura de su frente y el código en sus manos, encontrarse con que ha caído, no sólo el pueblo sacado por él de su cautiverio, sino su hermano, su hermana, los seres predilectos de su corazón, aquellos á quienes primero confiara su doctrina, en ciega idolatría. La idea se había personificado en Moisés. Cuando éste descendía del Sinaí ó entraba en el Tabernáculo, aquellos á quienes miraba con sus ojos profundos y reveladores caían en seguida rendidos y aclamaban el Dios tan centelleante y vivo en su mirada como en la zarza del Horeb ó como en la tempestad del Sinaí. Así el pueblo le decía que anduviera Moisés con él, y Moisés, por su parte, también le rogaba rendido á Dios que anduviera con su legislador y con su profeta. El primer Decálogo bajado de la montaña quedó roto en esta circunstancia suprema, por creer Moisés al pueblo israelita indigno de legislación tan sublime. Pero, así que se hubo purificado por su arrepentimiento Israel y redimido por su pena, Moisés creyó llegada la hora de fijar la legislación y subió de nuevo al

Sinaí, de cuyas cumbres trajo definitivamente ya ese Decálogo, al cual están sometidos todos los pueblos cultos en toda la redondez del planeta.

Efectivamente, la doctrina de Moisés era un sincretismo religioso muy parecido al sincretismo jurídico forjado más tarde por el pueblo romano en la historia. Estos dos sincretismos, el judío y el latino, han dado al hombre las dos unidades que constituyen, como los polos de la historia moderna, la unidad divina y la unidad humana. Roma recogió para esto, además de todo el movimiento científico heleno, por medio de sus estadistas y de sus sabios, todas las jurisprudencias particulares de los pueblos, por medio de sus pretores, constituyendo así la unidad civil del género humano, á lo menos de la humanidad culta, con la unidad también de su derecho. No hubiera sido posible llegar á esta cúspide altísima de la inteligencia universal sin que se fundara sobre un gran trabajo sincretico. El sincretismo religioso de Moisés debía preceder al sincretismo jurídico de Roma, como precede la raíz al fruto. Había, pues, en aquel pueblo nómada y errante, múltiples familias de diversos puntos venidas á componer este gran Océano espiritual, donde nuestras almas hoy mismo se animan. Aquella multitud tenía el elemento hebreo, el elemento egipcio, el elemento etiópico. Moisés representaba muy prin-

cialmente á los primeros. Pero leyendo con atención el Éxodo, échase de ver que no constituían tan sólo estos, los hebreos, la gran familia errante por el desierto. Los Faraones de la dinastía que Moisés combatiera no fueron indígenas. Venidos, merced á una conquista, como conquistadores, procedieron, sin duda, con una parte del mismo pueblo egipcio. Así no debe maravillarnos que muchos elementos del Nilo marcharan por el desierto en compañía de Israel. ¿Qué más? La idea de Dios uno, Criador, Todopoderoso, personal, se había profundamente arraigado en el alma de Moisés, merced á su estancia en el desierto de Madián. Y en este desierto dominaba Jetró, de origen etiópico, el cual dió á Moisés por mujer su hija, negra como el ébano. Y en este desierto de Madián, las ideas abrahánicas, aquellas ideas que dejaba como una estela el patriarca bíblico, merced á su vida nómada, tras las huellas de sus pasos ¡ah! dominaban con imperioso dominio. Por consecuencia, una corriente de ideas egipcias, otra corriente de ideas israelitas y otra corriente de ideas etiópicas desaguan en la doctrina mosaica. Y el hebreo no era un autóctono espontáneamente nacido en la tierra, no, era un caldeo, y, como caldeo, conservaba muchas reminiscencias de su origen. Para persuadirse á creer tal verdad no hay sino mirar

la importancia dada por Moisés al fuego que brilla en la zarza y que culebrea en el rayo. La parte moral del mosaísmo está patentemente copiada del Egipto, donde no en vano había tanto tiempo vivido; la parte litúrgica tomada de los iranos y de los persas, que atravesaban con tanta frecuencia ese desierto de Madián poblado por numerosas ideas, y todo él resulta un gran sincretismo sobre cuyos principios se levanta una grandiosa doctrina. Ya lo hemos dicho: el fuego tiene algo de Zoroastro; el Tabernáculo, guardado por serafines y puesto sobre garras, algo del Zendavesta; la tienda portátil, el Arca de las Alianzas, la nave mística, la mar de bronce, algo del Egipto; aquel sacerdocio, con la túnica de lino, con la estola de lino, con la tiara de lino, algo de la India; el santuario de oro, algo de Siria y Fenicia, pues todo ello resulta un gran sincretismo, formado en el seno de aquellos desiertos, que recibían como una lluvia fecundadora tanta copia de ideas. Pero lo verdaderamente original y que pertenece al pueblo escogido; lo que Abraham trajera de apartadas tierras; lo que Isaac guardara; lo que Jacob tendiera por las orillas del Nilo, no obstante las tentaciones egipcias; lo que Moisés purificara en la península siriaca y en el desierto de Madián, es aquella divinidad del Decálogo que preside y vivifica, después de relampa-

guear en el Sinaí, convertida en una luz perpetua, toda la humana historia.

Verdaderamente lo maravilloso de la obra mosaica es hallarse toda ella como vaciada en una sola idea, y lo que necesitó intentar de más milagroso la serie de medios conducentes á que un Dios espiritual, y una teocracia espiritualista, y una ley de fórmulas muy elevadas, y un poder divino entre varios representantes y entre varias personificaciones dominaran por su fuerza moral sobre un pueblo cuyas propensiones aparecían cada vez mas materialistas, ó, por lo menos, utilitarias. Cuando todo se organizaba en derredor de Israel bajo la forma de imperios despóticos, imperio Egipto, imperios Caldea y Asiria, imperios Persia y Media, Israel se organizaba en república y vivía bajo un gobierno completamente nacido de su seno y organizado por su voluntad y por su razón soberanas. Las tribus aparecen cada una de ellas cual pura democracia y unidas cual pura federación y república. Ninguna de las leyes dadas por Moisés, ni el Decálogo, se admite, sino después de haberlas aceptado los jefes de las tribus, y ninguno de estos jefes las acepta sino después de haber departido largamente con los suyos y consultado su voluntad y su pensamiento. Ya hemos visto cómo habiendo conservado Moisés en sus manos una gran parte del poder público con

el ejercicio de las grandes funciones judiciales, Jertró le disuade completamente de proceder así y le aconseja que nombre un gran jurado popular para que decida en los litigios de lo tuyo y de lo mío, atribuyendo á cada cual su respectivo derecho. Y esta división del poder espiritual y el poder temporal, considerada por nosotros como la gran conquista de los tiempos cristianos, hállase allí en simiente, merced á las dobles funciones desempeñadas y al doble ministerio ejercido por Moisés y Aarón, éste sacerdote, legislador aquél. Y no solamente hay un gobierno perpetuo de las tribus por sí mismas, sino que hay también un jurado popular perpetuo, y hasta un ejército con su jefe correspondiente, muy apartado, mucho, de todos los demás poderes públicos. Por consecuencia, Israel va constituyéndose, á medida que marcha y que atraviesa el desierto, en una libre y democrática república, la cual, por lo superior de sus códigos y por la virtud intelectual de sus doctrinas, llegará indudablemente á una victoria perpetua sobre todas las monarquías y sobre todos los reyes, así como á una influencia eterna en toda la futura historia. Y ahora se comprende todo el cuidado tenido por aquellos sus hombres eximios, por aquellos sus legisladores prudentes, por aquellos sus profetas inspirados, para tener á Israel en saludable aislamiento.

Dos razones había para mantener esta separación: una razón política, otra razón religiosa. Las monarquías tientan mucho á los pueblos, y, sobre todo, á los pueblos jóvenes y primitivos. Necesitadas todas ellas de un gran ejército y de un régimen militar poderoso, tienen que darse á la conquista, y la conquista les presta una exterioridad brillante de fuerza material muy deslumbradora. Y como la grandeza exterior tienta y seduce al vulgo ignaro, las monarquías suelen llevarse tras sí á los muchos incapacitados de ver en su vulgaridad irremediable cuánto más importa y vale de suyo la fuerza intelectual y moral que tienen las repúblicas. Para conservar, pues, la forma republicana en medio de tantas monarquías como pululaban en Asia y África, necesitábase que un pueblo tan diminuto como Israel se recluyera y aislara mucho dentro de sí mismo. Pero no había solamente la razón política que dejamos apuntada en justificación de su aislamiento: había también una razón religiosa. Si los reyes tientan la voluntad, los ídolos tientan la inteligencia. Como toda monarquía encuentra muchos partidarios entre aquellos que gustan de servir y no quieren ejercer ni su voluntad ni su pensamiento, encuentra todo ídolo muchos adoradores. Necesítase un esfuerzo interior para conocer al Dios espíritu, mientras sólo se necesita

un abrir de ojos para ver al grosero fetiche. Así como todos los pueblos que circundaban políticamente á Israel eran monárquicos, todos los pueblos que lo circundaban religiosamente, digámoslo así, eran idólatras. Y como se necesitaba tenerlo en un gran aislamiento político para que no cayera en la realeza, necesitábase tenerlo en un gran aislamiento teológico para que no cayera en la idolatría. Moisés había reprimido con mano fortísima toda propensión del pueblo á cualquiera de los grandes peligros supradichos. Había pasado por la espada con rigor implacable á los tres mil israelitas caídos al pie de los ídolos egipcios, y había sepultado vivos á dos teócratas que intentaron de sobreponer sus respectivas clases y sus respectivos intereses al gobierno del pueblo por el pueblo. Pero en lo que ponía capital empeño era en contrastar toda propensión monárquica. Mirad sus ejércitos: armados estaban para defender la libertad; mirad sus jueces: instituidos eran para regular el derecho; mirad sus tribus: organizadas aparecían para realizar la república. El patriarcado monárquico de Abraham y de Jacob habíase convertido bajo Moisés en una gran democracia republicana, tal como podían aquellos pueblos conllevarla. Por esa razón expide con tanto empeño á Josué contra el rey Amaleck. Este rey representa, no sólo una tribu idólatra

que quiere cerrar á otras varias tribus el camino hacia la tierra prometida, sino una monarquía patriarcal y guerrera que quiere cerrar á un pueblo nuevo el camino hacia la libertad. Quien acabó con el cautiverio de Egipto tenía bastante fuerza y bastante poder para impedir también esta retrogradación á la tiranía.

Hemos visto, en obra tan extraordinaria, la cooperación prestada por María y lo importante de tal cooperación. Mientras Moisés ideó separar á su pueblo de la idolatría pagana y de la servidumbre monárquica, en aquella mujer predestinada el gran legislador debió encontrarse con un auxiliar poderoso. Ella, más industriada en las ciencias y en las artes egipcias, por las relaciones de su familia con los reyes y con los sacerdotes, que todas las demás mujeres de su raza, debía poseer un gran ascendiente sobre los que la consideraban superior y moverlos á empresa tan grande como el desarraigo y apartamiento de un suelo con el cual se habían mezclado así los últimos restos de sus padres como las primeras lágrimas de sus hijos. Ella, en el trayecto desde las orillas del Nilo central á las orillas del mar Rojo, y desde las orillas del mar Rojo al pie del Sinaí, había sostenido á los débiles, consolado á los infelices, puesto el bálsamo de su palabra inspirada en las nuevas ideas con el bálsamo de su

medicina tomada en los viejos templos sobre tantas heridas como la peregrinación por el inmenso arenal y el combate con tantas dificultades invencibles les abriera en las carnes y en las almas. Ella después había entonado, acompañándose de melodiosos instrumentos, el himno á la libertad, cuyas estrofas todavía resuenan con encanto en nuestros oídos y enardecen con su ardor vivaz nuestros corazones. Estas largas peregrinaciones de los pueblos nómadas por los desiertos inmensos no podrían cumplirse de ningún modo si mientras un guía como el inspirado Moisés aperaba para ellas todo lo necesario, política, religiosa, militarmente, una mujer como María no aperciese todo lo que una inmensa familia nómada necesita para su existencia errante. Así ella sostuvo la moral del pueblo en los grandes trances, y cuando este poderosísimo sustento faltaba, todo padecía como en el caso aquel de la reacción hacia el culto egipcio y hacia el áureo becerro. Si Jetró auxilió á Moisés en la parte judicial de su obra, si Aarón en la parte litúrgica, si en la parte militar Josué, María le auxilió en dos puntos tan opuestos y culminantes como la parte artística y la parte doméstica de aquella peregrinación. En los primeros tiempos de la vida hebrea el recuerdo sacro de Sara parece una estrella fija por haber como representado la providencia de to-

dos en el sosegado movimiento de la primera vida nómada. Mas la esposa de Abraham ocurría con sus cuidados á una tribu corta donde miles de las necesidades engendradas en sus descendientes por la cultura egipcia no se habían sentido todavía y no habían brotado los varios órganos pedidos por una sociedad más complicada y múltiple. Los oficios de María en la gran peregrinación de Gessén á Palestina resultaban mucho más difíciles que los sencillos oficios de Sara desde Caldea á Canaán. En esta peregrinación iba sólo una familia; en aquella una raza. Los deberes domésticos sobrepujaban á todos los demás deberes en la obra de Sara, y los deberes políticos á todos los demás deberes en la obra de María. Por consiguiente, no puede compararse una con otra en grandeza intrínseca y en trascendencia histórica. Ocurrir á todo cuanto necesita una familia no puede compararse con ocurrir á todo cuanto necesita una raza en marcha, un pueblo que pasa del cautiverio á la formación de su estado y á la conquista de su patria. Por esta razón puede asegurarse que María representa en la tradición como la primera entre las heroínas que han sostenido á un pueblo, entre las magas que han cooperado á un culto, entre las profetisas que han dicho lo porvenir al mundo, entre las sibilas que han pronunciado sobre las aras tremendos y fulgurantes orácu-

los cuyos relampagueos han servido para esclarecer muchas vías, para vivificar muchas almas. Así la representación que tiene y el aspecto que toma en la historia de Israel no puede, no, perderse en el tiempo, antes se agranda y dignifica, mostrando cuán indispensable á la vida humana y útil al pro común esta intervención de la mujer hasta en obras tales como la emancipación religiosa de un pueblo y el establecimiento de su vida civil y política en la forma y organismo de un grandioso Estado. Viendo lo que María influye sobre la constitución de Israel, vemos toda la virtud que tiene y todo el imperio que ejerce la parte afectiva sobre toda nuestra existencia.

¡Y cuán mujer esta María! Uno de los últimos episodios de su vida lo muestra con demostración irrefragable. Permitidme, para contarle, evocar una parte de la narración anterior. No se habrá olvidado quien la leyera de que Moisés tenía unos cuarenta años cuando se apartó del cautiverio de Egipto y se internó en el desierto de Madián. El nómada se fija con facilidad allí donde unas palmeras dan sombra para su cuerpo abrasado, una cisterna frescor para sus labios áridos, un oasis pasto para sus ovejas queridas. Llegado al desierto, dió con este Paraíso de todo nómada Moisés, y en el Paraíso con un jefe, cheik ó patriarca como el pastor Jetró.

Sus hijas, por unos bandidos asaltadas, encontraron defensa en Moisés, y tras esta defensa vino un motivado y natural enlace con aquella familia. Jetró le dió por mujer á su hija Séfora. Cuando se partió Moisés de Madián para el Egipto llevóse la mujer y los hijos en su compañía; pero llegado á Egipto, y viendo lo mucho que debía trabajar en la emancipación del pueblo, decidióse por expedir de nuevo la mujer y los hijos á la casa ó la tienda del suegro. Y, en efecto, allá fueron todos, con lo cual dejaron á Moisés mayor libertad para su conjura contra los Faraones y para su conducción de los israelitas por el desierto. Mientras fueron del Nilo al mar y del mar al Sináí, no se atrevió el gran legislador á la reintegración de su familia bajo la tienda. Pero constituido ya todo, separados los diversos poderes sociales, trazada la vía conducente á la tierra prometida, el paso seguro por la militar asistencia de Josué, el ideal de lo porvenir entrevisto y claro, el gobierno relativamente fuerte, Moisés pidió á Jetró su mujer y sus hijos. Llévoselos éste al campamento, donde le dió aquellos sapientísimos consejos acerca de la mejor constitución del poder judicial que ya sabemos y que nos han parecido tan profundos como sanos. La historia guarda con cuidado el influjo ejercido por Jetró sobre Moisés á causa de verse patente sobre los

actos capitales de vida. Cuando el sublime legislador se partió del Nilo y sus tierras, obedeció, más que á un sentimiento religioso, á un sentimiento nacional, si es permitido aplicar esta palabra concretamente á tiempos tan apartados de los nuestros y á pueblos tan diversos de nosotros. La venganza de las ofensas inferidas á sus compatriotas le impelió á la fuga y no afectó ninguno por las ofensas que su Dios recibía diariamente. Pero llegado á Madián encontró dos cosas: en el territorio aquel, por donde iban las caravanas de continuo, una mezcla de doctrinas dejadas por los peregrinos errantes como estela de sus almas, aprovechable para el cuerpo y para el sistema de sus proyectos, así religiosos como políticos, y en la casa del suegro encontró viva, como una brasa que se hubiera guardado bajo el rescoldo, aquella idea de Dios, con la que podía infundir un alma, y con el alma un pensamiento y una voluntad á su pueblo. El gran desierto le dió los conocimientos litúrgicos viejos con los cuales constituyó un culto nuevo, y la casa de Jetró le dió la idea de Dios, guardada desde los tiempos de Abraham en aquella familia, con la cual constituyó un pueblo nuevo. Imposible conocer la genealogía de las ideas de Moisés sin pararse á considerar su nacimiento en la raza hebrea, su educación en el palacio faraónico, sus cuarenta años en

la tierra de Madián, su enlace con la familia de Jetró, donde se guardaba en guisa de fuego sagrado el Dios de Abraham. Jetró y Séfora, pues, contribuyen con grandísima participación á forjar este grandioso espíritu, del cual ha brotado el organismo natural con que debía revestirse la idea de Jehovah en el tiempo, esa idea que ha dado un alma indudablemente á la moderna historia.

¿A qué raza perteneció Séfora? Para satisfacer á esta pregunta es necesario recordar la geografía de Madián, desierto extendido, como una especie de puente mágico, entre Asia y África, cercano á Egipto, cercano á Asiria, cercano á Caldea, enrucejada por donde los iranos discurrían para verse con los semitas y los semitas para verse con los iranos. Nada, pues, tan explicable y natural como que hubiera en Madián muchas familias de raza etiópica y de color nubio. La Etiopía, la Nubia, los desiertos líbicos, el gran Sahara circundan el Egipto y mezclan las levaduras de sus diversas razas con la vida egipcia. Estos etiopes, de color negro, de facciones correctas, de ojos profundísimos, de cabellera crespa, de vigorosos músculos, de altísimas estaturas, deben el sér á un ayuntamiento entre las razas semitas y las razas negras. Montañeses los etiopes ó abisinios, y montañeses del trópico, tenían toda la fuerza y todo el vigor propio de sus montañas, con todos los

ardores propios de su clima. Por consecuencia, ya estuvieran en su propia patria, ya se fijaran en otro cualquier punto, así á causa de su inteligencia como á causa de su vigor, ejercían, doquier se presentaban, un grande influjo. A pesar de su complexión, á pesar de su origen, á pesar de su proximidad á la raza negra, el abisinio ha rechazado siempre la idolatría con repugnancia invencible, y en los tiempos bíblicos ha guardado un culto especialísimo á Salomón, y en los tiempos modernos ha ejercido una especie de cristianismo africano. En Madián, los etiopes tuvieron gran poder, como puede verse por Jetró. Y este Jetró debió enlazarse también á su vez con mujeres negras, porque negra era su hija Séfora, la mujer de Moisés. Nada enorgullece tanto al hombre como la color de su piel, y de nada se precia como de la sangre que corre por sus venas. El blanco desprecia frecuentemente al negro y el negro se desquita de tal desprecio aborreciendo al blanco. Aunque varios antropólogos hayan combatido la unidad fisiológica de nuestra especie y pugnado por demostrar que surge la raza blanca en Europa naturalmente, la negra en África, la amarilla en Asia, la roja en América, nosotros hemos creído, desde nuestra infancia, en la unidad fisiológica y en la unidad espiritual del humano linaje. Pero no podemos, aun los más creyentes, in-

fundir en nuestros prójimos este gran sentimiento de la igualdad natural, congénito á nuestra complexión y á nuestro espíritu. Nosotros comprendemos, á pesar de haber consumido la vida predicando la unidad y la igualdad entre los hombres, todos esos sentimientos de repugnancia que unas razas experimentan respecto de otras razas. ¿No hemos de comprenderlo, después de mirar con tanto espacio y cuidado los viejos tiempos históricos? Existe, lo repito, un profundo menosprecio del blanco hacia el negro, y existe un inextinguible aborrecimiento del negro hacia el blanco. Hoy mismo sucede así en los Estados Unidos. Hoy mismo el anglosajón de América no quiere relaciones ningunas con el negro, á cuyo rescate y libertad ha ofrecido la patricia sangre de sus venas. Y si esto sucede todavía en nuestros tiempos de igualdad, entre razas superiores como las razas sajonas, dentro de gobiernos cristianos y demócratas, imaginaos lo que sucedería en las apartadísimas edades abrumadas por la rivalidad y por el odio entre las razas que tanta y tan ardiente sangre ha vertido sobre la tierra.

Etiópica llama el capítulo duodécimo de los Números, en su versículo primero, á la mujer de Moisés. ¿Era Séfora ú otra? Hay pareceres diversos. Yo me inclino á creer que la etiópica era Séfora misma.

Si era etiópica y correspondía con el tipo natural de su raza, debía ser de suyo gallardísima y hermosa. Aunque los labios aparecieran un tanto gruesos, la color un tanto negra, la cabellera un tanto ensortijada, debemos decir que sus profundísimos ojos y su excelente apostura dábanle una belleza espléndida, capaz de cautivar como cautivó al gran legislador israelita. El amor salta sobre muchas dificultades, ciega muchos abismos, nivela inmensas diferencias, confunde con sus caricias dos almas y junta en el mismo tálamo y á veces en el mismo sepulcro dos cuerpos de compleciones y de razas enemigas. Pero no le pidáis á otros afectos esos milagros del amor. El parentesco adventicio debía tener las mismas desafinidades en tiempo de los israelitas que guarda hoy entre nosotros. María debía querer á su cuñada Séfora poco más ó menos como se quieren hoy mismo entre sí los cuñados nuestros. Y cuando María, hebrea de sangre pura, perteneciente á la escogida familia de Leví, pulida por una educación sacerdotal y regia, resplandeciente con esa belleza ideal que dan las grandes inspiraciones interiores, comparara su color blanco, sus labios regulares y rojos, su cabello largo y sedoso y brillante, su apostura de verdadera estatua, no podría menos que verse afectada por un gran sentimiento de orgullo propio mezclado con cierta

repugnancia invencible á la mujer de color negro ingerida por su hermano en el seno de su levítica familia. El capítulo duodécimo de los Números nos describe con toda puntualidad este sentimiento del alma de María, y al describirlo, nos muestra una rivalidad entre blancos y negros, mejor dicho, una repugnancia invencible que dura y perdura desde aquellos apartados días hasta estos nuestros mismos tiempos. Quien haya visto algo del menosprecio contemporáneo hacia los negros, podrá forjarse idea de aquel antiguo menosprecio. En los tiempos viejos las razas se detestaban con grandes odios y vivían en perpetuas guerras. Una familia de pueblos no se constituía sino separándose y distinguiéndose de los pueblos vecinos. Por consecuencia, el odio general entre las razas, aun las del mismo color, aun las de un origen idéntico, debía exacerbarse cuando se trataba de razas que tenían colores opuestos y orígenes diversos. No cabía, pues, la hermandad, por Moisés deseada, entre Séfora y María. Esta miraba en la mujer de su hermano á una sierva más que á una pariente. Y, por consecuencia, sentía invencible menosprecio á ella, y por ella murmuraba de Moisés, que no había tenido empacho ninguno en mezclar sangre tan excelsa, tan diáfana, de origen tan alto, de caracteres tan sobresalientes, como la sangre propia de los levitas,

con esa inferior sangre de la oscura y maldecida Etiopía. Si en tiempos como los nuestros, contrarios de todo en todo á la esclavitud, se han hallado patricias cristianas y oradores verdaderamente religiosos para sostener en las costumbres y hasta en las conciencias como un estado natural, y justo y legítimo, el estado antihumanitario en que la servidumbre constituye al negro, imaginaos cuánto sucedería en edades antiguas donde la esclavitud resultaba como base imprescindible y natural del templo, del hogar, del gobierno, de todas las clases y de todas las condiciones sociales.

Pero Aarón y María no solamente se indignaban por la mestiza familia que á la tribu de Leví aportaba su excelso hijo Moisés; indignábanse también por la iniciativa que se atribuía en la grande obra de libertar y dirigir al pueblo escogido. El sacerdocio, personificado por Aarón, creía que la política se arrogaba una parte capital en aquellos grandes trabajos, desconociendo cuanto hiciera el sacerdote así para impelerlos como para conducirlos y coronarlos. El arte, que á su vez representaba María con tantos títulos y con tales derechos, creía también la política demasiado invasora en las esferas extrañas y demasiado despreciativa de cosas tan altas como la poesía y el cántico. Así es que la palabra del pontífice y la inspiración de aquella

extraordinaria sibila se unían y concordaban en el propósito firme de oponer un límite á la exagerada influencia de Moisés, obligándole por todos los medios, y por rebeldías si lo juzgaban conveniente, á reconocer las grandes facultades propias de otros ministerios y de otros oficios religiosos, como el ministerio de sumo sacerdote y el oficio de inspirada profetisa. Y aunque lo mismo Aarón que María, en ciertas circunstancias supremas, toleraron el retroceso de Israel hácia los ídolos egipcios, cohonestábanlo con el apartamiento de Moisés y con las muchas dificultades traídas por su jefatura y por su dirección al pueblo hebreo. Sobre todo, la mujer etiópica, llevada con tan poco acuerdo, según ellos, á la familia israelita, servíales para disminuir al hermano y reivindicar gran parte de la fuerza y autoridad vinculadas en su persona. Repítense aquí con espantoso y uniforme sincronismo los fenómenos históricos tantas veces descubiertos en otras crisis análogas á esta crisis, en otras revoluciones semejantes á esta revolución. Los cooptarios de una misma causa, los cooptarios de una misma responsabilidad, los correligionarios de un mismo culto, se levantan contra quien personifica sus ideas y representa sus intereses, no comprendiendo cómo, al herirle á él, se hieren á sí mismos. La familia de los profetas no cree nunca jamás, ó cree muy difi-

eilmente, de antiguo, en la misión sobrenatural y divina de aquéllos, á quienes ha visto bajo el yugo de todas las necesidades vulgarísimas y comunes al resto de la humanidad. El arte y la religión se figuran que la política les roba influencias propias y propios poderes. María se parece de suyo á los artistas del Renacimiento, que imaginaban cosa fácil vencer y superar al bien y la moral con la hermosura y la poesía tan sólo. Aarón anticipa por su parte, y en su persona, las grandes aspiraciones de los pontífices en la Edad Media, quienes desconocían el poder mismo, á cuya fuerza y autoridad estaban sometidos por haber aceptado la investidura pontificia, y no solamente la investidura pontificia, el poder temporal, de sus manos. Aquel antagonismo entre Calcas sacerdote y Agamenón rey se repite aquí ahora entre Aarón y Moisés, á pesar de inscritos ambos en la misma familia y de representar éste y presidir un Estado puramente democrático, tan diverso de los Estados monárquicos. Y sucede así porque ciertas competencias se hallan naturalmente contenidas en la naturaleza humana y en sus inevitables propensiones.

Pero atengámonos á la narración bíblica: «Y hablaron María y Aarón, dicen los Números, contra Moisés, á causa de la mujer etiópica que tomara. Y dijeron: «¿Solamente por boca de Moisés ha ha-

»blado Jehovah? No; también habló por nuestras »bocas.» Y como fuera Moisés varón manso más que cuantos hombres había sobre la tierra, no dijo cosa ninguna. Pero airóse Jehovah y les respondió que oyeran sus palabras. Y una vez atento el oído de María y Aarón, colocados á la puerta del Tabernáculo, les dijo Dios cómo con ellos y con los demás profetas sólo hablaba en sueños ó en visiones, mientras con Moisés faz á faz y boca á boca. Y después de haberles dicho esto, preguntóles cómo no tenían miedo ninguno de hablar contra varón de suyo excelso y justificado tan por extremo. Apenas estas voces de lo alto, y si queréis, estos remordimientos de la conciencia, se habían disipado y desvanecido, María se sintió enferma y de una terrible enfermedad. Cubrióla de piés á cabeza la lepra blanca, lepra verdaderamente asquerosa, y á la cual suelen llamar varios sabios lepra eléctrica, por creerse fácil de adquirir en las tempestades y en las tormentas frecuentísimas por los espacios orientales. Moisés vió á su hermana en aquel estado, y queriéndola como la quería, se apiadó mucho de su enfermedad y oró á Dios para que la sanase y prosperara sus días, acordando sus virtudes y poniendo en olvido sus faltas. Procedió con sus hermanos como había procedido en el terrible accidente de la recaída y retroceso hacia los cultos á los ídolos egip-

cios. Los perdonó. Y Aarón dijo á Moisés: «¡Ah! Señor, no pongas ahora sobre nosotros castigo, porque uno y otro hemos pecado. Mírala consumida la mitad de su carne.» Y Dios dispuso que se la echara del campamento hebreo por espacio de siete días en castigo á su culpa.» Y, en efecto, siete días estuvo la profetisa de Israel sin comunicarse con el pueblo, al cabo de los cuales volvió sana y cantando los divinos loores. Pero después de algún tiempo murió María, mucho antes que Moisés y mucho antes que Aarón. El capítulo vigésimo de los Números nos refiere la muerte suya en estos simples términos: «Y llegaron los hijos de Israel, toda la congregación, al desierto de Zin, en el mes primero, y asentó el pueblo en Cades, y allí murió María y fué allí sepultada.» Tal es la vida y la muerte de la mujer por nosotros denominada, según la etimología de su nombre, dulcísima Estrella del mar.

## LA HIJA DE JEFTÉ

A la época de Abraham siguió la época de Jacob, á la época de Jacob la época de Moisés, á la época de Moisés la época de Josué, á la época de Josué la época de Jefté. Cada una de tales edades hállase distinguida completamente de la otra por una fase particular del espíritu israelita. Abraham va de Caldea en busca de Palestina, donde su Dios tendrá un santuario con el tiempo, mas va como nómada, sin emplear otras fuerzas que las necesarias para su peregrinación ó paso, y sin pararse más tiempo que aquel indispensable á tomar un poco de respiro en su perdurable viaje. Por Jacob el pueblo hebreo, gracias al hijo de Jacob, José, ya se fija, y establece y asienta, pero en tierra extraña, en los valles de Gessén y á la sombra de instituciones ajenas y extrañas también, á la sombra del imperio faraónico. Bajo Moisés, la tribu israelita pasa desde gran fa-

cios. Los perdonó. Y Aarón dijo á Moisés: «¡Ah! Señor, no pongas ahora sobre nosotros castigo, porque uno y otro hemos pecado. Mírala consumida la mitad de su carne.» Y Dios dispuso que se la echara del campamento hebreo por espacio de siete días en castigo á su culpa.» Y, en efecto, siete días estuvo la profetisa de Israel sin comunicarse con el pueblo, al cabo de los cuales volvió sana y cantando los divinos loores. Pero después de algún tiempo murió María, mucho antes que Moisés y mucho antes que Aarón. El capítulo vigésimo de los Números nos refiere la muerte suya en estos simples términos: «Y llegaron los hijos de Israel, toda la congregación, al desierto de Zin, en el mes primero, y asentó el pueblo en Cades, y allí murió María y fué allí sepultada.» Tal es la vida y la muerte de la mujer por nosotros denominada, según la etimología de su nombre, dulcísima Estrella del mar.

## LA HIJA DE JEFTÉ

A la época de Abraham siguió la época de Jacob, á la época de Jacob la época de Moisés, á la época de Moisés la época de Josué, á la época de Josué la época de Jefté. Cada una de tales edades hállase distinguida completamente de la otra por una fase particular del espíritu israelita. Abraham va de Caldea en busca de Palestina, donde su Dios tendrá un santuario con el tiempo, mas va como nómada, sin emplear otras fuerzas que las necesarias para su peregrinación ó paso, y sin pararse más tiempo que aquel indispensable á tomar un poco de respiro en su perdurable viaje. Por Jacob el pueblo hebreo, gracias al hijo de Jacob, José, ya se fija, y establece y asienta, pero en tierra extraña, en los valles de Gessén y á la sombra de instituciones ajenas y extrañas también, á la sombra del imperio faraónico. Bajo Moisés, la tribu israelita pasa desde gran fa-

milia, por obra de tan superior genio, á nación, si bien todavía nómada y no fija en parte alguna, pues durante nueve lustros la tierra prometida se oculta como las ondulaciones fantásticas de una engañosa esperanza encerrada en los limbos de lo porvenir, apartadísima por completo á sus manos y á sus ojos. Durante Josué la tierra prometida es conquistada, y surge, después de muerto Moisés, aquella tan apetecida Jerusalén. Luego Josué pasa el Jordán, toma Jericó, reparte la Palestina y muere dejando la sucesión suya y el gobierno de su pueblo á un organismo denominado de los jueces. Naturalmente, la desaparición de hombres tales como el sabio legislador Moisés, como el general valerosísimo Josué, como tantos otros que debían sacar al pueblo israelita del Egipto y conducirlo á tierra prometida; la desaparición de sus héroes, de sus conductores, de sus profetas, de todos aquellos á quienes debíamos llamar los grandes poderes de Israel, siéntese mucho y trae consigo inevitable anarquía. Todos aspiran á jefes artificiosamente así que los jefes naturales acaban y mueren. El consejo de los ancianos apenas goza, en aquel desorden moral y material, autoridad ninguna. Divídense los sacerdotes en levitas y aaronitas, dando ejemplo de civil guerra donde mayores ejemplos debían darse de unidad y de concordia. Los jueces, ó

suffetas, no bastaban á sustentar el poder, y las varias tribus consumíanse á una en celos y recelos continuos. Por consecuencia, en esta falta completa de autoridad externa, los pueblos convecinos, celosos todos ellos de aquel predilecto pueblo recién venido á participar de sus hogares, armábanse de todas armas y caían con estrépito sobre Israel. Los araneos de Siria, los reyes de Moab, los filisteos del Mediodía, los cananeos del Norte, iban, guiados por jefes expertos y conduciendo novecientos carros de guerra, sobre la tierra prometida y el pueblo de Israel. De vez en cuando suscitaba la Providencia una profetisa como Débora, que hablaba sublime lenguaje bajo las palmeras del desierto, y una patriota como Jael, que atravesaba en su tienda con mazo y clavo las sienes de Sísara. Pero Israel, á pesar de su Dios, de su república, de su libertad y de todas estas grandes ventajas que le habían traído sus milagrosas sibilas, no se había de nada verdaderamente aprovechado por vivir en una especie de anarquía consuetudinaria, trotando sobre sus asnillas rojas y oyendo las flautas de sus vendimiadores ebrios. Y, sin embargo, filisteos, nómadas, madianitas, le atormentaban, y fué necesario un general como Gedeón, que había visto á Jehovah bajo las sombras de los terebintos, mientras atrojaba sus trigos en cubas portátiles para preser-

varlo á las violentas irrupciones. Mas, nuevamente asaltados, necesitaron contra sus invasores de un jefe nuevo, de Jefte, y á la hija de éste y al destino de la hija de éste consagraremos algunas páginas.

El pueblo de Israel no merecía que Dios le sacara del cautiverio egipcio y le prometiera su alianza eterna. Duro de cerviz, como le llamaba la Biblia, conservaba la nostalgia del culto idólatra y caía en vergonzosas reacciones. Sus labios eran por naturaleza blasfemos y su corazón por naturaleza pagano. Cuando Jefte andaba errante por las grandes vías de la Palestina, huyendo á las ingratitudes judías, la espada terrible de los madianitas había mordido las carnes de Israel, y como si fueran estiércol, barrido sus hijuelos á las cavernas de los brutos. En vano sembraba todos los inviernos trigo y esperaba todos los estíos espigas; los madianitas iban y los despojaban. Trabajaba para ellos como el asno y el siervo trabajan para sus dueños. Volvió el pueblo los ojos á Jehovah, y alzó á Jehovah las manos suplicantes. Pero Jehovah le dijo por boca de sus profetas: «Yo te saqué de manos de los egipcios y tu en manos de los amorreos caiste.» Y envió un ángel en socorro del pueblo. Y el ángel fué á sentarse bajo la encina de Efra. Y como encontrase á Gedeón escondiendo el trigo para preservarlo de los irruptores, airóse al escucharle dudar en su an-

gustia de que pudiesen renovarse las maravillas y los milagros de la salida de Egipto. En rescate de esta duda, Gedeón ofreció cabritos y tortas ázimas bajo los encinares, sobre las peñas, en fuego misterioso que derretía las ofrendas y las elevaba cual humaradas al cielo. Y Gedeón derribó el templo de Baal, donde habían abjurado sus padres, cortó el bosque consagrado á las divinidades paganas, y en aquel mismo lugar sacrificó á Jehovah un hermoso novillo. Entonces los varones quisieron matarle y le suscitaron asechanzas. Fueron á una los madianitas, los amalecitas y los orientales por el valle Jarael para castigar á Gedeón. Y Gedeón congregó á las tribus con sólo sonar el cuerno de caza. Y las tribus acudieron á una con gran golpe y en són de guerra. Pero Dios sólo permitió á Gedeón escoger trescientos guerreros. Y aparecían los enemigos innumerables cual nubes de langosta y los bagajes cual arenas del desierto. Mas fueron vencidos. Y cada uno de los israelitas ofreció á Gedeón sus zarcillos de oro, además de las coronas de oro y de los mantos de púrpura que arrancaran á la frente y á los hombros de los principes de Madián, así como las áureas cadenas llevadas por sus camellos. Pero, al poco tiempo, los ammonitas volvieron de nuevo á provocar el coraje de Israel y á tentar su paciencia, sin que Israel tuviese, ni á Gedeón, ni á Galaad,

para defenderse y para salvarse. Galaad había dejado un hijo, y este hijo se llamaba Jefté, nombre tomado al sitio de su nacimiento. Y Jefté, si era hijo de un héroe, también era hijo de una ramera. Moisés había castigado con castigos indecibles la prostitución. El dinero allegado por las prostitutas no podía entrar en el templo de Dios. Y los habidos de ganancia, los engendrados en la cama de todos, pagaban con la deshonra el desliz de sus padres y las flaquezas de sus madres. Así los hermanos de Jefté, por no haber parido á éste mujer legítima, lo expulsaron del hogar, dejándolo vivir errante á guisa de bandido por las regiones de Tob.

República, Israel estaba gobernado por un Consejo de ancianos. Y este Consejo acudió á Jefté, cuando los ammonitas amenazaban á Israel. Y como Jefté hubiese alzado gentes en armas y hecho muchísimos siervos, vió venir por los lejos del horizonte caravanas que lo requerían, y oyó la voz de su pueblo, que lo aclamaba. Y como le llamaran invencible, respondiéndoles que sólo ellos le habían vencido al castigar su nacimiento. Y como le notificaran necesitarlo, contestóles que no puede necesitar el pueblo de Israel al hijo de una ramera. Y como invocaran su familia, redarguyóles con que su familia le había cruelmente despedido del último rincón de su hogar y negádole hasta la herencia de

su padre. En verdad, los que no habían querido á Jefté como brazo en sus faenas, aclamábanle ahora como cabeza en su gobierno. Pero Jefté se aferraba en sus respuestas, diciendo á los ingratos cómo no podían alzar á su frente aquel á quien no toleraron á sus piés. En esto, cuando los ancianos de Israel se mostraban más decididos por la designación de su jefatura, y Jefté más empecatado en rehusarla, oyóse por los aires una voz verdaderamente suave y un cántico verdaderamente arrobador. A sus cadencias y á sus ecos, los ancianos preguntaban qué perfume corría por los aires, qué música deliciosísima sonaba en sus oídos, pues sentíanse como tocados de celestial influencia y se regocijaban cual suele regocijarse todo sediento por el agua que refresca sus fauces. Entonces Jefté respondió que la voz aquella era la voz de su hija, cuya garganta despedía gorjeos como el ruiseñor, y cuyas manos componían el sabroso amasijo diario. En efecto, el cendal que adornaba su garganta y que se movía, con seductores compases, á la respiración de su pecho; el turbante de colores que ocultaba su cabeza; la túnica, bajo cuyos pliegues las líneas de su cuerpo se veían, realzaban el moreno rostro, de purpúreos labios, de blancos dientes, de rosadas mejillas, de cejas espesísimas, de negros ojos velados por oscuras pestañas, de espa-

ciosa frente, de trenzas lustrósísimas que van entre sus rodillas á perderse. El aire, agitado con sus danzas y henchido con sus cánticos, parecía más puro, y la palmera más gallarda y más hermosa cuando se ponía bajo la sombra de sus palmas ella, junto á la cisterna de agua pura, con su ánfora en la cabeza.

Los ancianos de Israel, repelidos por Jefté, fueron agasados por su hija. Ésta, creyendo que la mano de Dios los guiaba y el aliento divino les infundía las palabras dichas á su padre, juntó sus súplicas á las súplicas de Israel, y ablandó la voluntad, y rindió el corazón de Jefté. En Israel había el arte pasado á la mujer, y el cántico de María con el cántico de Débora presentaban modelos fáciles á seguir en la inspiración y en el sentimiento de las israelitas. La hija de Jefté cantó como cantara María en las raíces del Sinaí, como cantara Débora bajo las sombras de sus palmas. En sus cánticos saltaban de gozo los montes y estremecíanse las selvas, viendo cómo la espada de Josué y de Gedeón iba nuevamente á brillar en manos de Jefté. Debían, pues, temblar los príncipes ammonitas en sus altos tronos y los dioses ammonitas en sus espléndidos altares. La cólera del guerrero iba de nuevo á consumirlos como el incendio á la hierba seca. En celebración de tal esperanza, las manos

de la doncella amasaron el pan sin levadura y escogieron el corderillo sin mancha en holocausto á Dios. Viendo tal felicidad los ancianos de Israel, an súbito logro de sus deseos, reposáronse á una bajo la tienda. La hija de Jefté lo arregló todo para su agasajo. Llenó los odres de leche, la piedra en su cocina de panes, y tostó á la puerta un sucu-lento novillo, tributos pagados en la hospitalidad oriental á los más excelsos huéspedes. La hija de Jefté decidió seguir á su padre hasta Israel, y juró de hinojos orar á Jehovah mientras su padre combatía por Jehovah. La hora del combate suena. El sol toma color de sangre. Parecen los vientos resoplidos de tigres. Las armas vibran como hambrientas de matanza. Israel se apercibe á derribar nuevos Faraones. Humana sangre correrá de nuevo en holocausto á Jehovah. Los vencidos víctimas iban á ser, pero víctimas presentadas en las aras y en los sacrificios de Jehovah. Los siervos de Jefté, puestos á contar el número de los enemigos, habían perdido la cuenta. Innumerables las armas, innumerables los camellos. Sus gritos de rabia semejaban al trueno y sus miradas de ira semejaban al rayo. Los ammonitas pertenecieron de antiguo á los pueblos más celebrados y más dignos de serlo por su coraje. No las tenía, pues, todas consigo Jefté. Cuando comparaba sus fuerzas propias con las aje-

nas fuerzas, sentíase como desfallecido y descorazonado. Además, el pueblo entonces no era digno de vencer, porque habían como de tropel entrado en su corazón todas las pasiones y en su memoria desvaneciéndose como nieblas los recuerdos de las divinas misericordias. Así le parecía ver el ceño airado de Jehovah y oír el bramido de su cólera implacable. Y en su temor no quería que tratase á Israel según lo demandaban sus pecados, sino según podía la divina misericordia. Jefté se hallaba dispuesto á mostrar cómo reservaba para los altares de Dios las más preciadas víctimas y le disponía el humo de los mayores holocaustos. Así flaqueaba su corazón si no ofrecía un voto extraordinario. Y, en efecto, en aquella especie de agonía, á la víspera de un combate donde presagiaba la necesidad suprema de unos esfuerzos increíbles, prometió, si caían los ammonitas en sus manos, degollar sobre las aras de Jehovah la primer persona que saliese á esperarle á la puerta de su casa, fuera quien fuera.

Apenas podríamos concebir barbarie semejante si no estuviere ahí la humana historia para demostrarnos de qué abismos tan profundos ha necesitado la humanidad levantarse para subir al cielo y al sol de los grandes ideales. Parece imposible que, después de haber recorrido Israel toda la evolución señalada por nosotros y vista en las personas de

sus grandes patriarcas y en los estados varios de su desenvolvimiento progresivo, aun cayese por su propio peso en el extremo increíble de prestar alguna virtud santificante á los sacrificios humanos. ¿Qué idea se formaba Jefté del Dios de Abraham, cuando le creía capaz de acorrerle solícito en sus necesidades y darle al extremo de todo una victoria, tan sólo porque le ofrecía en holocausto una víctima tan selecta cual toda humana víctima? No podríamos explicarnos esta superstición increíble, si á la postre no viéramos con qué trabajo y esfuerzo se ha la humanidad erguido sobre la tierra y levantándose á los grandes principios del humano derecho.

Así como hemos debido reconocer un progreso en la esclavitud, que mantenía y conservaba la vida del prisionero, sacrificado en las guerras exterminadoras donde todo el mundo era pasado á cuchillo, así debemos reconocer la profundidad manifiesta de aquel dicho célebre, atribuído á Montaigne, reconociendo un progreso en el hábito de comerse á un enemigo asado sobre el hábito de comerse á un enemigo crudo. Examinando la misma liturgia de Moisés encuéntrase con facilidad alguna reminiscencia del antiguo culto druídico, lo cual hace creer á muchos que también los judíos provienen de los celtas. Y, en efecto, no solamente prescribe allá en

diversos versículos del Levítico y del Éxodo poner como aras á la divinidad piedras toscas y titánicas sin pulimento alguno, sino que prescribe también rociar estas piedras con sangre de las víctimas, como si el hedor de la sangre placiese á un Dios ya tan sublime como el Dios revelado por Moisés. Desengañémonos, en la humana evolución aquellos términos que se acercan á las edades primitivas tienen un carácter bárbaro, carácter demostrativo de cuán difícilmente nos hemos levantado los hombres desde la triste animalidad é inconsciencia en que nacimos, á pesar de nuestras libertades y de nuestro espíritu, hasta la cultura moderna. No están muy lejos los tiempos en que se creía un hombre malaventurado por toda la eternidad si no presentaba en el supremo último juicio muchas víctimas inmoladas por su mano en perdurables guerras. Los indios de pieles rojas celan y atisban sus enemigos, y los persiguen, y los acosan, y los cazan como á los ciervos. En ciertos pueblos, no solamente se procede así con el enemigo, sino con el amigo ¿qué digo con el amigo? con el abuelo, con el padre, cuando no contribuyen al sostenimiento de la familia. Platón refiere que los antiguos sardos mataban sus viejos á palos. Estrabón nos asegura que allá en la Bactriana existían canes llamados sepultureros, y cuyo principal oficio redu-

cíase á devorar á los viejos y sepultarlos en sus estómagos. Pero ¿á qué volver los ojos á pueblos tan apartados y tan distantes de nuestra edad? Nos gloriamos de tener entre nuestros abuelos á los celtas, vemos todavía con religioso respeto los círculos de piedra que llamamos lucos y que formaban las viejas aras; contemplamos los dolmenes, y hasta los ponemos como timbres gloriosos en el escudo viejo de nuestras glorias; bendecimos en verso y prosa los druidas y las druidisas, cuyas voces nos comunican en estrechas relaciones con los muertos, y no recordamos como al pie de todo aquello y en el centro de todo aquello se hallaban los sacrificios humanos, más ó menos frecuentes, pero reconocidos como un medio de interceder con los dioses y desarmar sus iras. Así no debe por modo alguno extrañarnos que aquel hijo de una torpe ramera, público ladrón de las vías palestinas, rebelde guerrillero, que llevaba tras sí gente allegadiza é informe á los combates múltiples y á los encuentros cruentísimos, creyese desarmar al Eterno en sus justas cóleras contra el descastado é ingratisimo Israel, ofreciéndole víctimas humanas y designando para el sacrificio ideado por su exaltación la primer persona que se presentase á la puerta de su hogar para felicitarle por su victoria sobre los ammonitas.

Pero continuemos nuestra narración. Jehovah oyó la súplica de Israel, Jehovah misericordioso. Las gentes de Ammón sumaban muchos ejércitos y amenazaban con tragarse á una el pueblo escogido. Pero sopló Dios contra ellos su ira y se dispersaron como nubes al viento. Sus pueblos quedaron quemados por las teas de Israel. Sus ganados murieron al filo de la cuchilla judía. Su nación se dispersó á los cuatro vientos. Vencidos significaba esclavos en aquella sociedad, y los guerreros de Jefté daban gracias á Jehovah, que había vuelto por su pueblo, y al general, que había sido como el brazo de Jehovah. Este general les notificó de qué suerte aquel triunfo conseguido lo debían ellos, no tanto á sus esfuerzos como á su Dios, pues al comenzar el combate había ofrecido un voto que iba implacablemente á cumplir. Había ofrecido que, si triunfaban, la primera persona, fuese quien fuese, que, al volver él, se presentara de cualquier modo á la puerta de su casa, cayera herida é inmolada en los altares de Dios. Los ancianos, oyendo esto, se miraron con horror unos á otros, presintiendo la probabilidad facilísima de que la primera persona en presentarse resultase al cabo la hija de Jefté. En efecto, como éste no contaba con pariente ninguno, y á parte de su hija única no conocía otros parientes, creyó fácil que saliese cualquiera de sus sier-

vos ó siervas, por contarlas en crecido número, y creyó difícil que saliera su hija. De todos modos, el voto aparecía cosa excesiva y temeraria. Pero ya ofrecido, no había remedio en Israel; estaba obligado á cumplirlo. En la implacable severidad antigua, si por la vida de una sola persona se salvaba un pueblo, esta persona desaparecía como tenue nube de humo sobre las aras de los sacrificios. Y, como Dios cumpliera sus promesas, precisaba indispensablemente á Jefté cumplir la respectiva suya. Los ammonitas cayeron á tal voto, y no podía excusarse un forzoso y obligado cumplimiento. La primera persona que saliera en Mafá de grado á la puerta de Jefté, según estaba ofrecido, quedaría inmolada sin remedio sobre las aras de Jehovah.

Salieron los habitantes de Mafá en tropel á recibir al vencedor. Y, no sabiendo cómo halagarle y complacerle, cantaron los loores y laudes múltiples de aquella, su verdadera unigénita, virgen como el ampo de la nieve sobre una montaña inaccesible, y hermosa como las flores del almendro cargadas en el alba de rocío. Y prometían buscar para su felicidad el más hermoso mancebo de Israel y enriquecerlo con sus presentes. Concluidas estas primeras recepciones en las cercanías de Mafá, conjuraron los ancianos al general para que se dirigiese á su casa, donde músicos instrumentos le halagarían el

oído, aromas embriagadores le purificarían el cuerpo y aguas clarísimas lavarían sus piés, taladrados por las espinas del combate. Cuando Jefté oyó que le conjuraban para ir á su hogar, el funesto voto se le dibujó con todos sus horrores allá en lo más hondo y oculto de su alma. La sangre le hirvió en las venas, los ojos estuvieron á punto de reventarle dentro de las órbitas, el corazón se le salía del pecho y lamentaba no haber encontrado muerte y ruina en el campo de los ammonitas. Pero no había remedio; inflexible necesidad imponía el cumplimiento de su voto y la presencia en su casa. Conforme se acercaba oía el coro de las doncellas dentro de sus paredes, que alababan á Dios, como lo alaban desde las mariposas en sus vuelos hasta las estrellas en sus órbitas, asociando á estas alabanzas el hisopo del desierto, las adelfas del torrente, las encinas del valle, los cedros del monte, la luciérnaga en los pliegues de las sombras y los soles en el seno de lo infinito y de lo inmenso. Llegado ante la casa, Jefté vió que no salía nadie y respiró un minuto, halagado por fácil esperanza. Mas apenas había dado el infeliz unos cuantos pasos en dirección al hogar, vió á su hija en la puerta.

Inútil decir que cayó sin conocimiento á este golpe, cual si un rayo de las alturas le hubiera herido en la cabeza. La virgen de Jefté creyó aquel sínco-

pe causado por el regocijo natural de volver á verla, y dió frescas aguas á las sienes del desvanecido, esencias de nardo á sus labios, besos de amor á sus plantas. Naturalmente, como buena hija, la doncella no podía consentir que ningún otro sér saliese á la puerta en busca de su padre victorioso. Ella importunó á Dios con oraciones durante la guerra, ella presintió la victoria como si un ángel se la hubiese anunciado, ella debió salir la primera entre todas en busca del amado padre á la puerta, franqueándola de par en par, como franquean los sacerdotes el santuario á su Dios. Vuelto en sí Jefté, preguntaba cómo no le habían los ammonitas vencido, y cómo no le rayaba Dios del seno de la vida. La virgen vió que deliraba, pero imputó el exceso de su delirio al exceso de su alegría. Y, sin embargo, si hubiese parado más tiempo la vista en aquel rostro notara cómo la desfiguración y el demudamiento suyos no provenían de gozo, sino del mayor pesar que puede caer sobre la humana criatura. Jefté, viendo el error de su pobre hija, levantaba los brazos y los ojos al cielo para pedir que se apiadara de él, como en otro tiempo se apiadó fácilmente de Abraham. Pero el cielo estaba sordo á sus clamores y no respondía sino con ceos á sus quejas. No quedó remedio ninguno, sino anunciar á la infeliz el voto hecho por su padre y la necesi-

dad imprescindible de cumplirlo para que Israel pudiese durar y perdurar en el mundo. Los ancianos del pueblo, con la crueldad natural prestada de antiguo á los jefes israelitas por el amor que sus pechos sentían hacia su tribu y su patria, notificaron á la hija de Jefté la obligación en que se hallaba de cumplir el voto hecho por su padre.

Más hermosa la hija de Jefté que la luna nueva, más benéfica que la nube cargada de rocío, sus gracias eran el ornamento de Israel. ¡Cuántas veces, al morir el sol en las tardes tranquilas de la primavera, subía con las demás vírgenes de su tribu á las colinas sembradas de lirios, y entre los címbalos, las cítaras, los salterios, danzaba un sacro baile y dirigía sus oraciones á Dios en las cadencias de melodiosos cantares! Indudablemente los jóvenes guerreros debían desearla para su lecho y pedirla en matrimonio. Morena, porque la había el sol besado mucho, sus labios parecían manojos de mirra. El poeta semítico la comparaba con la yegua del desierto en lo esbelta, y en lo ligera con la cabra del monte. Su voz halagaba el oído como los arrullos de la paloma, y sus ojos repetían los objetos como los cristales del lago. ¡Cuántos de los mozos que corrían con la celeridad del gamo al encuentro del enemigo, y con la furia del tigre saltaban sobre sus lomos para concluirlo, y con la fuerza del león

esparcían sus miembros disyectos sobre la tierra ensangrentada, obraban todos estos milagros por un solo premio, por la hija de Jefté. Ella de esposa hubiera sido como la azucena y su marido como el lirio. Israel hubiérale fabricado de cedro el lecho de sus amores y tejídole de flores consagradas por el cielo la corona de sus desposorios. En los montes del Líbano hubieran pasado los días primeros de su boda para engendrar en las madrigueras de los leones y entre los nidos de las águilas un nieto de Jefté, tan fuerte como los seculares robles. Ante las alabanzas por todos cantadas á la vírgen, el espíritu de Jefté se sublevaba indignado contra su voto y caía en el propósito firme de no cumplirlo. Las uñas de aquel padre furioso rasgaban las carnes de su cuerpo como hubiera podido rasgar las vestiduras de sus carnes. Inútilmente los ancianos le decían que no tentase á Dios y se conformara con su voluntad incontrastable. Él no tenía otra prenda de amor en el mundo sino aquella hija, y deseaba guardarla como raíz de su vida, como esperanza de su muerte. En vano le decían que, de no cumplir el voto, estaba destinado á frustrar su triunfo, á ver el pueblo esclavo, las mujeres conducidas al carro del vencedor, el ara de su Dios rota, el pacto de la Alianza nuevamente destruído; Jefté permanecía invencible. Sólo cuando el sumo sacerdote le

anunció que de todas suertes su hija sería consumida por las llamas del fuego celeste, y la infeliz doncella ofreció de grado su cuello á la cuchilla diciendo que moriría por su propia mano si no la mataba su padre, decidiéndose, por fin, éste á perpetrar el cruentísimo sacrificio.

Jefté blasfemaba, enloquecido por el dolor de los dolores. «Maldito, exclamaba, el momento en que mi padre sintió hacia mi madre la primera inclinación. Maldita la negra hora en que fuí engendrado. Maldita la traidora luz que, al nacer yo, besó mis párpados. Un sepulcro en el vientre materno fuera para este mortal infortunado la dicha de las dichas. Desde que nacemos estamos cavando, con repetidos golpes, en la tierra el sitio donde ha de hallarse nuestra huesa, que buscamos como el avaro su tesoro. Sáquenme, si quieren, del número de los vivientes. Bórrese de la humana memoria el día en que nací, cual se borran del aire los vuelos del ave. Considérenme los nacidos como si nunca hubiera estado aquí con ellos, y sumérjanme los tiempos allá en el abismo donde las cenizas de unas generaciones se acumulan sobre las cenizas de otras generaciones, y todas duermen rígidas en el mismo frío y en el mismo silencio.» En efecto, Jefté había vivido por su hija y para su hija. Maldonado por su nacimiento, engendrado en el vien-

tre de una ramera, sin tierra donde posar su frente, sin una patria, sin una tribu, sin una familia, todo le repelía en el mundo, y solamente á la tierra le ligaba, con lazos indestructibles, aquella hija, por el amor generada, recuerdo santo de las únicas felicidades obtenidas en el mundo, sonrisa en sus tristezas, juego infantil entre sus combates de guerrero, flor aromosa entre los abrojos de sus penas, ángel que cruzara las tinieblas de su vida, tras el desengaño nueva ilusión, tras las desesperaciones esperanza de súbito iluminada en los abismos del dolor, su eterna, su inextinguible alegría, el bálsamo de su consuelo, el amor de sus amores. Necesitábase una religión tan dura y cruel todavía como esta religión de los primeros hebreos, y una sociedad tan áspera como esta sociedad recién salida por una serie de milagros, apenas comprensibles, del seno de una triste nómada vida, para que pudiesen aquellas gentes hablar á un padre sin horror del sacrificio é inmolación de su hija.

La virgen de Jefté había preparado el hogar para recibir al vencedor, apercebido los odres de leche, los panes sin levadura, los corderos sin mancha para ofrecer sacrificios á Jehovah y banquetes á los ancianos de sus gloriosas tribus. Cuando la sorprendió el anuncio de su infeliz destino hilaba ya los vellos de sus ganados para su túnica de novia. Sus

mejillas se habían cubierto de carmín, sus ojos de súbito éxtasis, sus entrañas de conmovedores afectos al paso de un joven guerrero que le había dicho cómo pensaba comprarla en aquel mismo año á su padre. Moría cuando la savia primaveral aumentaba el rojo fluor de sus venas, moría cuando el amor la coronaba con sus espléndidas guirnaldas. Pero ella, educada en los principios rigidísimos que determinaban la vida en su tribu y en su gente, renunciaba de grado á la felicidad mayor con que podía soñar una mujer hebrea, á la felicidad sublime de perpetuarse por medio de sus hijos y de sus nietos en el mundo, con tal que se cumpliera el voto por su padre ofrecido á Jehovah, cuya voluntad rige los cielos y la tierra. Como buena israelita prefería morir sobre las santas aras, entre las humaredas de incienso, con el frío cuchillo en la garganta y el cántico sagrado en las orejas, bendecida por su pueblo y por sus sacerdotes, la fe y la esperanza en el corazón; prefería morir así á quedar fuera de su gente, apartada de todos como el triste leproso en los desiertos, entre maldiciones, sin el recurso siquiera de acogerse al seno de una esperanza divina y de volver los ojos á las alturas en demanda de un divino consuelo. Para comprender aquel estado particular de su ánimo necesitábase, como hemos dicho tantas veces, trasladarse á los

tiempos aquellos y tener de Dios una idea semejante á la que tenían tales pueblos. La hija de Jefte se consideraba feliz al verse víctima de la grandeza divina y mediadora entre Dios y su pueblo. Placíala considerar cómo el olor exhalado por sus carnes calcinadas halagaría las narices de Jehovah, quien, de seguro, debía mandar, en cambio, bendiciones y más bendiciones, á causa de ella, sobre los hijos de Israel.

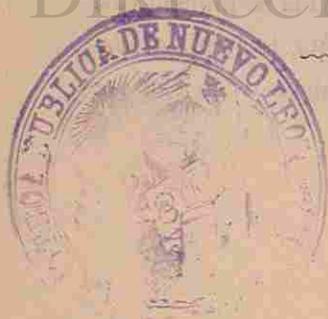
El Dios de otros tiempos menos crueles y de otras razas más progresivas prefiriera seguramente á recibir el vano humo de inútil holocausto devolver al corazón de un triste padre la hija de sus entrañas. Pero Jehovah quiere aspirar el vapor del holocausto, quiere ver la sangre virginal disipándose por los espacios infinitos en poéticas nubes, quiere aceptar un sacrificio parecido al que aceptaban en sus aras empapadas de sangre los dioses antropófagos. Tres meses corrieron las vírgenes de Israel por montes y por valles pidiendo piedad al cielo para la hija de Jefte. Tres veces al día resonaban los ecos de sus plegarias, y Dios no había enviado un ángel á impedir esta inmólación. La Biblia cuenta todo esto con sublime sencillez en su capítulo undécimo del libro de los jueces. «Y volviendo Jefte á su casa, he aquí que su hija salió á recibirle con adufes y danzas, siendo la sola, la única

hija suya; no tenía, fuera de ella, otro hijo ni hija. Y como él la viera, rompió sus vestiduras diciendo: «¡Ay! En verdad, hija mía, me has abatido y eres de los que me afligen, porque yo he abierto mi boca á Jehovah, y no podré desmentirme.» Ella entonces le respondió: «Padre mío, si has abierto tu boca á Jehovah, puedes hacer de mí como salió de tu boca, puesto que Jehovah te ha dado la victoria sobre los hijos de Ammón.» Y tornó á decir á su padre: «Haz esto. Déjame que vaya dos meses por los montes y llore mi virginidad inútil yo y mis compañeras.» El entonces dijo: «Vé.» Y dejóla por dos meses. Y ella fué con sus compañeras á llorar su inútil virginidad por los montes. Pasados los dos meses volvió á su padre, quien procedió con ella conforme al voto que había hecho. Y ella jamás conoció varón. De aquí fué la costumbre en Israel que, de año en año, iban las doncellas de Israel á endechar á la hija de Jefté cuatro días en el año.» No puede referirse con mayor sencillez y sublimidad hecho más bárbaro.

En efecto, se acercan al sacrificio. Van delante los címbalos, las arpas, los salterios, celebrando con melodiosas cadencias este acto inhumano, cual si fuera un acto religioso. Van luego las vírgenes de Israel, danzando con alegría loca, cual si en vez de ir á presenciar el suplicio de una virgen inocente

fueran á presenciar sus desposorios. Los ancianos de Israel, con sus báculos en el puño, entonan una salmodia triste y uniforme, como los bramidos del viento estrellándose sobre las arenas del desierto. Vienen luego los levitas con sus túnicas sacerdotales llevando los instrumentos del sacrificio. Detrás viene la víctima en su padre apoyada. Jefté hallábase demudadísimo. El dolor había hecho encanecerse á sus cabellos, surcarse á su rostro, extinguirse á sus ojos. De vez en cuando su cuerpo daba un estremecimiento como el cedro á quien la tempestad sacude, y el silencio de su pecho se interrumpía con prolongados gemidos. Su hija, triste, más resignada, parece no sentir otro dolor sino el dolor de aquellos que la rodean. Sus ojos, ya se convierten unas veces al cielo, ya otras al rostro del demudado padre. Colócase junto á aquellos crueles altares Jefté, y coge febrilmente una cuchilla. Apenas ha empuñado este horrible instrumento cuando agarra á su hija que alza los brazos al cielo y echa hacia atrás la cabeza, ofreciendo al sacrificador desnuda su garganta y desnudo su pecho. El infeliz desgarrá con precipitación el corazón de su hija, la cual despide con su postrimer aliento un prolongado gemido. Y sin que la vida se hubiera casi apartado todavía de aquel cuerpo, lo arroja desparvorido sobre la tierra ensangrentada y cae á su vez

de espalda como si también hubiera muerto al golpe que ha asestado. Los ancianos cogen á la virgen yerta y arrójanla sobre la hoguera encendida. Y aquellos huesos, aquella sangre, aquellas fibras que formaban la más hermosa hija de Israel, se desvanecen como nubes blanquecinas en el cielo inmenso. La religión helena tiene también su hija de Jefté. Un rey bárbaro ha ofrecido á dioses crueles el sacrificio de la primer persona que se le aparezca en las playas patrias al regreso de Troya extinta. Y se le aparece su propia hija Ifigenia, hermosa entre las hermosas de Grecia. No hay otro remedio sino inmolarla y van al sacrificio. Pero aquellos dioses, merced al movimiento de las ideas y de los espíritus, menos crueles que los dioses asiáticos, sustituyen una joven ternera, escondida entre los mirtos y las adelfas, al sacrificio de la humana víctima. Hacían perfectamente las hijas de Israel en ir endechando con plañidos y elegías por montes y por valles á la gloriosa hija de Jefté. Por mucho que la llorasen al són de los címbalos, en cánticos sublimes, no podrían devolverle, no, la deuda con ella contraída, ni pagarle aquel sacrificio, hecho por la salud y por la libertad de sus hijos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

